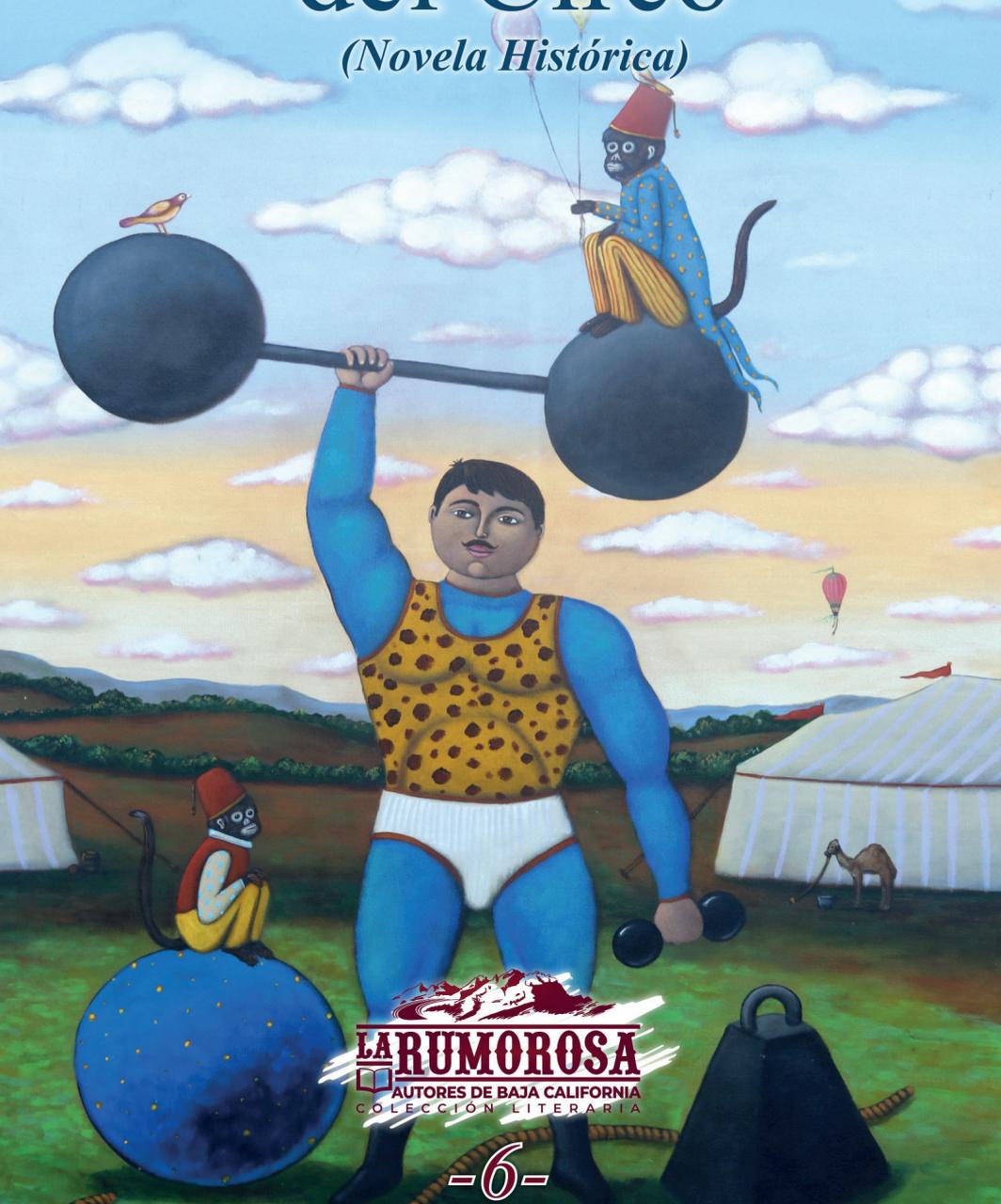


GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

El Hombre Fuerte del Circo

(Novela Histórica)



LA RUMOROSA

AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

El hombre fuerte del circo

(Novela histórica)

Gabriel Trujillo Muñoz

Gobierno del Estado de Baja California

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

El hombre fuerte del circo
Gabriel Trujillo Muñoz

Derechos reservados.
Copyright©2020

Coordinación editorial

Melissa Sánchez Castillo
Silvia García A.
Primera edición: noviembre 2020
Tijuana B.C., México
info.malvamag@gmail.com

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial, de esta publicación, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Impreso en México/ Printed in Mexico



Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Héroe y villano, soldado y asesino, victoria y crimen.

Las dos márgenes de un río llamado patria

Joe Abercrombie

Risk. Profit. Glory

Lema del circo Aquila

*Para José Salvador Ruiz y Édgar Cota-Torres,
conocedores de esta era fronteriza*

Esta es una novela. En ella los datos históricos se someten a los hechos de la imaginación y la realidad, en sus fechas y cifras, se halla supeditada a los imperativos de la ficción. En agosto de 1920, el coronel Esteban Cantú, quien llevaba seis años como caudillo absoluto del Distrito Norte de la Baja California, dejó el poder pacíficamente y con su salida terminó el último bastión del porfirismo-huertismo en nuestro país.

Esta obra cuenta, de manera ficticia, pero apegándose a la mayor parte de los hechos, esa historia. Muchos de los personajes mencionados estuvieron en Mexicali y fueron piezas esenciales para que la Revolución Mexicana llegara a estas lejanías.

Dicho lo anterior, disfrútenla.

Conspiración en el Reino de Cantú

Uno de los periodos más interesantes en la historia de Baja California es, sin duda, el de la gubernatura de Esteban Cantú, entre otras cosas, por la manera en que trajo estabilidad y progreso al Distrito Norte. Una razón más es que logró mantenerse al margen de la Revolución mexicana mostrando una habilidad sorprendente para negociar con ambas facciones, misma que le sirvió también en la administración pública y las arcas del Distrito, sin olvidar las arcas personales. Este periodo ha sido estudiado por distintos historiadores a lo largo de los años y su interés no ha desaparecido.

Dos libros recientes, solo para ilustrar la vigencia de dicho interés, son *El Distrito Norte de Baja California, un territorio en disputa* (2016) de César Alexis Marcial Campos y *Esteban Cantu and the Mexican Revolution in Baja California Norte, 1910-1920* (2020) de Joseph Richard Werne.

En su artículo “The Kingdom of Cantu” publicado en el número 38 de la revista *Sunset* (febrero-abril, 1917), Harry Carr, periodista norteamericano de *Los Angeles Times*, describió al coronel Cantú de pies a cabeza. Destacó su habilidad militar, su capacidad de convencimiento, su desprecio por la Revolución y, una vez terminada ésta, su desdén por los presidentes. Al describir el Distrito Norte, Carr no describió un estado de la república sino “un pequeño imperio personal” de Cantú. “El coronel creó su pequeño ejército. Cobra sus propios impuestos; inventa sus propias leyes al vuelo”. En consecuencia, dice Carr, “la paz prevalece al trote de los rurales de Cantú. La vida humana es tan segura como lo es en Washington

D.C. y los americanos cruzan de ida y vuelta la línea fronteriza como quien va a su propio patio trasero”. Pero el “oasis de paz perfecta” que describió Carr dista mucho del Distrito Norte que Gabriel Trujillo Muñoz nos presenta en esta novela.

Son pocas las obras literarias que han recreado, desde el filtro de la ficción, este periodo de la historia de Baja California, tan solo contabilizamos *Los aventureros de Mexicali* del profesor Luis Vargas Piñera y *El hombre fuerte del circo* de Gabriel Trujillo Muñoz. La primera fue publicada en 1934 en la revista *Tri-color* del mismo Vargas Piñera, según nos informa Pedro F. Pérez y Ramírez, Peritus, al volver a publicarla en 1968 en el suplemento cultural Postada Semanal de *La Voz de la Frontera*. En ella la figura de Cantú es la de un patriarca bonachón, honrado y justo. Un hombre recto y benefactor que se preocupa por sus ciudadanos y que incluso, en la novela, se involucra para encontrar a una joven secuestrada o desaparecida. Sin embargo, en la novela de Gabriel Trujillo Muñoz el coronel Esteban Cantú es un hombre hábil para los negocios, ambicioso, intolerante a la crítica, implacable con los adversarios reales o imaginarios y un enfermo del poder. En lo que coinciden Carr y Trujillo Muñoz es que Cantú creó un pequeño imperio, mantenía un control absoluto sobre su “reino”, su oasis de paz porfiriana en un México que salía de la Revolución y volteaba con insistencia al Distrito Norte.

El hombre fuerte del circo nos presenta a Raymundo Muñoz López, alias Ray Calavera, un trotamundos y mil usos, originario de Jalisco que radica en Los Ángeles y que, mientras su circo está de gira por la unión americana, él se dedica a la detección privada, es “un investigador privado a la Sherlock Holmes, pero sin pipa, sin tanto

cerebro, pero dando mejores puñetazos si la ocasión lo ameritaba”. Es así como es reclutado por un grupo de mexicanos en el exilio para derrocar al coronel Esteban Cantú y terminar con su reino totalitario, su imperio de pan y palo. Ray Calavera se infiltra en el Mexicali de 1920, un poblado de extremos, de una minoría rica y poderosa y multitudes pobres y desamparadas, presas de los intereses de Cantú y su grupo. Ray Calavera desciende al infierno fronterizo empujado por el olor del dinero, pero conforme va conociendo a los cachanillas y las condiciones en las que viven su interés se vuelve más humano, más empático y abraza la causa liberadora. No deja de ser cínico, un buscador de fortunas en este nuevo viejo oeste, pero le indignan las injusticias, los atropellos a los que someten a los residentes del Distrito Norte. Así le queda claro a Rafael Corella:

—¿Tú crees? Puede que tengas razón. Seguramente no te van a mencionar en los libros de historia. En ellos se hablará sólo del glorioso ejército revolucionario sacando a Cantú de su madriguera fronteriza. A los héroes de la patria les gusta aparecer solos en el cuadro de honor, sin nadie que les haga sombra.

—Yo sólo estoy por el dinero prometido —le comenté—. La carcajada del Corellón me sorprendió.

—No actúes conmigo, Calavera. Por más que grites que no te importa realmente sacar al coronel, que para ti sólo es un negocio el liberar el Distrito Norte de sus garras, yo sé que no eres indiferente al dolor ajeno, al despotismo, a la injusticia. Sé que crees que no debes exponer tu lado sentimental, que debes hacerte el fuerte siempre y en todo lugar. Pero yo me considero

tu amigo. Lo digo sin pretender otra cosa que aclarar con quién estás hablando.

Ray Calavera deja de ser un hombre que solo persigue el dinero para convertirse en un liberador, en un hombre que, indignado por lo que ha presenciado en tan solo unos días en el Distrito Norte, ayuda a alcanzar sueños ajenos. De ahí que no sean pocas las aventuras en las que se ve inmiscuido Ray Calavera, entre las que destacan un duelo a muerte, la liberación de presos políticos condenados a la ley fuga y una pelea de box contra el mismísimo Jack Johnson, además de comprarle una cena y unos tragos a Dashiell Hammett.

El hombre fuerte del circo es una obra híbrida, entre la novela histórica y la novela negra, con altas dosis de intriga, suspenso, espionaje y acción. Trujillo Muñoz nos lleva con maestría a un intrincado plan para la liberación del Distrito Norte. Un plan que involucra a logias chinas, mafiosos italianos, mexicanos exiliados en Estados Unidos, conspiradores de la facción revolucionaria sonoreense y simples ciudadanos fronterizos hartos del autoritarismo cantuista.

Esta novela es también un texto desmitificador del reino de Cantú, el personaje novelesco dista mucho del personaje creado por la historia. En la novela, Cantú es más una figura cercana al villano que al héroe, un autoritario en una ínsula dictatorial que ha reproducido la fórmula del porfirato para eliminar estorbos: “mátalos en caliente”. El Distrito Norte al que llega Ray Calavera es un pueblo de una sola ley, la ley del Rey Sol, del coronel Cantú que somete a la población a sus intereses personales y sus ambiciones de enriquecimiento.

La novela también expone el círculo vicioso de todos los que

ostentan el poder, Ray Calavera lo ve así, teme que su esfuerzo solo haya servido para preparar la llegada de otro tirano. En esto, se parece a Alberto Solís, el personaje de la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela cuando tiene un lamento profético:

¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie...! ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos...! ¡Lástima de sangre!

Ray Calavera teme que derrocar a Cantú equivale a cortarle apenas una cabeza a la hidra insaciable del poder. Por último, *El hombre fuerte del circo* es también un texto lleno de humor negro, un humor que salpica no solo esta novela sino casi toda la obra literaria de Gabriel Trujillo Muñoz. Nuestro autor nos ha entregado esta novela fronteriza llena de historia, aventura e ingenio. Adéntrese al reino de Cantú y viaje al Distrito Norte de 1920.

José Salvador Ruiz Méndez
Imperial Valley College, 2020

El mejor bacanora

Llegué a Mexicali por la frontera, por el lado estadounidense, a finales de julio de 1920, en una carreta tirada por una yegua vieja y con Laka, mi perra favorita, como única compañía. Llevaba varios años viviendo en Los Ángeles y ya me hacía falta volver a pisar el suelo de México. Era oriundo de los Altos de Jalisco, aunque poco compartía del espíritu conservador de aquellas tierras coloradas. Mi familia era una cruz de opuestos: con sangre francesa, republicana, que cantaba la Marsellesa como una forma de desafío a los curas, y con sangre mestiza, llena de incienso y rezos a los santos, que creía en milagros y apariciones divinas.

Mi nombre es Raymundo Muñoz López. Pero en los Estados Unidos me lo cambié por cuestiones laborales: en el circo en que trabajaba, el de los hermanos Aquila, no les gustó y me pusieron un nombre más artístico: Ray Calavera. Y así estoy en todos los contratos, convenios y documentos de identidad que me amparan. Por eso entré a Mexicali como Ray Calavera. Pero no venía de turista, a emborracharme con licor mexicano y a acostarme con cuanta puta se me pusiera enfrente, sino a cumplir un contrato de trabajo.

Debo decir que en el circo de los hermanos Aquila había hecho de todo: cuidador de animales, vendedor de caramelos, maestro de ceremonias, payaso, malabarista, acróbata, domador de fieras, hombre fuerte que levanta personas con una mano. Pero esa no era de lo que realmente vivía. El circo de los hermanos Aquila residía en Los Ángeles seis meses al año y el resto del tiempo, de mayo a octubre, salía de gira artística por toda la Unión Americana. Yo sólo trabajaba con

ellos en su estancia en Los Ángeles. Los otros seis meses me dedicaba a ser *Private Eye*, investigador privado a la Sherlock Holmes, pero sin pipa, sin tanto cerebro, pero dando mejores puñetazos si la ocasión lo ameritaba.

Mi especialidad eran los adulterios. Aceptaba, claro que sí, trabajos más peligrosos: secuestros, estafas a gran escala, asesinatos sin resolver. Era bueno para encontrarle la pista a toda clase de criminales y para hacer justicia por propia mano y a espaldas de la ley. ¡Cuántas viudas y huérfanos, cuántas madres y hermanos, cuantos amantes y amigos, agradecieron mi intervención para solucionar la muerte de sus seres queridos!

Sólo que, en los últimos meses, con redadas brutales de la policía angelina y un clima hostil para todos nosotros, los mexicanos, cada vez pensaba que era mejor regresar a mi país, que ya era hora de volver a México. Después de todo, yo crucé la frontera en 1910 sin pensar en la política o en Francisco I. Madero. No lo hice porque me sintiera un exiliado o por temer por mi vida. Lo hice porque quería ser campeón mundial de box peso pesado. Quería enfrentarme en una pelea a Jack Johnson, el boxeador negro, para demostrarle al mundo de lo que era capaz encima del cuadrilátero. Pero sólo llegué a doce peleas antes de que me rompiera la mano izquierda.

Así fue como acabé en el circo de los hermanos Aquila. Mi mano ya estaba curada y podía tundir a peleadores más pesados que yo. Pero las ganas de ser campeón del mundo se me quitaron viendo lo que las autoridades gringas le hicieron a Jack Johnson por andar con mujeres blancas. Lo persiguieron con saña, lo declararon un delincuente, lo convirtieron en una figura de escarnio porque los

blancos no podían aceptar que ese hombre podía cruzar las barreras de la raza y seducir a sus mujeres.

Y entonces mi amigo, Juan Preciado, un periodista sonoreense que fuera miembro del Partido Liberal Mexicano y que ahora medio tiempo trabajaba de redactor del *Heraldo de Los Ángeles* y medio tiempo se dedicaba al contrabando de licor, me dijo que allá al sur de la frontera, en Mexicali, necesitaban a alguien como yo.

—¿Qué asunto es? —le pregunté mientras ambos contemplábamos el océano Pacífico desde un puesto de hot dogs en la playa de Venice.

—¿Sabes cómo está la situación del país? —me devolvió la pelota.

—Cayó el barbas de chivo, Venustiano Carranza, y ahora los sonorenses, tus queridos amigotes, tienen el poder. La banda esa de Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. Empresarios vueltos militares de prestigio, políticos de altos vuelos, son la nueva cara de la revolución y están poniéndose a las patadas con los yanquis, con sus empresas petroleras, y por eso por acá los ven como unos bandidos peores que Pancho Villa. Eso es lo que sé.

Juan hizo un gesto de fastidio.

—Sí. Tienes razón, Calavera. Pero los revolucionarios sonorenses controlan el centro del país, la ciudad de México. Pero acá, en la frontera, la Baja California sigue siendo territorio aparte. La controla un oficial porfirista, un coronel huertista, Esteban Cantú, para quien la Revolución Mexicana es anatema. Odia a todos los que no obedecen a los militares de viejo cuño. Es la esperanza de todos los que desean volver a los tiempos de Don Porfirio a sangre y fuego. Y

aunque se dice nacionalista, ese Cantú está forrado de dólares.

—He oído de ese coronel. Tiene buenos contactos en Los Ángeles.

A Juan Preciado se le iluminaron los ojos. Y no era por el reflejo del mar ni por las bañistas que pasaban a nuestro lado.

—¿Con las mafias chinas? —indagó.

—Eso sería lo de menos. Este Cantú y familiares suyos tienen negocios con empresarios y políticos fuertes. Y con la policía. Él les hace favores y la policía angelina hace lo mismo. Hace poco agarraron a un perseguido político y se lo mandaron al otro lado de la frontera. Cantú lo tiene preso y he oído que lo ha torturado para que diga quiénes son sus cómplices.

—No sabía eso. ¿Sabes el nombre del torturado?

—Alejandro Pacheco. Era de los tuyos. Floresmagonista. Antes de meterse a revolucionario fue peleador. Lo conocí hace años, cuando ambos participábamos en el circuito boxístico. Juan sólo movió la cabeza, aceptando lo que le decía como una confirmación a sus palabras, como un motivo más para que aceptara ayudarlo.

—Tengo cinco años fuera del Partido Liberal Mexicano, Calavera, pero eso que me dices de Pacheco, sea él del partido que sea, es una barbarie, una violación elemental a los derechos humanos.

—Pero el negocio principal de Cantú es meter opio y licor a los Estados Unidos y comprar armas. Muchas. De todo tipo. Tengo entendido que incluso ametralladoras y aviones. Es un cliente de primera. Quiere lo mejor, lo más potente, lo más moderno.

Juan Preciado asintió con disgusto. Yo observé las gaviotas

que planeaban sobre los puestos de comida. Venice estaba a reventar de turistas propios, de angelinos en plan de descanso. Nadie pensaba aquí en guerras patrióticas sino en placeres mundanos.

—Ahora que se acabó la Gran Guerra, me imagino que al ejército gringo le sobra armamento y no sabe qué hacer con él —dije.

Juan Preciado se limpió las manos y la boca antes de responderme.

—Lo vende a quien tenga dinero para comprarlo al contado al sur de la frontera.

Asentí. El fin de un conflicto es siempre el comienzo de otro.

—Y va a parar a manos del coronel Esteban Cantú y su ejército privado.

A mi amigo no le gustaron las noticias que le había proporcionado.

—Por eso mismo te necesita...te necesito, Calavera.

—¿Quieres que averigüe cómo está la situación militar por los dominios de Cantú?

—Exacto.

—Será peligroso.

—Ya lo sé, por eso te lo pido.

Me quedé viendo a Preciado, con su traje a cuadros, su sombrero de pana y su corbata de moño. Para estar en una playa como Venice era demasiada vestidura.

—¿Quién paga y cuánto?

—No puedo decírtelo. Pero te daré 200 dólares ahora mismo y 200 más al terminar.

—¿Sólo para tener ojos en el terreno?

—Y para hacer lo que se deba hacer en el momento apropiado.

—500 ahora y 500 al terminar —le dije sin apartar la vista.

Juan guardó silencio. Se le veía que estaba haciendo cálculos sobre el costo final de su maldita empresa de espionaje, sobre cuánto le tocaría a él y cuánto acabaría en mis manos. Miré a las muchachas en traje de baño que nos rodeaban: cada fin de semana eran más jóvenes y mostraban más pierna. ¡Benditos los tiempos en que vivíamos! Volví mi atención a mi nuevo empleador.

—¿Dime realmente qué quieres que haga? ¿Cuál será el propósito de mi estancia en Mexicali? ¿Observar lo que ocurre, intervenir o destruir?

Juan cerró los ojos y resopló.

—Derribar al coronel y a su camarilla de militares. Haz lo que sea necesario para que se marchen del Distrito Norte. Y cuanto antes, mejor.

—¿Quién pagará los platos rotos?

—Cuando hayas cumplido tu parte te obsequiaré un regalo especial: una botella de la mejor bebida existente en el país. Tú sabes: de puritito bacanora.

Me reí. Estos sonorenses. Querían que la Revolución Mexicana llegara hasta el último rincón del país y Cantú les estorbaba. Era el último territorio de la dictadura porfirista que quedaba en México después de diez años de lucha armada y casi un millón de muertos. Y Cantú estaba comprando armas a granel y de las más modernas para lanzarse al interior del país. Parecía que los Estados Unidos querían un nuevo Don Porfirio para controlar a su vecino del sur y el tal Cantú quedaba perfecto para tal papel.

—No digas más —dije—. Pero también quiero un buen menudo.

—Hecho —me respondió Juan y me dio un apretón de manos para cerrar el trato.

Luego, mientras volvía a mi casa a prepararme para el viaje al sur, a la frontera, recordé que el tal Plutarco Elías Calles, cuando había sido gobernador de Sonora, prohibió las bebidas embriagantes, dizque porque eran causantes del aumento de crímenes. Y eso me recordó el motivo por el que los revolucionarios eran las personas más contradictorias del mundo: querían transformar la sociedad y a la vez eran las personas más puritanas que conocía. Un paso adelante y dos para atrás.

Confiaba en mi buen amigo Juan Preciado. Al menos él no estaba a favor de la ley seca en los Estados Unidos ni en México. Pero de sus amigos sonorenses no metería la mano al fuego. Ni siquiera en un truco de mago cuyas llamas fueran falsas. Pensé en lo que iba a llevar en mi excursión al sur de la frontera, qué papel iba a representar, cómo iba a pasar inadvertido entre tanto matón. Me di cuenta de que lo mejor era ser yo mismo, un hombre del espectáculo en busca de trabajo en un pueblo fronterizo. Eso no levantaría sospechas entre la gente al mando. Estaría a la vista de todos y, sin embargo, no desentonaría en un ambiente de perpetua juerga, en un lugar donde la fiesta nunca terminaba.

En ese momento, Laka, mi perra guardiana, se presentó con una rata en la boca. Lo mandé al patio trasero a que se la comiera en paz. De verdad que era un idiota redomado. Iba a lugares de riesgo sólo

por mil dólares. Y la promesa de un licor norteamericano.

Lo que ni Juan Preciado ni yo mencionamos era la mala fama del Distrito Norte de la Baja California, la nube negra que flotaba sobre el reino militarizado de Cantú, el peligro que representaba picarle la cresta a un gobernante de ese calado. Y allá iba yo, sin respaldo alguno, sin financiamiento adecuado, con mi fama de hombre fuerte de circo como único escudo, como mi escasa protección.

Saqué la carreta y enganché mi yegua. Metí lo que necesitaba para dos días de viaje a paso lento. Con el dinero de Preciado quería comprarme un automóvil de segunda. Pero eso sería cuando regresara de Mexicali. Ahora debía concentrarme en el trabajo por hacer, en mi labor de zapa contra el gobierno de Cantú. Le silbé a Laka, que acudió con el hocico ensangrentado, y nos pusimos en marcha. El desierto del sur de California nos aguardaba. Y cruzando la frontera, estaba México y su polvareda de sangre. Mi país, del que tenía una década sin poner pie, era de nuevo mi destino. Y mil dólares, dígame lo que se diga, me caían muy bien en una época de trabajos mal pagados, de razias contra todo lo que oliera a extranjero, a mexicano.

Un pueblo fronterizo

Debí haber dicho que no, que me iba bien en Los Ángeles, que no necesitaba apostar el pellejo en una misión secreta contra un cabrón que aún suspiraba por los tiempos canallas de Don Porfirio Díaz. O peor: que quería imitarlo primero en Baja California y después en todo México. Y aquí estaba ahora yo y mi bocota, llegando a Mexicali, un pueblo fronterizo como cualquier otro, pero era julio, en pleno verano, y hacía un calor acuciante, pesado, sin escapatoria posible, como nunca antes lo había experimentado.

Como ya dije, venía en una carreta tirada por una yegua y con la compañía de Laka, mi perra. Y mientras los aduaneros gringos de Calexico ni siquiera hicieron intento por revisar lo que traía, los aduaneros mexicanos me vieron con desconfianza, me interrogaron como si yo fuera lo que realmente era: un hombre de peligro para el reino de Cantú, su jefe máximo.

—¿A qué viene a Mexicali, señor Calavera? ¿Tiene recursos o es otro zángano más que nos visita por puras ganas de chingar la borrega?

Ante esas preguntas, decidí que mi disfraz de turista despistado no era el mejor para no levantar sospechas.

—Vine a buscar trabajo —respondí.

El aduanero más viejo me miró con sorna.

—Si los chinos lo dejan, en el valle tal vez encuentre. Pero aquí, en la ciudad, lo dudo.

Le agradecí el consejo gratuito.

—¿Saben si hay algún circo o compañía ambulante por estos

rumbos? —inquirí.

Mi pregunta los agarró desprevenidos. El aduanero más joven respondió sin pensarlo.

—En el teatro México, a dos cuadras de aquí, por la avenida Porfirio Díaz. Es lo más parecido que hay a un circo.

—Gracias por la información.

Quise azuzar al caballo, pero el viejo aduanero tomó las riendas.

—¿El circo? —me cuestionó—. ¿Qué chingados tienes que ver con un circo?

Abrí una bolsa que traía a mis pies y saqué varias naranjas. Luego me puse a hacer malabarismos con ellas. Al final, ya apaciguado su interés en mi persona, ambos me dejaron pasar. Por cortesía, les regalé las naranjas y avancé por la avenida Porfirio Díaz, una calle amplia, polvorienta, que honraba a un tirano diez años después de su derrocamiento. Al andar por Mexicali pensé que todo el poblado estaría conformado por casinos, cantinas, hoteles, burdeles, fumaderos de opio y plazas de toros. Y así era. Sólo que esa era la mitad de los edificios. La otra mitad la constituían bancos, tiendas de abarrotes, restaurantes, cámaras de comercio, oficinas de gobierno, juzgados, cuarteles, corrales, caballerizas y almacenes de granos o repletos de pacas de algodón, la mayor parte custodiados por personal del 25 Batallón y su regimiento de caballería “Esteban Cantú”, el ejército privado del dictador de la Baja California.

Era una fuerza poderosa si eras, como yo, primerizo en estos menesteres de contabilizar las fortalezas y debilidades del enemigo, pero lo que más me sorprendió fueron sus uniformes a la antigua,

como de desfile militar estilo prusiano. Muchas medallas y adornos, muchos sables y bigotes estirados, pero eso no me decía si formaban parte de un ejército funcional, eficaz, con experiencia de combate.

Yo mismo no me consideraba un luchador social. Mi ideología era práctica y a la Benito Juárez: no jodas a nadie ni dejes que nadie te joda. Pero entre ricos y jodidos, entre científicos y miserables, entre peleadores de postín o boxeadores de pueblo, siempre estaría con estos últimos.

Detuve la carreta frente al Teatro México. Eran las once de la mañana y ya se escuchaba música adentro. La taquilla, sin embargo, estaba cerrada. La puerta de entrada, también. Busqué alguna otra entrada y la encontré al lado y abierta. En el interior del teatro una banda pequeña de músicos ensayaba unas piezas de Can-Can. Por un momento me estremecí. Desde que había entrado a Mexicali una sensación de irrealidad me acompañaba. Mexicali era como México diez o quince años antes, cuando la dictadura porfirista era la que marcaba el paso de todos nosotros con su orden marcial. Todo daba la impresión de estar fuera de tiempo. No los automóviles último modelo que circulaban por las calles. No los letreros de neón que anunciaban la diversión nocturna. No los modernos aparatos eléctricos que se mostraban en las tiendas como las ofertas del mes. Era el ambiente lo que no concordaba con 1920.

Los músicos no tocaban jazz o fox-trot sino música vieja, pasada de moda. La gente, en la calle les cedía el paso a los militares como si estos fueran dioses del Olimpo. Los monumentos públicos celebraban a gente que en el resto del país eran vistos como villanos, no como personas a imitar.

Recordé una novela que leí en Londres, en 1914: *La máquina del tiempo* de H. G. Wells. Mexicali vivía en el pasado, en otra realidad. Era como si la Revolución Mexicana no existiera en esta zona de México, como si el pueblo siguiera sin tener aquí voz ni voto, como si las botas militares continuaran aplastando a la población, dictando el ritmo de sus vidas, dominando su forma de ser y comportarse en público. El director de la banda de música, a quien identifiqué como militar de la vieja guardia por su postura rígida y sus modales autoritarios, me vio y detuvo el ensayo.

—¡No estamos abiertos al público, caballero! ¡Hasta las cuatro de la tarde no empieza la primera función!

Por un momento pensé en quitarme el sombrero y hacerle una reverencia. Luego lo pensé mejor y sonreí con mi sonrisa de cortesano de opereta.

—Perdón por interrumpirlos. Ando buscando al gerente del teatro.

—¿Es usted artista, caballero, o lo busca por negocios?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy cirquero.

El director de la banda de inmediato perdió interés en mi persona.

—Vaya aquí al lado, a la cantina La Mexicana. Pregunté por don Pascual. Él es el gerente de nuestro establecimiento.

Y ya desinteresado de mi persona, me dio la espalda.

Eso hice. Pero antes escudriñé el interior del teatro y deduje que el palco de la derecha, el más cercano al escenario, era el del coronel Esteban Cantú y sus compinches. Lo supe porque en él colgaba un retrato de Don Porfirio Díaz para que no hubiera duda sobre las

simpatías del régimen. Y sí, en la cantina La Mexicana estaba Don Pascual curándose la cruda con un tarro de cerveza a rebosar y un plato enorme de pozole, que una hermosa camarera acababa de poner sobre la mesa que ocupaba.

Me senté frente a él y le pedí a la camarera lo mismo que estaba por disfrutar Don Pascual. Éste poco caso me hizo. Se veía que esa era su rutina diaria: entrarle al licor por la noche y aliviarse la cruda cada mañana. Don Pascual era un hombre gordo y rubicundo. Le calculé unos cincuenta años de edad y unos diez años más de vida si seguía con semejantes pasatiempos de bebida y comida.

—Soy gente de circo —le dije—. Mi nombre es Ray Calavera. Necesito trabajo.

Don Pascual levantó la mirada: la tenía vidriosa.

—No tengo plazas.

Y sorbió ruidosamente de su plato de pozole. La camarera me sirvió de prisa y se fue a atender a otros comensales. La cantina se iba llenando con gente del teatro. Se les identificaba con facilidad: posaban para un público imaginario, incluso, cuando no tenían público. Caminaban como divos y divas sin que la gente les hiciera mucho caso.

—Soy bueno para los trancazos —agregué a mi currículum.

Don Pascual se detuvo a medio trago de cerveza.

—Eso sí me interesa —respondió al fin—. Pago tres dólares la velada. Entrás a las 4 de la tarde y sales a las 7 de la mañana. Serás portero.

—¿Y las instrucciones?

El gerente me vio sin entender mi pregunta. Yo había sido

muchas veces portero de circo: cobraba los boletos o revisaba que fueran auténticos antes de dejar pasar a los asistentes. Pero buena parte de mi trabajo consistía en perseguir bandas de chiquillos o jóvenes que intentaban colarse por debajo de la carpa y ver la función gratis. Algunas bandas eran peores: buscaban entrar a la zona de los animales salvajes y jugar con ellos, lo que ponía en peligro no sólo sus vidas, sino las nuestras. Una fiera enfadada puede matar a su domador por haber sido acosada momentos antes por un grupo de muchachos insensatos. Por eso necesitaba saber cuáles eran las reglas del portero de un teatro en una ciudad como Mexicali.

—Las instrucciones las recibirás de Doña Blanca Ortega, mi asistente.

Asentí. Yo quería reglas claras, saber qué podía hacer y qué no. Y más si los militares les gustaba pavonearse en el teatro y ser tratados como ciudadanos con privilegios especiales.

—Traigo carreta, yegua y perra —le advertí— y requiero alojamiento.

—En el teatro hay sitio para ti en el sótano. Lleva tu carreta al establo de Don Pablo Velarde.

—¿Y mi perra?

Don Pascual se encogió de hombros.

—Puede acompañarte. He visto peores compañeras de habitación.

Y me extendió la mano para sellar el trato. Se la estreché con fuerza. Ya era miembro del teatro México.

El portero

Juan Preciado me había prevenido.

—No hagas nada sospechoso. No comentes nada que sea político.

—No lo hago nunca —respondí.

—Actúa como lo que eres —me aconsejó con semblante adusto.

—¿El hombre fuerte del circo?

—Un idiota con músculos.

—Gracias por el cumplido. Se te agradece la franqueza.

¿Alguna otra sugerencia?

—Cantú no quiere que le alboroten el gallinero.

—Dicen que recibe a todos los mexicanos que llegan a su reino.

Juan Preciado se rió por lo bajo.

—No a todos. Sólo a los que no son revolucionarios. Sólo a los que eran algo durante las dictaduras, la de Don Porfirio y la de Victoriano Huerta. A esos les da la bienvenida y los incorpora a su gobierno porque piensan como él. A los demás los mata o los expulsa. Por eso te prevengo: no contactes a nadie. Los compañeros revolucionarios se acercarán a ti cuando nadie los vea o nadie les preste atención.

—¿Cómo sabré que lo son?

—Te llamarán “idiota” o “músculos”.

—¡Qué gracioso!

—Dirán que te manda saludos tu tío Juan. ¿Entendido?

—Entendido.

—Esta será tu más seria actuación, Raymundo. Estarás en territorio hostil, sin apoyos.

—Tendré a Laka como apoyo —le dije en broma.

Y ahora, mientras dejaba la carreta a buen recaudo, mientras Laka me seguía por las calles polvorientas examinando y olfateando cada rincón de éstas, entendí a lo que Juan Preciado se refería con un territorio hostil. La gente me miraba y bajaba la vista. Los militares me desafiaban con la mirada. Cada gesto era una forma de probarme, de ver quién era, de qué lado del poder estaba: a su favor o en su contra. Eso me molestaba: era volver a vivir un ambiente de miedo encubierto, de incertidumbre a flor de piel. Era una manera de vivir que no me gustaba. La de un gobierno cuyos representantes utilizaban el terror como castigo, la muerte como propaganda.

En los Estados Unidos lo había sentido cuando la policía llevaba a cabo redadas contra los mexicanos, contra los negros, contra los chinos. Pero allá eso se entendía: eran sus reglas, sus leyes, su justicia. Su forma obtusa de creerse mejores que el resto del mundo. Su ignorancia galopante ante lo que no fuera estadounidense. Sentir ese peso encima en mi propio país era intolerable. Ya no estábamos en una dictadura. Pero en Mexicali percibía que la población se dedicaba al trabajo a destajo para no meterse en líos. Igualito que los gringos, que sólo viven sus vidas partiéndose el lomo y no dicen ni pío sobre abusos, intolerancias o discriminaciones porque no es su *business*.

Anduve de un lado a otro tratando de comprender cómo se movían las aguas, quiénes mandaban y quiénes obedecían. En las calles abundaban extranjeros beodos, mexicanos mudos y contritos,

orientales en grupos compactos hablando en su idioma. Todos apartaban la mirada de los militares, porque estos eran los señores de la vida y la muerte, los amos implacables. Pero había algo más: una actitud de que los fronterizos eran tan estadounidenses como los gringos. La única moneda admitida en cualquier transacción era el dólar, lo que me convenía, por una parte.

Los empleados públicos, los funcionarios del gobierno cantuista residían al otro lado. Trabajaban en Mexicali y dormían en Calexico, California, el pueblo vecino. Si contaban con residencia en el lado mexicano eran vistos como fracasados, como gente sin importancia social o política. Lo gringo valía y prestigiaba. Y, sin embargo, a veces quería sentir un ambiente mexicano y sólo obtenía la misma sensación que yo experimentaba en Los Ángeles: un desequilibrio entre lo que yo pretendía ser y el comportamiento público que desempeñaba en un territorio hostil, cuyas autoridades siempre me recordaban que no me pertenecía. Lo mismo me pasaba en Mexicali. La ambigüedad incómoda que se daba entre el orden a la fuerza y la gente que desviaba la mirada de los abusos constantes para no ver su propia cobardía.

Y era en esa zona imprecisa donde echaba sus raíces la tiranía cantuista. ¿Cómo iba a poder desequilibrar una dictadura tan bien montada, tan bien armada, que reinaba sobre una población a la que sólo le importaba los dólares en la mano y no la justicia social, la dignidad humana? ¿Podría convencer a los mexicalenses de cambiar de gobierno por su propio bien cuando tal vez no era el que ellos deseaban? No lo sabía. Si algo aprendí viajando con el circo por todos los Estados Unidos, Europa y el lejano oriente es que debes tomar las oportunidades cuando se te presentan. Y si no lo hacen, debes crearlas.

Mexicali parecía un pueblo idóneo para crear el caos. Sólo necesitaba una herramienta que calara a fondo, que metiera cuña, que dividiera lealtades. Por algo fui un excelente domador de fieras. Porque nunca usé el látigo sino la voz para calmar a las más nerviosas, para hacer que saltaran los aros de fuego a mi orden.

Yo también sabía ser un dictador. Esta vez la entrada frontal del Teatro México estaba abierta de par en par. Ya me esperaba Don Pascual sudando a mares y con un pañuelo con el que se limpiaba el sudor de la cara.

—Le presento a Doña Blanca Ortega, señor Ray Calavera. Ella le dará las instrucciones que necesita para que cumpla de la mejor forma con su trabajo de portero.

Y me dejó a cargo de aquella mujer menuda y con cara de fuchi, que, a pesar de su baja estatura me miraba con un dejo de superioridad. De inmediato deduje que era simpatizante del régimen. Sus preguntas la delataron.

—Espero que disfrute su estancia con nosotros, señor Calavera. Por cierto, ¿en qué circos ha trabajado?

—En muchos, señorita. ¿Llevaré uniforme?

—No somos formales y menos en verano. Sólo camisa y pantalón limpios.

—¿Y las instrucciones?

Doña Blanca se hizo la ignorante.

—¿Cuáles instrucciones le interesan?

Si eso quería, jugar conmigo, eso tendría.

—Bueno, no sé. Por ejemplo: ¿A quién debo dejar pasar y a quién no?

Blanca Ortega se rió como si estuviera frente a un imbécil.

—Entiendo. Mire, señor Calavera: este es un negocio y todos deben pagar su admisión al mismo, claro, hay excepciones.

Y me señaló el retrato que colgaba a mis espaldas: el de un oficial de bigotes engomados y que lucía un montón de medallas. No me había fijado antes, pero ahora examiné la fotografía con cuidado.

—Ese es el coronel Esteban Cantú, nuestro gobernador, jefe militar y protector. Sin él no sé qué haríamos. Ya ve que en otras partes de México reina la anarquía, el populacho domina y la broza comete las peores tropelías en nombre de la revolución. En cambio, aquí, con la mano firme de nuestro coronel, todo es paz, tranquilidad y progreso. Y con cada frase que decía examinaba mis reacciones, mis gestos, como si quisiera ver en dónde colocarme, en cuál bando ponerme: el de los lameculos o el de los disidentes.

—Como debe ser —le dije, esperando que no detectara mi tono irónico. No lo detectó y siguió con su perorata.

—El teatro México tiene como propósito presentar veladas dignas de nuestra sociedad, con música marcial, culta, clásica. Con espectáculos que muestren los auténticos valores de nuestra comunidad: el orden, la disciplina, el rigor, la obediencia. Pero también sabemos ser, ¿cómo decirlo?, pícaros si se requiere. Empezamos con espectáculos familiares de las 5 de la tarde a las 8 de la noche. Luego seguimos con unos actos de vodevil y de comedia ligera hasta la medianoche y de ahí en adelante, sólo se quedan los caballeros a disfrutar los bailes de Can-Can con las coristas. ¿Qué le parece?

—Déjeme ver primero a las coristas y luego le cuento.

Me percaté que mi sentido del humor no hacía la mínima

mella en el duro caparazón de Blanca Ortega.

—Usted no examinará a nuestros artistas. Protegerá nuestro teatro de borrachos indeseables, de gente que no es de nuestra categoría y a la que deberá impedirle la entrada.

—¿Puede ser más específica?

—No queremos incomodar a los americanos blancos, los clientes más pudientes y generosos, con la presencia de chinos, indios, indigentes, negros. Con esa clase de “personas”.

Y se notaba que cuando Doña Blanca decía “personas” estaba implicando que no lo eran, que nunca lo serían.

—¿Y si el borracho es un oficial del ejército? —insistí—. ¿Qué hago entonces?

—Lo tratará con respeto y lo llevará al palco del lado izquierdo, el número 9. Allí siempre hay un oficial encargado de guardar el orden entre sus compañeros. El oficial es Alonso Campos. Él será el responsable en esos casos extremos. ¿Algo más?

Me rasqué la barbilla pensando qué más preguntar.

—Tengo trabajo por hacer, señor Calavera —me presionó la arpía.

—¿Qué le pasó al anterior portero? —quise saber.

Doña Blanca se rio en mi cara.

—Lo mataron por intentar detener a una dama de compañía, la “señorita” Ramona Cisneros. Le dieron cinco tiros a quemarropa hace dos días.

—¿Quién lo mató?

—Un oficial muy reconocido por su finura y buenos modales, el teniente Fernando Rivas. Quiso entrar al teatro con un solo boleto

y de la mano de la dama en cuestión. Nuestro portero, Jesús Alarcón, era un hombre de edad, pero gente que sabía hacerse respetar. Sólo que carecía de buen discernimiento. Trató de agarrar del codo a la dama y ella se puso a gritar que le habían tocado otra parte de su anatomía que no puede ser dicha en público. Y el teniente Rivas y Don Jesús se hicieron de palabras y luego el primero sacó su pistola y lo mató.

Me quedé mirando el retrato de Esteban Cantú. ¿Para qué hago preguntas de las que sólo obtengo respuestas que no me gustan?

Doña Blanca endulzó su voz.

—Espero que usted, Mister Calavera, tenga mejor discernimiento que Don Jesús Alarcón.

—Eso espero yo también. ¿Cómo es ese Rivas de gatillo rápido?

—Ya lo conocerá esta noche, de seguro. Hoy canta la Ruiseñor de Santa Fe: Lupita Estrada. Y es la cantante favorita de nuestro querido teniente.

—¿Entonces no hubo castigo por el asesinato?

—Altercado, Mister Preguntón. Altercado. Que aquí un teniente vale veinte veces más que un portero. Y si es protegido de nuestro coronel, ¿quién va a presentar queja contra su impecable conducta? Además, él estaba protegiendo el honor de una dama. Eso es ser caballero, ¿no cree?

Y me hizo señas, con ambas manos, de que me marchara de inmediato. Mientras me alejaba pensé que Doña Blanca me ponía a prueba con cada uno de sus comentarios, que me presionaba para ver qué clase de persona era yo. No un hombre de impecable conducta. Pero tampoco era un abusador, como el teniente Rivas. Los privilegios

me tenían sin cuidado. Lo mismo la finura y los buenos modales. Mi trabajo no era poner la otra mejilla, desde luego, sino equilibrar el deseo de las multitudes sedientas con la realidad que un establecimiento como el teatro México les podía ofrecer. Yo sólo era el filtro para que el caos no acabara siendo una batalla campal, un zafarrancho. O al menos eso me dije tratando de ponerle prestigio a un trabajo de portero que, por lo que me acababa de enterar, era la profesión con más riesgos en este pueblo fronterizo.

La velada interminable

En cuanto dieron las 4 de la tarde, una multitud comenzó a reunirse frente a la taquilla del teatro México. Los boletos volaban como confeti. La mayoría del público eran señores de edad y jóvenes ansiosos por escapar de los rayos solares, que a esas horas fácilmente llegaban a los 120 grados Fahrenheit. Querían escapar de sus labores diarias, de sus deberes y rutinas. Mientras pasaban por las puertas yo examinaba sus boletos y los hacía entrar lo más rápido posible. Las multitudes son peligrosas y lo mejor es fragmentarlas para que no causen excesivos problemas.

A las 6 de la tarde, el flujo fue disminuyendo y para las 9 de la noche sólo llegaban una o dos personas cada diez minutos. Eso me dio oportunidad de examinar al público mexicalense que acudía a divertirse con una velada interminable de cantos, música instrumental, comedia, chistes de todos colores y pequeños episodios sacados del teatro más rancio y moralista.

Pero a medianoche todo eso cambió cuando la banda comenzó a tocar música francesa y aparecieron las coristas vestidas de plumajes coloridos y mínimo ropaje. Lo que me sorprendió es que ninguna era mexicana: había irlandesas de San Francisco, negras de Nueva Orleans, cubanas, chinas y un par de francesas de Marsella (las reconocí por los tatuajes marineros en las... bueno, eso es otra historia). Pero las mexicanas brillaban por su ausencia. Incluso pensé que era política de Cantú no denigrar a las de casa. Pero sólo las vi un instante, porque entonces se me vino encima la marabunta. Habían llegado los turistas americanos. Y esos sí que no respetaban nada. Fueron horas caóticas,

de forcejeos, de borrachos que creían ser los dueños de la ciudad y que, en realidad, lo eran hasta la salida del sol.

Fui domador de fieras. Tuve que lidiar con tigres, leones y panteras. Con colmillos y garras. Pero nunca en mi vida había tenido que afrontar una estampida de gente que se abalanzaba por una simple botella de cerveza. La prohibición de las bebidas alcohólicas, en el vecino país del norte, provocó una sed por toda clase de licores, que las autoridades fronterizas utilizaban para forrarse de dólares al por mayor. Y el teatro México se volvía, como un acto de magia, en una cantina abarrotada de gente que tropezaba entre sí, se peleaba por cualquier cosa y gritaba y cantaba mientras las coristas eran cazadas por decenas de manos que las estrujaban sin piedad, por decenas de bocas que intentaban besarlas sin ton ni son.

Era el mismísimo pandemónium.

Esa es la palabra que se me vino a la cabeza mientras repartía golpes, agarraba del cinturón a los peores majaderos y los ponía de patitas en la calle. Doña Blanca me contemplaba, con su sonrisa de desdén, como si estuviera probando mi capacidad de resistencia en un ambiente como aquel. Cuando miré mi reloj me sentí devastado: apenas eran las dos de la mañana. Y entonces empezó la parte más dura de la noche. En la entrada vi que se acercaba un grupo de tres militares. Oficiales con sus trajes impecables. Mi intuición me dijo que uno de ellos debía ser el teniente Fernando Rivas, el asesino de gente que cumple con su trabajo de portero. Los dejé pasar sin decir nada. Me fijé que ninguno se acercó al guardarropas, donde se dejaban las armas bajo el cuidado de Don Eleuterio, un viejito bonachón.

Ese trío parecía estar arriba de la ley. Estaban armados y

entraban a un sitio lleno de trifulcas. Eso no iba a terminar bien. Y así fue. Veinte minutos más tarde escuché disparos. Dos. Seguidos. De pistola. Vi que una decena de clientes salía corriendo. Me abrí paso entre ellos hasta llegar al pasillo central. Había una multitud parada, silenciosa. En el piso estaba tirado el cuerpo de un hombre.

—¿Qué pasó? —pregunté antes de que las personas comenzaran a sentirse lo que eran en verdad: testigos de un crimen.

Nadie respondió hasta que apareció Alonso Campos, el que debía controlar dentro a la clientela del negocio teatral.

—Don Lázaro Contreras, se le puso bravo al teniente Rivas. Le dijo que era un matón por haber asesinado a Jesús Alarcón, su compadre. Y el teniente lo mató sin decir palabra. Eso pasó.

A mi alrededor, la gente asentía. Nadie se puso del lado de un hombre que dijo lo que pensaba y que, además, carecía de arma para defenderse excepto con sus palabras.

—¿Quién es el teniente Rivas?

—Yo soy —dijo el más bajo y moreno de los tres militares.

—¿Algún problema?

—Ninguno —le respondí—. Pero puede darme su arma, por favor. Están prohibidas en este local. Pero eso ya debe saberlo.

Rivas me miró como si fuera una cucaracha.

—Mi arma y yo no nos separamos nunca.

—Si fuera su novia lo entendería, pero es un arma peligrosa, que sólo pone nerviosos a los presentes.

Vi el enojo iluminar su mirada, fruncir sus labios. Quiso sacar su pistola, pero yo fui más rápido. Le torcí la mano y le quité el arma, que dirigí al par que lo acompañaba.

—¿De verdad quieren morir ahora mismo? —les pregunté.

Hubo un largo silencio. Nadie se movió. Hasta que Don Pascual, con movimientos lentos, lentísimos, se acercó a donde estábamos y se interpuso entre el trío y yo.

—Teniente Rivas, le presento a nuestro nuevo portero: Ray Calavera.

El oficial me miraba con una mezcla de dolor y odio. Acababa de quitarle la capacidad de disparar, de ser una amenaza, de imponerse a los demás y lo resentía.

—Su portero tendrá el mismo destino que el anterior —dijo en un murmullo.

—Quizás, teniente —respondió Don Pascual con toda la calma del mundo—. Pero en este momento le está pidiendo algo razonable: que abandone nuestro teatro sin matar a nadie más. ¿No es así, Ray?

—Así es, señor Pascual.

Los tres militares se miraron entre sí y asintieron. Estaba seguro de que se vengarían tarde o temprano de mí. Pero por ahora no iban a cometer más tonterías. Los vi salir del teatro sin darme la espalda. No querían más sorpresas. Me aseguré de que se marchaban. Desde la calle los observé tomar rumbo al cuartel. A veces se detenían y yo me ponía alerta. Estaban más que borrachos. Volteaban a verme y me gritaban insultos. Apenas los oía. Lo que importaba era el odio que destilaban sus caras. Era una sensación que me gustaba tanto como los aplausos.

Unos años atrás había sido actor en Hollywoodland. De villano que raptaba núbiles muchachas y me las llevaba cargando

en el hombro. Las multitudes decentes me perseguían como el loco personaje que era hasta castigarme por mi atrevimiento. Así que el odio me dio de comer más de una vez en la Unión Americana. Pero este odio, el que me lanzaban las miradas del trío de tenientes, era letal. No una actuación. Doña Blanca Ortega se puso a mi lado.

—No sabía lo rápido que eres con las manos.

—No sabía que a usted le gustaba ver morir a la gente —respondí.

—Sólo a la que no da el ancho, querido.

Y por vez primera me sonrió como si no fuera una arpía sino una pariente de fiar. Don Pascual se reunió con nosotros y miró hacia el cuartel.

—Apenas tu primer día y ya te hiciste de enemigos —me dijo sin que yo notara un tono reprobatorio en sus palabras.

—Así soy de buena gente —le contesté, tratando de suavizar la situación.

El viejo gordo me miró con simpatía.

—Deja la pistola del teniente en la taquilla. No sea que luego quieran acusarte de robo.

Y volvió a meterse al teatro. Laka apareció a mi lado. Silenciosa como siempre. Los había olfateado: ya conocía su esencia. Estaba preparada si volvían. Le acaricé la cabeza. Doña Blanca Ortega, que no perdía detalle, frunció el ceño.

—Esta perra tuya parece loba.

Yo me reí de su comentario. No sabía lo cerca que estaba de la verdad.

El periodista sin periódico

Era mediodía y acababa de levantarme. El cuarto que me habían dado en el sótano era bastante amplio y relativamente fresco, pero estaba debajo del escenario y por las tablas viejas se colaba toda clase de ruidos, incluidos los de la banda de música ensayando sus piezas marciales y sus bailes de vodevil. Me lavé con una cubeta y salí a buscar un almuerzo decente en la cantina más próxima cuando noté que alguien me seguía. No es que el tipo ocultara su interés en mí, sólo que no parecía ser muy ducho en eso de andar encubierto. Era un hombre delgado, que llevaba un chaleco con una libreta en uno de sus bolsillos y varios lápices en el otro. Desde lejos se veía que no era una persona que tuviera la intención de dispararme por la espalda. Pero me molestaba que me siguiera tan a la vista. Otros ojos podrían pensar que yo tenía algo que ocultar.

Entré a la cantina La Mexicana y me senté en el último rincón, en una mesa un poco alejada de las demás. El hombre delgado entró y me buscó con la mirada. Decidí resolver lo que fuera de inmediato. Le saludé con el brazo y lo invité a sentarse en mi mesa. El tipo, con todo el descaro, me devolvió el saludo y se sentó sin más ni más.

—¿Me anda buscando?

—¿Es usted el famoso Ray Calavera?

Me hizo gracia su comentario: no era un espía sino un seguidor de estrellas de circo.

—Lo soy —le contesté.

—¿Es el que puso en su lugar a un arrogante oficial del arrogante ejército del coronel Cantú?

Eso ya no me gustó. El tipo podía ser un provocador. Quería que soltara la lengua para denunciarme ante las autoridades.

—¿Quién es usted? —le espeté—. ¿A qué tanta curiosidad?

El hombre delgado volteó a todos lados como un espía novato.

—Soy Facundo Bernal. Periodista sin periódico aquí.

—¿Y?

—Y soy corresponsal para *El Herald de Los Ángeles*. Cubro toda clase de sucesos: de nota roja, comerciales, deportivos, de espectáculos. Lo vi actuar en el circo de los hermanos Aquila. Impresionante como equilibrista, señor mío. Mis respetos. Uno pensaría, viendo su peso, que usted es gente de tierra y no de aire, pero reconozco sus destrezas. Por eso, cuando me enteré de lo que pasó esta noche pasada, no podía creerlo. ¿Qué hace una estrella del gran espectáculo como portero de un teatro pueblerino en una ciudad como Mexicali?

—Ganarme la vida en tiempos de penuria, señor mío.

—¿Tan mal está la situación para nuestros compatriotas al otro lado?

—Peor de lo que se imagina. Desde que regresaron los soldados de la guerra, los puestos que los mexicanos habíamos conseguido como empleados o como obreros, ahora son para ellos, los yanquis.

Facundo se veía nervioso. Detecté que la razón de su interés por mi persona no era mi carrera de cirquero. Debía saber a ciencia cierta qué negocios quería conmigo. Y como estaba hambriento lo invité a desayunar.

—Gracias, pero en este momento no estoy en condiciones de...

Entonces comprendí. El periodista sin periódico estaba más hambriento que yo.

—Yo pago. No se preocupe. Pida lo que se le antoje.

La mirada de agradecimiento que Facundo mostró era el sentimiento más auténtico que había visto en Mexicali desde mi llegada, un día antes. Por unos quince minutos no hablamos y nos dedicamos a lo nuestro: a comer hasta llenarnos. Facundo pidió chorizo con huevo y yo un plato de pozole. Natalia, la camarera, que ahora sí me dio santo y seña de su persona, nos atendió sin dilaciones. La muchacha, de buen ver y mejor tomar, me dijo qué horas tenía libres y en qué quería ocuparlas. Le prometí visitarla lo más pronto posible para ver si eran reales tantas maravillas que decía tener.

—Venga y lo sabrá —me retó, la muy coqueta.

Ahora ya satisfecha el hambre y con sendas tazas de café, la conversación fluyó con menos sobresaltos.

—No doy una —se sinceró Facundo mientras limpiaba el plato de la última brizna de comida.

—¿Por qué me seguía? —le pregunté.

—Para una entrevista con usted.

—Gracias. Pero no quiero que sepan en Los Ángeles que ando de portero en Mexicali. Las autoridades gringas me harán la vida de cuadritos si se enteran.

—*El Herald* se publica en español. No creo que lo lean.

—Mejor no tentar la suerte, amigo.

—Es cierto. Yo la he tentado muchas veces y con horribles

resultados. En mi caso, me considero más poeta que periodista. Pero no ponga esa cara. No soy de esos poetas que se quejan de todo y que sólo hablan de musas y de floripondios. Yo soy cronista en verso y me gusta hacer reír a mis lectores. Pero aquí, en el reino de Cantú, las bromas, los chistes, las sátiras no son bien vistas. Por eso no me han contratado los del periódico que se publica en Mexicali, *La Vanguardia*.

—¿Por qué? ¿Por hacer chistes?

—Deseaba publicar una página de versos que se burlaran de las autoridades, pero con humor blanco, sin ofender a nadie. ¿Estamos en México o no? En otras partes del país dejan que los periodistas den su opinión sobre todo y sobre todos. ¿Por qué aquí no?

Otra vez la provocación, pensé mientras le daba un sorbo al café antes de que se enfriara.

—Dímelo tú —le respondí.

Facundo bajó la voz. Apenas pude escuchar su respuesta.

—El coronel carece de humor. Es de la escuela prusiana: todo él es seriedad. Todo es pompa y circunstancia. ¿Me entiende?

—Conozco a los militares prusianos. Esa moda la trajo Don Porfirio el siglo pasado.

—Aborrecen a los que somos de talante más ligero.

—Le creo. Pero a estas alturas de su vida, a Cantú nadie va a cambiarle el temperamento, supongo.

—Y supone bien. Por eso estoy atascado en este lugar. No puedo vivir de lo que me gusta hacer, que es el periodismo.

—¿Y de qué vives, si no es indiscreción?

—Vivo de vendedor ambulante de ropa y accesorios para caballeros. Mi hermano mayor cuenta con una tienda, La tres B. Si

necesitas algo para vestir, incluso ropa de circo, porque contamos con disfraces de carnaval y todo eso, pues acuda con nosotros. Digo, conmigo. Le daré precio especial.

Eso me gustó. Si iba a andar de incógnito por este pueblo fronterizo, tal vez requeriría disfraces. Y pronto.

—Así lo haré. ¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que sea, señor Calavera.

—Mexicali parece más gringo que Los Ángeles. Todos van a sus asuntos y nadie protesta, nadie se queja, ni exige derechos civiles.

—Los que lo hacen simplemente desaparecen. ¡Vaya usted con cuidado o aténgase a las consecuencias! Mire, vivimos a 3,500 kilómetros de la capital del país. Para todo necesitamos traerlo del otro lado: el agua potable, la electricidad, la gasolina, la comida, los muebles, las herramientas. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Cubrirnos con la bandera mexicana y morirnos de hambre? Para los mexicalenses, la frontera es la mejor oportunidad para hacer negocios. Cantú lo entendió bien: sólo cobra su parte por todas las actividades legales e ilegales. A él no le importa cómo nos ganemos la vida. Lo único que le interesa es que pagues impuestos por tu opio, tu licor, tu puta o tus apuestas.

—¿Quieres decirme que es todo un visionario el coronel?

—Cantú es un depredador: su régimen es aceitado por sueños de grandeza, ambiciones financieras, robos en despoblado y placeres innombrables. Que acabes como cadáver por las adicciones que provoca, por las violaciones que incita, por los asesinatos que impulsa, ¿a él qué? Cantú se lava las manos, se dedica a contar el dinero recabado. Nuestro coronel no es un político: es un empresario

sin escrúpulos, un triunfador compulsivo por las buenas o por las malas. Y Baja California es su gallina de oro. Para él solito.

Facundo se puso de pie.

—¿Ya vio? Me tira de la lengua y no tengo freno. Me retiro. Gracias por el almuerzo. No sólo es usted un hombre de circo sino una persona generosa. No lo olvidaré. El tío Juan le manda saludos, por cierto.

Y me entregó su tarjeta. Lo vi salir de la cantina y perderse entre la polvareda del día. Hasta que se marchó no leí su tarjeta. Decía: *Hola, Idiota. Natalia tiene algo para ti.* No pude menos que sonreír. Estos agentes secretos eran de lo mejor: vivían a tus costillas y debías agradecerles que se dignaran comer contigo.

La espía revolucionaria

La invitación de Natalia era un enigma y una oportunidad para empezar en serio mi labor de destructor de reinos anticuados, anacrónicos. Pensé en ella como una mujer hermosa, decidida, pero que bien podía ser una trampa. Sí, Natalia contaba con muchos atractivos, debo confesar que eso, su atractivo, fue lo que me llevó a obedecer su orden. Después de todo yo era un idiota, según ella. ¿Para qué contradecirla? Al día siguiente, después de vagar por la ciudad reconociendo el terreno, fui a la dirección que me diera la tal Natalia antes de entrar a trabajar. No sabía con lo que me iba a topar, pero estaba ansioso por saberlo.

La casa de la camarera era pobre, al otro lado del río Nuevo, en un barrio de casas de madera, que el viento y el sol le habían quitado cualquier rastro de pintura. Allí me esperaba Natalia, lo que me hizo aumentar la esperanza de que cumpliría sus promesas. Y al principio así fue. Antes de que me dejara pasar, se arrojó a mis brazos y me besó apasionadamente. Pero su recibimiento cambió totalmente en cuanto me dejó entrar a su casa. Sin decir palabra me hizo a un lado y me invitó a sentarme frente a una mesa desvencijada. Todo era actuación y un actor como yo no pide explicaciones: acepta su papel y sigue adelante.

—Bueno verte de nuevo, camarada —me dijo sin una gota de cariño en su voz.

Eso ya no me gustó. Conocía ese lenguaje, el de los militantes de izquierda: retórico, ampuloso, agitador.

—Soy la camarada Natalia. Del Partido de los Agraristas

Unidos, el PAU. Estoy a las órdenes del general Antonio I. Villarreal. Me pidieron que te apoyara en todo lo que necesites.

Llevaba varios días sin mujer y Natalia parecía estar esperando mis órdenes.

—No puedo despegar la vista de ti —le dije y no mentía.

—Lo que necesitas es una buena cogida, camarada —me dijo sin parpadear—. No tienes que ser zalamero, no tienes que hacerla de conquistador. Eso déjalo para las coristas del teatro México.

Sin abandonar su actitud de fiera revolucionaria, Natalia se me acercó. No dudó ni un segundo mientras caíamos en su cama. Me mantuvo la mirada mientras nos entregábamos el uno al otro, como iguales. Placer dado y placer recibido. A veces ella arriba. A veces yo. Un baile que empezó como un acostón más y terminó conmigo deslumbrado por una mujer que sabía amar para sí misma, que no necesitaba cuentos de hadas para estar con un hombre sin más propósito que el placer compartido. Quince minutos más tarde, Natalia me volteó a ver y me preguntó si ya podíamos dedicarnos a cosas importantes y no a cumplir caprichos de burgueses como yo. Ya cubiertas nuestras necesidades físicas, ambos nos levantamos y volvimos a nuestro plan: el derrocamiento del coronel Cantú.

—¿Ya lo conociste, camarada? —indagó de inmediato.

—¿A quién?

—Al coronel. ¿A quién más?

—No he tenido aún el gusto. Pero ya me topé con varios oficiales suyos. Gente muy desagradable.

Ella suspiró.

—No sabes cuánto.

—¿Te han maltratado?

—No mucho. Tú sabes cómo es ser una mujer sola en la frontera: todos quieren metértela al primer hervor. Todos creen que estás a su disposición.

Entendí que el comentario también me tocaba.

—Yo... intenté explicarme, sin encontrar las palabras justas.

Natalia se recogió el cabello alborotado.

—No te disculpes. Al menos tú eres civil. Los militares te la meten sin preguntar. Ya me han violado una docena de veces y no hay a quién acudir. Son delitos impunes. Derechos de pernada, le llaman ellos, los muy hijos de puta.

Entonces me di cuenta que tenía muchas preguntas por hacer. No sólo sobre la situación del Distrito Norte sino sobre Natalia misma. ¿Cómo una mujer como ella soportaba semejantes conductas por el bien de la causa? ¿Yo era parte de sus deberes o un simple entretenimiento? ¿Cuál forma de disciplina interior la mantenía cuerda y actuante en un lugar donde las mujeres eran mercancía de uso, ciudadanas de tercera categoría? Demasiadas interrogantes y tan poco tiempo.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le pregunté para empezar sin conflictos de por medio.

—Llevo dos meses preparando el terreno. La situación está que arde. El coronel Cantú, cuando Carranza era el presidente de México, estaba bien protegido. Un hermano suyo era uña y mugre del barbas de chivo. Por eso no le hacían nada a Cantú. Pero ahora que Carranza está muerto, pues el gobierno revolucionario quiere terminar con los caciques locales que creen estar por encima de la

constitución de 1917.

—¿Y por qué no mandan tropas y aplastan al ejército privado de nuestro querido coronel? —inquirí para dejar claro que podían prescindir de mis servicios.

—Porque Baja California está muy lejos, a 3,500 kilómetros de la capital del país y no se puede llegar por tierra, hay que cruzar el desierto de Sonora, y eso está en chino. No hay carretera. No hay ferrocarril.

—Lo sé. Pero nuestro gobierno podría pedir permiso a los gringos para pasar por el otro lado. ¿O no?

Natalia me miró como el neófito en política internacional que debía parecerle.

—Los gringos no reconocen a nuestro gobierno. Menos le van a dar paso por su territorio a tropas mexicanas. La única vez que lo hicieron fue cuando llegó el coronel a estas tierras, en el verano de 1911, y sólo lo permitieron porque venían a eliminar a los remanentes del ejército floresmagonista, que provocaban pavor, con sus ideas anarquistas y revolucionarias, a los empresarios gringos dueños del valle de Mexicali. Entonces Cantú apenas era un subordinado y no un señor feudal, como ahora lo es.

Entendí el dilema, pero como soy gente de inventiva, busqué otra solución.

—¿Y por mar? Pueden mandar tropas en barco desde Guaymas.

—Sí, pero las vería venir Cantú y las estaría esperando donde desembarcaran. Ya anduve por esos rumbos. Es difícil entrar al río Colorado. No cuenta con la profundidad necesaria para los barcos

de guerra. Y hay en la boca del río un fenómeno natural que impide entrar fácilmente a las embarcaciones. Una marejada terrible. Sólo en ciertas horas puedes entrar y de una embarcación a la vez. Para los soldados de Cantú sería como un tiro al blanco. Las pérdidas serían terribles para los que intenten desembarcar.

—¿Eso quiere decir que tú y yo haremos la faena completa de quitar a Cantú de una vez por todas?

Natalia volvió a ser la camarera coqueta que había conocido primero.

—Ya vas comprendiendo, mi amor. Las tropas revolucionarias vendrán tarde o temprano, pero por mientras sólo estamos nosotros dos para atacar desde adentro el reino de Cantú, para hacerle la vida imposible.

Y me dio un beso. En ese momento me sentí un hombre afortunado. La miré con fijeza y me percaté de nuevo que Natalia era hermosa a su manera, pero lo era más que por su físico, que también era impresionante, por su forma de vivir, por su manera de amar. La revolución empezaba a gustarme. Y mucho.

Medidas exactas

Vi la hora: faltaba menos de veinte minutos para las cuatro de la tarde. Debía marcharme a cumplir mi horario de trabajo en el teatro México.

—Y el periodista, Facundo Bernal, ¿qué flautas toca en todo esto?

Natalia se rio en mi cara.

—¿Apenas nos conocimos, camarada, y ya le salieron los celos? —me picó.

—No precisamente los celos: quiero estar seguro con quién trato. No quiero agentes dobles en este momento, cuando apenas empezamos a urdir la conjura.

—No te preocupes por Facundo. Es gente de confianza. Es sonoreense. Amigo de todos ellos: de Obregón, de la Huerta.

—¿Cuál es el mayor peligro? ¿Cantú tiene servicio secreto, asesinos entrenados?

—Para ser un simple portero sabes mucho de estas tareas clandestinas, amorcito. El mayor peligro está en dos sitios: Pablo Dato, el suegro de Cantú, el padre de su esposa Ana, es de temer. Es alemán naturalizado americano, pero hay quien dice que fue agente alemán activo durante la guerra. Pero ahora es el enlace con el ejército gringo: él es el que le consigue las armas a nuestro coronel. Tiene varias empresas que le sirven de fachada para el contrabando de armas y de licores. Es el poder detrás del trono. Dato no anda mucho por Mexicali, pero siempre sabe por dónde sopla el viento.

—¿Y el otro?

—El otro es el capitán Montaña. Adalberto Montaña. Es

el jefe de la sección de radio y transmisiones en el cuartel de aquí. Controla una red de agentes en Baja California y al otro lado. Es a este capitán al que le informan los aduaneros de cualquier sospechoso que entra a Mexicali. También tiene relaciones con los empresarios del valle Imperial, los gringos más conservadores, que no quieren que la Revolución Mexicana llegué a ser vecina de sus latifundios. Estos empresarios apoyan a Cantú porque todos ellos odian cualquier cosa que huelga a revolucionario.

—Pues tú hueles muy bonito —le dije.

—Será el sereno, pero cuídate de ambos. Son gente entrenada para ver segundas intenciones. Yo me he librado haciéndome pasar por camarera. Si me acarician el culo se los agradezco. Si me llaman a sus fiestas, allá voy con mi mejor sonrisa. Si quieren que se las mame, me pongo a hacerlo. No me ven como una persona, los muy cabrones. Me ven como un objeto de placer. Y así pasó inadvertida. Y así me entero de lo que piensan, de lo que les preocupa, de los planes que tienen para enfrentar a las tropas revolucionarias cuando lleguen.

—Pero tú me dijiste que era imposible que llegaran. Que estamos muy lejos. Que el desierto es infranqueable.

Natalia me acarició la barbilla.

—Sólo llegarán si no tenemos éxito en nuestra misión. Pero lo tendremos, ¿verdad?

La vi a los ojos y me sentí un cabrón de mierda.

Yo también la había visto sólo como un objeto de placer y no vi el riesgo que corría metida en ese berenjenal, los sacrificios personales que hacía por andar de encubierta en un reino de purititos cabrones. Natalia era nuestra Mata Hari y, en ese instante, decidí que

yo haría hasta lo imposible para que nadie la descubriera, para que pudiera vivir sin que ningún hijo de puta, incluyéndome, abusara de ella. Sabía que Natalia podía valerse sola. La prueba es que lo hizo por meses antes de que yo llegara. Pero ahora ambos éramos un equipo, una unión.

—No te preocupes —proclamé—. Lo tendremos.

—Pues, entonces, no te confíes, querido. Aquí hay muchos y muchas nalgaprontas, que si sospechan de ti irán enseguida a contarle a los militares o a la policía. Cantú les ha vendido la idea a los Estados Unidos de que el Distrito Norte de la Baja California es parte suya y a los bajacalifornianos de que son un protectorado de los Estados Unidos.

—¿Cómo los convenció de semejante patraña?

—Asustándolos con lo de la violencia revolucionaria. Él los llama bárbaros, salvajes, turba de desalmados, horda de impíos. Cantú ha dicho que Baja California es un santuario, cuando en realidad es una prisión y él es su más celoso guardián.

Le di un beso y me marché corriendo porque iba llegar tarde al trabajo. En el teatro México me cambié de ropa y esperé en la entrada. Sólo que esta vez yo era el atractivo principal. La gente me reconocía o me señalaba a los demás.

—¡Ese es el que puso orden ayer!

—Pobrecito. Tan guapo que se ve y no va a durar.

—¿Cómo se le ocurrió meterse en camisa de once varas?

—Mucho músculo y poco cerebro.

—Míralo. Tan campante. No sabe la tormenta que le va a caer.

Yo intentaba ignorarlos mientras pasaban a mi lado y se metían al teatro. La multitud fue disminuyendo poco a poco. Para las seis de la tarde me quedé solo a la entrada. Escruté la calle, sobre todo del lado del cuartel, pero no vi a nadie venir de aquel rumbo. Entonces una figura apareció: un hombre alto, panzón, que caminaba con un puro habanero en su boca. No sé por qué, pero me hizo prestarle atención. Quizá fuera su manera de caminar, de saludar a las personas con las que se topaba. Algo indefinido pero que me llevó a no perderlo de vista. El hombre alto se encaminaba al teatro. Miró el escaparate y leyó el programa del día. Luego fijó su atención en mi persona. No dijo nada por un momento. Del bolsillo de su camisa sacó una cinta métrica y sin decir palabra comenzó a medirme. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté con curiosidad.

—Midiéndote, ¿qué no ves?

—¿Para qué? —quise saber.

—Disculpa, pero es mi trabajo.

Detecté el acento: era sonoreense.

—¿Quién eres?

El tipo ni se inmutó. Anotó en un papel unos números antes de contestarme.

—Soy Rafael Corella. Para mis amigos soy el Corellón.

—¿Y yo qué soy?

—Un cliente.

Y siguió en su labor como si yo fuera un simple maniquí.

—Explícame el propósito de tus mediciones, por favor.

El tipo sacó un sobre blanco y me lo entregó. Lo abrí y vi que era una carta firmada por el teniente Fernando Rivas Me invitaba a participar en un duelo en los bajos del río Nuevo al día siguiente, a las 8 de la mañana. El muy estúpido me daba a escoger entre espada y revólver. Me sentí de nuevo como en otra época.

—¿Esto es una broma? —le pregunté al Corellón.

—Me temo que no.

—¿Y por qué haces esto?

—Ya te dije: es mi trabajo.

Esbocé una sonrisa.

—¿Y cuál es precisamente tu trabajo?

—Soy propietario de la mejor funeraria de Mexicali, La Carroza. Bueno, de la única funeraria de Mexicali. Y hago también ataúdes a mano.

Ahora sí que me reí.

—¿Los nervios? —dedujo.

—No —le dije—. El saber que me estás midiendo por si muero en este duelo de caballeros, ¿es así?

—Así es. No te enojas conmigo. Son cosas del oficio.

Volví a reírme. Parecía una obra de folletín en la que yo era un personaje secundario, que desaparecía en el primer episodio.

—¿Y tu respuesta? —indagó el dueño de la funeraria.

Leí la carta de nuevo.

—Dile al teniente Rivas que acepto.

—¿Arma?

—Revólver. Que sea Colt.

—Así se lo haré saber. ¿Algún familiar al que tenga que

informar en caso de que infortunadamente fallezcas?

—Ninguno, cabrón. No pienso fallecer mañana.

Y me metí al teatro, feliz de la vida. Tal vez porque los desafíos siempre me despertaban las ganas de vivir al máximo, de darle la contraria al que se me pusiera enfrente.

¿Un duelo en 1920? ¡Ja! ¡La mejor diversión del mundo!

El Dragón Azul

La velada, la segunda en que hacía de portero, pasó sin novedades. Bueno, con pocas novedades. Era las once de la noche y el jolgorio estaba a todo lo que daba. Tres borrachos enfadosos habían sido puestos en la calle. ¿Por qué? Porque trataron de hacer lo que se hace en privado en pleno pasillo lateral y con una corista a la que ni permiso le pidieron para meterle mano. La pobre parecía una bañista rodeada de un trío de torpes pulpos. Media hora después otro incidente: una pareja de gringos que se rompían botellas vacías en la cabeza propia. Era una competencia de lo más idiota. Esperé a que ambos terminaran inconscientes para proceder a arrastrarlos al callejón trasero y dejarlos a la buena de Dios, o mejor dicho, en manos de los ladrones que esperaban a los incautos que sacábamos en aquel sitio tenebroso.

Cerca de las doce, Don Pascual me pidió que fuera por una comida china al restaurante el Dragón Azul, que estaba en el corazón del barrio llamado La Chinesca.

—¿Y el dinero para el pago? —inquirí.

—Lo pagamos cada mes. Ellos ya saben. No te preocupes.

Me dio el rumbo y allá fui. Era una noche sin luna. Oscura más de la cuenta. Por un momento pensé que si alguien quería evitarse el duelo de mañana sólo necesitaba esperarme en una esquina y pegarme un tiro por la espalda. Pero nada ocurrió. El Dragón Azul era un local muy iluminado con ventanales donde estaban pintados dragones voladores de ese color. Adentro me esperaba un hombre viejo y una muchacha muy bonita pero que durante mi estancia en su negocio no pronunció ni una palabra.

—Vengo por una orden de comida para el teatro México.

El viejo chino me miró con cautela.

—A ti no conocerte. ¿Cómo saber quién eres?

—Yo tampoco te conozco a ti. ¿Cómo sé que eres cocinero y de los buenos?

—Con que yo lo sepa basta —dijo en tono amenazante, mientras apretaba con fuerza un cuchillo.

Para no seguir molestándolo le mostré el tatuaje que tenía en el hombro: una flor de loto. El viejo se sorprendió.

—Amigo tú. ¿Por qué no lo dijiste antes?

—No quería que se supiera, amigo. Necesito un favor.

El viejo mandó a la muchacha a la trastienda.

—El que sea. Dilo.

—Hablar con el señor Toda Luz.

Era una frase de cortesía para decir que necesitaba hablar con el jefe de la comunidad china en ese lugar.

—¿Cuándo?

Recordé el duelo que tenía que cumplir unas horas más tarde.

—Si todo sale bien, mañana, a la hora que pueda después del mediodía, pero antes de las 4 de la tarde, que trabajo. ¿Podría ser aquí mismo? No quiero que nadie se entere.

—Pasaré el mensaje, amigo. Mi nieta le avisará en su trabajo, en el Teatro México.

Y me ofreció una bolsa con galletas de la suerte, la que acepté con una amplia reverencia. Al salir ya no me pareció tan oscura la calle ni tan ominosa la ciudad. Estaba empezando a cobrar favores de hace mucho tiempo, cuando las autoridades policiacas de Hong Kong, los

Ojos Azules, me habían obligado a ocultarme en los barrios bajos de aquel puerto oriental, a vivir bajo la protección de una de las triadas: la Flor de Loto. Ahora volvía sobre mis pasos. Abrí la bolsa y saqué una galleta. La mordí y vi el papel con mi suerte. Decía: *Avanza sin detenerte pero siempre mira a tus espaldas*. Eso hice. Y apenas a tiempo. Vislumbré una sombra fugaz por el rabillo del ojo. El tipo ya había levantado el brazo. En su mano blandía una cachiporra. Le tiré la bolsa de la comida a la cara y me deslicé a un lado. Apenas logré esquivar el golpe. Le di un rodillazo en la entepierna. Mi presunto atacante puso cara de sorpresa. Le quité el gesto con un golpe en la barbilla. Mientras se derrumbaba lo agarré de la camisa y le revisé la ropa en busca de documentos. No era un militar: tenía el pelo largo y aceitoso. No encontré más pista que una caja de fósforos. De la destilería Dato. Productora de elixires. Su lema era toda una frase publicitaria: *Donde sus sueños se beben*. Vi al tipo tirado en la calle. Vi la bolsa de comida que yo llevaba desparramada en el suelo. Podía ser un buen portero, claro, pero no un buen recadero. Volví sobre mis pasos. Pero el Dragón Azul ya estaba cerrado. Mala suerte. Pero al menos descubrí algo nuevo: no era una persona invisible para los dueños del Distrito Norte de la Baja California. Era un blanco móvil.

El duelo a muerte

A Don Pascual no le gustó quedarse sin su comida china favorita. Pero entendió los peligros que me acechaban. Mandó a la taquillera, Martita, a que comprara unos tacos en el puesto de la esquina. Y me vio como si yo fuera un caso perdido.

—En unas horas vas a estar muerto o vas a ser un asesino. ¿Qué te parece semejante dilema?

Lo miré un momento como tratando de ver de qué lado estaba.

—Así son las cosas. No fui yo quien lo decidió.

—Pero tú serás quién lo resuelva de una forma u otra, ¿no es así?

Era cierto.

—Ese teniente Rivas es la persona más rencorosa que he conocido y eso que vivo rodeado de artistas que se la pasan poniéndole zancadillas a sus colegas por quítame estas pajas. Si no lo matas te perseguirá toda la vida hasta matarte. Y no creas que lo hará de frente. Es cobarde. Y esa combinación, la de cobarde y rencoroso, es letal.

—Lo sé.

—¿Y por qué estás tan tranquilo?

Contemplé la calle con su bullicio de turistas escandalosos.

—No es el primero de su clase con el que me topo.

Don Pascual guardó silencio, pero no por mucho tiempo.

—Te creí un hombre de teatro y circo. Ahora que te veo más de cerca me recuerdas más a los pistoleros del viejo oeste.

—¿Conoció alguno?

—Algunos, sí, ya viejos, ya de salida. Gente muy dura.

—No soy un pistolero —le aclaré.

—No. Ya veo. Eres la versión siglo XX de ellos.

Y se marchó a su oficina. Yo prendí un cigarrillo y miré la vida nocturna de Mexicali. Una hoguera en medio del desierto. Una turbamulta en busca de pelea. Como el teniente Fernando Rivas y sus compañeros de milicia. Laka apareció de la nada. Aulló sin perderme de vista. Entendí lo que me quería decir.

—Lo sé, amiga. La próxima vez tú me cuidas las espaldas. Te lo prometo.

Laka me escrutó con su mirada de reproche y se echó al suelo. Como diciendo: cabeza dura. Y yo sonreí sabiendo que estaba a mi lado. Unas horas después, cuando eran las siete pasadas, me dirigí al sótano, me eché agua a la cara y me dispuse a cumplir con mi tarea del día. Diez minutos antes de las ocho de la mañana me dirigí a los bajos del río Nuevo. Con Laka siguiendo mis pasos. Era una mañana luminosa, buena para morir o matar. Y yo no estaba dispuesto a lo primero. Pero no me importaba hacer lo segundo. Don Pascual tenía razón: los viejos pistoleros del oeste eran cosa del pasado. Gente como yo, por otra parte, éramos la versión modernizada de aquellos sujetos de antaño.

Caminé rumbo a los bajos del río Nuevo. No había pensado mucho en el duelo, pero al parecer la gente de Mexicali sí que estaba al tanto y no quería perderse tamaño acontecimiento. Imagínense: un espectáculo gratuito. Y, lo mejor, sangriento. ¿Quién no iba querer verlo? Empecé a caminar entre decenas de curiosos que me contemplaban como si fuera un gladiador romano entrando a la arena

para pelear a muerte, para vencer o morir. Y en realidad eso era lo que iba a hacer.

En los bajos del río, entre aguas pestilentes y montañas de basura, entre casas improvisadas e indios miserables que pedían limosna, estaban esperándome el teniente Fernando Rivas y sus padrinos, los otros dos oficiales. Me los presentaron como Obdulio Ruvalcaba y Andrés Lugo. Ambos tenientes del regimiento de caballería “Coronel Esteban Cantú”. Me sonreí al saberlo. A los Napoleones mexicanos les encanta el apadrinar ejércitos y que su nombre ondee como estandarte en el campo de batalla.

—¿Y su padrino? —preguntó el teniente Ruvalcaba.

Le señalé a Laka.

—Es madrina.

Mi mascota favorita sabía portarse con ecuanimidad en toda circunstancia. Oír disparos no la asustaba. Por el contrario, la atraía. Los tres oficiales se rieron.

—Yo seré su padrino —dijo una voz a mis espaldas.

Era Facundo Bernal.

—No te pierdes una nota roja, cabrón —le recriminó el teniente Ruvalcaba.

—Siempre es bueno estar en primera fila— le respondió, muy circunspecto, el periodista sin periódico.

Yo le agradecí su presencia con un gesto.

—Aquí están los revólveres —dijo el teniente Ruvalcaba, mientras abría un cofre en cuyo interior destellaban dos Colt 45—. Tome el que guste.

Tomé la Colt de la izquierda, faltaba más. Miré a los lados, a las laderas del barranco y vi que ya era más de un centenar de personas las que hacían de público para nuestro enfrentamiento. Un buen porcentaje eran turistas gringos que gritaban mi nombre. No entendí por qué me apoyaban hasta que vi pasar entre ellos a don Pascual dirigiendo aquella porra de borrachos trasnochados. Al otro lado se juntaban una decena de oficiales del ejército de Cantú. Ellos no gritaban. Parecía que eran los amigos del teniente Rivas que habían ido a apoyarlo. Pensaban, seguramente, que su amigo iba a castigarme por haberlo humillado en público el día anterior. Que era mejor tirador que yo. Bueno, esa era la incógnita, ¿verdad? Yo no conocía las habilidades como tirador de mi adversario. Pero el teniente Rivas, por mejor tirador que fuera, tampoco estaba enterado de las mías. Facundo Bernal se me acercó mientras yo revisaba mi pistola y las balas. No quería trucos baratos.

—Es zurdo —me dijo mi padrino—. Y a veces dispara antes de tiempo. Prevéngase.

No era novedad con esta clase de cobardes. Vi que todo estaba en orden con mi arma. Miré hacia el teniente Rivas y asentí. Uno de sus compañeros de armas, el teniente Andrés Lugo, nos pidió que nos juntáramos espalda con espalda.

Hasta entonces sentí el calor que iba ascendiendo. La brisa matutina. El polvo del desierto que se colaba por todas partes. Contemplé las montañas a lo lejos. El espejismo de la luz las hacía verse como si flotaran. Por un instante me vi inmerso en semejante espejismo. Luego recobré el sentido de la vista. Me centré en lo cercano. En el silencio que había en mi cabeza. En la calma que debía conseguir.

Un rumor se alzó de pronto. Era la multitud que gritaba, presa de un frenesí que yo no sentía.

—Diez pasos y disparan —dijo con voz agitada el oficial.

Eso hicimos: caminar diez pasos y voltearnos a ver. El teniente Fernando Rivas iba con sus mejores galas. Un soldadito de postín lleno de sueños de gloria. Levantó el arma con rapidez. Yo me incliné hacia adelante. Un viejo truco de pistolero del viejo oeste. A la distancia ese movimiento se interpreta como si te movieras de lado, pero no es así. Hace que el que dispara calculé mal, aunque sea por unos centímetros, dónde estás realmente. El teniente Rivas disparó cuando yo apenas levantaba mi arma. La bala me rozó el brazo. Sentí la quemadura y el dolor inmediato, pero los hice a un lado. Ahora era mi turno. Disparé.

Uno de los nuestros

Natalia me agarró el brazo y dejó caer un buen chorro de alcohol en mi herida. Ardió como la chingada, pero yo puse cara de imperturbable. Estábamos en los sótanos del teatro México. No estábamos solos, desgraciadamente. Nos acompañaba un buen grupo compuesto por actrices, actores, cantantes y personal del teatro, además de Facundo Bernal y varios periodistas del otro lado. Todos celebraban que seguía vivo. O eso supuse. Creo que más bien celebraban la muerte del teniente Fernando Rivas. Era la primera vez que un oficial cantuista era muerto en público y el asesino salía vivo y en brazos de una multitud entusiasta.

Mi idea de pasar inadvertido se había hecho trizas. Ahora yo era el enemigo público número uno del reino de Cantú. Pero algo comenzaba a cambiar en Mexicali. Los sueños imposibles de deshacerse de Cantú ya no eran simples sueños. Había esperanzas de cambios.

Yo las encarnaba. Eso significaba que era un blanco móvil para todos los compinches de Cantú y para todos los amigos del oficial caído en un duelo. Laka, a mis pies, vigilaba a los presentes. Un periodista joven, de anteojos redondos, me preguntó si tuve suerte o fueron los hados. Su pregunta me hizo gracia.

—Los hados, puede ser —le contesté.

Facundo Bernal me lo presentó.

—Este muchacho es Héctor González, el jefe de redacción de *La Vanguardia*, el único periódico de Mexicali.

Por el comentario supe que era una oreja de Cantú.

—¿Qué piensa de haber dejado una viuda y dos hijos pequeños huérfanos de padre, señor Calavera?

Lo miré como se mira a un provocador.

—No se le olvide que Rivas también dejó un par de queridas y varios asesinatos en su haber. El anterior portero de nuestro teatro, el señor Alarcón, fue asesinado por tan noble oficial, por si no lo sabía. Cuando haga su obituario, acuérdesese de mencionarlo. Y, por favor, dígales a sus lectores que el duelo fue organizado por el difunto. No por mí. Yo sólo acepté su invitación. Él puso el cepo y cayó en su propia trampa.

El joven reportero hizo un gesto de irritación y se fue de inmediato. Natalia me vendó la herida y me dijo que me curaría en poco tiempo. Le creí. Aunque pensaba que la mejor medicina que podría tener era ella misma. Doña Blanca bajó al sótano donde estaba y me entregó un sobre. Dentro estaba dibujada una rama de bambú.

—¿Quién trajo esto? —le pregunté.

—Una linda chinita. Dijo que su padre quería platicar contigo en la Logia China. Hoy, a las dos de la tarde.

—¿Está todavía arriba, esperando la respuesta?

Doña Blanca asintió.

—Dígale, por favor, que allí estaré.

Sentí que alguien me golpeaba exactamente donde tenía el rozón de bala. Era Natalia con ojos encendidos.

—¿Una linda chinita, cabrón?

Puse mi mejor sonrisa. Pero creo que no convencí a nadie de mi inocencia. En ese momento entró don Pascual trayendo una botella de champagne.

—Esto hay que celebrarlo —dijo mientras repartía vasos entre los asistentes.

—¿El que salí con vida? —quise saber.

—El que apostamos a tu favor y ganamos.

Lo entendí de inmediato. Los turistas gringos. Estaban, desde luego, por el espectáculo.

Y por las apuestas.

—Les dije que eras pésimo tirador —se rio don Pascual en mi cara.

—Y le creyeron —añadí.

Brindamos por los juegos de azar.

—¿Cómo sabía que no iba a perder?

—No lo sabía. Pero en cualquier caso también puse una pequeña cantidad a favor del teniente Rivas.

—¿Cuánto ganó con mi triunfo?

—Quinientos dólares.

—¿Y cómo piensa repartirlos?

Don Pascual puso cara de sorpresa fingida.

—No los voy a repartir, Calavera. Todo el dinero va para la viuda de Javier Alarcón, nuestro portero asesinado. Tú mismo lo acabas de sacar a colación. Aun estando muerto es familia nuestra, del teatro. Es lo menos que puedo hacer, que podemos hacer. ¿No crees?

Lo miré fijamente para comprobar que no me engañaba. Vi que no. Di mi consentimiento. Quinientos dólares a su familia le servirían por unos meses.

—¿Cuántos hijos dejó? —pregunté.

—Cinco hijos. El más pequeño de dos meses.

—Espero que también eso digan en *La Vanguardia*.

Todos los presentes se rieron por mi chiste. Por supuesto que nada de eso saldría. Los militares eran los héroes de la prensa oficial. Cualquiera que se les opusiera, a ellos y a sus pingües negocios, sería el villano de la película. Natalia se fue para volver al trabajo en la cantina La Mexicana. Terminada la botella de champagne la gente fue dejándome solo.

Laka se metió en un rincón a dormir. Vi que alguien había tirado unos papeles en el suelo. Los recogí para ver de qué trataban. Era *La Vanguardia*. Un número del mes de mayo dedicado a la importantísima obra del coronel Esteban Cantú, a su labor histórica. Palabras del periódico: no más.

La editorial lo decía todo:

En este número de La Vanguardia hacemos un estudio que es una novedad: el de la obra administrativa y constructiva del Coronel Cantú, el Gobernador del Distrito Norte de la Baja California; el creador del Distrito, mejor dicho, hombre entusiasta, soñador y de gran corazón; virtudes antiguas en un luchador moderno. Nadie que sepamos, había emprendido hasta ahora esta tarea, la que por supuesto, es incompleta, porque la obra del Coronel Cantú es vasta y profunda, a pesar de haber sido desarrollada en apenas cinco años y constituye además un cimiento macizo para una amplísima obra futura.

Este estudio, al publicarlo aquí, creemos hacer una obra de justicia al Coronel Cantú porque siempre se ha hablado con mucho elogio de su obra de gobierno, pero esa obra se conoce sólo fragmentariamente, nadie ha indicado antes de ahora el plan general de ella; plan que

muchos se han atrevido a negar. La lectura de ese artículo demostrará que el Coronel ha desarrollado su labor conscientemente y conforme a proyectos vastos, que primero sólo existieron en su pensamiento y que ahora empezamos a comprender los que estudiamos su obra de cerca. ¡Él es nuestro guía! ¡A él le debemos nuestra riqueza, nuestra prosperidad!

Y seguía con un elogio a la persona del coronel que haría sonrojar hasta un cortesano de Luis XVI. Me dolió más leerlo que la herida en mi brazo. Vi mi reloj y decidí que tenía dos horas para descansar antes de ir a la Logia China. Apenas puse la cabeza en la almohada y me dormí.

La Logia China

Tres minutos antes de las dos de la tarde y ya estaba frente a la Logia China, un edificio de madera en medio de la Chinesca, el barrio chino de Mexicali. Parecía que me esperaban, pues en cuanto me paré enfrente abrieron la puerta y me invitaron a entrar. Intuí que no deseaban que algún fisgón le llevara el chisme al coronel Cantú.

Afuera hacía un calor infernal y la tierra reverberaba como si el aire mismo hirviera. Adentro, el edificio contaba con un patio lleno de árboles que daban sombra. La atmósfera era más benigna, menos calurosa. Un hombre de edad y con anteojos estaba esperándome. Se presentó como Liu Ching.

—Un honor conocerlo —contesté.

Me ofreció un té helado de hierbas aromáticas. Lo acepté y, al probarlo, supe que era una bebida vigorizante. Me desperté del todo. Me sentí mejor.

—Me avisaron que deseaba platicar con la autoridad máxima de nuestra comunidad en esta ciudad.

Asentí mientras daba otro trago a la maravillosa infusión.

—Amigos mutuos han decidido tomar providencias con el gobierno actual del Distrito Norte de la Baja California y solicitan su apoyo.

—¿Qué amigos? —cuestionó mi interlocutor.

—Gubernamentales. Del sur del país.

El viejo chino sonrió para sí.

—Sus amigos parecen venir a paso de tortuga. Llevan semanas en Mazatlán. No llegarán hasta un mes más, si es que llegan.

—Cierto, vienen con todo y vienen en serio. No pueden permitirse que el coronel Cantú siga siendo un caudillo autónomo. Eso se acabó. ¿Piensa dejar que se destruya todo lo que su comunidad ha logrado en Mexicali? ¿Ha visto lo que hace la guerra a una población? Liu Ching probó con parsimonia su té helado. Dándose tiempo para responder.

—Lo he visto. En mi propio país. Estuve en 1911, en Shanghái, cuando la revolución china. Nada agradable fue ver compatriotas matando compatriotas. Sé de qué me habla.

—Si lo sabe, ¿por qué no evitar el derramamiento inútil de sangre? Creo tener una posible solución.

—Lo escucho.

—Una vez di una conferencia en un hotel de Santa Fe. Convencí a una sarta de blancos ricos de las bondades de una vida sana, en contacto con la naturaleza, donde comer carne era un camino seguro al rápido envejecimiento y a la muerte prematura. En su lugar recomendé el ejercicio diario, la comida variada y la ausencia de bebidas embriagantes. Toda la audiencia me aplaudió a rabiar. De pie. Por diez minutos. Luego me invitaron a compartir su cena: enormes platos de carne de res, cerdo y venado. Montañas de botellas de whiskey y aguardiente. Comilona de carniceros satisfechos de sí mismos. A todos ellos les valía madres mis propuestas dietéticas, mis ideas de buena salud. Sólo querían alguien que los entretuviera. Pero Liu Ching no quería diversión sino un plan factible para hacer una revolución pacífica sin que sus intereses comerciales —y los de su comunidad— fueran dañados.

—Déjeme preguntarle algo primero —dije—. ¿Cómo es

que se ustedes acabaron apoyando el régimen del coronel Cantú? En ciertos círculos políticos, dentro y fuera de México, a los chinos de Mexicali se les considera los mayores aliados de su gobierno. ¿Qué me dice a eso?

—Es una pregunta que se contesta sola: por negocios.

—Explíquemelo, por favor.

El viejo dirigente se mesó la barba.

—Estábamos en apuros en China y en los Estados Unidos. Guerras, hambrunas, persecuciones. Y no éramos necesarios para trabajar en los ferrocarriles con tantas uniones obreras, con los blancos y los negros tomando nuestros trabajos. Situación difícil, complicada.

—¿Y Cantú los invitó a su reino encantado?

—Sí. No por buena gente. Vio un negocio en el que todos ganaban, pero más él que nosotros.

—¿Qué clase de negocio?

—Primero nos contrataron para desbrozar las tierras para los campos de cultivo de la Colorado River Land Company, la empresa que el general Gray Otis y su hijo, los millonarios de California, tienen en el valle de Mexicali. Luego fuimos campesinos para cultivos y cosechas del algodón. En 1912 éramos unas decenas viviendo en esta población. Ahora cuatro de cada cinco habitantes somos chinos.

—Hay quien dice que son más de 10,000 residentes chinos sólo en esta zona del desierto.

Liu Ching se encogió de hombros.

—Cifras. Olvide las cifras. El problema es que el convenio secreto que firmamos con el coronel nos hizo prácticamente sus esclavos.

—¿No lo han tratado de cambiar de alguna forma?

El viejo chino se frotó las manos.

—Lo intentamos. Pero sólo recibimos amenazas. Nosotros tendremos los números a nuestro favor, pero la gente de Cantú tiene las armas. Podrían acabar con nosotros en un solo día. Y con la mano en la cintura.

Bebí un poco más de té y vi las oportunidades que se abrían a mi plan.

—Por lo que me dice, honorable, ¿estarían dispuestos a quitarse ese yugo si hubiera un cambio de gobierno?

—Si hay ganancia, ¿por qué no?

Acerqué mi silla para hablar en voz baja y que ninguno de los sirvientes de Xiu Ching oyera mi propuesta.

El líder chino me escuchó en silencio. Sin hacer comentarios. Luego me miró con miedo.

—Es una apuesta muy riesgosa, señor Calavera.

—Lo es. Pero puede darnos el control total del Distrito Norte de la Baja California —le respondí—. Y excavar es algo que ustedes saben hacer incluso con los ojos cerrados.

—Ya veo: usted quiere involucrarnos de una manera que si aceptamos su idea, que si accedemos en lo que nos pide, no habrá vuelta atrás.

—Así es. Pero yo he trabajado antes con ustedes y sé que pueden hacerlo. Son capaces de eso y más. Y la recompensa será enorme: tendrán la sartén por el mango en esta parte del país.

El viejo se echó atrás en su sillón y cerró los ojos. No lo observé nervioso. Pero tampoco lo vi muy convencido de mi plan.

—Digamos que aceptamos su propuesta. ¿Cuándo comenzaríamos la excavación?

—¿Cuál es el edificio más cercano a nuestro blanco principal?

—pregunté—. Hablo de uno que no se use.

—La panadería Selecta. Están remodelándola. Se encuentra a treinta metros de distancia del muro exterior.

—¿Cuánto tiempo requieren para completar la obra?

—Haríamos un trabajo sólo de día, cuando hay menos personal, para que no sientan los estremecimientos. Dos semanas máximo. Diez días, si todo va bien.

Me pareció un tiempo razonable.

—¿Eso quiere decir que le entran a mi plan?

Liu Ching me sonrió.

—El que no arriesga no gana, señor Calavera. Pero debemos aclarar algo: si obtiene su cambio anhelado, queremos garantías de que serán respetados los acuerdos que tenemos con el coronel. Nos quedaremos con lo ganado hasta que todo se aclare. Nuestro interés primordial es asegurarnos de que no habrá persecuciones contra nuestros compatriotas. Le recuerdo que la fama de los sonorenses pesa en su contra: les encanta levantar la bandera nacionalista y ponernos a nosotros, los chinos, como los malos para poder quitarnos nuestros negocios, para apoderarse de nuestras ganancias. Eso no ocurrirá aquí. ¿Aceptado?

—Aceptado. Una pregunta: ¿cuánto les cobra de “impuestos” por cada negocio que ponen?

—Diez mil dólares en 1914, cuando todo esto empezó. Ahora nos cobra 20 mil dólares. Y no podemos defendernos. Es una

extorsión masiva. Y todo va a los bolsillos de don Pablo Dato, el suegro de Cantú. Él es el que mueve los dineros, las estafas, las apuestas, los negocios ilegales.

Recordé al tipo del callejón que intentó golpearme.

—Ese Pablo Dato, ¿cuenta con guardias blancas?

—Habla de golpeadores. Sí. Cuenta con una pandilla. Hombres que se dedicaban al contrabando de ganado antes de 1911 y que el coronel Cantú utilizó contra los revolucionarios floresmagonistas al darles autoridad, al convertirlos en policías rurales a su servicio. Son gente indeseable. Les llaman los Mochaorejas, porque tienen esa fama: coleccionan, como los caníbales, partes corporales de sus enemigos muertos. Orejas, sobre todo. Le recomiendo que no se meta en su camino. Son salvajes y tienen carta blanca para cometer toda clase de fechorías. Los maneja Pablo Dato, el suegro de Cantú, pero su jefe es un abigeo llamado Loreto Apodaca. Lo reconocerá por una cicatriz que le atraviesa la frente.

—Gracias por la advertencia.

Liu Ching asintió.

—Me dicen que cuenta con la protección de la Flor de Loto.

—Tuve la fortuna de convivir con la honorable tríada en un viaje que hice por su nación.

—Y la protección la tiene también con nosotros. Pero trate de no matar más oficiales del ejército del coronel.

—Lo intentaré, se lo aseguro.

Nos estrechamos la mano. Cuando regresé al teatro México ya casi eran las cuatro de la tarde. Doña Blanca Ortega me miró llegar y meneó la cabeza.

—El que sea famoso no le quita obligaciones, señor Calavera. Cámbiese de ropa y vaya a su puesto.

El deber llamaba. El trabajo a cumplir. Pero por un momento sentí que al fin estaba avanzando en mi tarea. Veinte días no era mucho tiempo. Para entonces ya debía unir fuerzas con otros grupos antagónicos al coronel Cantú. Para entonces ya debía tener listo el plan perfecto para expulsar a nuestro querido militar del Distrito Norte de la Baja California. Sólo necesitaba impedir que me mataran. Encontrar una forma de poner a los aliados de Cantú uno contra otros. Y que los mexicalenses dejaran de ver al coronel como la divina gracia y comprendieran el tirano que realmente era. Cosas sencillas de llevar a cabo. Laka me vio y aulló al verme tan feliz. Sabía que cada vez que levantaba sueños de esa magnitud, una calamidad se nos venía encima. Laka siempre ha sido más lista que yo. Y más realista en cuanto a los planes a futuro. Yo miré la avenida Porfirio Díaz y sonreí. Los astros se estaban acomodando a mi favor. Lo importante es que mi plan comenzaba a contar con cómplices de peso, con una comunidad china que ya quería emanciparse, ser respetada, tener su sitio en el banquete de las riquezas fronterizas. Y yo estaba dispuesto a ayudarles para que esa quimera fuera posible, para que los hijos del Asia lejana obtuvieran el poder que se gana con el sudor en la frente, con el trabajo sin pausa y bien hecho.

La viuda de Martínez

Natalia me esperaba en su casa. Así que saliendo del trabajo fui a visitarla. No quiso arrumacos de ninguna clase.

—¿Cómo haces una revolución, Calavera?

Me acerqué de nuevo, intentando abrazarla, pero ella me detuvo.

—¡Contéstame!

Estaba en su papel de revolucionaria para quien primero era el deber y luego el placer.

—No sé, Natalia, repartiendo tierras, quitando impuestos, dando oportunidad a que todos prosperaran y no sólo el grupito en el poder.

Natalia me examinó con una mirada de aprobación.

—No está mal, Calavera. ¿No has pensado postularte para gobernador de Baja California?

Me reí sólo de pensarlo.

—¿Cuándo has visto que un hombre de la farándula lo dejen llegar a la cima del poder?

—La revolución hace milagros —me reviró la camarada.

—No de esa clase. Tú bien lo sabes.

Natalia se carcajeó. Tenía una risa franca, llena de júbilo escondido.

—Ya llegará tu turno, Calavera.

La acerqué conmigo. Le empecé a quitar la ropa y pronto ya estaba besándole los pechos, los pezones, el ombligo. Mi turno estaba llegando, no cabía duda. Pude ver que mis tácticas circenses hacían

mella en su espíritu revolucionario.

—Más abajo, Calaverita de azúcar, ¡más!

Yo obedecí sin decir palabra. Estaba demasiado ocupado para contestarle. Media hora más tarde ambos nos vestimos como dos amantes de toda la vida.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—Ven conmigo —me ordenó.

Y allá fuimos. De Natalia esperaba todo menos al lugar que me llevaba: una tienda de ropa.

—Ya estoy harta de verte con las mismas garras —dijo como única explicación.

—No gano mucho —me defendí.

—Ganas lo suficiente como para vestir como todos —fue su brusca respuesta.

Y en un dos por tres, antes de que pudiera defenderme, terminé con nueva camisa, pantalón, sombrero y botas vaqueras. Cuando salimos de la tienda hasta yo mismo me sentía otro. Natalia me tomó del brazo como si fuéramos dos tórtolos enamorados. Entendí su estrategia.

De eso se trataba. Que el hombre fuerte del circo se convirtiera en un hombre amoroso. A la vista de todos. Que a los mexicalenses se les fuera quitando la imagen de alguien que mata y vieran otras facetas más: más agradables, más simpáticas. Natalia parecía feliz a mi lado y, a pesar de que yo reconocía que todo era una actuación para nuestros enemigos, empezaba a gustarme andar con ella a la vista de todos, tomarla de la cintura, sentirla como mi mujer. En un puesto de helados compramos unos conos con nieve. Ella de vainilla y yo de chocolate.

Éramos, a todas luces, gente normal y corriente, disfrutando nuestra mutua compañía.

—¿A qué se debe todo esto? ¿Ya somos novios oficiales? ¿Ya tengo la aprobación de tus padres? —le pregunté.

Natalia hizo un mohín de dama en apuros.

—Es hora de visitas, amorcito —me respondió.

Y atravesamos las vías del ferrocarril para internarnos en lo que descubrí, molesto, eran los bajos del río Nuevo.

—¿Me llevas a un duelo? —inquirí.

Natalia no me hizo caso.

—En cierto modo, sí, te llevo a un duelo muy hondo.

Y seguimos bajando hacia un montón de casuchas que se sostenían en las laderas del barranco.

—Y estos cuchitriles mugrientos, ¿qué son? —pregunté mientras bajábamos por senderos llenos de piedras y basura.

Natalia me respondió sin aminorar el paso.

—Son donde viven las familias de los trabajadores que construyen los edificios públicos de Mexicali.

—No veo la prosperidad que tanto pregona el coronel.

—La mano de obra barata en el campo es china. Aquí, en la ciudad, es mexicana. Y se le explota al máximo. Con salarios de mierda y eso cuando hay salarios. Muchos trabajadores son gente recién llegada que es detenida por la policía y puesta a trabajar para obtener su libertad.

—Trabajos forzados y esclavitud laboral. Cada día encuentro más atractivos al régimen de Cantú. ¿Algo más?

—Las tiendas de raya proliferan como en los tiempos de don

Porfirio. Nuestro coronel no tiene ideas propias. Sólo quiere preservar el sistema de antes.

—¿Las ganas de joder a los jodidos y de premiar a los inversionistas extranjeros?

Natalia detuvo su descenso y me hizo contemplar el fondo del barranco, con sus aguas estancadas, sus casas hechizas y su olor a excremento.

—Es la otra cara de la postal para turistas que Cantú le vende al resto del mundo. Lo que esconden los oropeles de su administración, tan eficaz como injusta.

Entramos en aquella villa de miseria y pronto Natalia tocó la puerta de una casucha levantada con desperdicios y madera podrida. Nos abrió una mujer de rostro ajado, flaca, mal nutrida.

—Otilia, soy yo, Natalia. ¿Me recuerdas?

La mujer abrió los ojos al reconocer a Natalia.

—Sí, claro, amiga, hace mucho que no venías a visitarme.

—Pues aquí estoy y te traigo a un amigo, Ray Calavera. ¿Podemos pasar?

La mujer se hizo a un lado y nos dejó entrar a su pobre hogar. Pero sólo era pobre en lujos, pues el piso estaba lleno de alteros de libros. Tomé uno y leí que era un manual de agricultura.

Otro era una historia de la revolución francesa. Uno más y sostuve una biografía de Simón Bolívar. El que más me sorprendió fue una edición completa de la Constitución de los Estados Unidos de América. Aquella casa era toda una biblioteca de ciencias y política. La de un lector al tanto del mundo. Otilia nos invitó a sentarnos en unas sillas desvencijadas, que crujían peligrosamente.

—Bueno verte, Natalia. Ahora casi nadie me visita.

—¿Cómo estás?

—Mal. No hay trabajo para alguien como yo. Soy una apestada en este pueblo de rencores.

—¿De qué vives?

—De la caridad de mis vecinos. Trato de ser útil. Les cuido a los plebes cuando se van a trabajar y ellos me dan algo de comida, a veces unas monedas. Pero un trabajo bien, no me lo permiten las autoridades. Cada vez que pido uno, los comerciantes ven un papel con sello del régimen y descubren quién soy.

Natalia se quedó pasmada.

—¿Hay una lista negra circulando en Mexicali?

—Así es. Y en ella está mi nombre.

—¿Por qué? —quise saber.

—Por mi difunto marido, señor Calavera, mi amado Iván Martínez.

Y Otilia bajo la voz, como tratando de que sus palabras no fueran escuchadas excepto por nosotros.

—¿Su esposo hizo algo contra el gobierno del coronel Esteban Cantú? —pregunté.

—Sólo dijo la verdad y así le fue.

Y empezó a llorar. Natalia se levantó y fue a la puerta de entrada, la abrió unos centímetros y atisbó la calle. Cuando se dio por satisfecha, volvió a cerrarla.

—No hay nadie cerca, Otilia. Cuéntale al señor Calavera lo que pasó con tu esposo. Necesita saberlo para que entienda la situación en que estamos.

Otilia se secó las lágrimas con un pañuelo sucio.

—No hay mucho que contar: él era empleado de gobierno, escribiente, de los que transcriben papeles o hacen copias de documentos oficiales, de contratos, de pagos a proveedores. Por sus manos pasaron muchas cuentas chuecas, muchas pillerías del gobierno, muchos latrocinios a favor de unos cuantos privilegiados. Un hombre como mi Iván no podía quedarse callado y más cuando él se sentía un revolucionario, un mexicano honesto, honorable. Le comentó el asunto a su compadre, Ignacio Solís, que era vendedor de aceite gringo, y éste le dijo que hiciera un informe con todo lo que sabía y que se lo mandara directamente al presidente Venustiano Carranza.

—¿Cuándo fue eso? —quise saber.

—Hace dos años.

—¿Y qué pasó?

—Que el tonto de mi marido se puso a hacer el mentado informe. Tardó como seis meses en redactarlo a mano y luego, cuando ya lo tuvo, Solís y él lo mandaron por correo por Calexico, por el otro lado, para que nadie lo interceptara. Porque acá toda la correspondencia que llega o se manda los esbirros de Cantú la abren para ver si hay alguien hablando mal de su estimado jefe o de su régimen.

—¿Llegó a destino?

La viuda me miró con ojos de tragedia.

—Sí. Llegó. Pero el presidente Carranza no hizo nada. Y eso no fue lo peor: alguien de su gobierno le pasó el chisme a Cantú y vinieron por mi marido y se lo llevaron al cuartel.

Ahora veía el sufrimiento que cargaba aquella mujer tan frágil y a la vez tan fuerte.

—Lo golpearon, lo torturaron, le rompieron los huesos, lo dejaron como un santo Cristo, a mi pobre Iván. Pero él aguantó como los héroes.

—¿Y Solís?

—Tuvo la suerte de estar al otro lado cuando se enteró de que lo andaba buscando la soldadesca de Cantú. Desde entonces no ha vuelto a poner pie en México.

Natalia la abrazó.

—No sé cómo has soportado tanto. Yo me hubiera largado de Mexicali.

—Aquí estaré hasta que salga Cantú y sus asesinos, hasta que sepa dónde está enterrado mi marido.

—Entonces lo mataron al final.

Otilia levantó sus ojos y me miró con desesperada agonía.

—No sé qué le sucedió. Eso es lo peor. Un día me avisaron que se lo llevarían al puerto de Ensenada, en una cadena de presos, porque desde ese puerto lo trasladarían a la ciudad de México para que lo juzgaran por corrupción. Porque los malditos corruptos que él destapó ahora lo acusaban de lo que mi Iván jamás habría hecho: enriquecerse a costillas del pueblo. Así que fui corriendo al cuartel y lo vi salir a pie, encadenado, todo un fantasma de lo que había sido. Ni los soldados, por más que quisieron, me impidieron abrazarlo y besarlo. Él sólo me dijo: “Sé fuerte. Sé fuerte”. Y por eso no me he venido abajo. Porque se lo prometí.

—¿Cómo lo mataron?

Otilia se abrazó a sí misma. Cerró los ojos.

—Dicen que fue ley fuga. Que es la manera que tiene Cantú de eliminar a sus enemigos fuera de la vista de la ciudadanía. A los presos políticos los meten a la cárcel, los juzgan a puerta cerrada y luego los sacan de Mexicali para llevárselos a Ensenada y en cuanto salen a despoblado, los soldados que los custodian los matan sin aviso, los entierran en el desierto y asunto acabado. Eso creo fue lo que hicieron con mi esposo. Nunca llegó a Ensenada. En realidad, nadie llegó de aquella cadena de presos. Eran ocho y nunca yo o sus familiares volvimos a saber algo de ellos.

—¿Cada cuándo salen de Mexicali esas cadenas?

—Al menos hay una cada mes. A veces hay una cada semana. En últimas fechas se han multiplicado. Cada vez hay más opositores al gobierno.

—¿Y la gente no protesta?

—Cuando llegan las noticias es que han pasado semanas. Muchos parientes o amigos van hasta Ensenada y allá les dicen que ya los embarcaron y que van rumbo a Mazatlán o Acapulco. Y como son tan malas las comunicaciones con el centro del país, al final no sabes realmente qué les pasó o dónde desaparecieron. Yo, por las indagaciones que he realizado, sé con certeza que los matan en la Laguna Salada o en las inmediaciones de la sierra de la Rumorosa. ¿Y saben por qué lo sé? Porque los soldados se regresan al cuartel al tercer día. Llegan de noche, para que no los advierta la población. No viajan hasta Ensenada. Sólo hacen la pantomima.

Natalia se levantó y dijo que volvía en unos minutos.

—¿A dónde vas? —le preguntó la viuda.

—De compras —dijo y se fue sin dar más explicaciones.

Otilia sólo movió la cabeza.

—Esa novia tuya es cosa seria —dijo.

—Pero tiene sus momentos divertidos —contesté.

La viuda me sonrió y por primera vez sentí que confiaba en mí.

—El informe, ¿aún lo tiene? ¿Puedo leerlo?

Otilia respingó. Bajó la mirada.

—Claro. Pero está oculto. Cuando vinieron por Iván esculcaron toda la casa. Pero no dieron con él.

Y me señaló la pared a su espalda.

—Mira entre los intersticios de la madera. A mi izquierda. Como a medio metro de altura. Entre dos tablones grandes.

Eso hice. Entre los tablones que la viuda me había indicado había un espacio diminuto. Metí la mano con cuidado y toqué algo. Lo saqué poco a poco hasta que tuve entre mis manos unos papeles enrollados. Eran cuatro hojas de papel de china con una letra manuscrita legible.

Aplané los papeles lo mejor que pude y leí:

Señor Venustiano Carranza

Presidente Constitucional de la República Mexicana

Enviamos a usted este informe porque, como revolucionarios mexicanos, no podemos permanecer callados ante los hechos que están ocurriendo en el Distrito Norte de la Baja California bajo el gobierno del coronel Esteban Cantú, un hombre que odia a la Revolución Mexicana y que

conspira en su contra. Sé que estamos muy lejos de la ciudad de México, pero creo que es nuestro sagrado deber dar a conocer la situación que prevalece en esta región del país para que usted atienda nuestras peticiones de remover a este dictador.

Vivimos en Mexicali un reino de terror y corrupción como no se veía en mucho tiempo. Sólo para darle una idea de lo que aquí sucede, le diremos que Esteban Cantú, para hacer creer al pueblo ignorante y a los extranjeros que hace mejoras, mandó construir una escuela en la que, según notas del presidente municipal, Francisco Bórquez, y que está en perfecta combinación con Cantú para robar, gastó en ella cincuenta y ocho mil dólares, estando nosotros seguros que no vale ni ocho mil dólares, habiéndose embolsado Cantú y Bórquez el resto. No saciada la sed de oro que tienen Cantú y los científicos que lo rodean, al suprimir aparentemente los fumaderos de opio, por instancias de las autoridades americanas, los abren clandestinamente mediante pagos que hacen los dueños de tales fumaderos de opio tanto al padre de Cantú, como al presidente municipal Francisco Bórquez, como al secretario Lelevier y a Manuel L. Luján, secretario de Cantú, recibiendo estos individuos, según nos consta por comprobantes secretos que extienden a los chinos, más de siete mil dólares mensuales.

Desde hace más de cuatro años que se ha impuesto al pobre pueblo trabajador una Contribución personal, o sea cápita, de dos dólares mensuales por persona, bajo el pretexto de emplearlos en instrucción pública y beneficencia pública, cuya contribución es muy dura para el pueblo trabajador que tiene que disminuir su pan, haciendo que el municipio de aquí reciba más de diez mil dólares mensuales de puras contribuciones personales, de las cuales no se gastan ni mil mensual y le

dan salida a todo lo que se recauda, embolsándose entre dicho presidente municipal Francisco Bórquez, Cantú y el secretario del ayuntamiento Ambrosio Lelevier, por más de seis mil dólares mensuales. Esto es otra infamia muy grande a costa del pobre pueblo que se muere trabajando en estos soles tan terribles. Señor, esta llamada contribución personal ni en tiempos de la odiosa dictadura se nos impuso y menos al solo pueblo trabajador, pues los empleados y consentidos del gobierno de Cantú ninguno la paga. Se asemeja esto a la cápita que ponen los emperadores y los reyes.

—¿Qué le parece?

Levanté la vista para mirar a la viuda.

—Un informe muy completo. Devastador, diría yo. No entiendo cómo el presidente Carranza no tomó cartas en el asunto.

Otilia resopló ante mi comentario.

—Cantú no sería revolucionario, pero era el protegido del barbas de chivo. Estoy segura que había un acuerdo entre ellos de cubrirse las espaldas: Carranza dejaba hacer al coronel y éste no se ponía a la cabeza de la contrarrevolución.

Volví al informe. Era un texto valiente. Escrito desde la indignación ciudadana. Legítimo en su deseo de cambiar las cosas para bien. Lleno de datos sólidos, de acusaciones impresionantes. Era como entrar a las entrañas de una bestia hambrienta de dólares, de poder, de saña:

Desde hace más de cuatro años estamos sufriendo la más espantosa de las tiranías bajo el ominoso y corrupto dominio de Esteban Cantú y los ex

federales, que poco a poco se han ido reconcentrando en esta abandonada región de la querida Patria. Todos los días se abren más y más centros de corrupción, como garitos, tabernas, fumaderos de opio o lupanares en todo este Distrito, que han convertido a esta tierra en asilo de degenerados, criminales y los más asquerosos viciosos. Los malvados ex federales, Cantú y sus empleados han asegurado a todo el comercio que lucra en vicios que nada teman, pues usted nunca podrá mandar fuerzas a este lugar, lo cual nos ha hecho entristecernos. Pues usted, señor Carranza, con su larga experiencia y sus conocimientos, sabe que mientras los ex federales estén armados son capaces de traicionar a su misma patria como ahora la están traicionando aquí, pues se dice con insistencia que Cantú ha celebrado ciertos convenios de unión con los Estados Unidos para en caso de que haya guerra entre México y dicho país. Además, el suegro de Cantú, el señor Dato, que es americano, candorosamente ha asegurado que aquí no habrá guerra y se conservará neutral y bajo la protección de los Estados Unidos. Cantú constantemente se está rodeando de ex federales que vienen buyendo, y ha aumentado su fuerza de puros ex federales asesinos a cerca de 800 hombres, que no tienen más trabajo que beber, jugar y andar en la crápula y el vicio. Cantú se acompaña de eternos y acérrimos enemigos del constitucionalismo, que habían cometido numerosas tropelías e infamias cuando sirvieron durante la dictadura porfirista y la usurpación huertista. Varios de ellos influyeron, desde sus puestos diplomáticos o del poder judicial, para que se fusilaran a muchos de nuestros correligionarios constitucionalistas. Por eso le pedimos que se compadezca de este pobre pueblo y de las inocentes criaturas que están creciendo en esta atmósfera de corrupción y de infamia y dignese, señor, concedernos la gracia de mandarnos siquiera unos mil hombres que

vengan a libertarnos de esta opresión tan infame, cuanto antes, pues esté seguro, señor, que al ver que manda usted gente, huirán Cantú y sus soldados viciosos.

Atentamente

Iván Martínez e Ignacio Solís

Revolucionarios constitucionalistas

Mexicali, capital del Distrito Norte de la Baja California

Junio 12 de 1918

Volví a enrollar los papeles y los metí en el sitio donde los escondía la viuda. Justo en ese momento regresó Natalia con una bolsa llena de panes, quesos y carnes frías.

—Es todo lo que pude encontrar —dijo.

Y desparramó en la mesa su contenido.

—No te hubieras molestado —aseveró Otilia, quien luchaba entre ponerse a comer y mantener los buenos modales.

—Nosotros ya comimos —dije.

—Así es— me apoyó Natalia—. Todo esto es sólo para ti.

—Una cosa más —quise saber—. ¿Hay alguien más como su marido? Digo, gente honesta, que daría batalla contra el régimen.

—Vayan a Calexico y pregúntenle a Ignacio Solís. Ahora que ya no puede pasar a México, Nachito trabaja en la Imperial Hardware Store, en la sección de armería. Él puede decirles mejor que yo si hay otros dispuestos a poner en riesgo sus vidas por la causa revolucionaria.

Un minuto más tarde ya estábamos en la calle y subiendo la

ladera. En silencio. Aún conmovidos por el testimonio de Otilia viuda de Martínez.

—No sé cómo sigue viviendo entre nosotros. Nadie la apoyó cuando al Iván lo metieron en la cárcel.

Observé a Natalia. Algo furioso, furibundo, agitaba su ánimo.

—Debemos pasar al otro lado —dije.

—Lo sé. Pero eso será hasta mañana.

Miré la hora. Era cierto. Ambos teníamos que ganarnos la vida. Ambos teníamos trabajo por hacer.

Gente de teatro

Escuché el pitido característico antes de ver el tren que, con extrema parsimonia, cruzaba Mexicali. Mientras los vagones pasaban uno por uno, interrumpiendo por completo el tráfico de la ciudad, pude entender mejor cómo era que Cantú protegía su reino. Las vías del tren y el ferrocarril mismo eran espacios intocables para las fuerzas militares, civiles y policiacas de su administración. Claro que podían subirse a los vagones para bajar a los compatriotas que buscaban pasar a los Estados Unidos, escondidos en ellos, pero jamás se metían con los productos y mercancías que transportaban en cajas y sacos con nombres en inglés. El ferrocarril Intercalifornia era un embajador rodante de los americanos y tenía inmunidad diplomática a la vista de todos. Transportaba granos, pacas de algodón, armamento o dinero y nadie lo inspeccionaba, excepto cuando cruzaba al otro lado y las autoridades de California hacían esa labor.

Al pasar el tren me quedé viendo cómo toda la actividad vial se reanudaba. La ciudad partida a la mitad volvía a ser una sola. Yo también me apresuré a seguir mi camino. Cantú podía ser implacable con su propia gente, pero ponía mucho cuidado en no tocarle los huevos a las empresas ferrocarrileras y agrícolas de capital extranjero. Tal vez, por ello, estas empresas también contribuían a su gobierno transportando armas y municiones para defenderlo de los odiosos revolucionarios.

Empresarios gringos y militares cantuistas se rascaban la espalda unos a otros. Quizá ahí estaba la trampa. El coronel esperaba que los revolucionarios, cuando llegaran al Distrito Norte, se

comportaran como revolucionarios en plan expropiatorio o, peor, que hicieran explotar las vías del tren. En cualquier caso, los Estados Unidos intervendrían protegiendo los intereses de sus empresas en la región, yendo al rescate de las vías que estaban en México, pero que eran territorio de nuestros vecinos del norte. O, por lo menos, eso creían ellos porque así se los aseguraba el propio Cantú.

Pensando en esos hechos y sus consecuencias para el gobierno mexicano, volví sobre mis pasos y me dirigí a la estación del ferrocarril. El tren pocas veces se detenía en ella, pero hoy eso exactamente estaba haciendo. Observé que recibía una carga de animales de engorda.

—¿Para dónde van? —pregunté.

—Para el matadero de Los Ángeles —me contestó uno de los estibadores.

Me fijé en la marca que ostentaban aquellas reses bien nutridas. Era una doble D.

—¿A qué rancho pertenecen?

—Al de los Dato.

—¿Los Dato? ¿Pues cuántos son?

—El rancho de Don Pablo, el suegro de Cantú, y de sus hijos. Ellos tienen los mejores ejemplares.

Los contactos comerciales y empresariales de Cantú y su familia política eran su mejor escudo, su primera línea de defensa. Entre la imagen de bandoleros y forajidos con cananas, que los revolucionarios mexicanos habían adquirido de tanto dejarse fotografiar y tomar películas, y la visión del régimen de Cantú, formado por gente atildada, seria, que cumple sus compromisos, los estadounidenses no vacilarían en apoyar a estos últimos. El coronel

sabía jugar bien sus cartas. Mostrar sólo lo que quería que los demás vieran de su gobierno. Para los mexicanos la cara de patriota sin mácula. Para los extranjeros, la cara de socio confiable. El tren partió con un nuevo pitido y yo también hice lo mismo.

En el teatro México me encontré con una figura conocida que, junto con dos personas más, estaba colocando un aparato enorme y complicado en el segundo piso. El aparato con el que el trío batallaba era un proyector de cine. La figura conocida era, nada más ni nada menos, que Don Rafael Corella, el Corellón, empresario de pompas fúnebres.

—Gusto en verlo de nuevo —le dije mientras le daba una palmada en la espalda.

—Lo mismo quisiera decir. Pero ahora tengo un ataúd a su medida, que no he podido vender.

Me reí ante su comentario.

—Cóbreselo al teniente Fernando Rivas, que en paz descansa.

—Lo intenté, pero me corrieron del cuartel cuando quise hacerlo.

Cambié de conversación antes de que Don Rafael pretendiera cobrarme un ataúd no usado.

—¿Qué hace con ese proyector?

Corella miró el aparato con una mirada de orgullo.

—Estoy a punto de meterme en un nuevo negocio y voy a probarlo primero en cabeza ajena. Don Pascual me pidió que renovara las diversiones de su teatro y le propuse que tuviera matinés de películas para niños.

—¿No le da lo suficiente los muertos que esta población le

ofrece?

El Corellón me miró con cuidado y me llevó a un rincón, para que los obreros a su cargo no nos escucharan.

—Usted, señor Calavera, está tentando mucho a su suerte. Mi funeraria apenas da para comer porque buena parte de los muertos no se entierran en el panteón local sino en descampado. ¿Entiende lo que le digo? No quisiera que usted terminara con los huesos sueltos y como polvo en el desierto.

Algo me dijo que aquel hombre era un buen elemento para mi causa.

—Yo desearía —escogí muy bien mis palabras, que esos actos terminaran lo más pronto posible. Pero yo solo no puedo contra todos.

Don Rafael me sonrió.

—Mucha gente está al tanto de lo que ha hecho, señor Calavera. Y muchos, como yo, esperamos apoyarlo cuando llegue el momento.

—¿Cómo pueden?

—Podemos traer lo que necesite del otro lado. Tengo un almacén en El Centro, California, a veinte millas de la frontera. A veces transporto mexicanos muertos en los Estados Unidos que quieren ser enterrados en México. A veces no sólo va en el ataúd el cadáver. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Entendí la propuesta. Armas de contrabando.

—¿Y el costo?

—Sin costo. Por ser usted.

—¿Puedo saber el motivo de tanta generosidad?

El Corellón se la tomó a risa.

—Ya me cobraré con sus amigos, que también son los míos.

—¿De quiénes habla?

—De un amigo mío que me avisó que ya viene para el norte, de visita de cortesía.

Pensé en la expedición punitiva contra Cantú. La que llevaba la autoridad del gobierno mexicano de Don Adolfo de la Huerta. Debía contactar con Juan Preciado y poner mis planes en Mexicali unidos a los planes que se estaban llevando a cabo fuera de la región. Era hora de coordinarnos si queríamos que todo esto funcionara a la perfección. Cantú, al menos así yo lo pensaba, no era un suicida. Iba a negociar, si se veía contra las cuerdas. Iba a poner pies en polvorosa si las apuestas estaban en su contra. Ese era mi trabajo: que el tablero del juego dejara de ser suyo. Que pasara a mis manos.

—¿Cuándo sus amigos van a presentarse en estas lejanías?

—quise saber.

La sonrisa taimada de don Rafael fue reveladora.

—No hay fechas todavía. Pero hay una avanzada al otro lado del río Colorado, en Sonora. Su jefe es de su raza, Calavera.

—¿De mi raza? ¿Qué quiere decir con eso?

—Es un actor, un cómico, un hombre de teatro.

—Debo conocerlo. ¿Quién es?

—Adolfo Wilhelmy. Sería bueno que se diera una vuelta por Yuma. El viernes próximo. Vaya a la iglesia del Nazareno, en la calle Primera. Siéntese en la fila de más atrás. Puede ir de pic-nic con su noviecita santa, la Natalia.

—Allá estaré.

Ambos nos separamos para seguir con nuestras respectivas rutinas. Wilhelmy, el Adolfito. Vaya que si lo conocía. Era de familia de actores de abolengo. De comedia, opereta y vodevil. Alguna vez lo vi actuar en El Paso, Texas. Hacía del niño mimado que se aventaba unos berrinches de antología. Y que siempre andaba pidiendo teta a las mujeres que se le cruzaban por el escenario. Era hilarante, procaz, uno de los nuestros. No sabía que ahora andaba de agente secreto de los sonorenses. Era una buena noticia. Y un paseo campestre por Yuma con Natalia sería una diversión bastante apetecible.

Con la nueva ropa que llevaba me dispuse a cuidar las puertas del teatro México. Laka salió de un rincón, me miró un momento y se largó a perseguir los perros del vecindario, que para ahora ya le tenían pavor. Doña Blanca hizo su acto de siempre: se me apareció sin que pudiera detectar de dónde venía.

—Muy andariego nos ha salido, señor Calavera.

—Ando conociendo su pueblo, señora.

—¿Y qué le ha parecido?

Contemplé los edificios que nos rodeaban, el parque, la escuela de dos pisos, las cantinas y hoteles, la actividad creciente a pesar de que los rayos del sol caían a plomo.

—Para tener el clima infernal que tiene hay un espíritu de trabajo envidiable.

—A mí me gusta porque siempre llega gente nueva. Todos los días me encuentro con personas de todas partes del país, del mundo. Eso me entretiene. Casi diría que me gusta. Aunque algunos de esos recién llegados sean gente rara, con aspecto de facinerosos como usted.

Sólo entonces me recorrió de los pies a la cabeza.

—Perdón. Retiro mi comentario. ¿Estoy viendo visiones o se ha comprado ropa nueva?

—Lo segundo.

—Veo una mano sutil de mujer en su cambio de ropaje. ¿Me equivoco?

Le sonreí. Ella sabía bien la respuesta.

—¿Quería hablar conmigo, Doña Blanca?

La asistente de don Pascual hizo lo mismo que yo: observar el tráfico ciudadano, mirar la multitud que se afanaba en sus trabajos.

—Tenga cuidado esta noche.

Esa era una advertencia que no podía tomarse a la ligera. Y más viniendo de una mujer que conocía como la palma de la mano la vida de Mexicali.

—¿Qué me quiere decir?

—No acepte provocaciones, señor Calavera. Usted es ahora el pistolero a desafiar. Cualquier gallito que pretenda su corona intentará disputársela, ya sea para complacer a sus socios o por puro afán de protagonismo.

—Entiendo su punto de vista. Algo, sin embargo, me dice que su consejo no es una advertencia general.

Doña Blanca se detuvo frente a mí. Por vez primera vi en sus ojos preocupación auténtica.

—He oído rumores de que hoy en la noche vendrán gente muy tenebrosa, para decir lo menos.

No estaba para suspensos. Pero tampoco podía sacarle a Doña Blanca la información de un sopetón.

—Dígame qué clase de gente es la que piensa va a visitar el

Teatro México para provocarme, se lo ruego.

—Gente de Loreto Apodaca.

Loreto. Loreto. Recordaba bien ese nombre. El jefe de los Mochaorejas. Guardias al servicio de don Pablo Dato, el suegro de Cantú. No había caído en cuenta. El tipo que intentó golpearme debía ser uno de ellos. Un matón protegido por el régimen.

—¿Cuántos vendrán? —quise saber.

—No sabemos.

Entendí de dónde venía el mensaje: del propio Don Pascual, mi jefe.

—No se preocupe, Doña Blanca. Los atenderé con mi mejor comportamiento.

—Eso espero, señor Calavera. O el teatro México tendrá fama de matadero. Y eso es malo para el negocio.

—Depende de cuál negocio —respondí.

Pero Doña Blanca ya se había marchado sin que yo me percatara. Laka regresó moviendo la cola. Muy satisfecha de sus aventuras callejeras.

—Tengo un trabajo para ti, preciosa —le dije.

La muy cabrona aulló de contento.

Los Mochaorejas

A las diez de la noche el teatro México estaba a reventar. Y no sólo por la banda de música, la buena cerveza de barril, las cálidas conversaciones entre coristas y clientes distinguidos o los cómicos que amenizaban la velada, sino por la curiosidad. Y yo era el centro de tal curiosidad. Personas de todas las edades y condiciones sociales se me acercaban para felicitarme, mentarme la madre, invitarme un trago, pedirme un autógrafo, tomarse conmigo una fotografía.

Hasta entonces vi que ya había fotos de mi persona tomadas durante el duelo. En una aparecíamos los dos contendientes espalda contra espalda. En otra estaba yo con el arma levantada listo a disparar. En otra se mostraba al teniente Rivas mortalmente herido, tirado en el suelo, mientras uno de sus amigos lo atendía. No recordaba que hubiera fotografías en el duelo. Y ahora algunos negocios las reproducían como tarjetas postales. Yo soy gente del espectáculo y conozco que todo se vende: honras, reputaciones, buenas obras y malos momentos.

Las tragedias venden mejor que las causas nobles. Y eso me estaba sucediendo. El tener tantas personas queriendo compartir mi fama no era nuevo para mí, pero esa noche prefería estar menos acompañado y más alerta. Cualquiera de estos supuestos admiradores míos podía ser un asesino en potencia, un mochaorejas que me sonreía antes de dispararme a bocajarro. En cuanto pude me deshice de la mayoría. Bueno, dos primorosas muchachas que se acurrucaban junto a mí no tenían facha de ser parte de la banda de Loreto Apodaca.

Los empleados del teatro me habían dado las descripciones de los más conocidos miembros de los Mochaorejas. Eran, me decían,

personas de mala sangre. Abigeos, contrabandistas, asesinos que eran buscados por las autoridades de los Estados Unidos o del interior del país. Llegaban al reino de Cantú y si servían a sus intereses eran protegidos por el gobierno. De esa manera actuaban: como matones que estaban fuera de la ley y que la propia ley protegía. Vaqueros armados hasta los dientes. Gente de látigo. Porque esa era su instrumento más visible. Un látigo para golpear y torturar a las pobres víctimas de sus abusos. Los vi venir de lejos.

Un cuarteto de cabrones que se pavoneaban como si fueran los dueños del pueblo. Y en realidad eso eran: pavorreales llenos de cananas, pistolas al cinto, sombreros con plumas de colores, espuelas ruidosas y un aire de quítate de mi camino. Mexicali podía pretender ser una población muy moderna, pero estaba llena de residentes que añoraban los duros tiempos del viejo oeste. Búfalo Bill se habría sentido orgulloso de estos sujetos mal encarados. Como le había prometido a Doña Blanca, el teatro México sería un lugar pacífico esta noche. Sin provocaciones. Sin tiroteos. Salí a la calle a esperarlos.

—¡Sus armas, señores —les grité en medio de la calle—, o no entran al teatro!

Miré que seguían avanzando, decididos a terminar su tarea de una vez por todas. Y su tarea era yo, el pistolero advenedizo, el nuevo gallito del pueblo. Por las descripciones que tenía ni uno de ellos era Loreto Apodaca. Pero los cuatro debían ser sus colaboradores más despiadados. Sin responderme sacaron al unísono sus pistolas. Dos murieron cuando apenas las tocaron. Uno alcanzó a dispararme antes de que una flor roja le cubriera la frente. El último ni supo lo que estaba ocurriendo cuando Laka lo derribó. A mi mascota favorita le

encanta morder cuellos, desangrar cabrones de una sola dentellada. Se lo había prometido. Un tentempié para que no se muriera de hambre, la pobre. Cuando la pólvora se disipó escuché el silencio. La calle desierta. Por un segundo todo pareció inmovilizarse. Luego la gente salió de todas las cantinas, hoteles, tiendas y casinos. Una multitud desesperada por decir que vieron lo que no vieron. Se habían perdido la balacera. Excepto Doña Blanca, que estaba siempre en todo. Caminé hasta donde me encontraba y me preguntó si no estaba herido.

—No lo sé —le dije.

Me palpó en busca de heridas.

—Todo bien —me informó, como una enfermera profesional.

—Me alegro.

—A Loreto Apodaca no le va a gustar esto —me dijo y me señaló una figura que corría hacia nosotros.

—Sería bueno que volviera al teatro —le pedí sin perder de vista al jefe de los Mochaorejas.

Ella entendió lo peligroso que era, en ese instante, quedarse a mi lado. El tiroteo iba a comenzar de nuevo. Loreto Apodaca era un tipo ágil. Y venía gritando venganza. Y disparando sin pensar en nada más que en matarme, en vengar a su gente. Oí un grito a mi espalda. Una maldición en inglés. Algún curioso había sido herido por uno de sus balazos. Revisé mi pistola. Me quedaban tres balas. Decidí que con esas tenía. Loreto se terminó su cargador cuando estaba a treinta pasos. Sacó otra pistola y volvió a dispararme. Esta vez oí un grito de mujer. Por lo que vi Loreto no era un gran tirador. O le gustaba herir turistas como pasatiempo nocturno. Pero él creía que lo era.

—¡Pinche puto de mierda! —me gritó.

Y me disparó de nuevo. Escuché la bala pasar cerca de mi oreja izquierda. Eso me dio una idea. Disparé con cuidado. Le destrocé la oreja derecha. Eso lo hizo retroceder. Incrédulo, se llevó la mano al lugar de la herida. Disparé de nuevo. Esta vez la bala se llevó el lóbulo de su oreja izquierda. Me quedaba una bala y a él le quedaban seis o siete. Pero el dolor lo había atontado. La sangre le corría en abundancia por el cuello. Agitó su cabeza tratando de recuperarse.

—¡No sabes con quién te has metido, cabrón! —clamó mientras alzaba su arma.

—Loreto Apodaca, supongo —le dije.

Y lo rematé con un tiro en el pecho, del lado del corazón.

El mago hipnotizador

—Fue en defensa propia —dijo Doña Blanca a los primeros policías que se apersonaron en la escena del tiroteo.

—Nos protegió a nosotros, los ciudadanos americanos, de esos bandidos —agregó una bella turista gringa que me echaba ojitos.

—Él sólo pudo contra esos cinco matones —dijo Pedro Sarabia, el bolero de la esquina.

—Cuando hirieron a mi mujer, no entendí qué pasaba —dijo Peter Yates—. Yo creía que el coronel Cantú había prometido seguridad para los visitantes extranjeros. Pero no es así. Gracias a la señora Blanca, que atendió oportunamente la herida en la pierna de mi esposa, salvándole la vida, es que este suceso terrible no acabó en un incidente internacional de graves consecuencias para el gobierno de México.

—Nunca en mi vida había presenciado semejante espectáculo —dijo Leonor Carrizo, la vendedora de flores—. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Los cuatro pistoleros primeros arremetieron contra el portero del teatro. Querían matarlo. Pero luego todo se llenó de polvo, humo y gritos. Quisiera decir que fue horrible, pero debo confesar que más bien fue emocionante. Ya me entrevistaron tres periodistas y dos fotógrafos me tomaron fotos para sus diarios. ¿Quieren mi autógrafo?

Todo eso y más fue lo que escuché mientras permanecía parado en la entrada del teatro y la multitud se daba gusto en chismear sobre mi persona y mi papel en el tiroteo. La policía de Mexicali estaba atónita por lo que les contaban los testigos presenciales. Los soldados

que vigilaban la línea internacional no dejaban de pasar, de uno en uno, para contemplar la quinteta de cadáveres tirados en medio de la avenida Porfirio Díaz. La población había despertado por la balacera y ahora no tenía intenciones de volver a sus camas o a las actividades que estaba haciendo unos minutos antes. Don Pascual actuaba como si fuese mi abogado y se mantenía a mi lado. Frente a un grupo de periodistas exigía que se detuvieran los ataques contra su negocio.

—No sé qué está sucediendo a últimas fechas, pero parece como si el teatro México fuera el blanco de un grupo de delincuentes que ha tomado posesión de nuestra ciudad con toda impunidad. Lo que acabamos de ver es otro capítulo de esta serie de ataques infundados contra nuestro personal. Yo le suplicó al señor coronel Esteban Cantú que tome cartas en el asunto y ponga orden donde ahora sólo prevalece la anarquía más absoluta. Para el negocio turístico, para la protección de nuestra clientela y empleados, es necesario que se tomen medidas para controlar a los individuos que creen estar por encima de la ley. Hoy hemos contemplado los resultados letales de estas conductas incivilizadas. A nombre del teatro México esperamos que esto no vuelva a suceder. Mexicali no merece la fama de pueblo violento, caótico, peligroso.

Un oficial de mediana edad se acercó a donde estábamos, Don Pascual y yo.

—Soy el capitán Adalberto Montaña —dijo con voz grave—. ¿Podemos platicar en su oficina, los tres, por favor?

Cuando estuvimos solos, el capitán se dirigió a Don Pascual, como si yo no estuviera presente.

—Esto es cosa grave, señor. Podemos rescindirle su licencia

del teatro. Podemos expulsarlo del Distrito Norte. El coronel Cantú está muy preocupado por toda esta cadena de acontecimientos que están poniendo en entredicho el buen nombre de su gobierno y que menoscaban su autoridad ante la población.

—Tal vez si hubieran controlado mejor a los elementos criminales del Distrito todo esto no hubiera pasado —respondí por mi jefe.

—Con usted, señor Calavera, hablaré en un momento, mientras cierre la boca, ¿quiere?

Me puse frente al enviado de Cantú con los brazos cruzados. Mi sonrisa más benigna salió a relucir.

—No quiero. Y escuche bien, señor capitán, no nos culpe de sus propios demonios. Ustedes le dieron alas a ese grupo de matones y ahora que se les salieron de su lámpara maravillosa y causaron pánico entre los pobladores y los turistas, creo que es en otra parte donde deben rescindir licencias de pistoleros, donde deben expulsar a gente que no se comporta como un ciudadano ejemplar de su gobierno. Yo estoy más harto que ustedes en ver que un día me disparan y al otro también. Y nadie hace nada. Y todos guardan silencio. Es como si hubiera personas que gozan de todos los privilegios, incluso el de asesinar a mansalva, y nadie levanta un dedo para someterlos al orden del que usted tanto habla y del que tanto se preocupa. Y, por otra parte, hay personas como yo o los turistas extranjeros, que somos sometidos a amenazas e intentos de asesinato sin que nadie ponga un alto a los verdaderos criminales. ¿El coronel Cantú sabe lo que hacen sus subordinados o alguien le está mal informando de la conducta de los que medran bajo su régimen?

El capitán Montaña apenas se contenía. Supongo que lo habían mandado a unir las diferentes versiones del tiroteo y a culparnos por todo lo acontecido. Sólo que yo era un bocón de primera. No iba a quedarme callado ante semejante impertinencia.

—Yo...

Le puse la mano en el hombro izquierdo. Al mismo tiempo saqué mi reloj del bolsillo y dejé que se balanceara en su larga cadena de oro macizo. Miré al oficial cantuista como me había enseñado Fortunato, el hipnotizador. Hablé despacio, persuasivamente, con un tono monocorde, con un ritmo lento.

—Capitán Montaña, capitán Montaña. ¿Ve la hora? ¿Ve las manecillas de mi reloj? ¿Ve su balanceo? Capitán Montaña, capitán Montaña, descanse la vista, tranquilícese, tome las cosas con calma. Respire. Respire. Más lento. Más lento. Mire el reloj. Mire la hora.

El hombre obedeció: primero con renuencia, pero al final ya estaba inmerso en el ritmo de mis palabras, en las oscilaciones de mi reloj. Seguí con mi tarea.

—Capitán Montaña, capitán Montaña, usted es la ley y el orden, usted es la voz de la autoridad. Salga y dígale a la prensa que, desde ahora, la banda de los Mochaorejas, responsable de esta balacera, ha quedado proscrita por órdenes del gobierno del Distrito Norte y que no se permitirán balaceras en la vía pública de ahora en adelante. También sería bueno que anunciara que, desde hoy, todos los sitios de recreación tienen prohibido dejar entrar gente armada, que pistolas, cuchillos y rifles quedarán en custodia de los encargados de cada local. Y que eso es un procedimiento que deberán cumplir tanto civiles como militares. ¿De acuerdo, capitán Montaña? Y cuando lo haya

hecho despertará sin recordar mis palabras, las órdenes recibidas por mi persona. ¿Entiende?

El oficial asintió, fija su mirada en el reloj que se movía. Lo dejé ir al encuentro con los chicos de la prensa. Rígido, erguido, sin titubear. Don Pascual me miró, asombrado.

—No sabía que eras mago de los de verdad.

—Si fuera de verdad no estaría trabajando de portero: ya habría convertido el carbón en oro, el agua en vino, los pesos en dólares. Y usted me estaría pagando cien dólares la hora por no hacer nada.

Don Pascual se carcajeó.

—Como sea, buena hipnotizada. Cuando lo sepa Cantú van a caerle truenos y relámpagos a nuestro capitán apaga incendios.

Mi jefe fue a su gabinete y sacó dos vasos de cristal y una botella de brandy. Sirvió una buena cantidad en ambos vasos y me pasó uno de ellos. Brindamos por el teatro México y la vida en general. El pretexto era lo de menos, porque ambos necesitábamos calmarnos un poco, ver la situación con claridad. Mi jefe me observó con cautela.

—Cuando lo del duelo con el teniente Rivas te vi como un tirador con suerte.

—Lo fui. Me tocó un duelista con poca práctica.

—Pero hace unos momentos vi algo más: eres un experto tirador. ¿Estuviste en la Gran Guerra? No encuentro otra explicación.

Me senté en un taburete y negué con la cabeza.

—Quise ir. Me enrolé en 1918, pero me mandaron a un campo de entrenamiento donde aprendí a ser francotirador. Cuando finalmente me iban a enviar a Europa, la maldita contienda bélica se

acabó. Así que no participé en la Gran Guerra, pero fui soldado del glorioso ejército yanqui. Al menos por seis meses.

—Eres bueno en lo tuyo, Calavera. Demasiado bueno, yo diría.

—Soy bueno en muchas cosas, la mayoría de las cuales son delitos que se pagan con la pena de muerte.

Me levanté para marcharme. Dejé el vaso en el escritorio de Don Pascual. Mi jefe me miró de soslayo.

—Las autoridades no van a perseguirte judicialmente. No en este momento. Pero en cuanto se calme un poco este desmadre alrededor de tu persona irán por ti con todo.

Sonreí pensando en un conde italiano que me dijo una frase que, desde entonces, la he oído muchas veces: la venganza es un plato que se come frío.

—Lo sé —dije.

—Por cierto, la pistola con la que te defendiste, ¿de dónde la sacaste?

—Me la regalaron.

Don Pascual puso cara de incredulidad.

—¿Quién te hizo semejante regalo?

Me reí por lo bajo.

—El teniente Fernando Rivas.

Ahora fue el turno de Don Pascual de reírse.

—Ya veo. Nunca devolviste la pistola del duelo.

—Nunca me la pidieron de regreso —argumenté con mi mejor cara de inocencia.

—Pues consérvala. Te ha resultado afortunada. Vuelve a tu

puesto: la función debe continuar.

—Sí, jefe. Por cierto, ¿ha visto a Laka?

—Tu perra está en la cocina de la cantina La Mexicana. La está cuidando tu querida Natalia. No vaya a ser que no pudiendo agarrarte a ti quieran estos desgraciados cobrarse con ella.

—Gracias por ponerla a salvo —musité.

Don Pascual hizo un ademán de que ya no jodiera.

—Gracias por salvarnos de un tiroteo en el interior del teatro —dijo y me dio la espalda.

Una tierra de paz

En la entrada del teatro México la multitud de curiosos, aunque no tantos como antes, seguía remoloneando, se mantenía a la expectativa. Como que las palabras del capitán Montaña habían tranquilizado a la gente. Los viejos mañosos ya estaban adentro persiguiendo coristas. Los jóvenes formaban grupos para platicar de la experiencia vivida. Los periodistas ya se retiraban para transmitir la noticia en sus respectivas redacciones. En la taquilla me esperaba Facundo Bernal y un joven lampiño, vestido a la última moda, que observaba todo con ojos de extrema curiosidad.

—Calavera, te quiero presentar a mi hermano menor, Francisco. Acaba de llegar a Mexicali. Como tú, él vive en Los Ángeles, pero yo creo que ya es hora de que vuelva a la patria, sobre todo en estos días en que la vida social y política está por cambiar en el Distrito Norte de la Baja California, según veo.

—Mucho gusto —saludé.

—El gusto es mío. Vi el tiroteo desde lejos, señor Calavera, y por un momento pensé estar viendo una película del viejo oeste, de esas donde siempre hay un duelo bajo el sol. Impresionante. Ya soy un admirador suyo.

Facundo le pasó el brazo por el hombro con orgullo de hermano mayor.

—Francisco quiere seguir mis pasos: intenta dedicarse al periodismo y a la poesía. Es buen poeta. Le salen los versos con una facilidad pasmosa. Yo sufro escribiéndolos, pero para él todo es inspiración pura.

El elogiado se ruborizó ante aquellas palabras en su honor.

—Vamos, Francisco, muéstrale uno de tus poemas.

El joven no se hizo de rogar. Me pasó un ejemplar de *La Prensa*, un semanario de Los Ángeles.

—En la página cuatro está —dijo.

El poema se titulaba “La música en el parque”. Lo leí de principio a fin:

*Hay música en el parque. La gente se aglomera
queriendo oír ansiosa, detrás del alambrado;
es gente que prefiere vivir al otro lado
y raras veces quiere cruzar nuestra frontera.*

*La línea frente al parque se llena de bellezas
que anhelan oír música de buena calidad,
o bien los bellos sonos que dicen con verdad
de nuestras alegrías y de nuestras tristezas.*

*Muchachas mexicanas que acaso inglés no saben
y sienten un cariño muy grande por su tierra;
o ciertos exiliados por causa de la guerra,
que a México no pasan ni al otro lado caben.*

*De Bach, Wagner o Schubert, de Brahms o de Chopin,
la Banda de Irineo los “Opus” interpreta
y el público que escucha parado en la banquetta,
aplaude entusiasmado, de allende en el confín.*

*La música los une cual vínculo sagrado
y todos se saludan, se miran cara a cara;
platican amigables; la cerca los separa,
mas no el mismo cariño que a México han jurado.*

*La música del parque oír siempre prefiero
y estando en Mexicali me siento mexicano
en un ciento por ciento, y veo como hermano
a cada compatriota de aquí o el extranjero.*

*La música del parque, que es vínculo sagrado,
no sabe de política ni sabe de la guerra,
y ha unido con sus notas en México, mi tierra,
a todos los que a México su amor han consagrado...*

—Ahora soy yo el que te dice que eres todo un poeta —le dije—. Y mejor aún: un poeta de versos entendibles, sencillos, claros. Te auguro un gran éxito en este oficio de las letras.

El joven Francisco volvió a ruborizarse.

—Sólo expreso lo que siento. Sólo digo lo que veo.

Miré el parque donde se había dado el concierto y comprendí el motivo por el que tantos mexicanos, de tantas partes del país, habían hecho casa en Mexicali.

—Es lo que les vende Cantú: una nostalgia por México. Lo mismo que a los turistas gringos, a los compatriotas nuestros les vende un México de antaño, un México porfirista, de buenos modales, de damas y caballeros de fina estampa.

—Un mito —agregó Facundo—. La gente que vive al otro lado cree las mentiras de la prensa que paga Cantú: allá, en el centro del país todo es guerra civil, todo es anarquía. En cambio, el coronel les ofrece un oasis de paz siempre y cuando cambien su libertad por un espejismo de seguridad.

—Sí, pero la suya es la paz de los sepulcros —añadí—. Como la tiranía porfirista, es una paz levantada sobre matanzas y masacres. Una paz donde sólo se oye la voz de mando, el sonido del látigo.

Facundo Bernal confirmó lo que le decía, pero me recordó que para tumbar al gobierno de Cantú era necesario no sólo un acto de fuerza contra su régimen. Necesitábamos ganarle también la partida en la guerra de las palabras.

—Si usted quiere rebatirle al coronel debe encontrar un relato mejor que el suyo, ¿no lo cree así?

Acepté el reto que me proponía el poeta periodista.

—Ya volvemos a casa —me avisó Facundo mientras me entregaba una tarjeta de presentación—. Acaban de salir de imprenta.

La tarjeta decía que Facundo Bernal era corresponsal del *El Heraldo de Los Ángeles* y que sus oficinas estaban en Calexico, en el número 17 de la calle Segunda.

—Mañana andaré por esa población. Si tengo tiempo lo visitaré.

—Allá lo esperaremos, señor Calavera. ¿A qué horas piensa darse una vuelta al otro lado?

—Por la mañana, entre las 11 y las 2 de la tarde.

Nos despedimos con un apretón de manos. Antes de marcharse, Don Facundo se me acercó.

—Usted tiene más vidas que un gato. Pero cuídese. Aquí hay muchas serpientes venenosas. Y ya están sobre aviso de la clase de hombre que es.

—¿Y qué clase de hombre dicen que soy?

—Uno de cuidado.

Los vi atravesar la avenida Porfirio Díaz. Eran ya las tres de la mañana y todos los demonios andaban sueltos. Me sentí, cómo no, en casa. Mexicali estaba más viva de noche que de día. Doña Blanca cruzó la calle y se me acercó.

—Bonita luna —le dije.

Ella volteó al cielo y contempló el astro con desganada curiosidad.

—Al menos no hace tanto calor.

—Gracias por las declaraciones a mi favor.

Doña Blanca se me quedó viendo con una mirada de sorpresa.

—Conté lo que vi. Eso fue todo.

—Pero lo que vio me favorecía ante los agentes de la ley.

Resopló como queriendo quitarle importancia al asunto.

—Esos forajidos merecieron lo que les pasó. Y usted, señor Calavera, hizo lo que le pedí: no afectar a nuestro negocio de espectáculos. Yo le agradezco eso.

Y se metió al teatro. A lo lejos vi a Don Rafael Corella acercarse con lentitud.

—Amigo —me dijo—. Usted me va a hacer millonario. No se vaya del pueblo. Con un mes de balaceras y me hago rico.

Luego me ofreció un puro.

—Debería ser su socio —aventuré.

El Corellón se carcajeó sin muchas ganas y procedió a prender su puro antes de hacerlo con el mío.

—Para eso de ser socio mínimo me debe unos cien cadáveres más —dijo sin pinta de vergüenza.

Y ambos reímos, nerviosos, mientras el humo de nuestros respectivos cigarros subía al cielo. Afuera, la noche era un aquelarre. Un circo de tres pistas con sus fieras a bordo.

El otro lado

Estábamos preparándonos para ir de compras al otro lado, Natalia y yo, cuando un niño descalzo entró como tromba a la casa.

—Joselito, ¿qué sucede?

El niño tuvo que tomar aliento antes de responder.

—La señora Otilia se puso mala. Quiere que vaya a verla. Enseguida.

Aquel Joselito me pareció conocido. ¿Dónde lo había visto antes? Lo recordé de pronto: vendiendo *La Vanguardia* en una esquina del parque. Natalia me volteó a ver.

—Ve tú al otro lado —me dijo—. Si puedo, luego te alcanzo en Calexico.

—Y si no, yo pasaré más tarde por aquí —le dije.

Natalia tomó de la mano al niño y ambos salieron corriendo rumbo al río Nuevo. Yo me dirigí a la aduana estadounidense. Al cruzar la frontera nadie me pidió identificación. Pensaron, quizás por mi tez blanca y mi pelo castaño, que era un turista gringo volviendo a casa después de una parranda de las buenas. No los quité de su error. Calexico era un villorrio. Una calle principal llena de tiendas y unas cuantas cuadras con unas pocas casas diseminadas aquí y allá. Era, en extensión, un pueblo rural viviendo a la sombra de Mexicali.

Su principal atractivo parecía estar en la ciudad vecina que proporcionaba toda clase de placeres y gozos que sus residentes despreciaban. En cuanto pisé la calle principal oí a un predicador, subido en una caja de madera, gritando que al otro lado de la línea internacional estaba una versión moderna de Sodoma y Gomorra. El

predicador era puro hueso y vestía de negro. En una mano llevaba la Biblia y en la otra un bastón. Parecía una persona peligrosa.

Detrás de él tres mujeres igual de huesudas y vestidas de negro cantaban *Amazing Grace* a todo volumen. No era una visión que enajenara con las decenas de mexicanos que compraban productos estadounidenses con una voracidad envidiable. Los mexicanos, hombres y mujeres, no hacían caso del predicador. Y éste los señalaba con dedo flamígero, con odio en la mirada, desde las alturas de su indignación moral. Los llamaba escoria, hijos del averno, súcubos del pecado y otras muchas linduras salidas seguramente del viejo y del nuevo testamento.

Yo, por casualidad, me tropecé con su caja de madera. El pobre predicador no era un buen equilibrista. Ante el asombro de sus tres seguidoras cayó al suelo cuan largo era. Yo pasé a su lado y me perdí entre la multitud. Eso de la caridad cristiana nunca ha sido mi fuerte.

La Imperial Hardware Store era una tienda grande y bien surtida. Una especie de tienda Sears para una clientela constituida por rancheros y trabajadores del ramo de la construcción. Al entrar a la tienda, de inmediato una joven se me acercó para preguntarme qué se me ofrecía. La examiné de arriba abajo y estaba a punto de decirle que quería de ella cuando un hombre de mi edad, calvo y con un gran bigote, me puso la mano encima.

—Ray, amigo mío, felices los ojos que te ven. Mi tío Juan me dijo que vendrías hoy de compras.

Y volteando a ver a la agraciada muchacha, le dijo:

—Viene a mi departamento. Yo lo atiendo. Gracias por todo,

Úrsula.

La tal Úrsula nos sonrió y se fue a atender a otro cliente recién llegado.

—Supongo que tú eres Ignacio Solís —dije para estar seguro.

—Así es. Me dijo don Rafael Corella que hoy vendrías.

Pero de antes me avisó Don Juan Preciado de tu presencia por estos rumbos. ¿Cómo te ha tratado Mexicali?

Pero Ignacio Solís no necesitaba que yo le respondiera.

—No me digas. Ya todos saben en los duelos y balaceras en que has sido participante. Por este lado ya eres todo un personaje de fama.

—Me gustaría serlo de fama y fortuna.

Ignacio se rio sin más y me llevó hasta el fondo de la tienda, donde estaba la sección de armas y municiones para los amantes de la cacería. Se puso detrás del mostrador y me enseñó las piezas que tenía en venta. Esperó a que un cliente, un hombre canoso, se marchara y ya solos me dijo:

—Sé lo que quieres de mí. En lo que pueda ayudarte estoy a tu disposición. Sólo no me pidas poner un pie en México.

Me incliné para que me escuchara bien.

—¿Tanto le temes a Cantú?

—No le temo a ese hijo de su chingada madre, ese militar que se pavonea como un estadista y es un tirano. Le temo a sus achichinques, que se esfuerzan en destruir toda oposición política a su gobierno. Supongo que sabes del informe que le mandamos, Iván Martínez y yo, al presidente Carranza hace unos años.

—Estuve con la viuda de Martínez. Lo leí. Explicaron muy

bien el negociazo que están haciendo Cantú y sus socios.

—Muchos de esos socios son de este lado: empresarios del valle Imperial, políticos de Los Ángeles, militares de la base de San Diego. El coronel tiene contactos en muchos niveles. Sabe repartir muy bien sus dólares mal habidos con gente poderosa. Incluso aquí, en Calexico, sus esbirros pueden secuestrarte en cualquier momento que se les dé la gana y pasarte al otro lado. Hace unos años, antes de que mandáramos el informe, un revolucionario floresmagonista, de los que participó en la campaña de 1911, Silverio Rojas, estaba en un pueblo de este valle, Heber, trabajando en un taller mecánico, cuando un grupo de gente de Cantú lo secuestró. Lo metieron a una camioneta y lo pasaron a México. Nunca más volvió a saberse de su suerte.

—¿Y por qué no lo han hecho contigo?

Ignacio se pasó la mano por la cabeza antes de responderme.

—Supongo que ahora mismo no quiere conflictos de ningún tipo con los Estados Unidos. Además, yo ya soy ciudadano americano desde hace más de un año. Si me secuestran se les viene un escándalo mayúsculo.

—Sí, lo entiendo. Un gringo vale siempre más que un mexicano.

Solís volvió a pasarse la mano por su calva.

—Más bien es que el gobierno estadounidense sí protege a sus ciudadanos mientras que al gobierno mexicano le importa una chingada lo que le pase a los suyos.

Reconocí la verdad de sus palabras. Echarles la culpa a los gringos de todo lo malo que sucedía en la frontera, en mi experiencia, era tratar de ocultar las responsabilidades de nosotros mismos, los

mexicanos. Un rancharo de piel tostada por el sol llegó hasta nosotros y pidió una caja de municiones, de balas calibre 22. Ignacio Solís le trajo la caja y le dijo que podía pagarla en la caja de la entrada dándole el recibo del pago. En cuanto el cliente se marchó y viendo que nadie nos escuchaba, me explicó que los opositores a Cantú ya se estaban organizando.

—La mayoría vivimos de este lado por temor a que nos pase lo que le ocurrió a mi amigo Iván: de noche llegan a tu casa, te apresan, destruyen todas tus posesiones, te meten a la cárcel, te mandan para Ensenada y te desaparecen del mundo de los vivos. Y si tienes la suerte de que te liberen, ya eres un apestado. Nadie te da trabajo. Nadie quiere relacionarse contigo. Y así acabas largándote del Distrito Norte porque no tienes otra opción.

—Te conviertes en un fantasma.

—Eso. El coronel tiene muchas formas de eliminarte. No todas son ajusticiamientos. Por cierto, ¿quiere comprar alguna arma?

Miré la variedad de rifles, escopetas y pistolas. La tienda estaba bien surtida.

—Quiero un arma especial, pero no la veo por aquí: un rifle de largo alcance. Quiero que lo mandes, vía Don Rafael y sus ataúdes, al teatro México. Y dame municiones para una Colt 45. Unas cuatro cajas. Creo que en los próximos días voy a necesitarlas.

Ignacio Solís apuntó mi pedido.

—¿Alguna marca en especial en cuanto al rifle?

—Quiero un Mosin-Nagant. De cada arma quiero suficientes balas.

—Listo. Para pasado mañana lo tendrás, aunque las balas de

calibre 8mm del rifle que quieres no serán fáciles de conseguir. Ese tipo de armas nos las mandan desde Los Ángeles.

Recordé otro detalle sobre mi pedido.

—Prefiero de cañón largo el Mosin-Nagant. Pero si no encuentras, me conformaré con uno de cañón corto.

—Anotado.

Las balas para la Colt 45, Ignacio me las dio dentro una bolsa de papel de estraza.

—No tienes que pagarlos. Son cortesía de la casa —me dijo—. Es mi contribución a todo lo que estás haciendo.

Se lo agradecí con un apretón de manos. Sin embargo, sentía que estaba pisando arenas movedizas.

—Hay algo que no entiendo: si ustedes, los opositores, están organizados, pero temen pasar al otro lado, ¿cómo sacarán a Cantú? ¿Con telequinesis?

Solís contaba con un buen sentido del humor porque no se enojó con mi comentario.

—El día decisivo todos pasaremos a México y lo recuperaremos para la revolución —me dijo sin una sonrisa en los labios—. Ese día yo y mis compañeros nos jugaremos el pellejo por la causa. Ese día estaremos a tu lado y haremos lo que sea necesario para quitar el último remanente de la dictadura porfirista que existe en nuestro país.

—Eso espero. Yo solo contra el ejército de Cantú sería un gesto heroico pero suicida.

—Lo mismo pensamos cuando Iván y yo escribimos el informe que le costó la vida a mi compadre.

—Una duda... ¿hay entre las fuerzas armadas del coronel

algunos desafectos, algunos que ya estén hartos de sus ínfulas de dictador?

Ignacio Solís lo pensó un momento.

—Sí. Los hubo y los sigue habiendo.

—¿Los hubo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Hace un año, la guarnición de Los Algodones, el pueblo que colinda con Yuma, Arizona, se alzó contra el coronel.

—¿Ellos solos?

—Sí. Supieron que habían sido denunciados como conspiradores de una asonada militar contra el reino de Cantú.

—¿Cuál era su causa? ¿Por qué lo hicieron?

Solís se recargó en el mostrador.

—Porque, aunque Cantú y su gente han intentado mantener a los bajacalifornianos metidos en una campana de cristal, donde sólo puedan oír y leer cosas buenas de su gobierno, las noticias sobre la Revolución Mexicana se han ido filtrando poco a poco, hasta que ya no es posible más contenerlas. Por eso, viendo que era una mentira que Cantú estaba protegiendo la integridad nacional y en cambio estaba haciendo un negocio para él y sus amigotes, varios oficiales decidieron devolver el Distrito Norte de la Baja California a México. No querían que fuera más un reino autónomo donde sólo el vicio era el motor de la economía. Pero eran pocos. Apenas una docena y Cantú, con el permiso de las autoridades gringas, mandó a sus tropas en ferrocarril, el Inter-California, y aplastó el movimiento revolucionario.

—¿Y los alzados?

—Los fusiló allí mismo, sin juicio de por medio. Como ejemplo para los demás soldados. Si algo teme nuestro coronel es a un

militar que no se corrompa, que no tenga precio.

—Si hubiera un movimiento más poderoso, ¿cuántos soldados de su ejército desertarían?

Ignacio se rascó la cabeza.

—Difícil decirlo. Un veinte por ciento. No más. Están muy mimados, Cantú los consiente mucho para tenerlos contentos y de su lado. Pueden violar mujeres pobres, indígenas, y no les pasa nada. Pueden matar obreros, presos políticos, y nadie los manda a la prisión. Tal vez no reciben mucha tajada de los dólares que obtiene el coronel, pero gozan de fuero y eso los hace cómplices.

—Temen que si llega otro gobierno van a tener que pagar por los platos rotos.

—Por las violaciones y los homicidios.

—¿Crees que opondrán mucha resistencia contra nosotros?

Solís bufó con desprecio.

—Estoy seguro que los soldados de Cantú lucharán hasta la muerte. Pero no por el coronel sino por no perder sus privilegios. No saben vivir de otra cosa que no sea la rapiña, el pillaje.

Luego, mirando que seguíamos solos, me indico la puerta trasera de la tienda.

—Sal por ella. Afuera te están esperando.

Intuí quién me aguardaba.

—Gracias por tus opiniones. Me han abierto los ojos.

—No confíes en nadie. Ni en mujeres ni en niños. El capitán Montaña suele usarlos para que le informen del movimiento de los que él sospechas son revolucionarios, para que le digan quién está hablando en contra del régimen, con quiénes se junta.

Pensé, por un segundo, en Joselito, el niño que vendía el diario del gobierno. Natalia no había aparecido. Tal vez Doña Otilia estaba muy mal de salud. Tal vez no era momento de ponerse desconfiado. Pero tampoco era tiempo de andar de valiente sin conocer el terreno que pisaba, el nido de víboras en que me había metido.

La avanzada

En el estacionamiento trasero de la tienda Imperial estaba un auto Ford T en marcha. Abrí la puerta y me subí en el asiento del copiloto.

—Ya era hora, señor Bacanora —dije, refunfuñando.

—Lo mismo pienso, Ray.

Juan movió la cabeza y me miró con preocupación.

—Te mandé para que preparas el terreno y tú te dedicas a golpear nidos de avispas, a enojar a un montón de gente peligrosa.

Me encogí de hombros.

—Era la única manera de advertirles que las cosas están fuera de control, que su poder está agotándose. Que ya nada es seguro. Que ya no pueden reprimir a la población sin pagar por ello. Justo lo que me pediste: sacarlos de balance, ponerlos nerviosos.

Juan aceptó mi explicación porque no le quedaba otra opción. O, mejor dicho, porque yo era su única opción dentro del reino de Cantú. Preciado aceleró el auto y nos dirigimos a las afueras de Calexico, entre campos de cultivo donde centenares de trabajadores se afanaban recolectando el rastrojo, entre ranchos llenos de palmeras que se extendían por kilómetros. Era el mismísimo desierto convertido en vergel por los canales de riego. En ese sentido, Mexicali y Calexico eran ciudades idénticas. Una misma mancha urbana protegida por tierras cultivadas con algodón, cebada, alfalfa y hortalizas. Juan Preciado condujo hasta un rancho que en la entrada ostentaba el nombre de Rose Farm. Metió el auto en un cobertizo y bajamos mientras un grupo de hombres, vestidos como agricultores, nos rodeaba. Pero yo vi lo que eran: militares tratando de pasar como civiles.

—Y estos, ¿quiénes son?

—El ejército liberador de Baja California —dijo una voz a mis espaldas.

Quien hablaba era un hombre que parecía la viva imagen de Charles Chaplin. Me hice el guaje para ver cómo reaccionaba.

—Yo te conozco —dije—. No sé dónde, pero te he visto en otra parte.

—¿Qué desmemoriado eres, Calavera! Yo te gané a la soprano Sofía Lizardi en Nuevo Orleans, ¿recuerdas? Debí dejar que tú te la llevaras a la cama. La tal Sofía me pegó unas ladillas que tardé un mes en quitarme con puros baños de asiento.

Ambos nos reímos y nos abrazamos. Estaba frente a un legendario actor mexicano.

—Adolfo Wilhelmy, gusto en verte.

Él puso cara de mal genio.

—Teniente Adolfo Wilhelmy, por favor, que ahora soy parte del glorioso ejército federal bajo las órdenes del general Abelardo Rodríguez.

Me cuadré ante él remedando a un soldado frente a su oficial.

—Así está mejor —dijo.

Juan Preciado nos pidió que pasáramos al cobertizo porque los rayos solares pegaban con furia. Obedecimos.

—Me habían dicho que estabas en Yuma. Que allá nos veríamos el sábado —le expliqué al actor vuelto militar.

—Sí. Pero necesitaba clarificar muchas cosas entre lo que nosotros vamos a hacer y lo que tú estás haciendo. No podíamos esperar hasta el sábado.

Juan nos invitó a sentarnos y a tomar unas cervezas.

—Esta reunión —nos expuso, es para concordar estrategias y ponernos de acuerdo en cómo vamos a proceder.

Adolfo asintió y nos presentó a sus demás compañeros. Todos eran soldados y oficiales de la expedición punitiva contra Cantú. La avanzada, como ellos mismos se hacían llamar.

—¿Con cuánto armamento cuenta el coronel? —pregunté.

—Con lo que se ve a la vista: mil doscientos soldados en el cuartel de Mexicali. Todos con fusiles modernos, con buenos pertrechos y con una compañía de ametralladoras. Y se escucha el rumor de que el coronel en persona ha pedido un cargamento del nuevo subfusil Thompson, que saldrá en pocos meses.

Eso me recordó a mi amigo, el teniente Harold Bennet, mi antiguo compañero del ejército. Un hombre que era mitad inventor y mitad soldado.

—¿Los subfusiles ya están en producción? —pregunté.

Uno de los oficiales del ejército federal, que se presentó como el capitán Manuel Chacón, asintió.

—Lo que no están, es en venta todavía. Sólo hay unos cuantos listos para exhibición. Pero esa arma cambiará el balance de las fuerzas armadas en todas partes del mundo. Un pequeño contingente de soldados, con esos subfusiles, hará estragos contra fuerzas mayores.

—Veo que tenemos que apurarnos. ¿Alguna otra arma sorpresa que ya Cantú tenga en su poder?

Adolfo miró al capitán Chacón y éste volvió a responderme.

—Antier tuvimos un encuentro muy desagradable con las fuerzas cantuístas por el lado de Sonora. No sé si sepa, señor Calavera,

pero el régimen del coronel se extiende hasta San Luis, un poblado del lado sonoreño del Río Colorado, que es la puerta de entrada a Baja California. Para llegar a este pueblito hay que meterse al desierto, un terreno duro de cruzar por las dunas que hay. Antier, el capitán Wilhelmy y yo fuimos en auto tratando de ver en persona las defensas que tienen las tropas cantuístas cuando se apareció un avión de guerra, monomotor, de dos plazas: piloto y artillero.

—Nos vieron y se lanzaron contra nosotros en vuelo rasante —agregó Adolfo—. Es una experiencia que no se la deseo a nadie. El ruido que hace el motor a toda potencia es aterrador. Nos salimos del auto y nos tiramos al suelo. Pero no usaron la ametralladora, sino que el artillero nos disparó con una pistola.

Juan Preciado se rio al oír la historia.

—Supongo que nadie salió herido.

—Nadie —contestó el capitán Chacón—. Excepto dos balas que se metieron en el asiento trasero, destrozando la tapicería. Luego nosotros le devolvimos el fuego y regularon o como sea que se le llame a un avión que se bate en retirada por donde había venido. Pero de que Cantú cuenta con fuerza aérea, cuenta.

Yo veía las cosas con optimismo.

—No usaron la ametralladora. Eso me dice que no tienen municiones para esa clase de ametralladora o la están cuidando para cuando realmente haya una batalla a gran escala. Como la llegada de la expedición punitiva. ¿Cuándo llegará, por cierto?

Todos se miraron sin querer responderme. La respuesta era obvia: no muy pronto. Si el coronel iba a ser expulsado de su propio reino sólo estábamos nosotros para que tal acto se cumpliera. Juan

Preciado se acercó a una pizarra que colgaba de una cuerda y escribió con un gis: “Puntos a favor y Puntos en contra”.

—Las cosas se están precipitando —nos dijo como si fuera un profesor en una clase—. Hay muchas facciones moviéndose para apoyar a Cantú. Nuestro coronel no tiene un pelo de tonto. Sabe que el gobierno estadounidense había apostado por Venustiano Carranza porque éste les permitía a las compañías gringas sacar todo el petróleo y los minerales de México sin pagar impuestos. Los sonoreños quieren que estas empresas paguen por lo que se llevan de nuestro país. Por eso el pleito que hay ahorita mismo. El gobierno de los Estados Unidos no va a reconocer al nuestro hasta que no obtengan la sumisión completa en éste y otros asuntos donde sus intereses comerciales están en juego. Y eso no va a pasar. El gobierno revolucionario no va a retroceder. Ya agentes nuestros están en Washington, en el Departamento de Estado, tratando de que no apoyen a Cantú. Pero yo creo que, por mientras, nuestros buenos vecinos le van a ofrecer a quien quiera trabajar para ellos, desde Félix Díaz hasta Esteban Cantú, vía libre para sus ambiciones personales, para que compren armas y causen molestias al gobierno mexicano.

—¿Por qué los gringos le hacen ojitos al coronel? —metí mi cuchara—. ¿No que luchó contra filibusteros financiados por el gobierno estadounidense?

Alguien se rio a mis espaldas.

—¿Cantú? ¿Defensor de la integridad nacional? Ve con otro perro para esas pulgas.

El que se reía era un indio alto, robusto, lleno de cicatrices en la cara. No lo había visto antes.

Juan Preciado nos lo presentó.

—Este es Antonio Lejía, jefe exiliado de los indios cucapás del río Colorado.

Todos lo saludamos con una inclinación de la cabeza.

—Cuéntales tu experiencia —le pidió Preciado.

—Yo anduve con los floresmagonistas en 1911. Nadie nos financió ni una bala, ni un bastimento. Cada quien puso lo suyo para hacer la revolución, para sacar las malas yerbas de los porfiristas. Pero el ejército gringo selló la frontera, nos dejó a merced de las tropas del ejército federal y así nos fue. Nos venadearon de ambos lados de la línea internacional, los muy cabrones.

—¿Cómo escapaste tú? —le pregunté de sopetón.

—Me escabullí por las dunas. Tuve que matar a dos soldados mexicanos que me cortaron el paso. Eran ellos o yo.

Y levantó dos manos descomunales, que parecían hechas de piedra, para darme a entender que no necesitó cuchillo o revólver para escapar. Juan Preciado retomó su clase de política fronteriza para neófitos.

—Cantú ha sabido construir una falsa imagen de sí mismo que vende a los gringos: un hombre de paz. Pero la suya es la paz de los sepultureros.

—¿Y la prensa? —inquirí con cara de alumno preguntón—. ¿No hace nada al respecto?

—Cantú tiene buenos mecenas, a quienes ha sabido cortejar o corromper a su antojo. Por años ha vendido a periodistas y empresarios, a políticos y militares de este lado, su modelo de una Baja California tranquila, que se porta bien y no es una amenaza para

los Estados Unidos sino un socio de confianza. Ha pagado y pagado muy bien por alabanzas a su persona, por informes positivos sobre su gobierno, por noticias halagüeñas acerca de su obra pública. En California, nuestro coronel es sinónimo de mexicano bien portado, de caballero impecable. No advierten lo que hace en lo oscurito. O se hacen que no lo ven para seguir haciendo negocios con él y sus socios. Pero Cantú tiene un problema mayúsculo: su liquidez financiera a causa de sus malas inversiones.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Adolfo.

—En 1917 los Estados Unidos entraron a la Gran Guerra y al año siguiente Cantú invirtió buena parte de su capital en empresas de armamentos, pensando que la contienda iba a durar mucho tiempo y que Alemania no se derrumbaría pronto. Al principio todo fue bien, pero la guerra terminó en 1918 y para 1919 ya había perdido buena parte de sus ahorros en esa aventura financiera.

—¿Hablas de millones de dólares? —quiso saber el capitán Chacón.

—De eso hablo. Para 1919 estaba en apuros económicos. Por eso han duplicado el precio de las extorsiones a los comerciantes locales y han dado permisos indiscriminados a los empresarios gringos: para resarcirse de las pérdidas catastróficas que han padecido, Cantú y su familia política, los Dato.

—Necesitan dinero contante y sonante —dije sin poder evitar una sonrisa—. Ese era, sin duda, un punto en su contra.

—Y lo necesitan pronto. Hablé con banqueros y expertos de la bolsa de valores de Wall Street y me dicen que a principios de este año Cantú y sus socios metieron todo el nuevo dinero que les quedaba,

unos cinco millones de dólares, a inversiones a largo plazo, que son las inversiones más seguras. Pero no pueden acceder a ese dinero sino hasta el primero de septiembre del año en curso. Y he aquí que cuando Cantú lanzó su proclama contra el gobierno de la Huerta lo hizo en el peor momento posible, ya que no cuenta con el capital suficiente para abastecer a sus tropas del armamento y las municiones necesarias para combatir a la expedición punitiva que viene en camino. Por eso Cantú se la ha pasado la última semana de gira, pidiendo dinero prestado. El coronel y su suegro han viajado por varios estados de la Unión Americana tratando de conseguir el dinero que requieren para aceitar su maquinaria de guerra.

—Por algo no me he topado con ellos —exclamé.

—Mejor para ti —me señaló Juan Preciado.

—¿Y consiguieron capital? —preguntó Adolfo.

—Menos del esperado. El gobierno estadounidense está en contra del gobierno mexicano, pero no va a tomar medidas militares contra nuestro país. Los empresarios gringos sienten simpatía por la causa del coronel, pero no quieren correr riesgos. Pago por adelantado, es su lema, o no hay negocio. Tal vez por eso Cantú cuenta con fuerza aérea pero no con municiones para ametralladoras.

—¿Cuánto dinero tienen en la mano? —pregunté.

—Creo que entre medio millón y un millón de dólares.

—Suenan a mucho dinero.

Juan Preciado volvió a su tono magisterial.

—Para defender un territorio tan grande como la Baja California es poco dinero. Vean sus puntos débiles geográficamente hablando: Ensenada odia a Cantú porque le quitó el título de

ciudad capital del Distrito Norte y se lo pasó a Mexicali. Tijuana y Tecate lo apoyaban con los ojos cerrados porque permitía que toda la industria del vicio prosperara, pero con los nuevos impuestos muchos comerciantes mexicanos ya no saben qué hacer para sobrevivir. Estarían felices de quitarse ese yugo de encima. Sólo Mexicali es su plaza fuerte. En esta población tiene concentrada el 80% de sus tropas. Si Cantú cae es porque Mexicali deja de apoyarlo. Debemos concentrarnos en Mexicali. El punto fuerte de Cantú es, también, su talón de Aquiles.

Yo dejé de prestar atención en lo que decía Juan y me quedé divagando.

—Dijiste que hasta el primero de septiembre podrán recuperar el dinero de sus inversiones. ¿Estoy en lo correcto?

—Lo estás, Calavera. Eso significa que en menos de un mes podrán pagar el armamento que quieren.

—Esa es, entonces, nuestra ventana de oportunidad. O logramos sacarlo del poder en este mes de agosto o será una campaña encarnizada, sin final previsible.

—Como la guerra de trincheras en Europa —me secundó el capitán Chacón.

—Eso sería una catástrofe para México —reconoció Preciado—. El reino de Cantú se volvería un protectorado gringo. Nadie podría tocarlo o entraría en conflicto directo con el tío Sam.

Todos nos dimos cuenta de lo mucho que estaba en juego.

—¿Crees posible sacarlo del poder en tan pocos días?

Juan necesitaba una respuesta franca. Se la di.

—Lo bueno es que me tienes en el mero corazón de Mexicali. Pero para lograrlo necesito que me escuchen con atención.

Todos vamos a jugar un papel en esta obra. Y nadie debe olvidar sus parlamentos. El público nos es adverso. Pero si los conquistamos con nuestra actuación, creo, sólo creo que hay un...50% de posibilidades de que el reino de Cantú desaparezca como un acto de magia.

—¿Con varita mágica y una nube de humo? —preguntó, divertido, Adolfo.

—Así es. Y lo mejor: con el aplauso del público asistente. ¿Le entran a mi plan?

Todos le entraron. El más entusiasmado era, desde luego, Wilhelmy.

—¿Seré actor principal? —quiso saber.

—Lo siento, Adolfo. Tú tienes una responsabilidad primordial: serás el encargado del vestuario.

—¡Qué!

—Lo que oíste. En tus manos estará nuestra principal baza.

—Explícate, Calavera.

—Necesito que vayas a las tiendas de segunda aquí y en Yuma y compres ropa más de bandoleros, de forajidos, de piratas incluso.

—¿Hablas de disfraces?

—De eso hablo. Que cuando pasen a México no sepan que son soldados y oficiales del ejército mexicano. Si pasan la frontera no lleven documentos de identidad. De ahora en adelante serán una guerrilla que hostigará al enemigo, pero no presentará batalla formal. Lo importante será coordinarnos perfectamente entre lo que yo haga en Mexicali y el apoyo que me puedan prestar. Todo debe ir saliendo al escenario en el momento justo.

Juan Preciado sólo movía la cabeza.

—Eres incorregible, Ray.

Yo le devolví la pelota.

—Como director de esta obra creo que voy a cobrarte extra.

Juan levantó las manos como si lo estuviera asaltando.

—Lo que sea. Si tu plan resulta no pondré objeciones.

—¿Y si no?

—Bueno. Mandaré una hermosa corona a tu tumba, camarada.

Adolfo se llevó la mano al corazón.

—Si mandas a la mía pon que morí por ser un mal actor.

—Pero si tú no eres un mal actor —le dijo Juan.

—Entonces despreocúpate de las tumbas y preocúpate de nosotros, los vivos.

—Yo digo que pongamos la obra no más allá del 13, 14 de agosto —agregó el capitán Manuel Chacón.

Todos estuvimos de acuerdo. No era mucho tiempo, pero era todo el tiempo que teníamos. Al salir, me topé con Antonio Lejía de nuevo.

—Los cucapás, tu tribu, ¿qué harán con sus tierras cuando Cantú ya no esté?

El corpulento indio casi logró sonreír.

—Ser nosotros mismos. Volveremos a pescar en el río Colorado, a cazar borregos en la sierra, a cultivar calabazas en el valle de Mexicali. Recuperaremos lo que nos pertenece.

Le estreché la mano como despedida.

—¡Suerte!

—Suerte no —me respondió—. Pura terquedad. Puro

empeño.

Pensé en los siglos que indios como Antonio llevaban peleando contra tantos invasores: españoles, mexicanos, yanquis. Gente que era igual de terca, de empeñosa que ellos. Gente que no se iba a quedar de brazos cruzados ante los reclamos de los nativos. Ese conflicto no iba a terminar con Cantú. Ni de chiste.

Desapariciones y cadáveres

Volví a Mexicali con una bolsa de mandado para que se viera en qué había gastado el día. Me sentía más tranquilo porque contábamos ya con un plan, con un cronograma de actividades, con un equipo de trabajo. Seguía estando solo en mi misión en Mexicali, pero ya tenía varios grupos de apoyo: en Calexico, en Sonora y en Los Ángeles.

Juan Preciado, antes de dejarme en el estacionamiento trasero de la Imperial Hardware Store, me dijo que iba a llegar a Mexicali un enviado del gobierno mexicano con la intención de negociar la salida de Cantú.

—Mientras el coronel se sienta fuerte en su posición, la negociación le ayudará a ganar tiempo. Lo mismo va para nuestro gobierno, que ve muy lenta la marcha de la expedición punitiva. Algo que debes saber es que el plan es un maniobra de pinzas: un grupo armado desembarcará en las inmediaciones de San Felipe y entrará por el sur al valle de Mexicali, mientras otro contingente entrará por Sonora, por San Luis, y se desplazará hacia el oeste para tomar Mexicali por esa ruta.

—Están en desventaja, de todas formas —le dije.

—¿Lo dices por el armamento?

—No. Por las repercusiones internacionales. Si los expedicionarios disparan de sur a norte sus tiros pasarán la línea internacional y pueden herir a ciudadanos estadounidenses en su propio territorio. Por menos que eso los Estados Unidos han declarado la guerra a otras naciones.

—Ya veo.

—En eso confía Cantú: él puede dispararles a las tropas del gobierno federal sin preocuparse, pero nuestras tropas deberán disparar con mucho cuidado o se meterán en un lío de proporciones mayores.

Nos despedimos de prisa. Ya casi era hora de trabajar. El último consejo de Juan me lo dio mientras me bajaba de su auto.

—Ve con cuidado, Ray. Esta gente de Cantú no es público aunque así lo quieras ver: son verdugos. Y ya te echaron el ojo.

Los aduaneros mexicanos ya me estaban esperando. Revisaron mi bolsa de mandado y me dejaron pasar. No tenía tiempo para ir a casa de Natalia, así que le pagué a un muchacho ocioso para que llevara mis compras a su casa. Esa tarde había más clientela afuera que adentro del teatro México. Un fotógrafo gringo se apostó con su cámara y su trípode en la acera de enfrente y tomó varias fotos del local.

—¿Para qué periódicos son? —le pregunté.

—Para ningún periódico. Son para postales.

Y luego me tomó una serie para lo mismo.

—Cobro 25 dólares por foto publicada —le señalé en broma.

El fotógrafo me lo tomó en serio y me dio la cantidad que le había dicho, pero me hizo firmar un documento donde aceptaba ceder los derechos de mi imagen para tarjetas postales.

—¿De verdad se venden? —pregunté mientras firmaba el contrato.

—Y mucho. Con las tuyas voy a ganar unos 500 dólares al mes.

—Debí cobrarle más —me quejé.

El tipo sólo se rio.

—Demasiado tarde.

Y guardó el contrato como si fuera un mapa del tesoro. El mandadero regresó con la noticia de que Natalia no estaba en su casa y que la bolsa de mandado la dejó con una vecina, Doña Esther. Le pagué de todos modos. Pero el asunto de no saber de Natalia me intranquilizó. Me dirigí a la cantina La Mexicana, pero el dueño me dijo que no sabía nada de Natalia. Volví al teatro y me ocupé de que fuera un lugar sin problemas ni asesinatos. Toda la noche fue de multitudes ansiosas de divertirse. Pero no hubo incidente que pasara a mayores.

A las siete de la mañana, cumplidas mis obligaciones laborales, decidí ir a casa de Otilia viuda de Martínez. Laka me acompañó con renuencia, pero pronto la vi contenta de vagar a sus anchas. Cuando llegué vi que de la casa de Doña Otilia salían varias mujeres.

—¿Cómo sigue? —pregunté.

Una mujer, la más joven del grupo, me sonrió.

—Nos dio un buen susto pero ya está recuperándose.

—¿Han visto a Natalia?

—Se marchó hace como una hora o más —me respondió otra mujer entrada en años.

Entré a ver a Doña Otilia, sólo para cerciorarme que estaba bien. Dormía la pobre. La vi pálida, pero no en las últimas. Me fui rumbo a la casa de Natalia. Por las ganas de verla lo más pronto posible intenté cruzar el Río Nuevo por donde menos hondo se veía su caudal. Laka aulló para que me fijara en un grupo de personas que se arremolinaban en el borde y señalaban hacia una parte del río que

hacía remolinos. Era fácil de ver lo que atraía su atención: un cuerpo estaba enredado entre los ramajes que flotaban a mitad de la corriente. Un hombre, con una pértiga, intentaba sacarlo hacia la orilla. Le ayudé y pronto entre los dos conseguimos que el cuerpo estuviera en nuestras manos.

Lo sacamos de las aguas y me di cuenta de que era el cadáver de un niño. Cuando lo volteamos para verle la cara supe quién era. Joselito. Tuve, lo reconozco, un espasmo de pánico. Dejé que los demás se encargaran del pobre niño y atravesé las aguas sin preocuparme de otra cosa más que de llegar a casa de Natalia. Cuando abrí la puerta descubrí que el interior de la casa era un caos. Alguien la había puesto patas para arriba. Alguien la había revuelto en busca de algo. No era la escena de un robo sino la de una pelea en forma. Natalia había presentado resistencia a sus asaltantes. Observé con cuidado las sillas rotas, la mesa ladeada, los objetos caídos. Busqué rastros de sangre, pero, agradadamente, sólo encontré unas cuantas gotas. A Natalia, en las pocas noches que dormimos juntos, le expliqué lo elemental de una conducta de víctima.

—Si te llegan a agarrar, no te resistas.

—¿Por qué no? ¿Crees que soy una damisela en apuros, que no puede defenderse?

—Sé que puedes defenderte, pero si quieres salir de un lío semejante, hazme caso: no gastes tu energía en defenderte sino en dejarme pistas de tus asaltantes.

Ahora las veía: un pedazo de tela azul. Lo levanté para examinarlo con atención. Pertenece a un uniforme: el de la Policía Rural de Mexicali. El cuerpo policiaco de Cantú que utilizaba nuestro

coronel para deshacerse de sus enemigos políticos. Eso significaba que a Natalia no la trasladaron al cuartel militar sino que directamente se la llevaron alguna casa de seguridad, donde iban a torturarla, violarla y, cuando ya no les sirviera para más, simplemente iban a matarla. Agarré un vestido de Natalia y se lo di a oler a Laka. Con eso tuvo. Corrió por donde habíamos llegado. Pronto estuvimos de nuevo en el borde del Río Nuevo y entonces comprendí que Joselito los debió haber visto forcejeando con Natalia e intentó detenerlos.

Empecé a encabronarme de verdad. Y yo rara vez pierdo la calma. Esta vez era diferente. Tenía años de no enfurecerme tanto. Laka lo notó y trató de mantenerse lo más lejos posible. Yo traía la Colt 45 fajada al cinto. Hay ocasiones en que una frase hecha, como esa del hombre fuerte del circo, era una descripción exacta de lo que yo realmente era. No estuve en espectáculos alrededor del mundo por mi buen carácter, por mi bonito temperamento. Estuve porque podía levantar seres humanos. Y también podía quebrarlos con la misma facilidad. Sobre todo si me habían encabronado. Corrí más aprisa. Laka aullaba a pocos metros delante de mí. Los escasos vecinos de Mexicali con los que nos encontrábamos se hacían a un lado. Debía ser por los aullidos de mi perra loba. Debía ser por mi cara de los mil demonios.

La casa de las torturas

Estábamos en las afueras de Mexicali, que no es decir mucho. El poblado fronterizo apenas daba para una veintena de manzanas antes de convertirse en campo abierto. En cuanto salíamos de las pocas calles terregosas aparecían los campos de cultivo. Unas cuantas rancherías se divisaban a lo lejos. Estaba un poco desorientado por el furor que me había conducido hasta esa zona del valle de Mexicali. Laka se detuvo en seco. Olisqueó la tierra seca, partida, arenosa. Y fijó la mirada en una construcción cercana. Era una casa a medio hacer. Más obra negra que otra cosa. No se veía un alma en los alrededores. Yo me acerqué a Laka y la acaricié.

—No hagas ruido, preciosa.

La casa era de ladrillo. Estaba en un vasto terreno baldío. No podíamos acercarnos sin que nos vieran. Pero de sus cuatro paredes, sólo tres contaban con ventanas.

—Te va a tocar bailar con la más fea, Laka. Ella me miró como un soldado recibiendo órdenes.

—Oye bien, preciosa, si te disparan hazte la muerta. ¿Entendido?

En pocos segundos, Laka ya había alcanzado la casa y se paraba sobre el dintel de una ventana. Aulló como el mismo diablo. Alguien abrió la puerta y un hombre con la camisa llena de sangre salió para ver qué causaba tal escándalo. Cuando advirtió a Laka, quiso darle una patada para ahuyentarla. Craso error. Laka lo agarró del pie y lo tumbó de espaldas. Uno menos, pensé. Mientras el tipo forcejeaba en el suelo pasé a su lado. La casa era un solo cuarto con un fregadero

al fondo. En su interior estaban tres tipos: uno sentado y dos parados. Además de Natalia, sentada en una silla, con la cabeza colgando, casi inconsciente, casi muerta. Con su cara llena de magulladuras. Me olvidé de ella para poder concentrarme en los tres torturadores. Porque eso estaban haciendo con mi mujer: los instrumentos romos y cortantes en la mesa que ocupaban lo decía todo.

Conocí personas así en los circos. Digo, si puedo llamarlos personas. Domadores que les gustaba herir a los animales a su cuidado. Acróbatas que provocaban caídas innecesarias a sus compañeros de trapecio. Gente para la que el sufrimiento ajeno era una diversión más, un entretenimiento, una adicción. No tenían que explicarme nada. Ni yo a ellos. Disparé al que tenía en la mano su revólver. Le di una patada en los huevos al segundo. Al tercero lo agarré de la cabeza y se la estrellé contra la mesa. El cuarto, el que forcejeaba con Laka afuera, en el suelo, lo escuché maldecir y amartillar una pistola. A ése lo maté por la espalda. Los torturadores no merecen duelos de caballeros. Laka me miró como si le hubiera quitado la diversión. Le dije que podía entretenerse comiéndoselo. Ni tarda ni perezosa eso se puso a hacer. Entré de nuevo. El que se retorció de dolor en el piso, lo alcé de un tirón y le puse el cañón de mi pistola en la sien. Le pregunté si la habían violado. Abrió los ojos sabiendo que cualquier respuesta que diera no cambiaría su suerte. Dijo que no, que eso sería más tarde. Que primero querían que desembuchara los nombres de sus cómplices.

—¿Quién dio el pitazo?

—El niño. El niño. Pero luego, cuando vio lo que le íbamos a hacer, se arrepintió, se puso a chillar, a defenderla, el muy pendejo.

No podía entretenerme más interrogándolo. Lo empujé al

fondo de la habitación y le disparé en el ojo derecho. No había tiempo que perder. Natalia estaba mal. Desvariaba, estaba fuera de sí. La liberé de las ligaduras que la ataban.

—¿Me escuchas, Natalia?

No me respondió. Salí de la casa y busqué por los alrededores. Una camioneta Ford se encontraba estacionada a la entrada de una rancharía, como a trescientos metros de distancia. Corrí hasta ella. Grité pidiendo auxilio, pero nadie salió. Abrí la puerta del conductor y tomé la resolución de robarla, bueno, de tomarla prestada por unas horas. Me metí en la camioneta y la hice andar con trucos de ladrón aprendidos en mis correrías juveniles por Chicago y Nueva York. Volví a la casa de torturas y subí a Natalia a la parte trasera, pero antes me cercioré de que seguía respirando. Laka se sentó, muy tiesa, como mi copiloto.

Salimos a la carretera y a toda velocidad regresamos a Mexicali. Vamos, Natalia, no te me mueras. Vamos, eres más fuerte que yo. Por vez primera en mi vida me sentí atado a una mujer de esa manera, tan ligado a su suerte, a su destino. Algo se removió en mí. Algo se rompió sin que yo pudiera evitarlo. Era el hombre más fuerte del circo y tenía los ojos llenos de lágrimas. Me las quité a manotazos. Debía ver bien el camino. Debía llevar a Natalia a un sitio seguro, donde pudieran curarla. Mexicali carecía de hospital y, de todos modos, llevarla a un lugar público implicaba dar explicaciones, informar a la autoridad. Cosa que no deseaba hacer.

Miré por el hombro y la vi acostada en el asiento trasero, quejándose. Un bulto ensangrentado que apenas respiraba. ¿Qué podía hacer? Recordé el botiquín de primeros auxilios que tenía

Doña Blanca en su oficina del teatro México. Eso serviría mientras encontraba un médico que atendiera a Natalia. Era difícil decirlo, pero no creía que tuviera huesos rotos. Los órganos internos, eso era otro asunto.

Lo bueno de Mexicali es que no contaba con semáforos. En pocos minutos ya estaba en mi casa de trabajo. Por la puerta trasera del teatro, gritando el nombre de Doña Blanca, metí en brazos a Natalia. Con la ayuda de Doña Blanca logré acomodarla en un diván oriental. Pocos minutos después un doctor, acudiendo al llamado de la gente del teatro, llegó para atenderla.

—La golpearon en el cráneo —dije tratando de ser útil.

El médico me hizo a un lado.

—Ya veo —dijo con parquedad y abrió su maletín para sacar un estetoscopio y escuchar sus los latidos de su corazón.

Don Pascual se veía más nervioso que de costumbre, pero Doña Blanca era la imagen perfecta de la entereza en momentos difíciles.

—¿Quién le hizo esto, Calavera? —me preguntó mi jefe.

—Gente de la policía —contesté.

—¿Y qué le pasó a esa gente?

—¿De verdad quiere saberlo?

Don Pascual me agarró del brazo y me sacó hasta afuera del teatro.

—Deja al médico que haga su labor. ¿Dónde fue este nuevo altercado tuyo?

Lo miré con rabia y, en ese instante, me cayó el veinte.

—Laka sabe —dije.

—¿Hay testigos?

Negué con la cabeza.

—Quiero que te lleves a dos trabajadores de tramoya nuestros y te deshagas de esa gente sin que nadie lo sepa. ¿Todavía hay tiempo?

—Creo que sí y ahora mismo podemos averiguarlo.

Don Pascual me agarró del brazo.

—Oye bien, Calavera, nada puedes hacer aquí por Natalia. Ve y arregla tu estropicio.

Eso hice con la ayuda de la gente del teatro. Regresamos a la casa de los torturadores. Yo en la misma camioneta robada y los trabajadores en la camioneta del teatro. La casa a medio construir seguía como la dejé: cuatro cuerpos dentro y ningún fisgón a la vista. Los trabajadores traían unas cobijas en las que pusieron los cadáveres. Ninguno dijo ni una palabra mientras hacíamos aquella labor de limpieza. Todos sabíamos que de eso no íbamos a hablar jamás. Media hora después tiramos los cuerpos de los policías torturadores en las aguas de un canal de riego. Puede que aparecieran más tarde. Puede que no. Dejé la camioneta donde la había tomado: frente al rancho y con un billete de diez dólares en el parabrisas. Regresamos al teatro. Doña Blanca me esperaba afuera.

—Natalia está grave. Eso fue lo que dictaminó el médico. Pero también dijo que es joven y fuerte. Que si sobrevive las próximas 24 horas podrá recuperarse.

Me tomó las manos y me vio las costras de sangre.

—¿Puedo verla? —inquirí.

—Primero lávate bien. Primero tómalo con calma.

—¿Está despierta?

—No. El médico le dio un sedante, para calmar sus dolores. Y le inyectó algo para la inflamación.

Fui a lavarme las manos y la cara. Luego me senté al lado del diván donde Natalia respiraba pausadamente. Sus cabellos aún estaban pegajosos por la sangre que en ellos permanecía. Le tomé la mano menos dañada y se la acaricié.

—Te vas a poner bien —le murmuré—. Ya verás. Ya verás.

Preparativos

Los días siguientes los viví dividido entre mi misión de socavar el reino de Cantú, mi trabajo de portero de teatro y mis horas dedicadas a cuidar de Natalia. Laka me sustituía cuando no podía estar a su lado. O Doña Blanca, que había suavizado sus dardos verbales contra mi persona.

Al segundo día, Natalia abrió los ojos y me miró con una sonrisa torcida por la inflamación que iba cediendo, pero que aún mantenía su rostro entre azul y violáceo. Le prometí que la iba a cuidar de ahora en adelante. Ella, como pudo, murmuró que no necesitaba que la cuidara un burgués como yo. Ambos sonreímos ante la testarudez del otro. En los días siguientes, esa fue mi rutina. Andar de cuidador de Natalia en todo lo que se le ofrecía. Llegué incluso a pensar que ella era la burguesa y no yo.

El teatro México seguía en auge. La gente acudía por puro morbo. Querían estar cerca de mí por si había un nuevo tiroteo, un nuevo derramamiento de sangre. Pero, por suerte, no hubo más peleas de las que yo fuera participante, aunque tuve que meterme entre borrachos para detener broncas ajenas.

Don Pascual me saludaba como su mejor amigo: me palmeaba la espalda, me daba consejos para que no descuidara la guardia, para que siguiera vivo en mis ires y venires. Yo no olvidaba cuál era mi misión en Mexicali. Entre encuentros con los chinos y mensajes de los sonorenses, la vida parecía mantener un aire de afabilidad, una conducta de continua modorra.

Un día, al regresar al sótano, descubrí una alfombra enrollada

que habían dejado con mi nombre como destinatario. Era el rifle de francotirador que le había pedido a Ignacio Solís. Con su mira telescópica para mejorar la puntería y sus balas de 8 mm. Lo guardé, envuelto en una toalla grande, en mi carreta. Recibí noticias de una compañía de teatro lista para presentar una obra épica. Con diez actores en escena más comparsas. Decía el remitente anónimo que todo el elenco estaba preparado para dar su mejor actuación. Juan Preciado me avisó que Cantú regresó de su gira por los Estados Unidos con las manos vacías. Muchos apoyos verbales pero poco dinero en efectivo para su causa. Muchas promesas, pero al final de cuentas, sólo iba a contar con las fuerzas militares y el armamento con que ya contaba.

Incluso se decía que nuestro vecino iba a imponer restricciones para el cruce de armamento hacia México para evitarse conflictos junto a su frontera. Al tercer día, aproveché para visitar de nuevo a Liu Ching. El viejo chino tenía buenas noticias: los trabajos que le encargara estaban terminados.

—Necesito que cuando sea el momento hagan mucho ruido en un lado y con el mayor de los sigilos saquen las cajas del almacén. ¿Podrán hacerlo a la vez?

—Podemos —fue su lacónica respuesta.

Le creí. Pero necesitaba algo más para poner nerviosos a los mandos cantuístas. Algo que de verdad les hiciera ver que no controlaban realmente el Distrito Norte y, sobre todo, el valle de Mexicali. Para eso era mi rifle Mosin-Nagant, un arma rusa que tenía el encanto de dar en el blanco y sin problemas incluso a ochocientos metros de distancia. Muchos apuestan por armas inglesas o alemanas. Yo prefiero este rifle ruso. O soviético, como ahora les gusta llamarse.

Es un arma de precisión que sabe matar como pocas. Sin daños colaterales.

Un día antes, Facundo Bernal había venido a verme. Con cara de angustia extrema. Nervioso como nunca antes lo había visto. Me dijo que la noche anterior se llevó a cabo una redada en la zona roja de la ciudad, en la parte de la Chinesca más para gustos exquisitos. Que era una forma de advertirle a la comunidad china que no tratara de cambiarse de bando o así les iría. Porque ahora Cantú estaba usando la porra y no la zanahoria para hacer llegar su mensaje. Y el mensaje era uno solo: “O estás conmigo o estás contra mí”.

Yo esperaba que los chinos respondieran diciendo que estaban con el régimen del coronel, que ellos seguirían siendo fieles a su causa patriótica. Una mentira más no dañaba a nadie excepto al que se la creyera. Pero el nerviosismo del periodista de Sonora era porque veía el fuego acercándose a su propio trabajo. Cartas amenazantes habían aparecido en su oficina de Calexico. Recordé entonces que me olvidé, cuando anduve al otro lado, con pasar a su oficina y conocerlo en su ambiente de trabajo.

—La próxima vez que cruce la frontera le prometo que lo visitaré —le expuse.

En ese momento llegó un muchacho conocido suyo para avisarle que Francisco, su hermano menor, había sido encarcelado como sedicioso. Volteó a verme.

—Otra forma de hacer presión, ¿no cree? —me dijo antes de marcharse a atender semejante emergencia familiar.

Hacia medianoche Facundo regresó, cabizbajo.

—¿Qué sucede, amigo?

Extendió los brazos y abrió la palma de sus manos.

—Lo juzgaron a toda prisa. Sin nadie que lo defendiera. Lo acusaron con mentiras flagrantes. Que era miembro del Partido Liberal Mexicano. Que había escrito propaganda contra el régimen. ¿Sabe qué usaron de pruebas? Sus poemas. Mira. Esta es uno de los poemas.

Me pasó una hoja tamaño carta. Un periódico hecho a mano. Se titulaba *El rey Momo. Semanario jocoserio*. El poema era una broma inofensiva, pero los tiempos no estaban para semejantes bromas. La gente del gobierno veía toda crítica como ataques previos a la llegada de las tropas federales, como un acto de alta traición. El poema se titulaba “Los Mochaorejas” y decía:

*Es la autoridad un muro
que no atiende ni contesta,
pues si le hablan se molesta....*

—¡Oh, seguro!

*Y de esta gran atolondrada,
digan, ¿quién es responsable?
A ver, ¿no hay alguno que hable?*

—¡No sé nada!

*Bien, aunque parezca duro
decirlo, es por el desprecio
que el Gobierno a todos hace, necio....*

—¡Oh, seguro!

Le devolví la hoja.

—¿Cuál fue la sentencia? —quise saber.

—Un año de prisión.

Me quedé mudo ante la enorme desproporción entre el acto y el castigo.

—¿Puede apelar?

—Puedo. Pero eso no es lo más grave, Calavera. Dicen que se los van a llevar, con otros presos políticos, a Ensenada. ¿Sabes lo que eso significa?

Lo sabía: una sentencia de muerte. A sus captores no les interesaba que fueran prisioneros. No pensaban gastar en su alimentación y alojamiento en una cárcel. Querían deshacerse de todos los opositores a Cantú para que, incluso si el régimen se venía abajo, no habría gente de ideología revolucionaria para sacar adelante a Baja California. Era un genocidio a pequeña escala. Un desangrar al Distrito Norte de sus mejores hombre y mujeres. Si ellos no gobernaban entonces que nadie más lo hiciera.

—¿Cuándo sale la cadena de presos?

—No quieren decirlo.

Lo tomé de los hombros.

—Pues vaya y descúbralo. Dese prisa. Es cuestión de vida o muerte.

Facundo se irguió.

—Soy periodista. Conseguiré la información. Pero ¿de qué nos servirá?

Sonreí para mis adentros.

—Usted preocúpese de decirme la hora de salida y si la ruta para Ensenada va por San Felipe o por la Laguna Salada. Lo demás déjelo que yo intente resolverlo por usted.

—Está bien. Eso haré.

Y allá se fue Don Facundo. Me recordó a Don Quijote, ese viejo idealista luchando contra molinos de viento. Pero los monstruos de ahora ya no son gigantes sino gente de mando, personas capaces de matar por el orden establecido, de aplastar a los que no creen en sus reglas. Unas horas más tarde, Don Facundo regresó con cara de espanto. En su mirada se delataba la ansiedad que lo carcomía. La información se la había dado una de las cocineras de los soldados del cuartel. Era de Hermosillo, como él, y se apiadó de su hermano.

La cadena de presos saldría a las 8 de la mañana. Eran siete presos con grilletes y cuatro guardias bien armados. Los presos irían en un carromato y los guardias a caballo.

Irían por la Laguna Salada.

—Una última tarea —le expliqué—. Requiero que pase a Calexico y le informe a Ignacio Solís que el primer acto del ejército liberador deberá darse en el camino a la Laguna Salada. ¿Cómo se llama el cerro que está cerca de ella?

—Le dicen el Centinela.

—Dígale que en las faldas de ese cerro nos veremos. Cuénteles lo que me acaba de contar. Dígale que ahí los veré a las cinco de la mañana. Ah, y que nadie los vea cruzar la frontera hacia México.

Facundo miró su reloj.

—Faltan 7 horas —dijo sin entender del todo mi mensaje, pero confiando que ayudaría a su hermano menor a salir del atolladero.

—Entonces apúrese. Que no hay tiempo que perder.

El periodista me semblateó por un instante y comprendió que yo iba en serio, que la promesa que le acababa de hacer pensaba cumplirla. Y salió corriendo rumbo a la línea internacional.

La Laguna Salada

Revisé el horizonte plano, monótono, amarillento. Arena. Polvo. Arena. Más polvo. Con la mira telescópica vi pasar una fila de camiones con soldados y presos que iban a trabajar en el camino de Mexicali a Tijuana. Polvaredas que creaban nubes enormes que parecían nunca desaparecer. Aun siendo de noche supe que en esos vehículos no iba Francisco Bernal, el poeta. La caravana de él y sus guardias debía ser muy pequeña. Uno o dos vehículos cuando mucho. Era de noche todavía pero ya empezaba a clarear a mis espaldas. El sol aquí, en verano, salía temprano y el día se prolongaba con una fuerza notable.

Como había aprendido de varios oficiales ingleses que combatieron al imperio turcomano en la Gran Guerra, en las arenas de Medio Oriente, iba cubierto de pies a cabeza con ropas claras. Y lo mismo iba para el rifle que portaba. No quería que un reflejo en el metal me delatara. Debía ser invisible y listo para tomar acción. La fila de trabajadores no terminaba de pasar. Ver aquel gentío, llevado como ganado a trabajar a la fuerza, me trajo memorias dolorosas, me recordó el Valle Nacional: grandes obras públicas de la dictadura porfirista hechas con el sudor y la muerte de los presos de su tiranía. El México bárbaro no había cambiado mucho en diez años. O al menos en el Distrito Norte de la Baja California prosperaba en ideas fijas de grandeza personal y sufrimiento colectivo.

Tenía razón Juan Preciado: esta zona de México era el último reducto de un régimen del siglo pasado. Cantú, por lo que yo veía, no era muy original: copiaba, a lo descarado, la forma de gobierno de Don Porfirio. Los métodos. Los procedimientos. Las maneras

de mantenerse en el poder coqueteando con las clases acomodadas, dándoles incentivos a los empleados públicos, siendo dadivoso con su tropa, poniendo cara de mexicano amigo ante los vecinos del norte. Pero no a todos podía engañar. Allí estaban los indios cucapá, que se le resistían. Los mexicanos de espíritu revolucionarios que llenaban sus cárceles y prisiones. Los estadounidenses que sabían lo taimado que era, lo despiadado que podía ser con tal de conservar su poder. Los obreros que no tenían derechos. Los campesinos que carecían de tierra porque el coronel no quería ponerse en contra de sus socios yanquis.

Y ahora estaba yo y mi teatrillo a punto de su día de estreno. Miré de nuevo hacia el camino que partía de Mexicali. Unas horas antes, con el permiso de Don Pascual, había salido temprano del trabajo y, con mi carreta, me había dirigido a la Laguna Salada. No llevaba a Laka, que la dejé cuidando a Natalia en los sótanos del teatro México. Fue un viaje placentero, lo reconozco.

Avancé a paso lento y para las 4:30 de la mañana llegué a las faldas del cerro del Centinela, donde preparé un campamento fuera de la vista de viajeros y curiosos. No hacía tanto calor, pero siendo el mes de agosto en esta región desértica podía apostar que esa mañana el calor aumentaría considerablemente. Veinte minutos después de las 5 de la mañana observé una polvareda que se iba acercando con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Eso podía esperar.

Observé el otro lado, el camino que pasaba junto a la Laguna Salada. Vigilé por un momento la parte arenosa, curtida por el sol como una piel vieja, y pude ver a una caballada oculta dentro de un barranco cercano. Por los uniformes, al menos de lejos, parecían forajidos del viejo oeste, una banda dispuesta a robar diligencias. Cada

uno vestía de lo más extravagante. Uno llevaba plumas en el sombrero y un parche en el ojo. Otro portaba un traje de puro cuero, como los que usaron los defensores de El Álamo. Uno más parecía un pirata de los pies a la cabeza: sólo le faltaba un loro en el hombro.

Los disfraces del teatro en todo su esplendor. Los actores en su papel de bandoleros. Algo me dijo que entre ellos debía andar el propio Adolfo Wilhelmy. La polvareda tomó forma. Un camión con ventanas tapiadas y cuatro jinetes bien armados a los costados. La función estaba por comenzar. Saqué un pañuelo rojo e hice señas a los forajidos. Estos me respondieron ocultándose de inmediato. Pero, no sé, tal vez debí gritar: rómpanse una pierna, que tengan un mal estreno, para conjurar la mala suerte. Porque en ese momento, el vehículo en que iban los presos se desvió del camino y se adentró directamente hacia el barranco, donde el vistoso ejército liberador de la Baja California estaba esperándolo.

En cualquier instante los guardias se percatarían de la situación y comenzaría un tiroteo. Pero la camioneta con los presos se detuvo junto a una hondonada que quedaba protegida por el cerro en que me encontraba. Desde el camino era invisible, como yo. Los guardias desmontaron y abrieron la puerta trasera para que salieran los presos. Todos ellos iban encadenados unos con otros. Apenas podían pararse de lo estropeados que se hallaban.

Y en la penumbra del alba, los vi totalmente desorientados.

Estaban, me percaté, a merced de sus verdugos. Porque eso era, exactamente, lo que yo contemplaba a quinientos metros de distancia. Aquellos guardias eran un comando de ejecutores. Pusieron a los siete presos, que iban desde un muchachito que no contaba con

más de 15 años hasta un viejo al que le calculé unos ochenta años de edad, de pie al borde de la hondonada.

El conductor de la camioneta bajó un par de palas y las dejó en el suelo. Luego sacó una petaca de licor y bebió un trago largo de su contenido. Los guardias rieron. Tal vez uno de ellos había contado un chiste. Quizás estaban simplemente de buen humor. Lo más seguro es que eso de matar presos en despoblado fuera algo rutinario, que no le dieran mayor importancia. Una actividad de lo más normal en estas lejanías. Vi que los presos, entre los que distinguía la familiar figura de Francisco Bernal, esperaban lo peor.

El pobre poeta se estremecía como una hoja en invierno. A su lado se tambaleaba una figura estragada. Su rostro se me hizo conocido. ¿Quién era ese tipo lacerado del rostro, con cara de sufrimiento? Algo vino a mi mente: mi encuentro con Juan Preciado en la playa de Venice. Algo como la noticia que le di de un revolucionario floresmagonista entregado a las fuerzas militares de Cantú y que fue torturado. Alejandro Pacheco, ése era el hombre que apenas lograba mantenerse en pie, que parecía estar más muerto que vivo.

No me fijé qué pasaba entre los bandoleros, pues estos tenían que rodear el barranco en que se encontraban para llegar a la hondonada a tiempo. Y por mis cálculos no lo lograrían.

Calibré la mira telescópica y sentí el leve viento que me movía los cabellos. Decidí que el primer guardia que moviera su rifle sería mi blanco. Pero el conductor fue más rápido que yo. Terminó de empinar de su petaca y sacó una pistola. Con ella le disparó al muchachito de 15 años. En la sien derecha. Hasta donde estaba me llegó el sonido del disparo. El preso que estaba al lado de la víctima detuvo su caída con

sus brazos. El viento me trajo las risas de los guardias. El conductor movió su pistola como si estuviera escogiendo a su siguiente blanco por puro azar.

Sentí el terror de los sentenciados a muerte. Los forajidos estaban cerca, pero iban a llegar tarde. El conductor puso el cañón de su pistola en la cabeza de Francisco Bernal. Saqué el aire de mis pulmones. Y disparé. Siempre ha pensado que la gente que mata se sorprende igual que los neófitos de que la muerte también les toca a ellos. Los asesinos se piensan invulnerables, pero no lo son. Yo mismo he de recordármelo de continuo.

Y ahora, a quinientos metros de distancia, el pecho del conductor se abrió con un hueco rosáceo. Las balas de 8 mm son rotundas en sus efectos devastadores. El tipo salió volando varios metros y quedó tirado más allá de la hondonada. Los otros guardias se olvidaron de los presos y voltearon en mi dirección. Eso fue de gran ayuda, porque no se percataron de la llegada del ejército de liberación a sus espaldas.

Dos de los guardias fueron lo suficientemente inteligentes para bajar de sus cabalgaduras y parapetarse entre unas rocas. Los otros dos trataron de regresar hacia el camino, pero di cuenta de ambos antes de que pudieran avanzar más de cincuenta metros. A uno lo maté y al otro sólo lo herí en una pierna. Pero los forajidos revolucionarios ya habían empezado a disparar y se encargaron de los restantes. Observé atentamente el camino. Nadie se había dado cuenta de aquella escaramuza. Nadie había corrido a dar la voz de alarma. La operación estaba completa.

La primera batalla era nuestra en su victoria. Enfundé mi

rifle y dejé que los revolucionarios se llevaran el triunfo. Vi que el guardia herido era generosamente rociado de balas. Vi que los presos eran desencadenados uno por uno. Alejandro Pacheco fue el primero. Tenía suerte ese cabrón: contempló la calaca y escapó por los pelos. Otro que destacaba fue Francisco Bernal, que se abrazaba a sí mismo. Algo me dijo que pronto se pondría a escribir un poema épico sobre su liberación. El plan era que invitaran a los presos a unirse a la causa. Y así, sumados a la revolución contra el régimen de Cantú, siguieran hostigando a sus fuerzas armadas hasta la llegada del ejército federal. Yo sólo había pedido que a Francisco lo mandaran al otro lado, a Calexico, con su hermano mayor. Para protegerlo de las represalias que se vendrían.

El sol estaba despuntando en el este. Un astro solar grande e intenso. Consulté el reloj: faltaban quince minutos para las seis de la mañana. Todo el enfrentamiento había durado menos de veinte minutos. Debía regresar a Mexicali. Ver cómo seguía Natalia. Cuidar que Sansón supiera contra cuántos David peleaba.

Noticias falsas

Volví a pasar al otro lado unas horas más tarde. Antes visité a Natalia en el sótano del teatro y me gustó verla de pie, tratando de ser útil remendando un telón rasgado por el uso. Le había pedido a Don Pascual que no le dijeran de la muerte del niño, Joselito. Pero al parecer Natalia contaba con sus propias fuentes de información.

—¿Por qué lo hizo? —me preguntó.

—No sé. Lo obligaron. Lo intimidaron.

—Era un buen niño. Trabajador.

—Aquí, en este pueblo, los buenos no pueden serlo por mucho tiempo.

En los ojos de Natalia volví a notar un dolor que no era físico sino anímico. Por lo que intenté desviar la conversación a temas que me interesaban más. La besé con cuidado, tiernamente. Digo, lo más tiernamente que puede un hombre fuerte del circo. No necesitó muchos arrumacos para devolverme la jugada. Descubrí, para mi asombro, que a pesar de los golpes y las concusiones recibidos, Natalia seguía siendo una mujer bastante flexible a la hora de meterse en la cama y hacer el amor.

—Te extrañaba —me dijo con un hilillo de voz.

—Me too —le respondí como un turista gringo.

Por supuesto, Natalia me sacó a empujones de la cama.

—¿Qué crees que soy? ¿Tu puta?

—No —le respondí con una sinceridad que creía haber perdido mucho tiempo atrás—. Eres mi mujer.

Me dejó volver con ella, saborear su cuerpo tibio aunque aún

dolido.

—Puedo sobarte, si quieres.

—Está bien —me contestó—. Pero yo te diré dónde.

Fue una buena mañana, hogareña, de mutuo placer. Con buen ánimo me despedí de Natalia. Busqué primero a Don Rafael Corella en su negocio. Lo encontré trabajando con un ayudante en la hechura de varios ataúdes.

—¡Bienvenido a mis dominios, socio Calavera! —fue su saludo—. ¿A qué se debe el honor de tu visita?

Le agradecí haber contrabandeado el rifle que había usado esa madrugada. Le expuse, en privado, la situación imperante sin dar nombres ni fechas. Se alegró más de la cuenta. Para el Corellón entre más muertos, mejor. Le dije que estuviera preparado.

—¿Con cuántos ataúdes? —me preguntó feliz de la vida.

En la aduana estadounidense encontré más soldados resguardándola.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté a un guardia.

—Seguridad, señor.

—¿Piensan cerrar la frontera?

El guardia hizo una mueca.

—No creo. Se nos echarían encima todos los buenos ciudadanos del valle Imperial que van a Mexicali a enviarse. Pero hay rumores de que puede suceder si los mexicanos se pelean entre ellos.

—Espero que no ocurra —le dije y seguí mi camino.

Busqué la dirección de la oficina de Facundo Bernal y entré en ella. Era pequeña, llena de resmas de papel y una enorme prensa manual. El poeta salió a recibirme con pistola en mano.

—¿Por qué tan armado? —quise saber.

—Por las dudas.

—¿Ya está aquí Francisco?

—No. En cuanto me lo entregaron sus amigos, lo mandé de vuelta a Los Ángeles. Para que estuviera seguro. Para que ninguno de sus apresadores supiera que está libre y no muerto. Recuerde que aquí, en los Estados Unidos, residen todos los funcionarios del gobierno de Cantú. Cualquiera que viera a mi hermanito libre, lo delataría sin pensarlo dos veces.

El periodista dejó la pistola encima de su escritorio y me miró, desconsolado.

—Sé que debo agradecerle lo que hizo, señor Calavera. Pero en este momento sigo conmocionado por lo que me contó mi hermanito. ¿Cómo es posible que esta gente que se dice tan decente imponga esta clase de salvajismos?

—Así son las tiranías, Don Facundo: hablan de progreso pero nunca nos dicen a qué costo. Proclaman la civilización pero jamás nos aclaran las libertades que debemos perder para conseguirla. Son gobiernos que dicen sostenerse en el pueblo pero en realidad se sostienen en la represión brutal, en el mátalos en caliente.

—Yo era un crítico de la corrupción del gobierno del coronel. Pero nunca quise creer lo que decían sus adversarios de su conducta.

—¿Por qué lo dice?

El periodista tomó del escritorio una carpeta de la que sacó varios recortes de periódicos. Buscó entre ellos y me mostró dos de esos recortes. Eran de una publicación legendaria entre los exiliados políticos de Los Ángeles, *Regeneración*, el órgano de prensa de Don

Ricardo Flores Magón, el vocero del legendario Partido Liberal Mexicano. El primer recorte era del 10 de octubre de 1911.

—Pocas semanas antes había llegado Cantú a Mexicali. Ostentaba entonces el grado militar de mayor —me explicó Facundo.

Leí la nota:

Según noticias que nos llegan de la Baja California, las autoridades de esa desdichada península están asesinando a los trabajadores, pues ven en cada proletario a un liberal. En Ensenada están fusilando, sin formación de causa, a cinco, seis y hasta diez mexicanos cada día. En Tecate ocurre otro tanto. En Mexicali están en capilla dos trabajadores mexicanos y se les va a fusilar por el delito de vestir pantalón de mezclilla y blusa de obrero. No conocemos más que el nombre de uno de ellos, Damián Hernández, miembro de la unión obrera revolucionaria Industrial Workers of the World. Del otro infortunado camarada ni el nombre se ha sabido, pues a ambos se les tiene rigurosamente incomunicados. Las autoridades de Mexicali han sujetado a esos pobres compañeros a torturas que la más corrompida imaginación tal vez no pudiera concebir con el fin de que denuncien a los libertarios de los alrededores. Se les clavan estaquitas de madera entre la uña y la carne de los dedos de los pies y de las manos; se les azota con varas espinosas; se les tiende boca arriba y por medio de un embudo se les llena de agua el estómago hasta que se desmayan. Estos suplicios infames fueron aplicados a Juan F. Montero, Emilio Guerrero, Mariano Barrera, Leonardo Gutiérrez y a muchos otros compañeros en la Baja California. Y cuando las víctimas, quebrantadas, aniquiladas, desfallecidas, están próximas a despedirse de este mundo de injusticia, de crueldad, de iniquidad,

cuando los verdugos comprenden que es inútil la tortura para hacer que esos espíritus de bronce denuncien a sus compañeros, se les fusila. ¿Qué se proponen los chacales de la Baja California? ¿Quieren acabar con el último mexicano, para que queden dueños de todo los americanos, los ingleses y los franceses, en cuyas manos está toda la península?

El periodista me miró con indignación.

—He de decirle que yo mismo defendí a Cantú de esas acusaciones en mis artículos periodísticos. Lo fui a entrevistar, cuando sólo era el jefe militar de esta región, cuando aún no era el caudillo de toda Baja California, le pregunté por estas acusaciones y me dijo que eran totalmente infundadas. Que él era un caballero, un hombre de honor. Lea la segunda nota y verá lo que ya pasaba nueve años atrás y yo no lo quise ver. Si hubiera sabido la verdad, habría llevado a cabo una campaña periodística denunciándolo. Pero le creí. Le creí a ese mentiroso. ¿Sabe qué pienso? Que Cantú es el rey del disimulo.

Leí el segundo recorte, que era del 31 de octubre del mismo año. Era una nota editorial escrita y firmada por el mismísimo Ricardo Flores Magón:

El compañero Carlos Orozco pasó a Mexicali a vender alguna fruta el 29 de agosto anterior. No acababa de pagar en la aduana los crecidos derechos que aquellos bandidos cobran a los pobres, cuando fue arrestado por el esbirro Bernardo Mota, quien lo llevó ante Gallego, el individuo que hizo traición al proletariado por los veinticinco mil pesos que recibió de las compañías americanas que explotan los terrenos de México. Gallego remitió al compañero Orozco a que compareciera ante

un tal Cantú, quien le dijo: “No te fusilo porque soy decente; pero te voy a enviar a Ensenada”. Afortunadamente Orozco pudo fugarse y pasar a territorio de los Estados Unidos, que de no haber sido así, ya estuvieran blanqueando sus huesos en el camino de Ensenada. ¡Vaya una decencia del tal Cantú!

—Con esa clase de personas nos enfrentamos.

Yo le devolví los recortes. Facundo se puso de pie y yo hice lo mismo. El periodista me abrazó sin más.

—Gracias por salvarle la vida a Francisco. Es un joven idealista que acaba de conocer de primera mano lo que es el México en que vivimos, la forma en que el poder se ejerce en estas lejanías. Creo que mi hermanito ya nunca volverá a ser el poeta bucólico que intentaba ser. Ya aprendió en carne propia que la realidad no es un romance sino una carnicería.

Volvimos a sentarnos.

—Espero que ese México no dure mucho tiempo haciendo lo que hace —dijo.

—Si nos cruzamos de brazos, el coronel y su gente continuará con sus fechorías. De eso no hay duda.

Me miró con fijeza.

—¿Y si tomamos cartas en el asunto? —quise saber.

Don Facundo resopló, como reconociendo que era tiempo de tomar partido.

—¿Qué necesitas de mí?

Miré un aparador lleno de libros y una botella ambarina de whiskey.

—Un poco de eso, para empezar.

Después de darle varios tragos, el periodista pareció más sosegado.

—Dos cosas requiero de ti.

—Lo que sea. Toda nuestra familia está en deuda con usted.

—La primera es fácil. ¿Puedes sacar un periódico nuevo, una simple hoja impresa de un lado, con noticias falsas?

Facundo dio un respingo.

—¿Noticias falsas?

—Falsísimas, desconcertantes, que pongan nervioso a Cantú y su grupo.

—¿Quieres que las invente?

—Tengo algunas ideas.

—Pero eso va contra mi ética periodística —protestó.

—Entonces piénsalo como si publicaras una obra de ficción pero en formato de noticias. ¿Podrías hacer eso?

Lo pensó unos segundos y asintió.

—Puedo. ¡Dígamelas!

Y se las dije. No dejó de reírse mientras se las dictaba.

—Cuando deje el circo, señor Calavera, podría dedicarse a novelista. Usted cuenta con una imaginación abundante.

—Sólo para joder al prójimo —le respondí.

Cuando terminamos la redacción del pasquín, Facundo se puso a trabajar.

—¿Cuál es el otro favor que quería que le hiciera? —me preguntó.

—Es algo peor que las falsas noticias —le previne.

—¿De qué se trata?

Se lo dije.

Por un momento estuve seguro que se iba a negar.

—Debo avisar a mi hermano Pedro y a su familia en Mexicali.

Si lo hago no quiero que ellos sufran represalias.

—Hágalo. Avíseles. Sáquelos de Mexicali.

—Eso que me pide lo redactaré yo mismo.

—Eso quiero. Con todos los detalles. Haga volantes con ese texto. Si puede ponerle un dibujo alusivo, mucho mejor.

El periodista buscó en las estanterías y de ellas sacó un libro grande, lleno de dibujos y grabados.

—Son magníficos —exclamé al ver su interior.

—Son de Goya, un pintor español muy antiguo, que padeció tiempos crueles, criminales, como los que aquí hoy padecemos —me dijo Facundo.

Estuve de acuerdo. Sólo que ver aquellas imágenes de fusilamientos, masacres de civiles y todos los horrores de la guerra me recordó que eso del progreso era una farsa bien montada. Por más ciencia que tuviéramos, por más nuevos milagros tecnológicos, continuábamos matándonos entre nosotros. Primates gritones dándonos golpes en el pecho. Soldados con el más moderno armamento tratando de destruir al adversario. Le di una palmada en la espalda al periodista.

—¿Podría tener los volantes en una hora?

—Imposible. Pero en dos horas tendré unos mil volantes. ¿Le sirve?

—Mucho. Le pediré a Ignacio Solís que venga por ellos. Y si

no lo encuentro yo mismo vendré.

—Hecho.

Lo dejé en su tarea, por demás descomunal. Era hora de ponernos a la ofensiva. Era el momento propicio para cambiar la opinión pública de los fronterizos.

Acrobacias en el cielo

Fui a la Imperial Hardware Store para ponerme de acuerdo con Ignacio Solís.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sin problemas.

—¿Y tú quién eras? ¿El pirata o el cowboy?

Sin responderme me mostró el parche en el ojo que había usado.

—¿No hubo heridos?

—Ninguno de nuestra parte.

—¿Los enterraron a todos?

—Lo hicimos. Nos dio un poco de pena enterrar al muchachito que mataron en la misma fosa que sus verdugos, pero ya estaba saliendo el sol y no queríamos que nos descubrieran.

—Bien. Necesito que vayas en unas dos horas a la oficina de Facundo Bernal y cargues con unas cajas que te va a dar.

—¿Y luego?

—Necesito un avión prestado. ¿Conoces a alguien que tenga uno?

Ignacio me sonrió.

—El dueño de esta tienda tiene uno. Lo renta para ocasiones especiales. A veinte dólares el viaje.

—Dile que le daré treinta dólares porque yo seré quien lo maneje. Sólo dile que él ponga la gasolina. El tanque lleno. Espero volar al menos unas dos horas.

—Estará encantado. ¿Algo más, Calavera?

Sentí que mi estómago protestaba por la falta de alimentos.

—¿Dónde venden una buena hamburguesa? —indagué.

—¿No que muy mexicano? —me increpó.

—Llevo demasiado tiempo viviendo en los United States — me defendí.

Seguí las instrucciones de Solís y encontré un puesto de hamburguesas y hot dogs en la calle principal de Calexico. Mientras comía pensé en Natalia. ¿Qué iba a hacer cuando todo esto acabara? Cantú podía caer hoy o dentro de un año, pero lo de Natalia me preocupaba más. ¿Aceptaría acompañarme en Los Ángeles? ¿O querría que me quedara a vivir con ella en Mexicali? Preguntas para las que no contaba con una respuesta cierta. Dejé mis preocupaciones a un lado.

En el *Imperial Valley Press*, el periódico local, las noticias eran inquietantes. Por un lado se anunciaba que el coronel Esteban Cantú ya estaba de nuevo en Mexicali y que había vuelto a tomar las riendas del poder. Según esto, en una entrevista improvisada, antes de pasar a México, expuso que sus fuerzas armadas estaban listas para repeler a la plebe revolucionaria. Así lo decía: “a esa broza de patanes que cree saber gobernar pero únicamente sabe saquear el patrimonio de nuestra nación”. La hiena hablando mal del chacal. Pero la noticia que más me interesó es que Luis Salazar, un joven político sonoreense, estaba a punto de llegar a Mexicali para negociar la salida pacífica de Cantú. Esa noticia podía cambiarlo todo. Terminé de comer y pagué mi consumo. Regresé con Solís, quien me presentó al señor James Lee, el dueño de la tienda y de la avioneta.

—La rento para viajes de diversión —me explicó.

—¿Es monomotor o bimotores? —quise saber.

—Un solo motor, pero es doble plaza. Y doble ala.

Sonreí sin recato.

—¿Por casualidad es un Jenny?

—¿Cómo lo supo?

El Jenny era mi avión favorito en los circos ambulantes en que anduve un año antes. Su nombre oficial era Curtiss JN4, un avión que había sido usado en la Gran Guerra y que más tarde entró al mundo del espectáculo con el pie derecho. Yo lo conocía como la palma de mi mano. Por unos meses fui acróbata aéreo y actué como tal en ferias de condado en buena parte de los Estados Unidos. Me acompañaba un amigo que era excelente acróbata, pero que soñaba con ser escritor. No sé en qué ande ahora, el tal William Faulkner. Lo que sí sé es que entre los dos nos divertimos en los cielos del Medio Oeste. Y ahora yo volvía a las andadas. Ignacio Solís se me acercó.

—¿Qué sabes de las negociaciones con ese Luis Salazar? —inquirí—. Acabo de leer la noticia en un periódico.

—No mucho. Plutarco Elías Calles lo manda para obtener, con su labia diplomática, un acuerdo con Cantú. Parece que es bueno para cerrar tratos.

Le pedí a Ignacio que fuera por las cajas con los volantes a las oficinas de Facundo Bernal. Mientras lo hacía revisé el avión y vi que estaba impecable, listo para elevarse por los cielos y hacer su labor. Una hora después llegó Ignacio con los volantes. Lo miré con mi sonrisa de domador de fieras.

—Necesito otro favor de ti —le dije con voz melosa.

Hizo un gesto nervioso porque sabía lo que le iba a pedir.

—¿No estás pensando en que vuele contigo?

Diez minutos más tarde nos elevamos sin problemas y sobrevolamos el valle Imperial. Desde las alturas no se veía algún detalle del paisaje que definiera la frontera. Me dirigí al sur siguiendo la línea del ferrocarril. Mexicali nos esperaba en la tarde luminosa. Hacía un calor tremendo, pero el viento nos refrescaba mientras descendíamos rumbo a la ciudad.

—¡Voy a hacer un barrido a toda velocidad! —grité—. ¡Cuando suba de nuevo lanza los volantes!

Bajé el morro del avión y vi que la gente salía a las calles y nos señalaba. Saludé sabiendo que con los cascos y los anteojos prestados que portábamos nadie nos reconocería. Llevé a cabo la maniobra y aunque Ignacio se asustó un poco al principio, pudo controlarse lo suficiente para hacer su labor de aventar los volantes. Vi la lluvia de papeles de colores caer sobre las principales calles de Mexicali. Era un espectáculo hermoso. Hicimos la maniobra sobre el barrio chino de la Chinesca y de ahí nos dirigimos al cuartel de las tropas de Cantú para tirarles los últimos volantes. Cuando pasamos sobre los soldados, sin embargo, no parecieron muy receptivos a nuestras acrobacias. Los muy cabrones empezaron a dispararnos. Esporádicamente, sin mucho entusiasmo, pero lo hicieron varias veces. Oí las balas pasar cerca de nosotros. Demasiado para mi gusto. Una rebotó en el ala inferior. Aceleré y maniobré para que no fuéramos un blanco fácil. Me entusiasmaba estar de nuevo en el aire: haciendo piruetas, siendo el foco de atención de los fronterizos, poniéndolos a pensar con los volantes que caían por todas partes. Volvimos a Calexico sin que yo notara algún daño serio a nuestra nave.

—¿Estás bien, Ignacio? —pregunté al enfilarse el avión para aterrizarlo.

—Lo estoy —dijo con un hilo de voz—. Pero no vuelvas a invitarme a estas zarandeadas, por favor.

Me reí como un poseso.

—Míralo como tu bautismo de fuego.

La guerra de la propaganda acababa de comenzar de nuestro lado. Era de colores verdes, blancos y rojos: como la bandera nacional.

El coronel Esteban Cantú en persona

Regresé a Mexicali lo más pronto que pude. Quería ver si los volantes caídos del cielo habían tenido algún impacto en los residentes de esta frontera. Vi que los empleados municipales los juntaban y quemaban para que no afectaran las conciencias de la gente, para que no tuvieran dudas sobre la situación del Distrito Norte en manos de Cantú y su pandilla. Yo ni siquiera supe de su contenido cuando los trajo Ignacio Solís a la pista de vuelo. Ahora tomé uno del suelo y lo leí:

Ciudadanos de Mexicali:

¡No más cobardía de nuestra parte!

¡No más lavarnos las manos ante la sangre de nuestros hermanos!

¡El coronel Cantú es un tirano: ha mandado matar a muchos de nuestros amigos, padres, hermanos, hijos y amigos!

¡Ha vivido de corrompernos con opio, cocaína, heroína, morfina y licores!

¡Es tiempo de detenerlo a él y a sus socios criminales!

¡Es tiempo de decir! ¡Basta ya!

¡Recuperemos Baja California de su régimen vicioso, de su gobierno de ladrones!

¡Actuemos ya!

Y debajo de esas palabras fervorosas, de oratoria antigua, aparecía el grabado de Goya de los desastres de la guerra: unos soldados franceses fusilando al inerme pueblo español por querer vivir en libertad, por alzarse contra el despotismo. No estaba mal. Esos volantes iban a ponerle los pelos de punta a los cantuístas. Me guardé

el papel en el bolsillo y apresuré el paso para llegar al teatro México. Atravesaba el parque Niños Héroes cuando sentí una sombra a mi espalda. Me di la vuelta demasiado tarde. El golpe me tiró al suelo. La oscuridad descendió con prontitud.

Lejos, muy lejos, escuché risas de niños. ¿Serían querubines? De sólo imaginarlo volví en mí. Cualquier lugar menos el putito cielo. ¿Quién quiere sentarse en una nube húmeda y tocar el arpa por los siglos de los siglos? Moví la cabeza y el dolor me despertó del todo. Estaba en una oficina de lujo, sentado en un cómodo sofá. Detrás del escritorio de caoba, atisbé una figura que se movía. Y más atrás, una amplia ventana por donde entraba una luz blanca, resplandeciente, que me hería la vista. Alguien me propinó una cachetada.

—Ya abre bien los ojos, ni que te hayamos golpeado tan duro. ¿O no eres el supuesto hombre fuerte del circo?

Moví un poco las manos. Vi que no estaba atado. Identifiqué la procedencia de la voz. Esperé la siguiente cachetada. Hice a un lado la cabeza en el momento preciso y me lancé contra mi agresor. Dos golpes en el pecho y lo sentí caer. Otras manos me sujetaron por detrás.

—Calma, señor Calavera —dijo una voz aguda, pero no ruidosa—. No está aquí para nada malo, se lo aseguro.

Abrí los ojos. Esta vez la figura borrosa adquirió todas sus dimensiones, obtuvo forma y contorno. Era un hombre esbelto, de estatura media, que lucía bigote prusiano y vestía el uniforme militar con sus medallas y su rango de coronel. Advertí que algunas de esas medallas se las había dado el hijo de puta de Victoriano Huerta. Estaba ante Esteban Cantú en persona, el amo de Mexicali. Observé por la ventana y vi el parque Niños Héroes y, cruzando la avenida Porfirio

Díaz, el teatro México. Me hallaba en un segundo piso, en la escuela Cuauhtémoc, que también era sede del gobierno del Distrito Norte de la Baja California.

—¿Por qué me golpeó su gente? Pudo invitarme a su oficina y yo hubiera venido encantado de la vida.

—¿Sabe quién soy? —preguntó mientras se sentaba detrás de su escritorio.

—El jefe máximo —repliqué.

El coronel sonrió. Lo anoté para el futuro como un dato de valor: el coronel Cantú era susceptible a la adulación, al halago. Vi que los soldados que me rodeaban, con sus pistolas en la mano, vigilaban todos mis movimientos. Los oficiales presentes no me despegaban la vista de encima. Cantú me señaló el sofá.

—Siéntese. Tenemos muchos asuntos por tratar.

Me senté. Los soldados y oficiales se relajaron. Cantú tomó unos papeles de su escritorio y los leyó uno por uno.

—Veo que es un hombre de múltiples facetas, señor Calavera. El capitán Montaña, que cree que usted es un agente infiltrado a las órdenes de Obregón, me dice que debería fusilarlo. Los miembros de la Policía Rural me piden su cabeza porque sospechan que tuvo que ver con el asesinato de varios de sus integrantes. Y hasta mis mandos en la milicia me aseguran que usted está detrás de ese avión que hace poco lanzó unos volantes como el que encontramos en su bolsillo. Son acusaciones muy serias, amigo mío. ¿Qué me dice al respecto? ¿Debo tomarlas en consideración y pasarlo por las armas como un elemento altamente sedicioso que sólo ha venido a perturbar el buen orden de mi gobierno?

Me senté más derecho en el sofá. Al menos no estaba enterado que la partida de prisioneros había escapado y cinco de sus soldados se pudrían en la Laguna Salada en vez de los presos políticos. Un cargo menos en mi contra. Con la mirada busqué la licorera: era un mueble amplio con varias botellas luciendo sus sellos de Francia, Alemania e Inglaterra.

—Creo que hay un gran malentendido, señor Cantú. Pero este golpe me dejó un poco confuso de la mente. ¿Podría obsequiarme un vaso con licor? Se lo agradecería.

Uno de sus ayudantes, después de recibir la autorización de su jefe, me concedió el deseo. Pero en vez de una bebida fuerte me dio un vaso con vino blanco. Peor es nada, pensé, y me lo bebí de una sentada.

—¿Ya mejor? —volvió a la carga el coronel.

—Ya. Gracias.

—Volvamos al asunto de su presencia en Mexicali. He investigado su trayectoria, señor Calavera. Usted afirma que es un hombre del espectáculo, de la vida circense, del entretenimiento puro. Pero desde que llegó a Mexicali su trayectoria es de colisión con mi gente, mis soldados y mis oficiales. ¿Puede explicarme eso?

—No puedo, señor Cantú. Yo digo que estuve en el momento equivocado en el lugar equivocado. Los problemas vienen a mí, no yo a ellos. Como el volante que me encontraron, lo acababa de tomar del suelo. Pensé que era publicidad de algún espectáculo. Traté de sonreír, pero el dolor de cabeza regresó con fuerza. Maldito vino blanco.

El coronel Cantú volvió a la ofensiva.

—Usted mató a uno de mis oficiales, al teniente Fernando

Rivas.

—Así es. En un duelo. Que organizó, por cierto, el propio difunto.

—¿Buena puntería o buena suerte? —quiso saber.

—Buena puntería. El espectáculo de tiro al blanco lo hice por muchos años en el circo de los hermanos Aquila.

—¿Estuvo en la Gran Guerra? ¿Participó en la Revolución Mexicana?

La pregunta trampa. La emboscada para que yo declarara mis intenciones revolucionarias. Pero no le iba a dar tal pretexto.

—No, señor, no estuve. En ninguna de las dos.

—Si usted es un famoso hombre de circo, ¿qué hace en un pueblo tan modesto como Mexicali trabajando de portero en el teatro México?

La táctica del coronel era ir apretando la soga hasta ahogarme. Una vuelta a la vez hasta mi último aliento.

—De la fama no se vive —contesté, sabiendo que era una de mis respuestas más honestas que podía dar bajo tales circunstancias.

El coronel dejó a un lado los papeles acusatorios.

—¿Quién sabe! Yo lo quería conocer por su fama, si le soy sincero.

—Y aquí estoy, señor. Un poco golpeado pero listo para seguir haciendo mi trabajo de portero.

Cantú movió la cabeza como si yo no estuviera entendiendo lo que me sugería hacer: largarme de Mexicali cuanto antes.

—Lo de portero es un trabajo que está muy por debajo de sus capacidades, señor Calavera. ¿No cree?

Aquí va la carnada, pensé. Le sostuve la mirada.

—Pero pagan —respondí con voz clara, pronunciando con lentitud las palabras para que no se notara el miedo—. Me dan de comer. Tengo alojamiento gratuito. Puedo ver el show sin pagar boleto. Y a veces hasta me invitan a duelos. ¿A qué quiere usted invitarme, coronel?

Uno de los oficiales presentes, del que ignoraba su nombre, sacó de entre sus ropas un papel y lo desdobló. Era un cartel del circo de los hermanos Aquila. De 1918, para ser precisos. En él yo aparecía dibujado levantando unas pesas y con traje de leotardo.

—Ese es usted, señor Calavera. ¿O me equivoco?

—Ese soy —le respondí al oficial—. El hombre fuerte del circo, el papel que más me piden.

El capitán sacó otro papel y de nuevo lo desdobló. Era anterior a mi etapa circense. Mayo 29 de 1912. Aparecía como un retador en una pelea contra John Lever. Una pelea a veinte rounds en Chicago.

—Y éste también es usted.

Miré al oficial con un gesto de asombro.

—Me siento halagado. No sabía que contara con un admirador tan fiel como usted, capitán...

—...Abundio Rueda.

Cantú se levantó de su silla y se me acercó. Sin decir aguas va me agarró de la mandíbula y me revisó minuciosamente hasta quedar satisfecho. Luego me soltó y regresó a su silla. ¿O era trono? Con ambas manos se alisó el uniforme. Luego volvió a verme con esos ojos fijos, inescrutables, con los que supongo ponía nerviosos a sus interlocutores.

—Como boxeador, señor Calavera, ¿cuál fue su sueño mayor?

Pensé en mis años de peleador profesional. Recordé mis deseos de pelear contra Jack Johnson por el cetro de los pesos completos. Y eso le respondí. Todos se rieron al oír mi respuesta.

Era como si supieran algo que yo ignoraba. Cantú mostró finalmente su carta estelar, la que le iba a hacer ganar el juego contra mí, supuse.

—Jack Johnson está de huésped de mi gobierno, ¿lo sabía, señor fuerte del circo?

—No. No lo sabía.

El capitán Rueda me puso un puro en la mano y con un cerillo lo prendió como si fuera su mejor amigo. Empecé a sumar uno más uno y no me gustó el resultado.

—Lo tenemos bajo resguardo en el cuartel militar. Usted ya debe saber su triste historia. Un gran boxeador, el primero de los negros en hacerse de un título mundial, y luego su resbalón, eso de casarse con una mujer blanca. Yo no tengo prejuicios en ese aspecto. Que cada quien coja con quien mejor le parezca. Pero nuestros vecinos, los yanquis, no les gusta eso de mezclar razas. Odian a los *half breeds*, como ellos les dicen. Por eso a Jack lo acusaron de proxeneta, de corruptor de menores.

—Por eso nunca pude enfrentarme con Johnson —le dije con pesar.

Una gran verdad para cubrir una mentira mayor.

—Pensé que la causa era que usted nunca fue peso pesado. Al menos no en 1912.

—Bueno. Un detalle menor. Si yo hubiera tenido la oportunidad de pelear con Jack, la habría aprovechado aunque no fuéramos del mismo peso. Entonces eso poco importaba.

—Le creo, señor Calavera. Por casi una década, Jack se la ha pasado vagando por el mundo, celebrando peleas con los campeones de cada país por donde anduvo. Pero ya se cansó de esa vida itinerante. Quiere volver a los Estados Unidos. Quiere pagar por sus delitos ante la justicia de su país. Su abogado ya hizo un convenio para que se entregue. Sólo necesita cruzar al otro lado.

—Y decidió hacerlo por Mexicali —terminé su cuento feliz.

—El muy idiota. Porque en mi territorio todo tiene un precio.

—¿Y cuál fue el de Jack Johnson?

—Una pelea con nuestro campeón.

Me arremoliné en el sofá. Esto se estaba poniendo mejor de lo esperado.

—¿Algún sargento de hierro? —pregunté con el tono más ingenuo del mundo.

—Contamos con gente dura, con peleadores de primera.

—¿Pero...? —insistí.

—Pero no lo suficientemente buenos para que le aguanten veinte asaltos a Johnson. Ya no será el campeón mundial pero sigue pegando como tal. Y si a esto agregamos que queremos una pelea que sea un espectáculo único. Con toques dramáticos. Con sorpresas que quiten el aliento del público. ¿Me entiende, señor Calavera?

Cantú se alisó ahora los bigotes. Remilgoso, pensé. Demasiado atento a su propia persona.

—Yo seré su campeón. ¿Eso quiere decir?

El coronel asintió como un maestro al escuchar la respuesta correcta de un alumno díscolo.

—Eso quiero. ¿Lo hará?

—Depende de cuánto piensa pagarme?

—Mil dólares. No más.

Junté las manos.

—Mil dólares es poco si voy a arriesgar mi vida peleando con un boxeador de la talla de Jack Johnson.

—Y todos los cargos en su contra desaparecerán. Gane o pierda la pelea, saldrá del ring como un hombre libre.

—Con muchos moretones y mil pinches dólares en la mano.

—Eso o lo metemos ahora mismo en la cárcel. ¿Qué dice?

Vistas mis opciones, dije que sí. Después de todo, si la pelea era en septiembre probablemente nunca se llevaría a cabo. Para entonces, el coronel y su gente habrían dejado las riendas del poder.

—¿Cuándo será esta pelea? —indagué.

El coronel me miró como se mira un insecto molesto.

—El 15 de agosto. Cae en domingo. La haremos en la plaza de toros. Y viendo el éxito de los volantes, haremos una campaña publicitaria en todos los medios a nuestro alcance: radio, prensa y aviones. Quiero que vengan a Mexicali todos los fanáticos del boxeo profesional. Quiero que vean lo deportistas que somos. Porque será una pelea entre un mexicano y un negro. ¿Se imaginan cuántos turistas no acudirán a disfrutar el combate entre dos razas de salvajes?

Hasta entonces lo advertí: Cantú no se veía como un mexicano más. Él era un ser superior, el representante de la honorabilidad en persona, el cruzado que defendía la civilización contra bárbaros como

yo. Para él la revolución era horrenda porque permitía a cualquiera destacar, sin importar el pedigrí, el linaje familiar, las jerarquías. Era un coctel de ideas virreinales con manuales prácticos para triunfar en los negocios. El coronel se levantó y me estrechó la mano. Hasta entonces entendí su sonrisa de triunfo. Acababa de convertirme en un empleado suyo.

—¿Puedo retirarme? —pregunté.

—Antes debemos formalizar su participación en la pelea —me dijo Cantú.

El capitán Rueda me pidió que lo acompañara a la oficina de al lado. En ella me esperaban con una pluma fuente y unas copias del contrato.

—Firme al final —me dijo el capitán Rueda.

—¿Puedo leerlo?

—¿Para qué?

Tenía razón. Sólo me fijé que no estuviera firmando mi confesión de haber matado al teniente Rivas o algo parecido. Me dieron una copia, que leí mientras bajaba las escaleras. Era un contrato normal, sin cláusulas en mi contra. En el primer piso un grupo de niños salió corriendo de un salón de clases. Sonreí al darme cuenta que sus voces eran las que escuché al despertarme del golpe. No eran querubines sino alumnos de primaria. Y el cielo tan temido resultaba ser algo peor: el reino de Cantú con sus botas sobre mi cuello, con sus órdenes por cumplir.

De frente y de perfil

En la puerta principal de la escuela Cuauhtémoc me esperaba Don Pascual.

—Supimos que lo habían traído a la presencia del coronel. ¿Todo bien?

—Le platico afuera —le respondí—. Aquí hay demasiadas orejas.

Caminamos sin prisa rumbo al teatro México. Me di cuenta de que el derrocamiento del reino de Cantú iba a interponerse con mi tiempo para entrenar. Porque, aunque había sido boxeador hace ocho años, ahora, a mis treinta y dos años de edad no estaba físicamente preparado para una pelea de veinte rounds. Tampoco es que en unos pocos días lograría semejante preparación. Pero iba a intentarlo de todos modos. Qué cosas nos da la vida: mi sueño de juventud me lo daría el hombre que yo quería derrotar. Y era, por supuesto, un regalo envenenado. Una trampa mortal.

—¿Y bien, Calavera?

Volví al presente inmediato.

—Me obligan a pelear contra Jack Johnson —le expliqué a mi jefe.

Él me vio con mirada de sorna.

—¿Lo obligaron?

—Bueno, sí y no, yo estoy encantado de presentar pelea contra un boxeador de su talla. Pero eso me mantendrá muy ocupado entrenando.

—Ya veo. ¿Cuándo será la pelea?

—Este domingo 15 de agosto.

—Tiene poco tiempo para ponerse en forma.

—Así es.

El dueño del teatro México sonrió para sí.

—Déjeme hablar con Doña Blanca. Creo que tengo un plan que le puede servir. Pero ya estamos por abrir y no lo veo protegiendo el fuerte nuestro de las hordas turísticas.

Corrí a mi puesto y me puse a hacer guardia. Siguieron horas de vigilar borrachos y de quitar armas. Pero ningún incidente violento pasó a mayores. Cerca de las siete de la noche, Doña Blanca se aproximó para contarme que Natalia se había marchado a su casa.

—Dijo que ya estaba harta de la música que tocamos aquí —me dijo Doña Blanca, con un gesto entre divertido e indignado.

—Ya quería estar en su propia casa —le expliqué.

—Me dice Don Pascual que quieres que te revienten la cara a sopapos, ¿es cierto?

—Idea genial del coronel Cantú —le dije.

—Queremos ofrecerte un lugar para que entrenes sin que dejes de trabajar para nosotros. ¿Te interesa?

—Por supuesto que me interesa.

—Puedes practicar aquí, en el teatro, por las mañanas. Acondionaremos el escenario para que hagas ejercicios y todo lo demás.

Me reí sin querer.

—¿Me están ofreciendo como espectáculo del teatro, abierto para el público en general?

Doña Blanca se rio conmigo.

—Exactamente. Y como es en horas tan tempranas, podrán entrar niños y adultos.

—¿Cuánto cobrarán?

—Un dólar para los adultos y 25 centavos para los niños.

—¿Y yo qué gano con ese formidable negocio?

—¿Un cuerpo más fuerte? ¿Admiradores de todas las edades? Me le quedé mirando con ojos de espanto.

—Ustedes son despiadados.

Doña Blanca me acarició el brazo.

—No sabes cuánto, querido. Pero te subiremos el sueldo.

—¿Lo doble al menos?

—No seas codicioso. Pero ahora déjanos acondicionar el escenario para que sudés frente a nosotros.

Y Doña Blanca se ruborizó como una señorita de alta sociedad. Yo seguí con mi tarea de mantener la tranquilidad entre los espectadores del teatro. Pero comencé a percibir que iban apareciendo más y más gente que no entraba a los bares y cantinas, sino que se dirigía al parque Niños Héroe. En Mexicali eso era raro, inusual. En el reino de Cantú sólo había dos actividades permanentes: el trabajo y el placer. La primera se daba durante el día y la segunda durante la noche. Esto era diferente. Y más cuando observé que grupos de policías azuzaban a la gente hacia el parque. Recordé los tiempos de Don Porfirio, allá cuando era niño en los Altos de Jalisco.

Era una manifestación promovida por el propio gobierno. No era espontánea sino bien organizada. Los grupos que llegaban no los reconocí de inmediato.

—Son trabajadores de la Colorado River Land Company y

de otras empresas a las que Cantú protege con sus tropas.

Era Martita, la taquillera.

—¿Los conoces?

—Mis primos trabajan en el valle. Esos que están llegando son de la Imperial Valley Development Company. Cuando los trabajadores fueron a huelga, los soldados del 25 batallón intervinieron y a punta de golpes acabaron con las protestas. Aquí gobierno y empresas son uña y mugre.

El odio se traslucía en sus palabras.

—¿Van a manifestar su apoyo al coronel?

Martita asintió.

—Los obligan a los pobres.

Me percaté de que ya había centenares de personas en el parque, mirando en dirección de la escuela Cuauhtémoc, la cual habían iluminado con unos reflectores. En el balcón de la escuela colgaba una tela con la imagen de Cantú. Y ahora el propio coronel salía a escena. La multitud a sus pies aplaudió. Los sombreros volaron y los gritos de apoyo llenaron el aire. Era tan impresionante que pensé que Cantú era gente mía: del espectáculo. Sabía entrar en escena, eso no se lo discutía. Pero su voz no era la adecuada para llegar a esa multitud. Usaba un altavoz y aun así le faltaba fuerza. Pero a los manifestantes eso no les importaba. De vez en cuando captaba fragmentos de su discurso:

—No somos cobardes... jamás permitiremos que la anarquía reine... unidos venceremos a las fuerzas oscuras... yo defenderé el Distrito Norte... cuento con ustedes... he pedido el apoyo de los valientes... no los defraudaré...

A cada frase, el rugido de la multitud. Al final los aplausos

fueron unánimes. Y entonces vino el momento culminante. Primero los fuegos de artificio de rigor: explosiones coloridas en el cielo de Mexicali, que la chiquillada disfrutó más que los mayores. Luego un par de oficiales se acercaron con un cofre de madera y el coronel lo abrió y comenzó a tirar monedas al aire. Fue el acabose. La gente empezó a atropellarse entre sí, a pelear por las monedas como si en ello fuera la existencia. La famosa unidad se desquebrajó en un instante. Todos luchaban contra todos. Al rato un niño pasó, frente a donde estaba parado, gritando de contento. En la mano alzada llevaba una moneda reluciente.

—Oye, tú, déjame ver esa moneda.

Me vio con desconfianza. Le tiré una moneda de a dólar.

—Sólo quiero verla —le expuse.

Finalmente me la mostró. La moneda era una medalla con el rostro de Esteban Cantú. De un lado era de frente y del otro de perfil. La vanidad del coronel no tenía límites. Le devolví la moneda al chavalo.

—Muy bonita —le dije.

—Voy a cambiarla por comida. ¿Me la compras?

Negué con la cabeza.

—Prefiero las monedas con el rostro de Nerón o de Napoleón.

El niño no entendió mi comentario y siguió su carrera. El parque Niños Héroes iba despejándose poco a poco. Muchos de los manifestantes en apoyo del gobierno se dirigían a sus casas. Otros, viendo el brillante anuncio de cantinas, casinos y burdeles, se dirigían a estos. Algunos entraron al teatro al oír la música melodiosa de la banda. ¿Por qué no tocaban jazz? Pensé en Natalia. No le iba a gustar

que peleara contra Jack Johnson. Pero así es la vida: oportunidades, sueños, esperanzas. Una serie de rounds que sólo terminan cuando la muerte nos noquea, cuando el réferi cuenta hasta diez y dice basta, esto se acabó.

El Insumiso

En cuanto terminé mi turno de portero, me pasé a la casa de Natalia. En vez de guardar cama, mi mujer estaba acomodando los pocos objetos y muebles que habían sobrevivido al asalto de días pasados. Le dije que dejara eso para después y la invité a comer. Terminamos en un puesto callejero cuya especialidad era el caldo de caguama. Nos lo despachamos con tortillas de maíz y sendos vasos de horchata. Salimos reanimados y listos para limpiar la casa. En vez de eso acabamos cogiendo en la cama desvencijada. Cuando ambos ya estábamos exhaustos, sudorosos a más no poder, le comuniqué la noticia de mi pelea. Natalia no expresó nada en un principio. Luego me besó el cuello y me dijo que no importaba cómo quería morir.

—Ya estás grandecito para que te dé consejos —esas fueron sus palabras.

—No me dieron opción —le confesé.

—Es lo que dicen siempre los hombres. Sobre todo cuando van al combate.

Y me dio la espalda. Oí por mucho tiempo su respiración. No estaba dormida pero fingía estarlo. Yo tampoco podía dormir. Me vestí y me fui de vuelta al teatro. Antes pasé por la funeraria de don Rafael Corella. Ese cabrón estaba al tanto de todo lo que pasaba en Mexicali. Vi que ya tenía un cartel con el anuncio de la pelea:

¡No falte! ¡No se la pierda!

Jack Johnson versus Ray Calavera.

Pelea a veinte rounds.

Plaza de toros de Mexicali.

Domingo 15 de agosto a las 6 de la tarde.

Veinte dólares asientos a la sombra.

Diez dólares de pie.

Venta de bebidas para todos los gustos.

¡Apuesta y gane!

—Lo pusieron hace unos minutos —me dijo al verme llegar a su negocio—. Bonito cartel. ¿Qué tal será el espectáculo, Calavera?

—¿Conoces la fama de Johnson?

—La conozco. No creo que le vayas a aguantar más de 10 rounds.

—Gracias por tu fe en mí.

—Eres bueno para el tiro al blanco, pero Jack Johnson es palabras mayores. Yo lo sé y tú lo sabes. ¿De qué se trata todo esto? ¿Te convenció Cantú?

—Más bien me torció el brazo.

—Es su especialidad.

—¿Alguna noticia del otro lado? —pregunté por no dejar.

—Pronto estará aquí Luis Salazar. Viene como representante del gobierno federal para negociar la salida del coronel. Dicen que es una finta para entretener a Cantú mientras llegan las tropas del general Abelardo L. Rodríguez.

Asentí. Por todas partes se movían las piezas en el tablero de la política nacional. Cada una viendo para su propio beneficio.

—Se podría decir lo mismo desde el punto de vista de Cantú: si acepta negociar es para entretener al gobierno federal mientras

obtiene recursos para defenderse mejor.

—Lo mismo pienso, Calavera. Otra cosa: va a haber un baile de gala en el salón de actos de la escuela Cuauhtémoc. Organizado para recabar fondos para el glorioso ejército del Distrito Norte. Estará la plana mayor del gobierno y sus respectivas esposas, hijas y demás parientes. Será exclusivo para la sociedad refinada de Mexicali. Sé que crees que no existe tal cosa, pero debo advertirte que los funcionarios públicos, los oficiales de caballería, los empresarios gringos y los profesionistas de la ciudad, entre todos ellos hacen sus fiestas exclusivas, muy porfirianas, muy burguesitas. Ya verás.

Y me dio una palmada en la espalda.

—Por cierto, me dijo un amigo tuyo, el actor, que se verán allí, que no faltes.

Eso me hizo torcer la boca. Don Rafael lo notó.

—¿A qué le temes, Calavera? ¿A ponerte traje y corbata? ¿A beber champagne en vez de cerveza? ¿A comer caviar en vez de hot dogs?

—Me leíste el pensamiento.

Don Rafael se carcajeó.

—Entonces yo también soy gente del circo.

Ya me retiraba cuando vi el ataúd pequeño, parado en un rincón.

—Y ése, ¿para quién es?

—Para un niño ahogado. Lo pagó tu mujer, Natalia.

Joselito, recordé. El voceador que primero dio el pitazo a la policía y luego, al darse cuenta de lo que había hecho, intentó meterse entre Natalia y sus asaltantes. Por tanto perseguir la liebre de la caída

del régimen de Cantú se me olvidaba lo principal: la gente que moría por hacer finalmente lo correcto, por defender lo justo.

—¿Dónde lo van a enterrar?

—No me han dicho.

—Avísame cuando lo sepas.

Caminé por la calle y vi que había un grupo de personas reunidas frente a la entrada del cuartel del 25 batallón.

—¿Qué pasa? —le pregunté a uno de los curiosos.

—Está por entrenar Jack Johnson —me dijo sin voltearme a ver.

Y sí, en ese recinto estaba el gigante negro de América dando unos golpes a un joven soldado. Una exhibición. Tres minutos después el soldado yacía inconsciente en el suelo y Jack levantaba las manos con gesto displicente. Ni siquiera sudaba, el muy cabrón.

—Ese negro se va a tragar a Calavera y sólo va a arrojar los huesitos —dijo una voz a mis espaldas.

Era Facundo Bernal.

—¿Qué haces aquí? —le dije en voz baja.

—Haciendo lo que me pidió.

Nos alejamos del cuartel.

—Hablas de las falsas noticias.

—Eso. Ahorita mismo lo están repartiendo. Le puse *El Insumiso*. Vamos, acompáñeme. Quiero ver la reacción de estos cabrones.

Nos sentamos en una banca del parque Niños Héroe, bajo la sombra de una palmera, y contemplamos cuando unos niños regalaban pequeños ramos de flores a la gente que iba pasando.

—¿Y el periódico?

—Fíjese bien, señor Calavera.

Me fijé y hasta entonces entendí que los ramos iban envueltos en papeles. En la acera de enfrente otros niños hacían lo mismo, pero con botellas de soda. Pronto la gente se dio cuenta del periódico y empezó a leerlo. Desde lejos pude ver que se sorprendían, que se enojaban, que discutían unos con otros. Tuvo que pasar más de media hora para que se aparecieran los primeros policías a ver cuál era el motivo de tamaño alboroto. Demasiado tarde. *El Insumiso* había despegado con viento favorable. Ya sus noticias no estaban en el papel sino en boca de la gente. No había forma de detenerlas. Facundo Bernal se puso de pie.

—Yo me regreso al otro lado. He cumplido mi misión.

—¿Cómo está su familia?

—Todos se hallan a cubierto en Los Ángeles. Gracias por preguntar.

—Esto no va a durar mucho. Todo este reino mágico está a punto de explotar.

—Eso espero. Ah, y buena pelea. Apostaré por usted. Aunque pierda, prefiero apostar por las buenas causas que por los malos gobiernos.

Lo vi irse a su paso. Con su sombrero de paja y su figura recta. Un periodista honesto en tiempos de corrupción generalizada. Una especie a punto de extinguirse, pensé. Como los boxeadores amateurs en peleas de profesionales. Mientras caminaba entre la multitud escuché a la gente platicar de las noticias que acababan de enterarse. Unos ponían cara de incredulidad. Otros manifestaban su acuerdo

o desacuerdo. Lo que me gustó comprobar es que los fronterizos discutían, ahora sí abiertamente, la posibilidad del cambio político, las opciones que acababan de leer. Fueran verdad o mentira, fantasía o realidad, ya estaba fluyendo, en público, el torrente de la opinión ciudadana, las ideas en pro o en contra.

—¡No puede ser!

—¡Claro que puede! El coronel Cantú se siente acosado. Por eso pidió protección a los Estados Unidos. Va a traer al ejército yanqui a Mexicali y así el ejército federal va a recular. Te apuesto lo que quieras.

—Dice que va a decretarse la leva de todos los hombres entre 21 y 50 años. Sin excepciones. Pero si yo no sé usar ni un cuchillo, menos un rifle Springfield.

—Ni modo. ¿Qué le vamos a hacer?

—Y eso de que va a haber ley seca también aquí, ¿a quién se le ocurre? Sin licor, ¿quién quiere ponerse bravo?

Sonreí para mis adentros. Las falsas noticias siempre son las que la gente más cree, las que mejor llenan su falta de información fidedigna.

—Que va a nombrarse Emperador de la Baja California, que fundará su propia dinastía como Maximiliano.

—Es que es de Nuevo León. Allí todos se creen de sangre azul.

Ahora *La Vanguardia*, el periódico oficial, se la va a pasar desmintiendo los bulos en vez de loar al coronel Cantú. Ese es el propósito de las falsas noticias: meterte en sus infundios, hacer que acabes sin saber dónde termina la verdad y dónde comienza la mentira.

Pero quedaba una noticia que no era falsa y me dolía. El entierro de Joselito, un chamaco demasiado despierto para un mundo como el nuestro. Me llevó el propio Rafael Corella en su carroza. Yo mismo ayudé a cavar su tumba y puse en ella su ataúd.

—¿Algo que quieras decir? —me preguntó el Corellón.

Al principio no me salieron palabras de la boca. ¿Quién era ese niño de la calle, que trataba de ganarse unos dólares poniéndole el dedo a los disidentes del régimen? ¿Un cómplice del gobierno? Por supuesto. ¿Una víctima de sus circunstancias de vida? Desde luego. A veces no podemos definir a una persona excepto en sus claroscuros. En vez de todo eso dije lo más obvio.

—Fue un niño precoz, fronterizo. Alma en pena. Descanse en paz.

Mientras echaba paladas de tierra sobre su sepultura me sentí seco, vacío. Era una sensación donde el dolor y la rabia se mezclaban por igual. Joselito hizo lo que hizo para sobrevivir en un medio que sólo premiaba a los delatores, a los traidores, a los vendidos. Si alguien lo llevó a la muerte fueron las normas imperantes, las leyes en uso. Un código letal para quien no lo obedeciera. Y él lo obedeció hasta que ya no pudo más, hasta que vio el terror en la cara de Natalia y supo que no podía seguir siendo un cómplice de esas normas, de esas leyes. Y pagó con su vida por reclamarle a los verdugos que respetaran a una mujer, que no la golpearan. Allí, en ese instante, Joselito fue libre, se hizo un justo entre tantos impunes. Al terminar, regresamos a Mexicali. Ninguno de los dos cruzamos palabra. Porque todas las palabras estaban sepultadas, bajo el polvo del desierto, en un pequeño ataúd.

A la vista del público

Al volver al teatro México me encontré con la sorpresa de que el escenario era ya un ring. Había peras colgando del techo y un muchacho me esperaba para pelear conmigo. Si en las afueras del cuartel militar había un centenar de aficionados que deseaban ver a Jack Johnson, en el teatro apenas cabían las personas del público asistente. Eran, mínimo, unos trescientos. La tercera parte era pura chamacada. Todos me aplaudieron al verme llegar.

—¡Y aquí está el domador del ring, el valiente competidor, el hombre fuerte del circo, nuestro Ray Calavera!

Don Pascual era un excelente maestro de ceremonias. Subí al ring y les dije que me iba a cambiar y que volvería en cinco minutos. Eso hice. En el sótano me esperaba Doña Blanca con unos calzoncillos deportivos y una camiseta con mi nombre en la espalda en letras doradas.

—Rápido. ¡Quítese la ropa y póngase esto! —me ordenó.

Por las prisas obedecí. Sólo hasta que me estaba poniendo los calzoncillos deportivos me percaté del show que acababa de darle a Doña Blanca.

—¿No debería esperarme afuera? —pregunté demasiado tarde.

—¿Y perderme el espectáculo, señor Calavera? —me respondió, la muy zorra.

Y se marchó con la frente en alto. Aparecí de nuevo en el escenario. Los gritos fueron más fuertes. Los aplausos, más nutridos. Subí al ring y levanté los brazos. Mi sparring subió también. Era un

joven fuerte, un campesino, seguramente, por la piel tan quemada, cuya musculatura estaba hecha de trabajo duro y constante. Pero pelear es otra cosa: es el arte de aguantar el castigo corporal más que tu adversario. Es levantarte cada round aunque te sientas pulverizado. Es dosificar tu energía en cada golpe que das. Es olvidar el dolor por la necesidad apremiante de ganar, de no dejarte vencer. Sonó la campanilla y allá fuimos a darnos con todo. Al segundo round mi contrincante estaba en el suelo, cuan largo era. Como yo lo estaría cuando me enfrentara a Jack Johnson.

Mientras practicaba golpeando un saco oí que Don Pascual avisaba a los asistentes que al final de mi entrenamiento daría autógrafos a dólar la firma. El negocio primero que la justa deportiva, cual debe ser. De reojo vi a Doña Blanca disfrutando el espectáculo. Algunos músicos de la banda del teatro, que entraron para ver en qué había convertido su sitio de trabajo, sólo movieron la cabeza con desaprobación. Otros simplemente se entusiasmaron con mi juego de piernas y jabs. Al terminar de firmar autógrafos, la gente del teatro dismanteló el ring y yo me fui a bañar. Un oficial, un capitán, me cortó el paso y me dio dos sobres rotulados con el sello del Distrito Norte.

—Del coronel Cantú —me dijo y se fue.

Abrí el primero: era una invitación al baile de gala de la escuela Cuauhtémoc. Sólo contenía un boleto de entrada. Servía para decirme que no fuera acompañado. Tal vez las damas de sociedad no les gustaría que la mesera de una fonda fuera mi pareja. Por un momento pensé en llevar a Natalia al baile de todos modos. Luego me percaté de que mi mujer no aceptaría verse forzada a convivir con “esas

pinches viejas apretadas”. El reino de Cantú seguía siendo un mundo de jerarquías implacables, de castas sociales que no podían mezclarse. El otro sobre era una invitación a una sesión de exhibición ante la prensa. Jack Johnson y yo estaríamos juntos en el gimnasio del cuartel militar del 25 batallón. Pelearíamos un rato para que los periodistas y los fotógrafos tuvieran suficiente información sobre la pelea del domingo. Este espectáculo se celebraría el día siguiente. A las ocho de la mañana. No iba a dormir mucho esta noche. Doña Blanca volvió a la carga.

—Debería cambiarse de ropa o se va a resfriar.

—¿Me quito los calzoncillos aquí o en su oficina? —la reté.

—Pues ya que insiste en que le ofrezca mi opinión, hágalo en el sótano. En lo oscuro, si es tan delicado.

Y me dejó con un mohín de indignación fingida. Cuando ya iba subiendo las escaleras la oí decir con voz fuerte:

—Para lo que tiene que mostrar, señor Calavera.

Ahora fui yo el que se puso todo rojo de la cara. Si aquello hubiera sido una pelea en forma, Doña Blanca podía verse como una peleadora de peso completo. Una que sabía noquearte al menor descuido.

La pelea de exhibición

Esa noche, mientras veía entrar y salir parroquianos del teatro, sentí que Mexicali estaba en vilo. La incertidumbre minaba el ánimo general de los pobladores fronterizos, los hacía mirar a sus compañeros de parranda con ojos de hartazgo. Como buenos nortños querían que las cosas se resolvieran lo más pronto posible: de cualquier manera, pero ya, sin dilaciones. No les gustaba ni tantito tener que esperar a ver hacia dónde rodaban los dados del destino: si a favor de Cantú o a favor del gobierno revolucionario. Y, al parecer, *El Insumiso* estaba cumpliendo su parte al poner nerviosa a la población en general.

Los chismorreos aumentaban y en las esquinas corrillos de gente de todos los estratos sociales discutían la situación política, económica y militar del Distrito Norte de la Baja California. Por la mañana, al tomar un café cargado en la cantina La Mexicana, entre los clientes habituales se oía el ronroneo de los chismes y las murmuraciones. Todos tenían su postura sobre lo que iba a suceder. Todos eran profetas de augurios terribles o felices noticias por ocurrir. Yo me dediqué a tomar mi café pausadamente, pues en vez de irme a dormir debía dar una pelea de exhibición en el cuartel.

Debo decir que me sentía en extremo nervioso porque iba, después de tantos años, a conocer a mi boxeador favorito, Jack Johnson. Muchos de los parroquianos me saludaban con una palmada en el hombro o el grito: “Muele a ese gorila”, “chíngate a ese mono”, lo que me hacía querer darles un remedio de su propia medicina a esos racistas de mierda. Pero la estupidez discriminatoria no era una novedad, una sorpresa. Y menos en la frontera, donde surgía más por

la ganancia que por la ignorancia.

En Mexicali llegué a ver restaurantes y cantinas donde se colocaban a la entrada letreros que decían: “Prohibida la entrada a indios, negros y chinos”. Los dueños de esos establecimientos, mexicanos hasta las cachas, se justificaban diciendo que su clientela era de turistas blancos, que no entrarían a lugares donde tuvieran que convivir con esas razas.

Lo que pasaba es que los turistas anglosajones consumían más, dejaban mejores propinas. La codicia y el racismo se daban la mano por el deseo de obtener más dólares. Yo me había relacionado con toda clase de personas en mis giras circenses por los Estados Unidos, Asia y Europa. El mundo no era, al menos en la comunidad circense en que trabajé, ni blanco ni negro. Los mejores acróbatas, payasos, hombres fuertes, tragafuegos eran de orígenes distintos, de razas diferentes.

A cada uno de ellos los llegué a respetar por sus habilidades propias, por sus méritos personales. Nunca por el color de su piel. Jamás por su forma de vida. Ahora que residía en la frontera norte de México, en un pueblo como Mexicali, que era un circo en sí mismo porque por aquí pasaban gentes de diversa procedencia, porque por estos rumbos se reunían personas de nacionalidades distintas, podía entender que su fuerza comunitaria estaba hecha de esta amalgama de historias y raíces, de vidas dispares, de un destino común que entre todos, hombro con hombro, construían en este rincón del desierto, en estos arenales olvidados.

Sólo que ahora, en 1920, este reino autónomo llegaba a su fin. Y cada quien tomaba partido. Ya fuera en relación al coronel Cantú. Ya fuera sobre mi pelea con Jack Johnson. Me dirigí al gimnasio sin

prisas. No me apetecía meterme en la boca del lobo. Iba derecho al cuartel militar y algo, en el fondo de mi mente, me decía que tomara precauciones, que ese encuentro amistoso anterior a la pelea estelar no era un simple trámite publicitario.

Seguí adelante y pronto me encontré con una multitud tres veces mayor que la del día anterior. Como pude me abrí paso y entré al cuartel. Un oficial de guardia me acompañó hasta el gimnasio, que contaba con un techo de paja y suelo de madera. En medio del mismo estaba un ring profesional, nuevo, prístino, como si lo hubieran comprado exprefeso para nuestra pelea. No vi ni al capitán Montañón ni a ningún oficial superior vigilando los preparativos. De seguro estaban esperando en otra parte para la conferencia de prensa.

Un grupo de soldados se afanaba llevando cubetas de agua y toallas. En ese instante apareció el propio Jack Johnson, el ex campeón de los pesos pesados. Un hombre alto, casi tan alto como yo. Mediría un metro ochenta y cinco centímetros y estaba hecho de puro músculo. Le calculé unos cien kilos de peso. Yo, con dificultad, llegaba a los noventa kilos. Pero contaba con una ventaja: era hombre del espectáculo. Sabía cómo ganarme la atención del respetable. Levanté los brazos y grité como si fuera un gorila. Jack volteó a verme y sonrió. Quitándose de encima a los oficiales que lo rodeaban se acercó a saludarme.

—Tú debes ser Ray Calavera. ¿Verdad?

Nos estrechamos las manos, pero yo le di un abrazo.

—Es un honor pelear contigo. Soy antes que tu oponente, tu admirador.

La sonrisa de Johnson iluminó el lugar.

—Lo mismo digo, Calavera. Pero eso no me va a impedir

dejarte pegado en el suelo.

Ambos nos reímos.

—¿Cómo va a ser esto de la pelea de exhibición? —le pregunté.

—Supongo que peharemos sin hacernos daño por un round o dos y luego nos pasarán al interior del cuartel, a la sala de actos, donde los periodistas nos preguntarán una sola cosa.

—¿Y qué será esa cosa?

Esta vez su sonrisa fue amarga.

—Nada sobre la pelea y mucho sobre si voy a entregarme a las autoridades de mi país. Y los más hijos de puta, me acosarán preguntándome por qué me meto con mujeres blancas, por qué no me conformó con cogerme mujeres de mi propia raza.

—No les hagas caso.

—Aunque ponga oídos sordos a esos motherfuckers, eso será lo que me preguntarán.

Nos subimos al ring. Arriba ya estaba el réferi, un hombre relativamente joven.

—Soy Ignacio Roel, el director de *La Vanguardia*.

Hasta entonces supe que aquel tipo no era el réferi sino el animador de la sesión de prensa.

—Espero, caballeros, que den una exhibición corta. No se trata de pelear de verdad. No den golpes reales. Sólo bailen un rato para agasajo de los periodistas presentes.

Ambos asentimos con la cabeza. Roel nos mandó a nuestras respectivas esquinas. Luego volteó con los chicos de la prensa y los invitó a acercarse al cuadrilátero.

—En un momento estaremos viendo el poderío del gigante de Galveston y de la esperanza mexicana en esta... ¡la pelea del siglo!

Desde que empezó el siglo XX a todas las peleas de boxeo, honestas o vendidas, se les llamaba la pelea del siglo. Así vendieron la nuestra. Yo ignoraba cuántos días llevaba Jack Johnson en Mexicali. Desde que había huido de los Estados Unidos, su vida podía relatarse como una gira de exhibición por todo el planeta. No era más el campeón del mundo, pero, díganme, ¿qué peleador local no iba a aceptar medirse con él sólo para comprobar si podía vencerlo? Johnson ya no era el boxeador de sus mejores tiempos, pero aún podía derribarte con un buen gancho al hígado o golpeándote la cabeza hasta que ya no recordaras cuál era tu nombre.

Yo no era un recién llegado al boxeo como para no saber lo obvio: para el coronel Cantú y sus compinches la pelea en que participábamos era sólo un negocio redondo. Jack y yo sólo éramos los instrumentos a su alcance para llenarse los bolsillos de miles y miles de dólares. Cuando firmé el contrato, supuse que tarde o temprano me iban a decir cómo querían que terminara la contienda, quién ganaría y en qué round. Porque el boxeo era más que nada un espectáculo, un truco para esquilmar a los tontos. No un combate a muerte. Había, estaba seguro, una gran cantidad de dinero de por medio. Apuestas a mi favor o en mi contra. Con lo que yo no contaba es que ni el coronel Cantú ni el capitán Montaña hicieron intento de decirme los pormenores del desenlace de la pelea. Y eso me dio mala espina. Sólo que en la vorágine de esos días, con mil cosas por hacer y deshacer, no le presté atención a ese detalle, olvidé preguntárselo a los responsables de la pelea.

Ahora estábamos arriba del ring y nos pidieron que nos quitáramos las camisas y nos ofreciéramos unos golpes de calentamiento para que los fotógrafos pudieran ilustrar los anuncios de nuestro combate. En el primer minuto eso hicimos. Pero pronto Johnson se me vino encima y yo tuve que defenderme. Pronto nos enzarzamos en medio del cuadrilátero. Jack me susurró:

—Me pidieron que te acabara en el round catorce, Kid.

—Bueno saberlo —le dije.

—No, Calavera. Acabarte acabarte. Me pidieron que te golpeara hasta que te murieras. No quiero hacer eso.

—¿Quién te lo ordenó?

—Cantú. Montaña. Todos ellos. Aunque me repugna hacerlo, estoy atado.

—¿Atado? ¿Cómo?

—Mi esposa Lucille. Lucille Cameron. La tienen ellos.

Oí chiflidos a nuestro derredor. El público quería ver golpes y no lucha grecorromana. Nos separamos. Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad. La revelación encajaba con mis sospechas. El coronel no estaba dispuesto a perdonarme las vergüenzas que había pasado su gobierno gracias a mi presencia en Mexicali. Tampoco deseaba ensuciarse las manos con mi asesinato. Yo era ya demasiado conocido por estos rumbos. ¿Qué mejor forma de deshacerse de mí que en una pelea donde el homicida fuera un negro y no un agente del gobierno cantuista? Perfecto, ¿no? Volvimos a enzarzarnos para que nadie oyera lo que hablábamos.

—¿Dónde tienen a tu esposa?

—En el hotel del Norte. Cuarto 203. Segundo piso.

—¿Qué pasó?

—Mis abogados hicieron un convenio con las autoridades de mi país para entregarme y sólo cumplir unos meses de cárcel. Vinimos a Mexicali, Lucille y yo, para cruzar la frontera en Calexico y cumplir el trámite. Pero la gente de Cantú se enteró y aquí estoy, dando una pelea sin cobrar y mi esposa como rehén.

—Y si libero a tu mujer, ¿te olvidarías de matarme y perderías la pelea en el mismo round, el catorceavo?

—Si me garantizas pasarnos al otro lado, a los dos, sí, acepto perder.

Escuchamos de nuevo chiflidos. Pero más fuertes y prolongados. Nos miramos una sola vez, confirmando nuestro pacto, y nos separamos. Unos pocos golpes más y la pelea de exhibición llegó a su fin. Ignacio Roel pidió a los periodistas que pasaran al salón de actos del cuartel para la conferencia de prensa. Mientras me echaba agua en la cara y en el pecho me percaté de la presencia del capitán Montaña esperando que bajara.

—¿Cómo van las apuestas? —quise saber.

—Van.

—Espero que apueste por mí.

Me puse la camisa y fuimos juntos al salón de actos. El capitán parecía feliz de la vida, como si nada le importara excepto que la pelea se realizara como estaba prevista, el domingo, por la tarde.

—Claro, aunque hay el rumor que usted es un hombre fuerte del circo y no un peleador profesional. Se dice que no tendrá aguante para los veinte rounds.

—Ya veremos. Piense que soy diez años más joven que

Johnson.

—Bajo esa idea, él es diez años más experimentado en las lides boxísticas que usted, ¿no cree?

La conferencia de prensa la dirigió Ignacio Roel y aunque trató de llevarla al tema del boxeo y de la pelea, los periodistas extranjeros sólo querían saber de los escándalos de Jack Johnson, de su vida privada, de sus instintos sexuales. En sus preguntas se advertía un desprecio descomunal hacia un hombre que era, ante todo, un boxeador profesional, un genio único para pelear. Traté de llamar la atención sobre eso, pero a pocos periodistas les interesó saberlo. Para la mayoría de ellos Jack sólo era una bestia negra y, por negra, viciosa. Era inútil pensar que lo respetarían. En ese sentido, el mundo circense era otra cosa: en él no se despreciaba a nadie por el color de su piel, por la raza a la que pertenecía, por las costumbres que practicaba. Uno se ganaba el respeto por sus propios méritos. Por sus habilidades. Por sus destrezas. Por no tenerle miedo a nadie.

Mientras seguía la conferencia de prensa decidí que era mejor usar mis recursos pensantes no en responder estupideces, sino en ir planeando cómo evitar mi muerte arriba del cuadrilátero. Ahora no sólo tenía que derrocar el régimen del coronel Cantú antes de que hubiera una batalla campal en Mexicali. También debía rescatar a Lucille, la esposa de Jack Johnson, de manos de sus secuestradores. Cada vez me sentía más furioso conmigo mismo.

¿Cómo pude aceptar unos cuantos dólares por meterme en esta emboscada? Y lo más importante, ¿cómo voy a salir de ella sin acabar en la funeraria del Corellón?

La ciudad de los vientos

Aunque sólo había sido una pelea de mentiritas, los golpes “leves” del ex campeón del mundo me recordaron que debía entrenarme más horas y con mayor ahínco si quería, mínimo, llegar de pie al catorceavo round. Pero antes pasé por la acera de enfrente del hotel del Norte. Dos soldados del coronel vigilaban la entrada. En el techo se movía otro par de guardias. En el interior del hotel debía haber otros tantos resguardando la habitación 203. Se estaban tomando muchas molestias para hacer que Johnson peleara en Mexicali. La esposa era la carta fuerte para que Jack hiciera lo que le mandaran. Entre otras cosas, matarme y cargar con la culpa. Eso quería decir que yo no importaba, que yo no estaba en sus cálculos. Sólo me necesitaban como el contrincante oficial. Entonces capté todas las implicaciones de la pelea.

Comprendí el plan de Cantú, en su maquiavélica brillantez, como si yo mismo lo hubiera puesto en marcha. El plan era simple y efectivo: iban a apostar en grande para ganar los dólares suficientes, los millones de dólares necesarios para poder comprar armamento pesado o lo que se les ocurriera para destruir al ejército mexicano que venía del sur. Yo debía contrarrestar esa jugada. Yo debía apostar también. Pero ¿cómo? Mis ahorros eran irrisorios. Mis amigos de Los Ángeles no me iban a prestar más allá de diez mil dólares. Necesitaba un socio capitalista que confiara en mí. Un socio que tuviera un millón de dólares en efectivo y que no pagara impuestos al gobierno de los Estados Unidos. Cosa fácil, ¿no? Lo pensé en serio. Estaba jodido, jodidísimo. No tenía escapatoria. Iba a morir no en la jaula

de los leones sino en la arena de boxeo. A manos de un peleador al que admiraba. Con los aplausos de los chacales de Cantú. Con amigos míos viéndome caer para no levantarme más.

Por un momento pensé en ir a la funeraria de Don Rafael Corella y escoger mi propio ataúd. De pronto me acordé de Chicago. De mis días en la ciudad de los vientos. Cuando ayudé a escapar de la muerte a un muchacho italiano. Alfonso. Me debía la vida y, quizás, sólo quizás, podía pagarme con la misma moneda. Pero ¿tendría dinero? No lo veía desde 1917, antes de enrolarme en el ejército del tío Sam. Cuando lo conocí lo perseguían unos matones que lo querían muerto a como diera lugar. Yo lo salvé porque, a pesar de que no parecía muy fuerte, se defendió de aquel trío de matones sin pensar en otra cosa más que en sobrevivir. Lo dejaron marcado pero vivo. Y salió vivo porque yo despaché a dos de los matones y el tercero huyó cuando se vio en desventaja. La cobardía nunca me ha gustado. Pero tampoco iba a matar a alguien por la espalda. Alfonso me prometió, por la ayuda recibida, hasta las perlas de la virgen. Yo, que no estaba interesado en perlas, aunque sí en vírgenes, le dije que mejor me pagara el favor en otra ocasión. Y esta era la ocasión, sin duda.

Pasé a Calexico de prisa y llamé de una tienda. Aún conservaba su número telefónico. Pedí a la operadora que me comunicara a Chicago. Al tercer timbre un hombre de voz grave contestó.

—Hola. Mercancías de importación. ¿Con quién quieres hablar?

—Con Alfonso. Dile que llama Ray Calavera.

—¿Calavera? ¿Quién eres tú?

—Soy una amigo de...

Desde el fondo escuché la voz gritona de Alfonso.

—¿Calavera? ¿Es Ray Calavera?

—Sí, jefe.

—Pues pásamelo, idiota.

Se oyeron una serie de ruidos en el auricular y entonces escuché la voz inconfundible de Alfonso.

—¿En verdad eres tú, Ray?

—En verdad lo soy.

—¿Dónde andas ahora?

—En México. En Mexicali. Estoy metido en un lío y necesito...

—No digas más. ¿Qué sucede?

Le conté mi dilema. Le expliqué el negocio que podía ser si apostaba a mi favor. Cuando terminé de delinear mi plan de salvación, del otro lado de la línea hubo un largo silencio.

—¿Qué te parece, Alfonso?

—Una apuesta muy, pero muy riesgosa.

—Lo sé. Pero no quiero morir tan joven y con tantas muchachas que aún no me conocen.

La risa brotó sin reparos.

—Mira, Ray. Tengo algo de dinero. Pero no puedo usarlo sin la aprobación de mis socios. Ellos deben sopesar los pros y los contras de tu plan. Dame un día y te respondo.

—Gracias por considerarlo, amigo.

—Olvídate de eso. Una cosa más: queremos expandir nuestro negocio ahora que la prohibición llegó para quedarse. Tenemos buen control de la costa este, pero aquellos rumbos de California aún no los explotamos como se debe. ¿Hay algo de interesante en ese Distrito

Norte?

—Hay todo lo que puedes soñar: fumadores de opio, burdeles, casinos, cantinas, hoteles, whatever you mind.

—Eso me gusta. ¿Quién controla eso?

—El coronel Cantú.

—¿El que te puso a pelear con Jack Johnson?

—El mismo.

Escuché la risa de una mujer al fondo.

—¿A qué teléfono puedo llamarte?

—No tengo uno y creo que las autoridades escuchan todas las llamadas telefónicas que desde acá se hacen. Yo te llamo mañana. ¿Misma hora?

—Misma hora, Ray. No te desesperes. Ya encontraremos la forma de sacarte de esa trampa.

Colgué con una pizca de esperanza. Debía ir a entrenarme. Debía prepararme para estar en forma, para dar un buen espectáculo, para llegar bueno y sano, fuerte y listo para mi propia muerte. No intentaba engañar a nadie: yo no era un peleador profesional sino la pieza necesaria de un buen espectáculo. Jack Johnson aportaría el arte del boxeo en su máxima expresión. Yo, en cambio, pondría el cuerpo del retador en turno. Para eso me entrenaba. Para pelear sin morir en el intento. Para sobrevivir a la lluvia de golpes, una vez más.

Favor por favor

Después del entrenamiento, que me cansó pero que también me ayudó a olvidarme de mis preocupaciones, vi que Natalia me esperaba en el sótano. Y con ella, meneando la cola, Laka jugaba a sus pies.

—Parece que mi mascota cambió de dueño sin avisarme.

—¿Será porque la trato mejor que su anterior amo?

No quise discutir y me senté en un camastro para cambiarme de ropa. El calor del verano mexicalense se iba tornando húmedo. Nubes esporádicas llenaban los cielos de la ciudad. Una tormenta se aproximaba. Natalia se sentó conmigo. Me tomó de las manos y me miró a los ojos. Mala señal, pensé. Eso siempre hace la gente cuando te va a comunicar alguna catástrofe inevitable, un rompimiento amoroso, una despedida definitiva.

—¿Qué sucede, mujer?

—He oído muchos rumores. Demasiados.

—¿Y qué dicen esos rumores?

—Que tu pelea está arreglada. Que eres ya amigo de Cantú. Que traicionaste a la causa revolucionaria. En *La Vanguardia* lo publican:

“La esperanza mexicana, el retador nacional, orgullo de nuestra patria, peleará para demostrar que Baja California es cuna de grandes campeones, que nadie puede derrotarla. El coronel Esteban Cantú ha dicho que él apostará por Ray Calavera porque sabe que es un peleador fuerte, capaz, aguantador”.

Me reí. No pude evitarlo. Ahora resultaba que yo era el villano de la película, el traidor que daba la espalda a sus camaradas en la lucha por la liberación de Baja California. Pero mi risa iba por otra cuestión. Las falsas noticias ahora se ensañaban conmigo. Pensé en Ignacio Roel, el muy taimado. Aprendió pronto la lección de ventilar falsedades y la utilizó a su favor. Me fijé en que el propio periódico oficial anunciaba varias docenas de lugares donde se podía apostar tanto en Mexicali como en Tijuana, Yuma, Calexico, El Centro y hasta en San Diego y Los Ángeles. Era una operación financiera internacional.

—Esto es pura mentira —respondí finalmente.

—Lo sé, Ray. Pero muchos que han mantenido la esperanza del cambio no lo verán así. Tienes que cuidarte las espaldas.

—¿Por qué no me cuidas otra cosa? —le dije entre broma y en serio.

Pero Natalia se levantó para marcharse.

—Por cierto, me dijeron que asistirás a un baile de postín. Que te codearás con la crema y nata de la sociedad de este pueblo.

—Y es verdad. El coronel Cantú me quiere exhibir entre la gente bonita de Mexicali como su última adquisición. Desea que me vean como su nueva mascota.

—¡Pues que te diviertas!

—¡Espera!

Natalia se detuvo en el primer peldaño de la escalera.

—Hay algo más. La pelea está pactada.

—¡Uy, qué novedad!

—No es sólo eso: está pactada para que Jack Johnson me mate a golpes en el round catorce.

Esta vez Natalia volvió sobre sus pasos.

—¿Te van a matar frente a miles de espectadores?

—Si me dejas. Necesito tu ayuda.

Natalia se sentó a mi lado. Ahora fui yo quien tomó sus manos.

—¿Quieres que te mate primero? —inquirió, la muy cabrona.

—Pero que sea una muerte dulce —le supliqué.

—Las mías siempre lo son.

Media hora más tarde, ya repuestos de nuestra revocada, le expliqué lo que requería para salir con vida de aquella trampa letal.

—¿El hotel del Norte, dices?

—Habitación 203.

—Puedo pedirle a unas chicas que conozco que hagan alboroto. Pero ¿quién rescatará a esta señora, a la esposa de Johnson?

—Para eso necesito que pases al otro lado y le des a Ignacio Solís, en la Imperial Hardware Store, las instrucciones que te daré. Deben ponerse de acuerdo para el rescate.

Natalia se empezó a vestir.

—Esto te va a costar caro, querido.

—¿Cuánto de caro?

—Quiero a Laka. Ya nos hicimos amigas. Me siento protegida con ella en casa.

Miré a Laka, que se mantenía sentada a unos metros de distancia, tratando de aparentar que no estábamos hablando de ella. Natalia la necesitaba mucho más que yo y Laka era una guardiana ejemplar.

—Es tuya. Cuídala bien. La quiero mucho.

—Lo sé. ¿Cómo se llama la doña?

—Lucille. Y se apellida Cameron.

—Dame las instrucciones, que tengo que ir antes de volver al trabajo.

Las escribí en un papel y se lo dí. Antes de irse, Natalia me dio un beso.

—Que disfrutes tu baile.

—Haré lo posible. Tal vez encuentre una dama de sociedad que se apiade de mí.

Natalia me contemplo como un caso perdido.

—A menos que estén muy necesitadas, no lo creo.

Y se marchó escaleras arriba. Laka la siguió. Sin voltearme a ver.

—¡Traidora! —le grité pero no me hizo caso.

Me quedé a solas, pensando en el futuro. Como malabarista profesional uno sabe cuántas naranjas o cuántos bolos puede mantener en el aire sin que acaben golpeándote la cabeza o cayendo al suelo. Yo ya tenía demasiados en el aire. Entre el derrocamiento del gobierno del Distrito Norte, las falsas noticias, los militares que me odiaban, la avanzada del ejército federal, la pelea contra Jack Johnson, mi trabajo de portero, mi entrenamiento para la pelea, el problema de las apuestas, el rescate de la esposa de Johnson y el baile en puerta, ¿cuánto tiempo me quedaba antes de que todos mis juegos malabares se vinieran abajo? Volví a reírme. Yo era gente del circo: a mayor presión mejores resultados, mejor espectáculo. Me levanté para cumplir mi trabajo de portero. Si Mexicali era un pueblo despierto las 24 horas del día, trabajando sin parar, ¿por qué yo no podía hacer lo mismo?

Preparaciones finales

Por la mañana, todo desvelado, me dediqué a dar rounds de sombra por varias horas. Don Pascual se había convertido, extraoficialmente, en mi entrenador.

—¡Vamos, Calavera, más fuerte, muévete más rápido, mete el hombro!

Le encantaba darme órdenes y yo obedecía sabiendo que por más que me agotara entrenando, mi condición física no era la mejor para una pelea contra un boxeador como Jack Johnson.

—¡Mueve las piernas! El boxeo no es sólo dar de golpes: es que no te los den.

Y allá iba yo, bailando de un lado a otro. No me preocupaba otra cosa que dar una pelea digna hasta que inevitablemente se volviera una carrera de vida o muerte en el catorceavo round. Después de eso que los hados o los dioses se disputaran mis restos. Dormí unas horas y de nuevo me puse en movimiento. Pasé al otro lado y llamé a Chicago. Esta vez me contestó el propio Alfonso.

—Arreglado, Calavera. Un par de nuestros muchachos anda por el sur de California y harán las apuestas a nuestro nombre.

—¿De cuánto serán?

—No estamos con muchos recursos monetarios. Sólo apostaremos 100 mil dólares a tu favor. Deberás ganar en el round catorce, como dijiste. Si así ocurre, ¿crees que el gobierno de Mexicali tendrá el dinero para pagarnos?

—Lo dudo. No esperan perder. Pero depende de a cuánto estén las apuestas a la hora en que empiece la pelea.

—Sea como sea, nosotros tampoco esperamos perder, estimado Calavera. Si perdemos 100 mil dólares, tú nos los adeudarás. ¿Entendido?

—Entendido.

—Mira, Calavera, para que quede claro: soy tu amigo, te debo la vida, pero esto es negocio y nada más. Las amistades no cuentan aquí. Mi socio, Johnny, dice que juegues bien y ganes bien y todos felices. Y no te preocupes, recibirás tu parte. Prometido.

—Yo, por ahora, sólo quiero salir con vida de esta pelea.

—Buena suerte, entonces. Rézales a tus santos. Pelea sin compasiones. Gana por nosotros.

Eran buenos consejos. Pensé en visitar a Ignacio Solís, pero capté que dos tipos que me seguían. Decidí mejor volver a Mexicali. Fue más fácil, entre la multitud de turistas, perderlos de vista. Cuando sentí que nadie ya me seguía me dirigí a la Chinesca. Tenía que hablar cara a cara con Liu Ching. Entré al Dragón Azul y me acerqué de nuevo al viejo chino que atendía.

—Requiero de urgencia hablar con el señor Ching —dije en voz baja.

El viejo se quitó la pipa de la boca y me señaló la cocina. Fui a la cocina y vi que ya un camarero abría una trampilla en el piso.

—Entre, por favor, lo están esperando.

Bajé con cuidado, escalón por escalón, hasta dar con un sótano en penumbras. Una luz se fue acercando hasta donde estaba. Una muchacha china, vestida con un traje de seda que se pegaba a todo su cuerpo dejando ver sus curvas y redondeces, me hizo señas para que la siguiera. Por supuesto que la seguí. Aquel mundo subterráneo

me sorprendió. Era una ciudad debajo de la ciudad. Pasamos por varios túneles que desembocaban en almacenes repletos de cajas o en dormitorios llenos de gente durmiendo o platicando. La muchacha se detuvo en una puerta de acero. Golpeó con un bastón de metal tres veces. La puerta se abrió y la muchacha me dejó pasar. En vez de un harén chino me encontré con un grupo de jóvenes portando pistolas y alfanjes. Olía a tabaco y opio quemándose, a sudor fermentado, a gente impaciente.

—Dicen que me busca, señor Calavera. Yo pensaba que se había olvidado de su plan de hacer caer al coronel Cantú. Que, habiendo cambiado de bando, ahora era un hombre del gobierno.

Liu Ching salió de entre las sombras y me sonrió.

—Muchas cosas se escuchan en la calle. Por eso vine a platicar con usted. La situación es precaria y quiero que entienda mi papel en todo esto.

—Yo diría sus papeles. Tiene muchos sombreros puestos a la vez.

—Sí, pero mi misión es la misma: derrocar a Cantú y que el Distrito Norte de la Baja California vuelva a ser parte de México.

—Ya hicimos lo que nos ordenó. Todo está listo. Pero usted no nos dice ni cuándo ni cómo.

—Por eso estoy aquí. ¿Podemos sentarnos?

—Disculpe. ¡Qué mal anfitrión soy!

Alguien prendió una lámpara eléctrica y el lugar se iluminó. Nos hallábamos en un salón enorme, amplio, de unos tres metros de altura, donde unos veinte jóvenes armados estaban sentados en el suelo jugando cartas y fumando. Unas sillas llenas de libros fueron

desocupadas para que pudiéramos sentarnos.

—¿Té o café? —preguntó un joven chino.

—Café, por favor.

Ya servidos, con sendas tazas en las manos, Liu y yo dejamos los formalismos y nos dedicamos a los detalles de su participación, el domingo 15 de agosto.

—En el catorceavo round necesito que actúen. En cuanto termine la pelea y el réferi nombre al ganador. No antes. No después.

—Dicen que usted va a perder y de mala forma.

—No crean todo lo que les dicen. Será al revés. ¿Cómo van con lo que les pedí hicieran?

Liu tomó un plano del pueblo y me lo mostró. Dos líneas en zigzag que llegaban al cuartel militar y a la tesorería del gobierno.

—Como puede ver, las excavaciones están completas. Pero tememos que en cualquier momento las descubran.

—Pongan a gente suya a hacer ruido, que piensen que están de fiesta.

—Podemos hacer un festival chino con música, fuegos de artificio, bailes.

—Bien. Sólo será de aquí a entonces. Durante la pelea, toda la atención estará en ella. Los soldados no estarán vigilando como se debe. No los descubrirán. Pero cuando vean el túnel, les echarán la culpa.

Liu Ching reaccionó con desdén.

—Eso lo harán con túnel o sin él. Rompimos con el coronel Cantú. Quería otros 120 mil dólares de nuestra comunidad. Él piensa que puede ordeñarnos cuando se le da la gana. Pero no es así. También

nosotros tenemos dignidad. No aceptaremos más chantajes de su parte, más amenazas. Si se ha percatado, estamos armados. Por las dudas, no saldremos fuera de la Chinesca hasta que esto se resuelva. Esa es nuestra posición. No más apoyo a Cantú. No más, como ustedes dicen, hacerle gordo el caldo.

—Me alegra saberlo.

—Pero sigue sin explicarnos cómo caerá Cantú y cuándo.

Me removí, incómodo, en mi asiento. No venía a ser interrogado a fondo, pero eran preguntas válidas.

—¿Cuándo? Antes del primero de septiembre. ¿Cómo? Gracias a ustedes.

Liu no se quedó muy convencido. Tomó un poco de té antes de volver a cuestionarme.

—La pelea suya, ¿esa será la señal?

—Sí. Después de ella, si todo sale bien, Cantú estará a nuestra merced, tendrá que capitular.

—No se confíe. El coronel le gusta guardar cartas marcadas bajo la manga.

—Yo también.

—La gente dice que se están retrasando las tropas del gobierno, que no vendrán, que...

—En unos días llegará a Mexicali Luis Salazar, el enviado del gobierno federal, a negociar la salida de Cantú del Distrito Norte.

—¿Cómo lo obligarán a marcharse?

Sorbí un poco de café antes de responder.

—Entre todos nosotros lo obligaremos: la comunidad china, los revolucionarios locales, yo mismo. Cuando Salazar llegue, Cantú

ya estará atado de manos.

Liu me observó en silencio por un buen rato.

—¿Y si no es así?

—Bueno, entonces nosotros estaremos con las manos atadas y con un tiro en la nuca.

La sonrisa, leve, de viejo entendedor de las vueltas de la fortuna, asomó en los labios de mi interlocutor.

—Usted, señor Calavera, es un hombre que confía demasiado en su propia suerte.

—Hasta ahora no me ha ido tan mal— le reviré.

—Ya veremos cómo le va el domingo, cuando esté peleando.

Terminadas nuestras respectivas bebidas, nos despedimos. La misma muchacha, la del vestido de seda entallado, me llevó por otros túneles hasta que salimos en la mercería Nuevo Cantón, una que estaba a dos cuadras del Dragón Azul. Al irme de la mercería le pregunté a la dependiente dónde podía rentar un traje de etiqueta. Me dijo que en la Sastrería Oriental. A ella fui para conseguir lo que buscaba. La tortura de un cuello almidonado, unos pantalones ajustados, una corbata ridícula. Y todo para simular que era una mascota educada, un esclavo de finos modales. Un fiel ciudadano de un reino encantador.

El baile de gala

Me estaba vistiendo en el sótano del teatro México cuando apareció Doña Blanca con una botella de agua de colonia para hombre. Francesa, desde luego. Me roció sin avisarme.

—Eso huele demasiado fuerte —protesté.

—No lo creo, señor Calavera. Para mí huele a caballero, a promesa de sexo arrebatado.

Me le quedé viendo.

—No debería leer novelas pornográficas francesas.

—No sé de qué me habla. Yo lo más fuerte que he leído es la novela *Santa*, la del escritor Federico Gamboa. ¿La conoce?

—La conozco. ¿Y qué aprendió leyéndola?

—Que todas nosotras, las mujeres, hagamos lo que hagamos, somos carne de mercaderes, esclavas del qué dirán.

Me reí ante su crítica certera.

—Y supongo que aprendió que todos los hombres somos unos desalmados.

—No. No. Que son unos perros. Eso sí.

Volví a reírme.

Si no fuera por Natalia a Doña Blanca ya la habría pasado por las armas. Era, como le decíamos en el ambiente circense, una caliente huevos de primera. Pero el pelotón de fusilamientos carnales podía esperar.

—¿Cómo me veo? —le pregunté.

—Casi como un ser civilizado.

—¿Casi?

—Sí. ¿Cómo va el refrán? Aunque el mono vista de seda, mono se queda.

—Gracias por sus halagos.

Doña Blanca me examinó con mirada inquisitorial.

—Ya estás pasable. No engañarás a los marajás, a las princesas, a los duques y a las damas aristocráticas de este pueblo polvoriento, pero darás el gatazo mientras no hables mucho y no bebas de más.

—Lo que usted diga —musité para ya no debatir mi escala de comportamiento social.

—Serás el foco de atención. Así que no metas la pata.

—¿Pero otra cosa sí puedo meter?

—Mientras tengas permiso y sea en privado, ¿quién soy yo para prohibirte tus desplantes de macho vanidoso?

La tomé de los brazos y la sacudí.

—¿De verdad qué quiere de mí?

—¿Verte sudar? Pero para eso sólo necesito ir a tu pelea el domingo. Me atraes, jovencito. No lo niego. Pero sólo me gusta picarte la cresta, ver qué clase de gallito eres.

—¿Y cuál soy?

—Uno que sólo causa problemas y rompe corazones. No el mío, por cierto.

Me aparté de Doña Blanca y me miré al espejo.

—Todo esto del baile es pura actuación —afirmé.

—Lo mismo yo, Calavera —me contestó antes de marcharse.

Caminé a la escuela Cuauhtémoc sin ganas de ser parte de aquel simulacro de normalidad que el coronel Cantú había inventado. Y todo para hacer ver a la población que la fiesta seguía igual, que

los fastos de su régimen no iban a desaparecer por ninguna amenaza exterior. El edificio escolar estaba iluminado por dentro y por fuera. Hombres en traje de etiqueta, como yo, llegaban acompañados de mujeres en vestidos de noche.

Me figuré que esa alta sociedad estaba compuesta por los privilegiados por la corrupción del gobierno, por los que hacían negocios con el coronel o eran sus empleados de caché, sus funcionarios públicos llenándose los bolsillos con sobornos de toda clase. Gente estupenda, exitosa, triunfadora. Lo mejor de lo mejor para explotar a los jodidos, para exprimir a los inocentes, para quitarle hasta el último dólar a los trabajadores. Despiadados, codiciosos, hambrientos de dinero, de poder, de reconocimiento. Para eso era el baile: para pavonearse entre ellos, para mostrar sus pillerías como logros personales, como ascensos merecidos. Para demostrar quién era el corrupto mayor, el impune con más prestigio. Subí las escalinatas y presente la invitación a un par de oficiales que guardaban la entrada del edificio.

—Pase, señor Calavera.

En el interior se escuchaba música formal: valeses y polkas. Melodías para bailar y exhibir vestiduras y joyas y buenos modales. Puse mi sonrisa de hombre sofisticado, de personaje cosmopolita. El recinto escolar estaba convertido en un bar de lujo. El pasillo central lo ocupaban mesas con manteles blancos donde se exhibían bandejas de plata llenas de canapés y copas de cristal con vinos espumosos. Había camareros, soldados en uniforme de gala, que servían a la multitud sus bebidas preferidas. Porque lo que abundaban eran los licores nacionales y extranjeros. Los empresarios y autoridades estadounidenses, entre

las que distinguí a un general del ejército, el gerente de la Colorado River Land Company, el jefe de la policía de Calexico y un senador por el estado de California, preferían el tequila y el bacanora.

Los invitados locales, en cambio, se decantaban por las bebidas de origen extranjero: vodka, brandy, ron, whiskey. Las mujeres bebían lo mismo que los hombres pero en dosis menores. Todos gritaban y nadie escuchaba lo que decían sus vecinos. Todos estaban alegres y cómodos y parecía que iban a seguir manejando el Distrito Norte de la Baja California por toda la eternidad. No bebí pensando en la pelea que me esperaba, en el entrenamiento que debía realizar al día siguiente. Pero me mezclé entre aquella gente como si fuera uno de ellos. En cierto modo lo era. Un ciudadano privilegiado que podía darse el lujo de hacer lo que le viniera en gana. Bueno, si lograba escapar de la trampa que me había puesto el coronel Cantú. Y en ese instante, tal vez porque lo invoqué, vi que entraba el coronel con su estado mayor: un grupo de jóvenes oficiales que le abrían paso como si fuera su Alteza Real. Un rey saludando a sus vasallos. Un emperador recibiendo las alabanzas y los parabienes de sus súbditos más lambiscones. El aplauso no se hizo esperar. Los gritos de ¡Viva Cantú!, ¡Con nuestro coronel hasta la muerte!, ¡Estamos con usted! Y otras linduras más.

Me percaté de que todos los que estaban en la fiesta vivían en una burbuja donde todo estaba bien, en perfecto orden, sin problemas a la vista. El gobierno se tambaleaba, pero ellos no percibían más que sus propias voces adulatorias. El régimen estaba a punto de entrar en guerra con el resto del país, pero ellos sólo veían lo bonito de sus uniformes, lo hermoso de sus mujeres, lo vistoso de sus oficiales.

Un ejército que lucía en las celebraciones y los desfiles, pero que debía estar cavando trincheras ahora mismo, poniendo minas en los caminos que venían de Sonora, colocando explosivos en los canales de riego, preparando a la población para los bombardeos y los combates casa por casa, calle por calle. En vez de eso, el coronel se daba baños de fiesta, convivía con sus amigos, trataba de crear una atmósfera de que nada grave iba a pasar. ¿Era una actuación para los extranjeros? ¿Era una representación para que lo apoyaran? No creí, ni por un momento, que esos empresarios y autoridades estadounidenses no supieran lo que realmente estaba sucediendo en el reino de Cantú. Al final de cuentas ellos eran también parte del círculo de corrupción del coronel. Ellos, los que le vendían armas del ejército americano, las dejaban cruzar a Mexicali, recibían su tajada por hacerse de la vista gorda, por ignorar las violaciones en que incurría Cantú y sus allegados. Esa gente que ahora bailaba, platicaba animadamente, reía como si todo estuviera bajo control.

—¿Se la está pasando bien, señor Calavera?

Era el capitán Montaña.

—Lo mejor que puedo dadas las circunstancias.

—¿A qué se refiere?

—Si no tuviera que pelear en unos días, ya me habría zampado una botella de brandy, cuando menos.

El capitán Montaña llevaba en la mano una copa con vino tinto.

—Ya tendrá tiempo después de la pelea para resarcirse.

Lo miré directamente a los ojos.

—No olvidaré su consejo.

El coronel Esteban Cantú pasó cerca de nosotros pero no nos saludó.

—Lo veo preocupado —dije sólo para meter aguja y sacar hilo.

—¿Preocupado? No lo creo.

Decidí presionar un poco más de la cuenta.

—Me dijeron que está por llegar un tal Luis Salazar, un diplomático, para negociar la salida de su jefe del gobierno.

El capitán me miró con asco.

—¡Habladorías! No vamos a negociar nada.

—Me alegro.

El capitán me observó con extrañeza.

—Creí que no le caíamos bien, que nuestro régimen no era de su agrado.

—Algunos representantes, como el difunto teniente Fernando Rivas, me parecieron gente despreciable, abusadores natos. Pero, bueno, eso fue antes. Ahora me interesa que su gobierno resista las presiones y siga funcionando.

El capitán vio por dónde iban mis intereses.

—Ya entiendo: el hombre fuerte del circo quiere que sigamos en el poder, bueno, al menos hasta que le paguemos sus honorarios por la pelea de este domingo.

—Exacto —le respondí.

—No se preocupe por eso. Sólo tiene que presentarse en la tesorería del gobierno, en el edificio que está aquí, a dos cuadras, cruzando la vía del tren. Pase el lunes por la mañana a cobrar por su trabajo. Claro, siempre y cuando pueda ponerse de pie y acudir en

persona. La tesorería abre a partir de las nueve de la mañana, de lunes a sábado.

—Gracias por la información. Eso haré.

El capitán se marchó por otra copa de vino. Yo entré al salón de baile y vi que la orquesta de música era dirigida por un capitán alto y delgado.

—Buen director —dijo una voz femenina a mis espaldas—. Es Irineo Rodríguez.

Me volteé para encarar a Doña Blanca.

—¿Por qué no me dijo que también usted estaba invitada a esto?

—Y perderme la cara de sorpresa que ahora porta. No. Jamás.

—Leí un poema sobre esta orquesta. Del hermano menor del periodista Facundo Bernal.

—¿El que metieron a la cárcel por sedicioso? ¿El que se llevaron preso para juzgarlo en Ensenada?

—El mismo. ¿Cómo sabe todo eso?

—Ese chiquillo anduvo cortejándome, el muy plebe.

—¿Y le hizo caso?

Doña Blanca puso los ojos en el cielo.

—El vigor juvenil es muy reconfortante, pero efímero. Apenas va uno conociendo al muchacho y ya éste anda detrás de otra. Y siendo poeta es peor: son volubles como ellos solos. Ese vals lo conozco. Es de Juventino Rosas. ¿Bailamos?

Y bailamos.

—Ignoraba que usted era parte de la alta sociedad de Mexicali.

—No existe tal cosa.

—¿La alta sociedad?

—Véanos y se dará cuenta de inmediato. Somos pueblerinos con suerte. Eso es todo. O tiburones chiquitos en una pecera de oportunidades. Todos los que nos rodean tienen dinero porque le besaron las botas al coronel o son sus socios en los negocios turbios de los que él es especialista. Los demás son sus empleados, sus oficiales, su gente de confianza. Los que le ayudan a llenarse los bolsillos de dólares, los que controlan la prostitución, el contrabando de licor, las apuestas en los casinos, los trabajos forzados para construir edificios como éste, caminos para transportar más rápido a sus tropas. Aquí está el corazón de las tinieblas de nuestra entidad, señor Calavera.

—Y nosotros bailando sobre las olas de su impunidad —añadí.

—Me gusta que sea un hombre culto. Eso de que es el hombre fuerte del circo, déjelo para las masas. Usted es muchas personas en una.

—No sé si eso es un cumplido o un diagnóstico de locura.

—¿Qué le parece las dos cosas?

—No lo niego. No lo confirmo.

Dimos vueltas por el salón al ritmo del vals. La fiesta estaba en su apogeo. Un señor de edad se nos acercó y pidió bailar con doña Blanca. La dejé en sus manos, aunque los ojos de ella parecían pedir auxilio. Un baile de lo más agradable, pensé, donde los privilegiados se felicitan entre ellos por ser unos cabrones sin escrúpulos, por mantener el orden sacrosanto sobre el dolor de los demás. El reino de Cantú era un porfiriato mejorado, uno donde los científicos fronterizos se daban la gran vida y hacían obra pública para quedarse con la tajada mayor,

donde el vicio era sinónimo de progreso continuo. Y yo, como ellos, estaba disfrutando el vals de la rapiña, el ambigú de la corrupción.

Nada es lo que parece

¿Qué me decían estas personas tan afables, tan simpáticas, tan bailadoras, de la sociedad que Cantú trataba de crear en estas lejanías? Me confirmaban que el coronel contaba con su contingente de adeptos y aduladores, gente que vivía de las sobras que él dejaba, personas que se esforzaban en adaptarse a los ideales de su caudillo para obtener las migajas de dólares que éste esparcía a su paso. Eran ciudadanos obedientes y, por eso, si Cantú los mandaba a que bailaran, bailaban: felices, encantadores, sin perder el paso, sin quitarse la sonrisa de los labios. Los participantes del baile de gala, comprendí, eran actores de reparto, comparsas de carnaval, peones para el juego que el coronel tenía en sus manos. Una comunidad que nunca decía que no. Hice a un lado esos pensamientos y me concentré en revisar el lugar. Nadie me prestaba atención. Nadie vigilaba mis pasos. Fui por una bebida gaseosa. Mientras me la tomaba un capitán se puso a mi lado.

—El coronel quiere verlo en sus oficinas.

Subí sin prisa. En el segundo piso, el espíritu fiestero se desvanecía y daba paso a una noche de trabajo, con mensajeros entrando y saliendo, con guardias apostados en cada puerta y soldados que llevaban cajas de un lado a otro. En la oficina de Cantú estaba Jack Johnson. Sentado, fumando, disfrutando de la vida, sin preocupaciones aparentes.

—Bueno verte de nuevo, Kid.

—Bueno saber que en vez de entrenar andas de juerga. Eso me dice que llegarás al domingo con menos condición física de la que tantos presumes.

Johnson se rio ante mi andanada de críticas. Cantú me presentó a un capitán de bigote prusiano idéntico al que él portaba.

—Le presento al capitán Eduardo Trujillo. Es ingeniero militar.

—Mucho gusto.

Lo saludé, pero en su saludo noté una frialdad inusitada.

—Trujillo fue quien hizo esta escuela.

—Buen trabajo —dije.

Cantú miró por la ventana. Había nubarrones en el horizonte.

—Es agosto y yo debería andar en la playa en la isla de Coronado. Pero aquí me tienen, en Mexicali en pleno verano, y todo por las amenazas del ejército de los sonorenses. Mandan contra mí a un general de pacotilla, Abelardo Rodríguez. Todos ellos, empezando por Álvaro Obregón, no saben nada del honor militar. No fueron a la escuela que yo fui. No son militares de verdad. Ganan batallas por pura suerte.

—Pero las ganan, coronel. Y en la guerra, ¿no es eso lo que cuenta?

Mis palabras crearon un incómodo silencio a mi alrededor. Jack Johnson salió al quite.

—Espero que como hablas pelees.

Cantú me señaló con su fusta.

—Me dicen que anda visitando mucho el barrio de la Chinesca. ¿Se puede saber el motivo?

Todas las miradas fijas en mí no me molestaban. Ahora sabía el motivo de mi presencia en aquella oficina.

—Si tengo que confesar, les pido la mayor discreción sobre lo

que voy a decirles a continuación.

—Dígalos ya o le pediré al capitán Trujillo que, después de la pelea, se lo lleve a trabajar a las obras del camino que está haciendo hacia Tecate. De cada diez trabajadores, dos se nos mueren la primera semana.

—No es necesario amenazarme. Afrodisiacos, señores. Ese es el motivo. Voy a la Chinesca por una infusión que vigoriza mis poderes amatorios.

La risa estalló y yo supe que estaba salvado.

—No me diga. ¿Y funciona de verdad?

Me reí en su cara.

—¿Por qué no va a la Chinesca y lo comprueba, coronel?

—Lo haré cuando tenga tiempo. Ahora estamos a punto de entrar en una nueva etapa. Creo que ya todos saben que este fin de semana llega Luis Salazar, un amigo de Plutarco Elías Calles. Viene a sembrar el terreno. Viene a platicar conmigo de la mejor forma de que me largue de México.

—¿Lo escuchará? —preguntó el capitán Trujillo.

—Primero lo invitaré a que me acompañe a ver la pelea entre ustedes.

Jack levantó su habano. Yo hice una reverencia exagerada.

—Luego ya veremos qué proposiciones trae el Luisito.

Tocaron a la puerta.

—¡Pase!

Era Doña Blanca en persona.

—Disculpen, caballeros, pero Ray me prometió bailar conmigo y todavía no me cumple.

Todos sonrieron ante aquella intromisión. El coronel Cantú me palmeó la espalda.

—Ya veo que si funciona visitar la Chinesca, señor Calavera.

Y me dejó marchar. Mientras bajábamos las escaleras, Doña Blanca me dijo algo que no esperaba.

—Te saqué de la cueva de los lobos para que bailes con una amiga.

—¿Una amiga? Pensé que eras una mujer celosa.

Doña Blanca resopló.

—Hay de amigas a amigas, señor Calavera. Y ésta anda más urgida que yo.

Y me dejó frente a una mujer de baja estatura, rolliza, exageradamente maquillada, que de inmediato, sin decir palabra, me tomó de la mano y comenzó a bailar conmigo.

—¿Quién eres? —pregunté tratando de identificar a mi compañera de baile.

—No te detengas. Sigue moviéndote.

La voz era chillona, tratando de hacerse pasar por la de una mujer. Estuve a punto de detenerme, pero seguí adelante. Todo fuera por la liberación del último bastión porfirista en México, porque estaba bailando, nada más ni nada menos, que con Adolfo Wilhelmy.

—¿Qué chingados andas haciendo disfrazado de vieja? —inquirí, bajando la voz.

—Las necesidades del momento, cabrón. Presta atención: ya es un hecho que nuestras tropas no van a llegar a tiempo. Hubo un naufragio en el Mar de Cortés y ahora el desembarco será en la costa de Sonora. Si todo sale bien, hasta septiembre lograrán entrar a

Baja California. Así que, por mientras, en vez de rascarnos la panza, estamos a tus órdenes para hacer lo que sea, con tal de poner nervioso a nuestro querido coronel.

—Si quieres te lo presento. Tal vez puedas llevártelo a la cama y hacerle piojitos.

—¡Ay, tan apuesto él! No jodas, Calavera. ¿Acaso no recuerdas que me hiciste encargado del vestuario en este operativo?

Lo recordé: era verdad. Esa había sido la encomienda que le diera. Asentí mientras seguíamos girando entre las demás parejas.

—Pues ya ves. Lo estoy probando. ¿Qué tal me queda?

Esta vez lo miré con más calma, como se mira a un actor profesional antes de salir a escena.

—Perfecto —le contesté antes de añadir una pulla: primoroso—. Más de un oficial se sentirá encantado de bailar contigo.

Adolfo me echó una mirada iracunda.

—Si crees que me gusta andar con este disfraz fuera del escenario teatral, no me conoces.

Y luego, al ver que estábamos lejos de oídos curiosos, bajó la voz.

—Me dijo Ignacio que quieres que saquemos a la vieja del tal Jack Johnson del hotel del Norte. ¿Ese es el plan?

—Tal cual. ¿Pueden hacerlo?

—Podemos. Pero explícame lo de la hora precisa, que cuando ganes la pelea. ¿Contra Johnson? Te estimo, Ray, pero dudo que puedas derribarlo.

—Eso déjalo en mis manos. Antes del round catorce deben liberarla del hotel del Norte y darme pruebas de su liberación. O Jack

Johnson me hará papilla.

—Hecho. Y luego, ¿qué hacemos?

—Un grupo debe llevar a Lucille a Calexico. Otro grupo debe esperarme con un auto y una camioneta en marcha a la salida de la plaza de toros.

—¿Con armas?

—Los del auto se llevarán a Jack Johnson al otro lado. Sólo necesita un chofer.

—¿Y la camioneta?

—Tres hombres bien armados. Y con marros y palas para cavar o derribar puertas si es necesario. Yo los guiaré.

—¿Irán disfrazados?

—Sólo paliacates o pañuelos en el rostro, por las dudas. Nada de faldas amponas o corsés, ¿entendido?

Adolfo me fulminó con la mirada.

—Ya me las pagarás, Calavera.

Terminó la pieza y cada quien se fue por su lado.

—No sabía que le gustaban las damas misteriosas.

De nuevo Doña Blanca al ataque.

—Yo tampoco sabía con qué clase de amigas se junta.

Volvimos a bailar un par de valsés más. Poco después, viendo que la fiesta se hacía a cada momento más exclusiva, nos marchamos rumbo al teatro México. Afuera la noche estaba húmeda. El cielo presagiaba lluvia.

—Voy a cambiarme para ayudar con los borrachos —le dije a Doña Blanca.

Bajé al sótano, que ya conocía como la palma de mi mano. Ni

siquiera prendí la luz. Entre las sombras me quité el traje de etiqueta y lo dejé en una silla. Me despojé de mi propio disfraz de gente poderosa, privilegiada. En ese momento sólo deseaba era pasar una noche tranquila, lo cual era imposible y lo sabía. En Mexicali la calma era una ilusión, el preludio de una nueva tormenta. Y siempre más terrible que la anterior. Iba a vestirme cuando escuché pasos bajando la escalera.

—¿Natalia? —pregunté, esperanzado.

Una silueta se aproximó. Unas manos me acariciaron el pecho, el vientre, y siguieron bajando.

—¿Por qué no pruebas algo nuevo?

La voz inconfundible de Doña Blanca. Quise preguntarle qué quería, pero era tan obvio: lo mismo que yo deseaba. Puse las manos sobre sus hombros. La oscuridad nos protegía. Un grillo cantó en alguna parte. Una rata chilló desde un rincón. Lejos, muy lejos, las notas de un vals antiguo resonaron en mis oídos. Cerca, muy cerca, los labios de Doña Blanca encontraron los míos.

El alivio del sol

Mexicali se iba llenando de visitantes, de aficionados al boxeo, conforme se acercaba la fecha de la pelea del siglo. La ciudad lucía abarrotada por las aglomeraciones de turistas de toda procedencia, que sólo buscaban pasarla bien y a su modo. Muchos de ellos se sentían expertos peleadores y, por ese motivo, a cada rato y a la menor provocación organizaban grescas y zafarranchos en calles, cantinas y parques, con el consiguiente susto de los pobladores, que estaban acostumbrados a ese comportamiento en las noches, pero no en pleno día.

Me percaté de la gravedad de la situación cuando salí a caminar y me encontré con varios policías deteniendo a borrachos pendencieros, que luego eran subidos a camiones enrejados para llevarlos a la cárcel y sacarles todos los dólares que trajeran encima. Y los bravucones no eran uno o dos, sino decenas. Por lo que veía, los agentes de la ley eran insuficientes para controlar a esta masa de turistas ansiosos de violencia propia y ajena. Como trataba de evitar ser reconocido, usaba un sombrero, que me calaba hasta las cejas, para poder pasar inadvertido mientras paseaba por las calles de la ciudad. Pero a veces alguien me reconocía y trataba de retarme a un intercambio de golpes en medio de la calle. Casi siempre le daba la espalda y seguía mi camino. A menos, claro, que el impertinente insistiera mucho o tratara de propinarme un sopapo. Ante ello, con un golpe en la cabeza lo tundía para continuar con mis negocios. A veces, requerían más de una sacudida para que me dejaran en paz.

Al día siguiente del baile de gala, sin embargo, no me topé

con una gresca ni con un contendiente sorpresivo, sino con un par de policías que trataban de levantar de la banqueta a un joven pálido y tosijiento, pensando, tal vez, que era un borracho más que estaba durmiendo la mona en plena calle. Pero yo conocía a los tuberculosos. El circo está lleno de víctimas de esa enfermedad y detecté que ese muchacho era un enfermo real antes que un vicioso, por lo que tuve que intervenir para que no acabara en la cárcel.

—¡Esperen! ¡No se lo lleven!

Uno de los agentes de la ley no me hizo caso y zarandeó al joven, que sudaba profusamente y apenas lograba balbucir unas palabras en inglés. Le dije a los policías que lo dejaran a mi cuidado. Uno de ellos intentó cobrarme la multa por faltas a la moral, pero al descubrir con quién se estaba metiendo nos dejó ir sin repetir su extorsión. Tomé al joven, que estaba despierto pero muy débil, y lo llevé a la Cantina La Mexicana, donde pedí para él un caldo de res y una cerveza helada. Se veía un hombre hecho y derecho, que aun siendo joven ya mostraba canas en su pelo. Le calculé unos veinticinco años de edad. Contaba con una hendidura en la cabeza. Supuse que la obtuvo en la guerra. Con cada cucharada de caldo, la palidez de su rostro iba disminuyendo. En pocos minutos dejó de toser, lo que era una buena señal. Vi que la fuerza regresaba a su mirada y en una media hora ya pudo responder a mis preguntas.

—¿Vienes por la pelea del siglo?

—La verdad es que no —me contestó con una voz seca, quebradiza, que aparentaba la de un hombre mayor—. Estaba encamado en un hospital militar en San Diego.

—¿Tuberculosis? —pregunté para asegurarme.

—Eso parece. Esa enfermedad espantosa me tuvo postrado por semanas y me dejó mal de los pulmones, como ya te habrás percatado.

—¿Y te aburraste de estar encamado?

—Aburridísimo. Sin nada qué hacer excepto mirar el techo y tratar de conquistar a las enfermeras.

—Pudiste escaparte a Tijuana.

Se rio ante mi propuesta.

—Lo hice. Pero no me gustó. Mucho humo y humedad para mis pulmones tan maltrechos.

Me dijo que se llamaba Dashiell Hammett y yo me presenté como Ray, para no tenerle que explicar que era el contendiente de Jack Johnson.

—Disculpa la impertinencia de mi parte, pero si no estás por la pelea ni por los casinos y cantinas, ¿qué andas haciendo tan lejos de tu hospital?

Dashiell pidió otra cerveza y sacó de entre sus ropas un folleto turístico en inglés. Era de Arizona, de un centro médico al aire libre, The Sun Healer, ubicado en Tucson.

—Por esto —me dijo.

El folleto hablaba de las maravillas que el aire seco del desierto y la luz solar tienen sobre los enfermos de tuberculosis y otras enfermedades respiratorias. Vi los precios: 600 dólares la semana.

—Es un hotel de lujo para enfermos de lujo, por lo que parece.

—Y yo no soy un enfermo con dinero. Así que decidí crear mi propio hospital al aire libre.

Fue mi turno de reírme.

—Y escogiste Mexicali.

—Pues sí. Tiene todo lo que necesito: aire seco, calor a raudales, el alivio del sol.

—Pienso que aparte de tuberculoso estás loco: aquí nadie ve al sol como un alivio.

—Llevo apenas unas horas de haber llegado, Ray, pero creo que me está gustando estar en este ambiente.

—¿Por eso te desmayaste?

—No por el sol. Por la gente. Demasiada. Me quitaban el oxígeno. Te agradezco tu ayuda.

—No tienes que hacerlo. ¿Dónde estás hospedado?

—En una pensión en Calexico. Barata. Con comida incluida. Pero esta, la mexicana, es mejor. Fortifica. Creo que voy a venir a comer por estos rumbos todos los días.

—¿A qué te dedicas?

—Fui miembro de la agencia Pinkerton. Bueno, lo sigo siendo de vez en cuando. Ahora estoy convaleciente. Pero quiero ser escritor.

—¿De los buenos?

—De los mejores. ¿Cuál es tu autor favorito, Ray?

—Jack London. ¿Y el tuyo?

—Cualquiera que salga en la revista *Black Mask*. ¿La conoces? Asentí. Conocía la revista. Era nueva. De cuentos de suspenso, misterio y policíacos. Caí en cuenta que aquel joven era, al igual que yo, un detective privado.

—¿Vas a escribir de tus andanzas de busca-recompensas en la Pinkerton?

—Voy a contar lo que viví sin dar el nombre de la agencia. No quiero ser acusado de difamación.

Ambos nos reímos.

—¿Te gusta ser agente de la Pinkerton?

—No mucho. Me agrada cuando perseguimos verdaderos criminales. Pero últimamente sólo nos contratan para joder al prójimo.

—¿A quién querían que jodieras?

—A los trabajadores, a los sindicalistas. Los empresarios nos usan como rompehuelgas. Yo no estoy dispuesto a dar de palos a quien sólo pide mejores condiciones de trabajo. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Algún caso interesante en el que participaste?

—Tendrás que leerlo en las revistas de moda, Ray.

—Eso espero. ¿Quieres que te acompañe a la línea internacional?

—No es necesario. Ahora lo único que necesito es sol.

—Disfrútalo. Es gratis.

Quiso pagar su consumición, pero yo le dije que ya estaba cubierta, que no se preocupara por esas nimiedades, que mejor se dedicara a curarse lo más pronto posible. Y le abrí la puerta de la cantina para que saliera a tomar su dosis de rayos solares. Nos despedimos con un gesto de la mano. Dashiell se fue caminando, a paso lento, por la avenida Porfirio Díaz. Yo volví sobre mis pasos para continuar mi paseo por la ciudad. La abigarrada multitud seguía en plan de gresca permanente, de fiesta perpetua. Miré el astro luminoso en las alturas. El curador de todos los males, el iluminador de todos los caminos. Me quité el sombrero, cerré los ojos y dejé que sus rayos me tocaran el rostro. Aguanté un minuto antes de ponerme el sombrero

de nuevo. El sol era un dios que arde sin descanso, una deidad con la que yo no me pondría a pelear. Ni aunque el coronel Esteban Cantú me lo pidiera en persona.

Secretos por guardar

Debido a mis sesiones matutinas para entrenarme, en el teatro México se suspendieron las funciones de cine. La noche anterior a la pelea, sin embargo, Rafael Corella trajo un aparato mecánico para ver cintas en forma individual.

—Sólo tienes que mover la manivela y ya está —me dijo—. Anda. Ponte a verlas. Son cortos de Charlot.

Me puse a ver las películas. Las tramas eran simples pero jocosas. Policías perseguían al vagabundo taimado por media ciudad dejando un rastro de accidentes inverosímiles. Gente de bien poniendo el grito en el cielo ante un ladrón escurridizo que se burlaba de todos ellos. Un mequetrefe que se metía al circo por error y provocaba mil y un destrozos, mil y un estropicios. Para qué decir lo que pensé al verlas: me sentí identificado con ese tipo que creía estar por encima del mundo y sus leyes, que personificaba el caos sin detenerse a pensar en las consecuencias de sus actos. No sé si fue por los nervios o el cansancio, pero empecé a reírme sin parar.

—¿Te gustaron los cortos?

—Extraordinarios —exclamé.

—Mañana filmarán la pelea. Pronto, las imágenes de Jack Johnson y tú dándose en la madre estarán en estas máquinas.

—Me haré famoso.

—¡Famosísimo! Los hombres te invitarán los tragos en todas las cantinas. Y las mujeres se enamorarán de ti a montones.

—No se lo digas a Natalia.

Y al decirlo me vino a la mente otra mujer, otros labios, otro

cuerpo.

—Vamos, Calavera. Ella ya lo sabe.

Sí, Natalia sabía casi todo de mí. Al menos la clase de cabrón que era, el infiel que siempre sería. Y yo, en cambio, a veces pensaba en ella como mi pareja, como mi mujer, ilusionado con las cosas que podríamos hacer juntos cuando Cantú ya no fuera un problema. Pero otras veces sólo pensaba en hacer mi trabajo para poder largarme de Mexicali y así volver a mi rutina de detective mal pagado en Los Ángeles, sin saber si Natalia me seguiría o se iría a hacer la revolución en donde su partido la mandara. Decidí hablar de otra cosa.

—Para bien o para mal, en unas horas todo se decidirá —dije.

Corella me miró sin compasión, sin ganas de dorarme la píldora.

—Si no lo logras, de todas maneras le avisaré de tu contribución al general Rodríguez cuando llegue.

Me asaltó la curiosidad.

—¿Lo conoces?

—Hace tiempo. En Hermosillo. Cuando todos andábamos de cabrones.

—No le gustará saberlo. Mejor no se lo menciones.

Rafael sopesó mis palabras.

—¿Tú crees? Puede que tengas razón. Seguramente no te van a mencionar en los libros de historia. En ellos se hablará sólo del glorioso ejército revolucionario sacando a Cantú de su madriguera fronteriza. A los héroes de la patria les gusta aparecer solos en el cuadro de honor, sin nadie que les haga sombra.

—Yo sólo estoy por el dinero prometido —le comenté.

La carcajada del Corellón me sorprendió.

—No actúes conmigo, Calavera. Por más que grites que no te importa realmente sacar al coronel, que para ti sólo es un negocio el liberar el Distrito Norte de sus garras, yo sé que no eres indiferente al dolor ajeno, al despotismo, a la injusticia. Sé que crees que no debes exponer tu lado sentimental, que debes hacerte el fuerte siempre y en todo lugar. Pero yo me considero tu amigo. Lo digo sin pretender otra cosa que aclarar con quién estás hablando.

—No actúo —me defendí.

Rafael pasó un trapo viejo por su frente sudorosa.

—Un día, cuando menos lo esperes, iré a visitarte a Los Ángeles.

—Y serás bien recibido —le aseguré.

—Y como recompensa por no mencionar lo sentimental que eres a tus amigos de allá, me presentarás a las estrellas del cine que conozcas.

—Puras actrices secundarias. Pero te las presentaré. Lo prometo.

—Porque... ¿sabes?... yo quiero dejar mi negocio de pompas fúnebres y dedicarme de lleno al cine.

—¿Cómo actor?

—No, Calavera. Con esta panza sólo podría actuar de viejo rabo verde. Mi sueño es otro: convertirme en director y productor de películas. Quiero que las historias que tengo aquí adentro, en mi cabeza, se conviertan en imágenes que todos vean, que a todos diviertan.

—Ya veo que tú también tienes secretos que guardar.

—De eso está hecho el cine, Mister Sentimental.

—Y la vida, amigo Corella.

Rafael se despidió con un abrazo de oso.

—Pelea bien. Pelea con el corazón.

Antes de irme a dormir toqué a la puerta de la oficina de Don Pascual.

—¡Pase!

—Sólo quería dejarle un sobre a resguardo.

Don Pascual me miró con curiosidad creciente.

—¿Para quién es?

—Para Natalia. Es mi testamento. Por las dudas.

Mi jefe lo tomó y lo metió al cajón de su escritorio y lo cerró con la llave.

—Listo. ¿Algo más?

—Quisiera que se quedara con mi carreta y mi yegua cuando me marche.

—¿No cuando te mueras?

—Ocurra la que ocurra, quiero dárselas de regalo, por todo su apoyo.

—Creí que por soportar todas tus faltas en el trabajo. Como portero, no eres el mejor del mundo, ¿lo sabías?

—Lo sé.

Don Pascual exhaló el humo de su cigarrillo.

—Esta pelea me huele mal. Tengo un fino olfato para los negocios turbios.

—Yo también. Pero hay cosas que no se pueden evitar.

—Tú no llegaste a Mexicali para ser uno de nosotros.

—¿A qué se refiere?

—A trabajar sin quejarte. A morderte la lengua mientras caigan los dólares. No eres esa clase de gente.

—No lo soy.

—Desde que estás con nosotros nos has hecho percatarnos de lo cobarde que fuimos permitiendo que Cantú impusiera su poder. Ahora ya no podemos seguir haciéndonos los ciegos, los despistados, los que nos lavamos las manos, como Poncio Pilatos. Eso te lo agradezco.

—El poder de Cantú está a la baja y no soy el único responsable. Pronto caerá.

—Pero los animales heridos son los peores. Atacan porque no tienen salida. Matan porque ya no les queda nada que perder.

Lo miré tratando de comprender qué era lo que me quería decir. Don Pascual se levantó de su escritorio y me entregó una fotografía. Un muchacho vestido de marinero y con su rifle en la mano. Al reverso decía 1914.

—Mi hijo. Antonio. Murió luchando contra los yanquis en Veracruz. Sabes que cuando eso sucedió, Cantú no dijo ni pío, no protestó por la violación a nuestra soberanía por parte de los gringos, no criticó el derramamiento de sangre de nuestros compatriotas.

—No lo sabía.

—Y cuando la expedición punitiva del general Pershing contra Pancho Villa sólo dijo que él era neutral. Y cuando los Estados Unidos entraron a la Gran Guerra hizo fiesta y donó dinero contante y sonante a la causa americana. Y yo me quedé callado. No quería perjudicar a mi negocio. No quería desentonar en este régimen donde

sólo vale el pedigrí porfirista, la chacalería huertista. Yo también soy cómplice de tantas masacres, de tantos asesinatos, de tanta corrupción. Mañana vas a pelear por un contrato, para dar un espectáculo, pero también pelearás por México.

—Lo entiendo.

—¡No, amigo Calavera, no lo entiendes! Mañana pelearás por un México distinto al que Cantú representa.

La vehemencia con que pronunciaba sus palabras me electrificaron. Era cierto. Yo creía pelear para sobrevivir, para llevar a cabo un plan. No como una cuestión de honor. Pero eso era la pelea. Otra clase de duelo. No entre Jack Johnson y yo mismo, sino entre lo que representaba el régimen de Cantú y la esperanza de que todo pudiera cambiar para bien, para que no hubiera más abusos a nombre de un orden espurio.

—Trataré de honrar a su hijo —le dije.

—Me conformo con que honres a las víctimas de Cantú. Empezando por la hermana de Blanca.

—¿Quién era la hermana de Blanca? ¿Qué le pasó?

—Era militante floresmagonista. Se llamaba Margarita Ortega. En 1914, las autoridades militares, de las que Cantú era oficial, la detuvieron y torturaron por varios días. Luego la fusilaron. Nunca delató a sus compañeros. Yo ya vivía aquí y lo vi todo. Nadie alzó la voz para defenderla. Nadie dijo que matar mujeres por sus ideas era un crimen. Blanca vino a Mexicali años después. Nunca me lo ha dicho, pero vino porque quería saber qué pasó con su hermana. Nadie se lo quiso decir, aunque todos estábamos enterados. Porque decírselo era como reconocer que todos somos culpables por omisión, que todos

somos responsables por su muerte.

—Sería bueno que le contara lo que sabe.

—Lo hice hoy. Hace una hora. Nunca he visto tanto desprecio en una mirada.

—¿Dónde está? —pregunté.

Don Pascual movió, apesadumbrado, la cabeza.

—No lo sé. No lo sé.

Bajé al sótano. En mi camastro estaba un bulto sollozando. Puse mi mano en su hombro.

—No merecen que sufras más por lo que hicieron —dije y me senté a su lado.

—¡Merecen sufrir como yo: por años!

La abracé como se abraza una herida punzante, una cicatriz que no deja de doler.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Quédate un rato. Sólo eso.

Puso su cabeza en mi pecho.

—Las cosas no pueden seguir así —dijo en susurros.

—Pronto cambiarán —le respondí, tratando de levantar su ánimo.

Algo empezó a golpear las paredes, el techo. Por un instante no supe qué era.

—Está lloviendo —me explicó Blanca—. Ya era hora.

Un trueno se escuchó a lo lejos.

—¿Ves? —le dije—. Todo está mejorando.

Se rio por lo bajo.

—Se ve que no conoces Mexicali: mañana la ciudad entera

estará hecho un desastre. Será un pantano, una laguna.

Reí con ella.

—¡Qué mejor catástrofe que una señal del cielo!

Un trueno más fuerte estremeció las paredes. Comenzó a llover con ganas. Recordé a Dashiell Hammett. Para él este cambio de clima seguramente no sería de su agrado. Este aguacero lo vería como un contratiempo a sus planes curativos bajo el sol. Me acomodé como pude en el camastro que ahora compartíamos. Por el peso de ambos, nuestro lecho crujió pero no pasó a mayores. Un trueno más fuerte estremeció el lugar. Pensé en el diluvio mientras cerraba los ojos y el sueño llegaba como una paloma surcando la tempestad, llevando en su pico un ramo de olivo, trayendo noticias de un mundo nuevo.

La pelea del siglo

Por la mañana del domingo entrené a marchas forzadas. Los espectadores se multiplicaban. No les hice caso. A mediodía dejé de entrenar y me puse a comer algo ligero pero sustancioso: un caldo de caguama y unos huevos revueltos con nopales. La ciudad lucía menos desértica, llena de flores efímeras, con grandes charcos en sus calles. Una joven china, creo que la misma que me condujo por los túneles de la Chinesca, trajo de parte de Liu Ching unas hierbas oscuras.

—El venerable le pide que beba esto una hora antes de su pelea. Le aclarará la mente. Le dará energía mayor.

Podía ser una trampa. Pero decidí tomarme el té. Quizás también fuera un afrodisiaco y el cuento que le conté a Cantú acabaría por ser cierto. Por la tarde empecé a ponerme nervioso. Pero Natalia vino a mi rescate. Me examinó todo el cuerpo y me cogió a su gusto.

—Sólo una vez. No te quiero débil para tu pelea —me dijo como si fuera mi manager.

A las cinco de la tarde salimos, en el auto de Don Pascual, rumbo a la plaza de toros. La plaza no la conocía por dentro. Era grande: le cabían cerca de dos mil espectadores. Y en su centro habían levantado el mismo ring en que dimos la pelea de exhibición en el cuartel militar. Los jueces que iban a decidir el ganador eran oficiales del gobierno. Lo cual me recordó la trampa en que me había metido. El réferi era un gringo. Walter Middley, traído ex profeso de Yuma, Arizona, con 33 peleas en su haber. Al menos contaríamos con un profesional decidiendo el combate. Los vestidores estaban debajo de las graderías. Me cambié con calma. Jack Johnson aún no hacía acto de

presencia. El sol quemaba, aunque todavía quedaban algunas nubes dispersas de la lluvia nocturna. Las calles estaban llenas de fango, como había dicho Doña Blanca. Pero no cayó suficiente lluvia para que paralizara a la ciudad. El día era menos caluroso, pero más húmedo. Un domingo para pelear hasta la muerte, intuí, mientras me tomaba el té vigorizador que me mandara Liu Ching. Me supo amargo, como tantas otras cosas en la vida.

Quince minutos antes de las seis de la tarde llegó Jack Johnson y su comitiva, que más que entrenadores o masajistas eran sus guardianes, los oficiales de Cantú que controlaban sus movimientos, que lo vigilaban día y noche por si intentaba escapar. Nos saludamos y le dije que no se preocupara, que ambos jugaríamos limpio y como todos unos caballeros.

—En tus sueños, Kid. Sólo en tus sueños —me respondió.

—¿Vino a verte tu esposa, Lucille Cameron?

—No, Ray. Se quedó en el hotel. No le gusta verme perder el tiempo con peleadores amateurs como tú.

Pelón como era, en su cabeza brillaba el sol. Pero su mirada era de hielo: dura, letal. Jack era la imagen misma de todo un campeón. Yo, en cambio, apenas daba, como él mismo acababa de describirme, la finta de un aspirante a boxeador. Pero esas eran las cartas del juego que me tocaron y tenía que jugarlas a como diera lugar. A las seis en punto, el réferi pasó a los vestidores y nos dijo que subiéramos al cuadrilátero. Sólo entonces descubrí la magnitud de la pelea en el ánimo del público. Y cuando digo público me refiero a una multitud enardecida, vociferante, que hacía vibrar la estructura de madera de la plaza de toros de arriba a abajo.

Entre su vocerío escuchaba lo mismo el nombre de Jack que el mío. Y mentadas de madre. E insultos racistas contra ambos. Los campeones de boxeo del mundo, según muchos turistas estadounidenses, debían ser blancos únicamente. No negros de Galveston. No mexicanos de Jalisco. Pero nada de eso me preocupaba. Don Pascual, que actuaba como mi entrenador, me miró con ojos de preocupación.

—Este Jack es una mole. Ten mucho cuidado.

Como si yo no lo supiera. Pero ya estaba en la boca del lobo y sólo quedaba seguir adelante. Subí al ring y fui a mi esquina. Me fijé que había periodistas de pie tomando notas y un par de militares, con un radio de onda corta sobre una mesa, estaban transmitiendo los pormenores de la pelea. Era la hora de probar mi teoría de que mi plan podía derribar un gobierno. Era un bonito plan y pronto estaría comprobado o descartado a costa de mí mismo.

Sonó la campana para el primer asalto. Me dirigí al centro del cuadrilátero.

—Peleen sin trampas. Den un buen espectáculo —nos dijo Walter.

Y nos dejó frente a frente para que discutiéramos a punta de madrazos. Jack se lanzó contra mí como si fuera un saco de papas. De ahí en adelante todo fue un desastre tras otro. En los primeros rounds lo que hice fue mi vieja rutina del payaso boxeador: daba un golpe o dos en el rostro de Johnson y me alejaba a todo correr. Al principio Jack me perseguía, pero pronto se cansó de aquel juego. Los abucheos en mi contra no se hicieron esperar. Yo bailaba y me golpeaba el pecho, le respondía al público con peores insultos, me subía a las cuerdas,

hacía mi show de siempre. Pero en el boxeo eso no se tolera. Para el quinto round, Walter, el réferi, me gritó que peleara de verdad. Del sexto al doceavo round, comencé a hacerle caso. Jack era, a pesar de su peso, un peleador rápido. Y cuando lanzaba sus jabs era como ver una ametralladora haciendo su labor en los campos de batalla.

Me llevaba diez años de más y, sin embargo, yo empezaba a ceder terreno. Varias veces nos enzarzamos tratando de golpearlos de cerca, de hacernos daño. Yo le golpeaba los riñones para que bajara su ritmo. Pero con escasas consecuencias. Para el décimo asalto vi que mi contrincante sangraba de una ceja y que se movía con menos agilidad. Yo, por mi parte, tenía golpes en las costillas que a veces hacían que respirar me fuera extremadamente doloroso. Mis brazos empezaban a entumecerse. Mis piernas ya no se movían con la misma rapidez.

En el treceavo asalto lo único que sabía es que estábamos dando con todo y que yo iba perdiendo, mientras quedaba arrinconado contra las cuerdas. Jack lo sabía y yo lo sabía. El público también se daba cuenta quién era el castigado y quién el castigador. Johnson estaba tan preocupado como yo.

—¿Qué sucede, Kid? No veo señales de mi Lucille. El próximo asalto tendré que matarte. Me vas a convertir en un asesino.

En sus palabras se filtraba la desazón, la angustia.

—No comas ansias —le respondía con un hilo de voz.

Sonó la campana y cada quien fue a su esquina. Don Pascual subió para tratar de curarme las heridas abiertas. Me puso linimento para que no se abrieran más y el sangrado disminuyera. Junto con él subió al cuadrilátero un joven con una cubeta de agua y una toalla que, sin más, comenzó a masajearme. Era Adolfo Wilhelmy de nuevo.

—Lucille está bien. La pasamos al otro lado. Las autoridades estadounidenses esperan que en cuanto acabe esta pelea, Johnson cruce la línea internacional y se entregue. Su abogado lo espera con todos los documentos en regla.

—Necesito pruebas de que Lucille está libre.

Wilhelmy me pasó una cadena de oro y la colocó, bien amarrada, en mi guante derecho.

—Dice la esposa que le digas que su canción favorita es *Take me out to the ball game*. Con eso lo convencerás.

Y así llegamos al catorceavo round. Vi en la mirada de mi rival que, aunque no le gustara, iba a destrozarme. Alcé mi guante para que viera la cadena de oro. Jack la reconoció. Nos enzarzamos decididos a definir cómo acabaría la pelea.

—¿Dónde está mi esposa? —masculló.

—En Calexico. Esperándote.

—¿Cómo sé que es verdad y no te robaste eso?

—Dice que su canción favorita es *Take me out to the ball...*

—¡Ya no digas más! Te creo. Tienes que golpearme en la mandíbula hasta noquearme. Hazlo creíble, Kid.

—Cuando esto acabe no te separes de mí a la salida de la plaza. ¿Entendido?

—¿Me llevarás al otro lado?

—Otros lo harán.

Nos separamos y regresamos al centro del cuadrilátero. El público deliraba al ver que íbamos por todo, que estaba presenciando una auténtica pelea, una verdadera carnicería. La plaza entera rugía, era una sola voz exigiendo más sangre. Jack y yo nos metimos de

lleno en nuestra actuación. Comencé a cubrirlo de golpes, a darle duro, a no dejarle escapatoria posible. Pecho, cara, estómago. Repetí la dosis como si mis brazos no me pesaran. Puse todo mi empeño en no darle respiro al peleador que más admiraba en el mundo. Ganar la pelea no era, en nuestro caso, sino hacer ver su desenlace como algo inevitable. El ex campeón del mundo se tambaleó ante mi ataque. Yo seguí moliéndolo en el estómago, en el pecho, en el rostro. Metía las manos para defenderse. Bufaba de cansancio. Hacía aspavientos como si en verdad yo fuera más fuerte que él. Medio minuto después Jack Johnson estaba tirado, cuan largo era, en la lona.

Le contaron hasta diez y el réferi me levantó la mano en señal de triunfo. Hubo gente sorprendida por todas partes. Hubo aclamaciones festejando mi victoria. Hubo abucheos de que la pelea estaba vendida. Don Pascual no cabía de felicidad. No encontré a Wilhelmy, lo que me hizo pensar que se había adelantado rumbo a la salida, para tener preparados los vehículos de escape. Por el rabillo del ojo vi a varios contingentes de soldados y oficiales acercarse al ring con cara de pocos amigos. Era el momento de poner tierra de por medio entre los carceleros de Johnson y nosotros dos. De un salto, evadiendo gente que deseaba felicitarme o insultarme, salté fuera del cuadrilátero. Jack Johnson aterrizó a mi lado y me puso la mano sobre mi hombro derecho.

—¿Hacia dónde, Calavera?

Miré a mi derredor y me orienté como pude entre la masa humana en movimiento, entre el pánico que nos rodeaba.

—Tú sígueme —le ordené.

Era ahora o nunca si queríamos estar a salvo, si queríamos

salir con vida. Ambos estábamos en la pelea que más importaba: la de nuestra propia supervivencia. Como un solo equipo, Jack y yo empezamos a recorrer nuestra ruta de escape. Pobre del que se nos pusiera enfrente. Pobre del que fuera un obstáculo.

Un monstruo violento y destructor

Apenas nos estábamos alejando del ring, dando golpes a diestra y siniestra para abrirnos paso a como diera lugar, cuando la primera explosión cimbró la plaza de toros. La gente se tiró al suelo pensando que era un terremoto, como los que acostumbraban a presentarse de vez en cuando en la región. Algunas personas del público, los que se encontraban situados en las gradas superiores, señalaron hacia el cuartel militar, a unas cuantas cuadras de distancia. Una columna de humo negro se elevó por los cielos en esa dirección. Era lo que yo había estado esperando: con ese distractor, podíamos tener buenas posibilidades de que no se fijaran en nosotros, de que no vieran hacia dónde íbamos.

—¡Apúrate! ¡Corre, Jack!

Entre los espectadores que chillaban de terror, presas del pánico, pasamos corriendo rumbo a la salida posterior de la plaza. Los soldados de Cantú fueron insuficientes para detener a la multitud enloquecida. Pronto se vieron rebasados por el caos reinante. Yo tomé a Johnson del brazo y lo conduje a la salida convenida con Adolfo Wilhelmy. Salimos junto a un grupo de turistas que gritaban el nombre de Dios, pensando tal vez que aquello era un castigo divino y no un plan previamente calculado y totalmente humano. Afuera nos esperaba un auto en marcha con Ignacio Solís al volante. Metí a Jack en el asiento trasero y lo cubrí con una lona para evitar miradas curiosas. Ni siquiera tuvimos tiempo de despedirnos.

—¡Llévalo al otro lado! —le ordené a Ignacio—. Y quédate con él hasta que esté en custodia de las autoridades judiciales

estadounidenses.

No me detuve y corrí a subirme a la camioneta vecina. Me senté en el único asiento libre, el del copiloto.

—Bienvenido a bordo, Calavera.

El chofer no era otro que Adolfo, el mago de los disfraces. Una nueva explosión estremeció la ciudad entera. Sentí la onda de choque y me alegré de que todo estuviera saliendo como lo planeamos. A menos de cuatrocientos metros estaba el cuartel militar del 25 batallón en llamas. Muchas personas huían del siniestro, pero otras tantas se acercaban al incendio para ayudar a apagar el fuego o por simple morbo.

—¡Es el almacén de armas! —gritó un oficial que pasó al lado de la camioneta.

—¡Aprisa! —le dije a Wilhelmy, quien obedeció sin rechistar, conduciendo en dirección opuesta al cuartel militar.

Llegamos al edificio de la tesorería del gobierno del Distrito Norte de la Baja California en tres minutos. Como era domingo, estaba cerrado, sin nadie que lo protegiera de gente como nosotros. Si contaba con guardias en las puertas, estos se habían marchado para auxiliar a sus compañeros con la conflagración al otro lado de la población. En un dos por tres bajamos con marros en la mano y rompimos las puertas de entrada a puro golpe. En el interior había una reja que impedía el paso y con un candado. Lo mismo hicimos. Al fondo del edificio estaba una habitación de unos veinte metros cuadrados. En ella encontramos bolsas de cuero llenas de billetes de alta denominación, carpetas con acciones de compañías petroleras, acereras, bananeras y mineras, además de cajas de metal repletas con joyas preciosas.

—¿Cómo vamos a llevarnos todo esto? —preguntó uno de los miembros de la avanzada del ejército revolucionario—. No cabe en la camioneta y aunque cupiera, el vehículo no aguantaría tanto peso.

Mi respuesta a sus dudas fue agarrar de nuevo un marro y golpear con éste el piso de cemento.

—¡Hagan lo que yo hago! —les dije.

Pronto abrimos un agujero grande. Les ordené detenerse y escuchar. Alguien más golpeaba desde abajo. El agujero empezó a desmoronarse hasta volverse un socavón. Voces en chino primero y luego rostros orientales salieron desde el fondo. Sonriendo alzaron sus manos hacia nosotros.

—¡Arrojen todo por el hueco! —ordené.

En pocos minutos, la tesorería quedó vacía de valores y dinero. El botín no iría en la camioneta: se marchaba por los túneles subterráneos construido por los miembros de la comunidad china de Mexicali. Salimos corriendo cuando una nueva explosión, mucho más fuerte que las anteriores, nos tiró al suelo. Cajas enteras volaban por los aires y caían a decenas de metros de su punto de origen, destruyendo vehículos y puestos callejeros. Nos recuperamos enseguida y nos subimos a la camioneta.

—Déjame en la Chinesca y ustedes regresen al otro lado —les pedí.

La columna de humo y llamas era, para entonces, enorme.

—Parece un monstruo violento y destructor —me dijo Adolfo, como si estuviera recitando el verso de una obra de teatro.

Anocheecía en Mexicali pero la última explosión iluminaba todo el horizonte. Al calor del verano se sumaba el calor del incendio.

—¿Este era tu plan maestro, Calavera?

—Este es, Adolfo —le repliqué—. Destruir el arsenal del ejército de Cantú y, por el mismo precio, robarnos sus reservas monetarias. ¿Te gusta?

—¡Me encanta, cabrón!

Alguien atrás preguntó, con la codicia reverberando en sus palabras:

—¿Y cuánto vamos a recibir nuestra parte del tesoro?

—Eso hay que preguntarle a los chinos. Si cuando llegue el general Rodríguez los respeta, cumple lo prometido con su comunidad, le devolverán algunos dólares.

Adolfo se rio al imaginar la escena.

—Te digo, Calavera. Piensas en todo.

—Por ahora sólo pienso en salir con vida.

—Como sea, pero acabamos de cortarle los brazos a Cantú.

Ya no tiene dinero para comprar lealtades y ya no cuenta con armas ni municiones para hacer la guerra. Está acabado.

Me bajé frente al edificio de la Logia China de Mexicali.

—Cuidense todos. Aún no cantemos victoria.

Entré a la asociación y me topé con un centenar de chinos armados con flamantes rifles Springfield. Me reí al comprender que no habían destruido todas las armas con los explosivos que colocaron debajo del arsenal, sino que también aprovecharon para sustraer una buena cantidad de armamento para defenderse en cualquier eventualidad.

—Buen trabajo —le dije a Liu Ching, que apareció en cuanto supo de mi presencia.

El jefe de la comunidad china iba vestido a la occidental: camisa y pantalón holgados.

—Buen plan el suyo, señor Calavera. Todos ganamos gracias a usted.

—Eso está por verse. ¿Tiene el dinero?

—Lo tenemos. No ha sido contado todavía. En este momento se está repartiendo en siete lugares diferentes. Aquí, en Mexicali, en varios ranchos de los alrededores e incluso al otro lado.

—¿Cegaron bien los túneles? —quise asegurarme.

—Por supuesto. No podrán saber a dónde conducen, cómo se hicieron. Dejamos uno semiabierto rumbo a Calexico, para que piensen que el dinero fue llevado a los Estados Unidos por sediciosos o revolucionarios. Hasta dejamos algunos ejemplares de *Regeneración*, el periódico de Ricardo Flores Magón, para que tengan a quien echarle la culpa de este cataclismo.

Miré hacia el incendio, que aún ardía con furia a pocas cuadras de distancia.

—Espero que no haya provocado demasiados daños colaterales.

Liu Ching sonrió como para quitarme ese peso de encima.

—Ventanas rotas. Sustos. Pérdidas materiales que nosotros nos encargaremos de pagar. No se preocupe. Sabemos que los soldados no estaban cerca del almacén cuando éste hizo explosión.

—¿Cuántos muertos hubo? —pregunté, temiendo lo peor.

—Ninguno. Una docena de quemados por la segunda explosión. El personal era mínimo en el cuartel por ser domingo y todos estaban en el edificio principal oyendo la pelea por radio de

onda corta. Su pelea les salvó la vida.

Las llamas no parecían aminorar. Al contrario, a cada instante que pasaba rugían con mayor estruendo.

—Van a necesitar toda la noche para apagarlo —aventuré.

El jefe chino miró hacia donde yo miraba.

—Mientras no haya viento estaremos a salvo. No se propagará.

Y con la lluvia de anoche, menos. ¿Con eso cree que Cantú caerá?

—Con eso no tendrá más cartas para jugar. Mañana no le quedará otra que negociar su salida del poder.

—Eso espero, señor Calavera.

Salí de la Logia China de Mexicali con esa idea en la cabeza. Que el reino del coronel Esteban Cantú tocaba a su fin. Aún era, a mis treinta y dos años de edad, un hombre iluso. De todas formas decidí que no podría dormir con la situación de desastre en que estaba la ciudad. En vez de dirigirme al teatro México fui hacia el cuartel militar. Muchas personas acudían a ayudar en lo que pudieran. Yo hice lo mismo. Era el responsable de aquella conmoción en la vida comunitaria de ese pueblo fronterizo. Una comunidad que ahora, de pronto, me sentía parte suya. Al menos debía hacer algo para paliar los daños materiales. Una bombera de Calexico pasó con su sirena a todo volumen, con sus bomberos voluntarios listos para apoyar a los mexicalenses. Me subí de un salto en su estribo. Las llamas eran impresionantes.

El incendio prosperaba y más con las municiones que explotaban, lanzando balas en todas direcciones. Adolfo Wilhelmy tenía razón: aquel era un monstruo violento y destructor. La clase de bestia salvaje, imprevisible, que me encantaba domar.

Las negociaciones

El lunes dormí hasta mediodía después de haber ayudado a controlar el incendio en el arsenal del cuartel militar. Una de cal por las que van de arena, pensé para mis adentros. Al retirarme, junto a tantos otros cansados bomberos voluntarios, vi que la policía acordonaba el edificio de la tesorería del gobierno. Demasiado tarde, pensé. Levantarme fue una pesadilla: me dolían los brazos y las piernas. Mi cuello estaba rígido, como un nudo de músculos que se extendía por ambos hombros. Mi cintura era una quemazón, mi pecho estaba abultado y la columna vertebral crujía cada vez que me ponía de pie. No se diga mis costillas, dos de las cuales ardían cuando caminaba. Oriné dos chorros con sangre antes de que la orina se aclarara y volviera a ser como antes. Como pude me quité el vendaje que llevaba puesto y sólo vi cardenales y laceraciones, heridas abiertas y músculos inflamados. En el espejo del baño me vi el rostro y creí estar viendo la cara del monstruo del Doctor Frankenstein. Mis ojos estaban rojos y mis labios rotos. Pero aún respiraba. Aún seguía con vida. Con eso me conformaba.

Doña Blanca acudió en mi auxilio con una pomada a base de alcanfor y otras sustancias, entre las que pude percibir la mariguana y el árnica. Me sentía una criatura indefensa, pero evité quejarme lo más que pude. En cambio, gruñí para que no se me notara lo que me dolía estar despierto, de pie, moviéndome. No engañé a nadie y menos a Doña Blanca, que se reía de mis gestos y ademanes mientras me frotaba la espalda, el pecho, las piernas, los brazos, el cuello y no digo qué más.

Al marcharse ella, poco a poco pude vestirme con la ropa del día anterior y salir a la calle para ver qué pasaba en realidad, para conocer lo que decía la gente de los acontecimientos del día anterior. *La Vanguardia* ya circulaba y era vendido en las esquinas por los niños voceadores. No pude resistirme a comprarlo. Pero el periódico oficial no comentaba ni la pelea del siglo, ni mencionaba el tremendo incendio que, apenas unos momentos antes, habíamos terminado de apagar. En la portada de la publicación de marras aparecía una pintura del coronel Esteban Cantú posando para la posteridad con todas sus medallas al pecho y todo su bigote prusiano en la cara tiesa. Al pie de la pintura se leía la leyenda: “Padre protector de la Baja California”. En las páginas interiores se hablaba de los planes de progreso que tendría el Distrito Norte en los próximos años. Del ferrocarril que se iba a construir de Mexicali al puerto de San Felipe. Del nuevo alumbrado eléctrico que iba a ponerse en toda la ciudad. Del apoyo irrestricto que la comunidad china le había jurado al gobierno del coronel. Todo sugería una negación profunda de la situación real que se estaba viviendo.

Por más que busqué no encontré ni una mención a las negociaciones que ya deberían haber empezado sobre la salida del gobierno del tan preclaro estadista fronterizo. Nada sobre rendir la plaza. Nada sobre la precaria situación militar de su régimen. De nuevo, en vez de encaminarme al teatro México, me pasé a la acera de enfrente y me dirigí a la escuela Cuauhtémoc. Y no era el único: un buen número de habitantes, preocupados por saber de primera mano qué iba a ocurrir, se arremolinaba en las afueras del edificio.

—¿Ya empezaron las negociaciones? —pregunté.

—Desde hace una hora.

—¿Y todavía no sale humo blanco, como en el Vaticano?

—Sólo el humo negro de la explosión —bromeó alguien.

Una espesa capa de neblina grisácea cubría el cielo de Mexicali. El acre olor a pólvora quemada rondaba por todas partes. Algunos trabajadores del ayuntamiento, cubierta la cara con paliacates, barrían las cenizas acumuladas en plena calle. Don Pascual me vio y se acercó a donde estaba.

—¿Todo bien? ¿Puedo romper el testamento?

—Todo bien, jefe. Pero hasta que no se aclare esto, mejor siga guardando el papelito que le di. Uno nunca sabe.

—Un domingo inusitado, Calavera. Y un lunes aún más extraño. ¿Cómo están tus golpes? Parece que no se ven con tanto hollín que te cubre toda la ropa.

—Bien en lo general. Creo que tengo dos costillas medio rotas. Pero una enfermera me puso un vendaje mientras combatíamos el incendio.

—Mira nomás, qué suerte tienes. ¿Una enfermera? ¡Qué solícita ella!

—Almas caritativas, ¿qué le vamos a hacer?

—Yo creo que los golpes que te propinó Jack Johnson te mejoraron el rostro.

—Gracias por el juicio estético, jefe. ¿Cómo van las pláticas? Y señalé hacia la escuela.

—No sé. ¿Por qué no vas allá y lo averiguas?

—Buena idea.

Subí las escalinatas con paso lento pero seguro y me presenté

con el soldado de guardia.

—¿Qué quiere? —me espetó al percatarse de mi presencia.

—Hablar con el capitán Montaña.

—Está ocupado.

—Vengo por mi pago. Dile que soy Ray Calavera.

—Espere aquí.

Al minuto volvió y me dijo que fuera al salón de actos, que me esperaban. Resultó que en el salón de actos estaban celebrando las pláticas entre Luis Salazar y el coronel Esteban Cantú. En vez de una pista de baile ahora el centro del salón lo ocupaba una mesa ovalada, donde la plana mayor del gobierno del Distrito Norte discutía con un joven rollizo, con gafas, que daba la impresión de ser más un actuario que un diplomático. Supuse que era Luis Salazar en persona. En cuanto éste me vio entrar se puso de pie y fue a saludarme. Parecía estar en su ambiente: hablando por los codos, siendo el centro de atención de todos los presentes.

—¡La esperanza mexicana en persona! —gritó antes de abrazarme y luego dar un paso atrás para verme con los brazos cruzados—. Es un honor conocerlo, señor mío. Magnífica pelea la de ayer. Usted sí que sabe soportar golpizas sin caer. Y ese asalto final, tan rotundo, tan sorprendente. Gracias a usted le gané 50 dólares aquí, al coronel Cantú. Que, por cierto, aún no me ha pagado.

Y volteó a ver a Cantú, que me observaba con un odio que pocas veces había visto en mi vida.

—¡Señor Calavera! —gritó, pero luego se contuvo—. La última vez que supieron de usted andaba corriendo con Jack Johnson a su lado. ¿Qué les pasó a ustedes dos?

—De Jack, ni me pregunte. No sé nada. Lo ayudé a salir de la plaza de toros en el caos que siguió a las explosiones. Con tanta gente en pánico, apenas salimos y cada uno tomó por su rumbo.

—Ya veo. Como anda lleno de ceniza, supongo que usted se dirigió a apagar el fuego.

—En el circo nos entrenan para actuar como bomberos en caso de que haya un incendio, coronel. No lo vi entre los que se metieron a salvar lo poco que se pudo.

A Cantú, por el gesto que hizo, no le gustó mi comentario.

—No estoy para esa clase de tareas. Para eso tengo gente a cargo. ¿Qué busca ahora? ¿No quedó satisfecho con el resultado de la pelea del siglo?

—Estoy aquí para cobrar lo que se me debe.

El capitán Montaña se me acercó con ademanes amenazantes.

—Invertimos en esta pelea cientos de miles de dólares. Una apuesta de gran riesgo. Si no hubiera ganado exactamente en el round catorce, señor Calavera, ya su cuerpo estaría pudriéndose en el fondo de un canal de riego y con un bloque de cemento como única compañía. Pero ganó y debemos más dinero del que tenemos. No sé si se fijó, pero asaltaron la tesorería del Distrito Norte y nos dejaron con poca liquidez financiera. Así que no estamos muy entusiasmados con dejar el gobierno hasta que no nos recuperemos económicamente.

Me reí a carcajadas.

—¿Me están diciendo que si hubiera perdido la pelea, en vez de pagarme me habrían matado?

—Y yo lo habría hecho personalmente.

—Lo dudo.

—¿De qué duda? —quiso saber Cantú.

—De que me habría dejado matar por gente como ustedes. ¿No se dan cuenta o están ciegos? Su tiempo se les acabó. No quiero ver destruido Mexicali a cañonazos, con gente muriendo en las calles, con civiles y soldados en las barricadas, matándose entre sí. Este pueblo no merece un destino como ese. Evítelo, coronel. Póngale fin a esta terquedad suya por mantenerse en el poder cuando su tiempo ya se le terminó. Si lo hace, si deja el gobierno, los mexicalenses se lo agradecerán, se lo aseguro.

—¿Quiere que me marche como un cobarde, sin presentar batalla? —estalló Cantú.

—Quiero que no destruya lo que hizo en obra pública. Que lo recuerden por ella y no por el derramamiento de sangre que provocará su orgullo, su empecinamiento.

Luis Salazar aplaudió para centrar de nuevo en su persona la atención de todos los presentes.

—Un boxeador sin par y un héroe que no tiene pelos en la lengua. Bien por usted. Pero aquí estamos reunidos por una situación problemática. Un nudo gordiano, diría yo.

Y en su mirada había una súplica de que interviniera a su favor.

—Afuera, más bien en todo el pueblo, la gente está preocupada —dije—. Todos sabemos lo que en este salón se discute. Todos esperan que encuentren una forma que ambas partes acepten y acaten.

—¿Y usted piensa intervenir, supongo? —dijo Cantú con disgusto.

—Bueno, sí. Tal vez porque soy fuereño puedo ver las cosas con cierta perspectiva que, por lo que percibo, a usted y a su gente se les escapa. Don Luis ha venido para encontrar la forma de que ustedes se vayan sin disparar un solo tiro, que en vez de guerra entre mexicanos haya paz en la frontera.

Luis asintió y miró a Cantú con la misma mirada de súplica.

—Eso quisiera, señor Calavera. Que entendieran que nadie quiere más pleitos entre nosotros, los mexicanos. Ya fueron diez años de matarnos sin tregua. Yo digo que ya es más que suficiente. El general Rodríguez viene con todo. Tres mil soldados fogueados, que no se detendrán ante nada ni nadie. Disculpe que se los mencione, pero será un enfrentamiento sangriento para ambas partes.

—Y ayer explotó su arsenal —agregué—. ¿Cómo podrán reemplazarlo?

—Ya nos ocuparemos de eso —dijo el capitán Montaña, cuyas manos derechas no se apartaba de su pistolera.

Sus palabras traslucían seguridad en vez de derrotismo. ¿Qué cartas marcadas conservaba el gobierno cantuista bajo la manga?

—Vamos a utilizar el dinero de las apuestas para obtener armamento y municiones —dijo Cantú con una sonrisa en los labios.

La sonrisa de un hombre porfiado, terco, que no se daba por vencido.

—¿Ustedes apostaron por mí? —pregunté, incrédulo.

—¡Claro que no! —dijo Cantú. Pero no vamos a pagar las apuestas de su pelea.

—La gente se enojará y mucho —le avisé.

—¡Que se enojen! Primero están las armas que las deudas.

Además, en la tesorería no estaba todo nuestro dinero. Aquí mismo contamos con medio millón de dólares listos para usarse. Gracias a que mi suegro piensa en todo, no estamos en bancarrota.

Y el coronel señaló a un hombre viejo, sentado con las piernas cruzadas en un sofá, que alzaba el mentón como estatua griega. Eso no me lo esperaba. Las cartas marcadas de Cantú, como me habían dicho tantos. Las ganas de no irse por las buenas, de no marcharse sino bajo sus propios términos. Me quedé parado ante él. No iba a ceder, el muy cabrón. No aceptaría la derrota aunque no le quedara otro remedio.

Un visitante inesperado

Parecía un impasse. Uno de esos momentos en que nadie sabe cómo actuar, qué decir. Por unos instantes ninguno de los presentes reaccionó a las nuevas circunstancias. Nadie trató de encontrar un terreno en común para evitar el enfrentamiento que se veía llegar. Alguien tocó a la puerta.

—¡Pase! —gritó el capitán Montaña.

Era el soldado de la entrada, demacrado, nervioso.

—Aquí hay una persona muy insistente que quiere verlo, señor coronel.

—¡Di órdenes de que no se nos molestará! —bramó Cantú.

El soldado entró de todos modos, empujado por un joven a sus espaldas. Todos los militares en el salón se pusieron en guardia. El joven recién llegado vestía a la moda: sombrero de paja, traje a rayas y zapatos de charol bien lustrados.

—Presumo que alguno de ustedes es el coronel Esteban Cantú —dijo como saludo, con un acento que delataba su origen italiano.

—Presumes bien, muchacho. Soy yo. ¿Y tú quién chingados eres para venir a interrumpir esta junta?

El joven no se intimidó ante la hostilidad que lo rodeaba.

—Coronel, gusto en conocerlo. Me llamo Salvatore Rossi. Así me conocen mis amigos y enemigos. Vengo de parte de Johnny Torrio, mi patrón, y de Alfonso Capone, su mano derecha, que son parte de una vasta empresa con sede en Chicago.

Y puso sobre la mesa una veintena de vales de apuesta con

valor de cinco mil dólares cada uno.

—Mi jefe apostó cien mil dólares a que ganaba Ray Calavera en el catorceavo round. ¿Y adivinen qué? ¡Ganó! Así que vengo a cobrar lo que le corresponde.

El capitán Montaña sacó su revólver de la pistolera y le apuntó al muchacho.

—Si tu jefe apostó esa cantidad debería recibir 300 mil dólares. La apuesta final quedó tres a uno a favor de Jack Johnson.

—¿300 mil dólares? Yo pensaba en unas cinco veces esa cantidad. Tendré que consultar con mi patrón.

—No es necesario que lo hagas. De todas formas no vamos a pagarle ni un centavo. Pero a cambio vas a recibir una bala en el puritito hocico —le advirtió.

Salvatore mostró una sonrisa encantadora, como si las amenazas fueran su pan de cada día.

—Creo que no entienden —dijo y su sonrisa se congeló, como la de los tiburones antes de atacar.

Y puso una carta negra en la mesa.

—La empresa a la que pertenezco, nostra chaxa, tiene sucursales en gran parte de los Estados Unidos y buenas conexiones con otros países, incluido México. Si en 24 horas no pagan, todos ustedes y los que trabajan en altos puestos en este gobierno quedarán marcados de por vida. Para ser precisos: habrá una recompensa por sus respectivas cabezas. Miles los perseguirán hasta obtenerlas. Podrán huir pero, tarde o temprano, los alcanzaremos. ¿Entienden, caballeros? O pagan o mueren. Así de simple. Mañana volveré por el dinero. Podrán matarme, pero otros vendrán. Se los aseguro: el resto de sus existencias

será de pura persecución, de puro miedo. ¿Alguna pregunta, coronel?

Todas las miradas en el salón se concentraron en el coronel. Salvatore no parecía un mensajero que se pudiera desdeñar. Su cara de joven imberbe se contradecía con el peso amenazador de sus palabras. El capitán Montaña titubeó un instante y volteó a ver a su jefe. Cantú negó con la cabeza, como si no estuviera seguro de lo que acababa de oír. O sopesara cuánto de esa amenaza, a su persona y a sus conocidos, fuera posible que sucediera. Luis Salazar se lavó las manos de inmediato.

—Señor Rossi, yo no pertenezco a este gobierno, ni el señor Ray Calavera, aquí presente.

Salvatore asintió, como si supiera quiénes éramos de antemano. Se quitó el sombrero e inclinó la cabeza como un saludo formal.

—Le creo, señor Salazar. Pero los demás, si no pagan la apuesta, son muertos en vida. Mi jefe dijo que al cerrar las apuestas estaban cinco a uno. Es decir: le deben a mi patrón quinientos mil dólares. Vengo mañana por ellos. No aceptamos pagarés sino dinero en efectivo. Gracias por su atención.

Y el mensajero de Alfonso Capone se marchó dando un portazo.

Nadie lo detuvo o le cortó el paso. Nadie dijo nada por un momento.

El coronel Cantú estaba lívido, mortificado, fuera de sí. Su mirada se concentraba en otra parte, calculando sus posibilidades, sabiendo que estaba acorralado, que la visita de Salvatore Rossi era un jaque mate a los cuatro vientos.

—Está bien, Luis —dijo al fin—. Me largo, pero con ciertas condiciones.

—Por mí, Esteban, puedes quedarte. Si no te matan estos cabrones italianos, te matará el general Rodríguez. ¿Qué quieres negociar en todo caso?

Todos los presentes sentimos que el nudo gordiano se había cortado de pronto, que no todo era muerte en nuestro futuro. El coronel Cantú se sentó y lo mismo hicieron Luis y los demás.

—Quiero que todos los empleados de mi administración queden exentos de responsabilidad por los actos de mi gobierno. Que sigan en sus trabajos. Que a mis tropas se les mantenga en sus puestos, a todo el 25 batallón. Que las fuerzas de seguridad se conserven sin cambios. Eso pido.

—¿Con fuerzas de seguridad quieres decir tus guardias blancas, tu policía rural, tus Mochaorejas que tantas masacres han cometido?

—Sí. A esas fuerzas me refiero. Quiero que me den unos días para dejar todo en orden y que no haya persecución política en mi contra.

—¿Piensas quedarte a vivir en México, Esteban?

—¡Ni en sueños, Luis! Me voy a vivir con mi familia política, los Dato, a California. No quiero vivir en un país donde la plebe hace lo que quiere, donde reina la ley de la chusma.

—Haré pasar tus peticiones al gobierno mexicano y te informaré pasado mañana.

—Puede usar nuestro telégrafo, si quieres. —Le propuso el capitán Montaña.

—Prefiero mandar mis mensajes desde el otro lado. Gracias de todos modos.

Luis Salazar se levantó de la mesa y estrechó la mano del coronel Cantú.

—¿Cuándo llega ese Rodríguez al Distrito Norte? —preguntó el capitán Montaña.

—Él en persona, no lo sé, en unas dos semanas. Pero sus tropas ya están aquí desde hace días. ¿O quién cree que hizo volar su bonito arsenal lleno de armas yanquis?

Y diciendo eso se encaminó a la salida.

—¿Me acompañas, Calavera? ¿O crees aún que te van a pagar por tu pelea?

El representante del gobierno revolucionario tenía toda la razón. Salí con él de la escuela Cuauhtémoc. No fuera que los oficiales cantuístas tomaran la ley en sus manos y me hicieran su chivo expiatorio. Afuera, una multitud expectante nos aguardaba. Don Luis los saludó con la mano, como si fuera un político consumado, que se engrandecía con las multitudes.

—¡Vamos por buen camino! —gritó—. ¡No se desesperen! ¡El miércoles puede que haya buenas noticias!

La gente comenzó a aplaudirle. Nadie quería verse metido en una guerra. Nadie deseaba una explosión más en plena ciudad. Acompañé a Luis Salazar, como me había pedido, hasta el otro lado.

—¿Cómo ve al coronel Esteban Cantú? —le pregunté.

—Es un rebelde sin bandera, sin ideales. Sólo la ganancia lo mueve. Y esa es la palanca que usaré para que se marche lo más pronto posible.

En la calle principal de Calexico, en un puesto de sodas, nos esperaban Juan Preciado y un hombre fornido, de frente amplia, de mostacho abundante, con cara de malhumorado.

—Ray, creo que ya conoces a Juan. Éste otro señor es Vito Alessio Robles. Estudió en la escuela militar con Cantú. Está aquí para apoyarme en las negociaciones venideras.

Nos saludamos de mano, pero el tal Vito no esbozó ni una sonrisa. Creo que no le gustó mi facha desarreglada y mi ropa sucia, que olía a quemado.

—¿Cómo les fue? —preguntó Vito.

—Bien en lo que cabe —le respondió Luis y se lo llevó aparte para contarle todo.

Juan y yo nos quedamos solos.

—Veo que casi hiciste explotar el pueblo entero.

—Lo intenté —traté de bromear, pero no pude—. —¿Quieres que lo intente otra vez?

Juan no me hizo caso.

—Adolfo Wilhelmy está asombrado de tus capacidades destructivas. Dice que cuando llegue el general Rodríguez, se encargará personalmente de hablar en tu favor.

—Lo que quieren esos dos es el botín de la tesorería del gobierno.

—¿Se los darás?

—Eso lo tendrán que negociar con la comunidad china. Y te advierto que Cantú es una perita en dulce comparado con Liu Ching, el líder de esa comunidad en Mexicali. Él tiene ahora la sartén por el mango.

—Muchos sonorenses odian a los chinos. Los ven como rivales de negocios.

—Por eso deberán ustedes, las nuevas autoridades, de olvidarse de hacer pogromos, expulsiones o persecuciones contra los orientales, digo, si quieren recibir su parte del botín.

—¿Nos crees iguales que Cantú en cuanto a corrupción?

—No, Juan. Los creo peores.

Preciado sólo movió la cabeza.

—Si Luis se queda a cargo del gobierno va a hacer limpia general de casinos, fumaderos, cantinas, burdeles y toda la industria del vicio.

Miré a Salazar y vi un contador que quiere que los números sean el reflejo preciso de la realidad, sin percatarse que la realidad pocas veces cuadra con las cifras, los planes y los inventarios.

—No creo, entonces, que este Luis y su cruzada moral duren mucho tiempo en el poder. Yo no veo una economía mexicana muy próspera. Pronto el nuevo gobierno del Distrito Norte tendrá que hacer componendas, sobre todo si no llega el subsidio desde la ciudad de México, si los burócratas meten mano y Baja California se queda sin respuestas expeditas a sus necesidades.

Luis y Vito regresaron a nuestro lado.

Parecían haber urdido un plan para hacerse del poder en pocos días a futuro.

—El miércoles 18 será el gran día —dijo Salazar—. Voy a poner un telegrama para avisar de las peticiones de Cantú para dejar de ser el caudillo de la frontera, el último de su especie.

—¿Cómo el tigre dientes de sable? —pregunté.

—No es para tanto —me respondió Juan Preciado—. Como el pájaro Dodo.

Y todos nos reímos.

—Como sea —añadió Luis—, —no pasa de esta semana.

Y sin decir más, Salazar corrió hacia el edificio de correos a dar aviso a sus jefes, Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón. Yo me disculpé diciendo que debía entrar pronto a trabajar. Al cruzar de vuelta a Mexicali percibí que los soldados que vigilaban la aduana lo hacían con desgana, sin deseos de cumplir órdenes. Algo se estaba desmoronando en el espíritu del gobierno de Cantú. Algo lo estaba carcomiendo por dentro. Quizás era la falta de dinero. Quizás el simple instinto de supervivencia. Como si la explosión de su arsenal fuera un recordatorio de su poder pulverizado. Como si la noticia de las negociaciones fuera la confirmación de la agonía de su régimen. Yo me quedé viendo a la multitud. Algunos me saludaban de lejos. Otros me daban la espalda al pasar junto a ellos. Mexicali era ahora como el resto de México: un pueblo con lealtades divididas, con trincheras entre privilegiados y oprimidos a plena luz del día.

Historias y sueños

En el sótano del teatro México me quité la ropa llena de manchas de sangre y cubierta de hollín. Decidí que era hora de bañarme en forma. Llené una tina y me metí en ella con suficiente jabón para limpiarme por completo la mugre de todo el mes.

A pesar de no haber dormido me sentía rejuvenecido, listo para trabajar de portero una vez más. Subí las escaleras a las cuatro en punto y me encontré con que todo el personal del teatro, incluyendo a Don Pascual, Doña Blanca, el elenco de actores, tiples y actrices, los teloneros, los encargados de la utilería y los músicos de la banda, me estaba esperando para felicitarme por haber ganado la pelea contra Jack Johnson. Quise decirles que no era cierto, que todo fue una farsa para salir airosos de un secuestro, pero no tenía caso quitarle la alegría a tanta gente. Acepté sus abrazos sin quejarme y recibí sus felicitaciones con estoicismo circense.

—¿Cuándo será la próxima pelea? —me preguntó más de uno.

—Cuando ya no me duelan las costillas —dije, pensando que nunca volvería al mundo del boxeo, al menos no por voluntad propia.

Don Pascual me recordó que ya había tomado posesión de mi carreta y de mi yegua. Doña Blanca me abrazó y me dijo que esperaba que los golpes recibidos no repercutieran en mi salud mental, ya de por sí tan deteriorada, según ella. Alguien trajo un pastel y vasos llenos de cerveza helada. Fue la primera vez que comí y bebí semejante combinación. Pero era Mexicali en pleno verano y esas eran sus costumbres. Debo confesar que me gustó unir lo dulce y

lo amargo de esa forma. Esa velada fue especial porque la gente venía más que a divertirse a platicar, a estar conmigo, a hacerme compañía. Las conversaciones eran simultáneas y las voces, estruendosas. Todo mundo tenía una anécdota que contar de la explosión, de mi pelea o de cómo se pactaba la salida del gobierno del coronel en la escuela Cuauhtémoc.

Yo escuchaba teorías inverosímiles dichas con toda la solemnidad del mundo. Que Cantú había contratado a soldados del ejército alemán para combatir a los revolucionarios y que estos soldados teutones llegarían en submarino a la Laguna Salada. Que Luis Salazar era judío y que representaba una sociedad secreta que tenía como fin apoderarse del mundo, comenzando por México. Que el Jack Johnson con quien había peleado no era el verdadero Jack Johnson sino su imitador, y por eso yo había podido noquearlo en el catorceavo asalto. Pues el verdadero Johnson estaba prisionero, desde 1913, en una cárcel privada de la hermandad del Ku Klux Klan. Que la explosión del arsenal en el cuartel militar había sido obra de los yanquis, que no deseaban que Cantú utilizara su armamento porque aún lo debía y ahora tendría que pagarlo a la fuerza y sin poder utilizarlo. Que el general Abelardo Rodríguez se había ahogado en el Mar de Cortés con todo el ejército revolucionario y ahora todos ellos eran comida de los tiburones. Que los chinos estaban de huelga de brazos cruzados hasta que Cantú se marchara y que se encontraban atrincherados en los subterráneos de la Chinesca, donde guardaban gases de opio para hacer dormir a toda la población cuando ellos quisieran.

En un momento dado ya no soporté más versiones fantasiosas de lo que estaba pasando o de lo que iba a suceder en el Distrito Norte

de la Baja California. Salí del teatro y me quedé viendo el ocaso. Don Pascual me dijo que me fuera a dormir, que si se producían disturbios él me llamaría. Antes de eso fui a comer algo en la cantina La Mexicana. Me llevé la sorpresa de encontrarme trabajando en ella a Natalia.

—Veo que ya estás bien —le dije.

—Veo que tú también la librate —me contestó.

Ambos sonreímos porque seguíamos con vida y dando lata. Conversamos de la liberación de Lucille Cameron, la esposa de Jack Johnson.

—Una amiga y yo hicimos como que nos peleábamos en la entrada del hotel del Norte, lo que distrajo a los guardias el tiempo necesario para que tu gente sacara a la señora por las escalera trasera y se la llevara al otro lado.

—Gracias por el apoyo. ¿Y quién ganó la pelea?

—¿Quién crees?

E hizo ademán de golpearse el pecho con ambas manos. En ese instante entendí a Natalia, la activista, la espía, la camarera que trabajaba por la revolución mundial con fe ciega, con furor inagotable, sacrificándolo todo para cumplir su cometido. Ella era la mujer fuerte del siglo XX. La peleadora nata. Tomé el menú de la mesa, pero no lo leí.

—Tengo hambre de lobo. ¿Qué me recomiendas?

—Un buen filete de res. Una sopa de tallarines y verduras. Un pay de manzana.

—Hecho.

En cuanto terminé de cenar me dio sueño. Adormilado como estaba me fui derecho al sótano, a mi camastro. Natalia me dijo que

más tarde pasaría a visitarme. Caer al lecho y dormirme fue cosa de un instante. Soñé sueños raros: me encontraba en el fondo del mar acompañado de cuerpos descarnados, de calaveras que flotaban mientras tiburones nos rodeaban. El cadáver del general Rodríguez se me acercó para decirme que iban a llegar tarde a Mexicali, pero que incluso muertos sus soldados iban a cumplir con su deber, que no me preocupara. Luego me vi en una arena de circo donde los payasos eran dos tipos con bigote: Esteban Cantú y Vito Alessio Robles. Ambos se tiraban pasteles de crema al rostro. El público les chiflaba. Ellos seguían en su pleito. Luego me encontré en un subterráneo, donde oía voces en chino que me llamaban desde la oscuridad. Cuando más caminaba por esos túneles más perdido me sentía. Al final entré a una cámara donde un dragón azul me esperaba. Lanzaba fuego por las fosas nasales. Hablaba en siseos. Me decía: “Si exploto en llamas, Mexicali dejará de existir”. Una dama china, vestida de seda, se acurrucó a mi lado.

—¿Qué quieres? —le pregunte.

—Que te despiertes, cabrón.

Era la voz de Natalia. Eran sus labios besándome. Me desperté de verdad, sudando frío. Natalia dormía a mi lado, desnuda. Miré el reloj. Eran las nueve de la mañana. Me sentía cansado, pero incapaz de volver a dormirme. Acaricié los pechos de Natalia. Ella me dio un codazo en las costillas adoloridas. La dejé en paz. Podía derrotar a Jack Johnson, pero con Natalia tenía todas las de perder. Me levanté con cuidado y fui al lavabo. Me eché agua en la cara y me miré en el espejo. El hombre fuerte del circo no parecía singularmente fuerte ese día. Algo en mí quería que todo acabara ya, que el reino de Cantú se

viniera abajo de una vez para poder regresar a Los Ángeles y volver a mi trabajo de *Private Eye*. Llevaba un mes en Mexicali, pero yo sentía que había envejecido como nunca en estas pocas semanas de mi existencia. Natalia se puso a mis espaldas y me abrazó.

—Te extrañaba, Calavera.

—Y yo a ti.

Y así nos quedamos, sin decir palabra, sin movernos. Como si cualquier cosa que dijéramos fuera superflua. Como si nos conociéramos de toda la vida. Era una sensación placentera. Mejor que aguantar catorce asaltos sobre el cuadrilátero. Mejor que robarle a los ladrones oficiales y recibir cien años de perdón.

Los últimos detalles

Ese miércoles 18 de agosto fue un día raro, lo reconozco. Todo Mexicali estuvo a la expectativa de las negociaciones para poner fin al régimen de Cantú. Esta vez se llevaron a cabo en las oficinas privadas del propio coronel, en el segundo piso de la escuela Cuauhtémoc. Desde luego, en esta ocasión no me invitaron a participar. Como buena parte de la población de Mexicali, vi de lejos que los delegados del gobierno mexicano, Luis Salazar, Vito Alessio Robles y Juan Preciado, bajaban de un auto y entraban a la escuela. Dos horas después salieron, sonrientes, y anunciaron que el coronel Cantú dejaba, a partir del 19 de agosto, el gobierno del Distrito Norte y que, de manera provisional, Salazar se haría cargo de gobernar hasta la llegada de nuevas instrucciones y de las tropas del general Abelardo L. Rodríguez. Juan Preciado se me acercó para abrazarme.

—Sin ti nada de esto hubiera sido posible. Se rindió sin disparar un solo tiro.

—Vamos, que sea menos. ¿Aceptó el gobierno federal todas las peticiones de Cantú?

—No todas. Sus fuerzas de seguridad desaparecen. Esos asesinos no van a volver a portar credenciales del gobierno. Y en cuanto a sus tropas, se hará un análisis caso por caso, soldado por soldado, oficial por oficial. Si alguno tuvo que ver con la tortura o la muerte de revolucionarios, mejor que se largue de inmediato o va para el tribunal militar.

Vi los soldados del 25 batallón que se iban dispersando, silenciosos, hoscos, enojados incluso, al percatarse de que las promesas

de sus jefes ahora eran humo y cenizas, como el arsenal que había explotado.

—Muchos, sabiendo lo que les espera, no van a esperar al general Rodríguez. ¿Y el coronel?

Juan observó las caras de la gente a su alrededor.

—Le dimos carta blanca para que no se arrepintiera al último minuto. Tiene un par de días para juntar sus tiliches y marcharse al otro lado, donde tiene la mayoría de sus propiedades. Nuestro coronel por más nacionalista que se proclame, siempre le apostó a los Estados Unidos. No va a darnos problemas. Al menos eso creo. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te quedas o vuelves a las andadas de detective privado?

—Vuelvo. Pero no me voy hasta no ver la salida de Cantú. A ese cabrón no hay que tenerle la mínima confianza.

—Tú lo dejaste listo para nosotros. Hasta le pagó a Salvatore Rossi.

—¿Cuánto?

—400 mil dólares —dijo una voz, con acento italiano, a nuestras espaldas—. No era lo que pedíamos, pero es suficiente.

El joven de traje a rayas nos miraba con la sonrisa en los labios.

—Señor Calavera. Mis jefes lo saludan. Alfonso dice que en cuanto pueda se dará una vuelta por la costa Oeste y quiere conocer este pintoresco pueblito fronterizo.

—¿Por placer? —inquirí.

—Los placeres son siempre negocios —dijo el joven.

Y como si fuera la cosa más natural del mundo, me entregó una bolsita de cuero bastante abultada.

—Su pago por hacernos ganar esta bonita cantidad sin esfuerzo.

Y se despidió de nosotros quitándose el sombrero. En la bolsa, a ojo de buen cubero, conté unos 20 mil dólares. Juan no me despegaba la vista.

—Veo que conseguiste nuevos amigos.

—Algunos son viejos, como tú. ¿Vas a quedarte a gobernar bajo la batuta de Salazar?

Preciado carraspeó antes de responderme.

—Podría. Luis quiere cerrar toda la industria del vicio.

—Eso es una decisión suicida. Pondrá a toda la población en su contra. De eso vive medio pueblo. De los servicios que prestan a los turistas que no pueden beber en público en su propio país.

—Lo sé. Luis, como todos los revolucionarios de postín, es más discurso que acción. Pero el argumento principal es desligarse de todo lo que huele a Cantú.

—Para después regresar a las mismas mañas, ¿o me equivoco?

—Algo así —respondió Preciado, sonrojándose.

—Cambian las autoridades, cambia el régimen de gobierno, pero la corrupción sigue siendo la misma gata revolcada.

—Tú lo dijiste, Calavera. No yo.

Nos quedamos a ver el desfile que pasaba frente a nosotros. Los habitantes de Mexicali parecían oscilar entre la alegría por haberse librado de una guerra en casa y la incertidumbre por las nuevas reglas del juego político, por las nuevas normas para sobrevivir que aún no se les anunciaba, pero que ya empezaban a entender no serían iguales a las ya existentes. Tal vez, para muchos residentes fronterizos, eso

que sólo querían llevar la fiesta en paz y no preocuparse por cosas tan raras para ellos, como la justicia o los derechos humanos, Cantú era un elemento de seguridad, de tranquilidad. No les importaba el precio de esa paz, de esa seguridad. Sólo querían seguir ofreciendo sus servicios a los yankees y ganar dólares, tener dinero y casa y auto a la puerta.

Cantú les había enseñado que la mayor aspiración de un mexicano era comportarse como un estadounidense: acumular bienes y no ideales, obtener fortuna sin decir cómo se obtuvo. Era una buena manera de vivir si no te preocupaba el resto de la sociedad. O si los demás, los jodidos, los extranjeros, los disidentes, los inconformes, no eran de tu incumbencia, no te interesaba la suerte que corrieran.

Ráscate con tus propias uñas, ésa era la consigna del régimen cantuista. Y pórtate bien o recibirás un castigo ejemplar: una tumba anónima en la Laguna Salada. Yo había experimentado el régimen del coronel y no se lo deseaba a nadie. Pero los fronterizos creían que humillarse ante los turistas foráneos, para cumplirle todos sus deseos, era un trabajo digno, una tarea de la que podían sentirse orgullosos. Allá ellos.

Ahora la Revolución Mexicana llegaba con sus ideas de cambio, de nacionalismo a rajatabla. Era hora de despabilarse, de encontrar el justo medio entre lo que antes hacían y lo que ahora deberían hacer para seguir adelante, para mantener su nivel de vida.

—¿Qué tanto piensas, Calavera? —quiso saber Juan Preciado. Volví en mí y esboqué una sonrisa.

—En que no a todos aquí les va a gustar el cambio.

—Como en todo México. Pero modernizar un país es abrirle las entrañas y quitarle lo que no sirve, lo que lo enferma. ¿No crees?

—Creo que la herencia de Cantú va a permanecer. A la gente ya le gustó el progreso sin medir las consecuencias, la riqueza sin repartirla equitativamente, la codicia sin escrúpulos.

—Lo sabemos. Pero esto del cambio es cosa lenta, ¿sabes?

Y pensé en Ricardo Flores Magón, pudriéndose en una cárcel estadounidense por no hacer componendas a su causa; en Joe Hill, mi compa, muerto por cantarle sus verdades a los poderosos. Los que deseaban la revolución expedita terminaban mal, muy mal. En cambio, los que moldeaban los ideales revolucionarios para sus propios intereses, los que lucraban con su ideología, ahora eran políticos destacados, gobernantes ricos, empresarios de éxito.

—Te debo dinero —dijo Juan a manera de despedida.

—Te lo cobraré ya en Los Ángeles, quizá la próxima semana. Y no sólo dinero.

—¡Ya sé, ya sé: el bacanora prometido! ¿Sabes que eres un chochom, Calavera?

—¿Un chochom? ¿Qué es eso?

—Un listillo, un sabelotodo en yiddish.

—¿Y tú cómo sabes hablar judío?

—Mi apellido materno es Levi, querido chochom. Lo que prometo lo cumplo.

En ese instante me vino a la memoria el lema del circo Aquila: “Risk. Profit. Glory”. Tal vez por eso acepté este trabajo, el de erosionar hasta sus cimientos el reino de Cantú. Porque iba acompañado de un riesgo y auguraba una recompensa. La gloria, esa amante voluble, no me interesaba. Pero el riesgo siempre es otra cosa: afila tus sentidos, desafía el entendimiento, te despierta el instinto de supervivencia.

Y sí, ¿para qué negarlo?, Juan tenía razón: yo era un chochom, un sabelotodo, un listillo. Alguien que le gusta experimentar, de vez en cuando, el triple salto mortal sin red protectora. Ante un público que aguanta el aliento. Ante una sociedad que no sabe lo que le espera. Mientras hubiera aplausos y me divirtiera, ¿por qué habría de quejarme?

La voluntad de la nación

Decidí caminar un poco, semblantear el ambiente en las calles de Mexicali. Por morbo, lo reconozco, fui a ver las oficinas del periódico *La Vanguardia*. Vi que Ignacio Roel y un hombre rollizo, a quien reconocí como Héctor González, el periodista provocador, estaban trabajando apresuradamente. El capitán Montaña se hallaba a su lado, con los brazos cruzados, esperando a que terminaran. Entré de sopetón y el terceto se me quedó mirando con cara de pocos amigos. Al percatarse que era yo, Montaña me dio la espalda, lo mismo que González, pero Ignacio simplemente siguió con su tarea de impresión.

—¿Trabajando la edición extraordinaria? —les pregunté.

—Señor Calavera. Lo encuentro por todas partes —me dijo Ignacio Roel—. Como ve, estamos imprimiendo el último número de nuestra publicación: el del adiós.

—¿Vendrá alguna declaración oficial del viejo régimen?

—Por supuesto —dijo el director de *La Vanguardia* y me pasó un ejemplar con la tinta aún sin secar.

Leí el encabezado, “La voluntad de la Nación”, antes de proceder a leer el mensaje del coronel al pueblo bajacaliforniano:

No habiendo proporción entre los peligros a que seguramente se expone a la Patria y los bienes que pueden esperarse de la solución feliz de un nuevo conflicto armado, lo lógico, lo patriótico, es ver de encontrar nuevas soluciones por diferentes vías. Yo, personalmente, voy a alejarme por algún tiempo de la cosa pública; voy a dejar que tanto mi espíritu como mi cuerpo se reparen de la terrible presión a que los he sujetado

durante años de ruda labor en clima ingrato y extenuante.

Mientras ello se realiza, las cosas seguirán su curso fatal y se creará una nueva situación que permita actuar, en la forma pacífica y política atrás indicada, para bien de la Patria, afirmando los progresos políticos y sociales a que es tan ampliamente acreedora, y logrando así ver funcionar libremente ese Sufragio Efectivo que, cual ideal intangible, se aleja cada vez que la Patria ensangrentada y angustiada extiende sus manos para alcanzarlo.

Espero que mis amigos sabrán interpretar correctamente los móviles que me impulsaron a obrar como recientemente lo hice, y sabrán apreciar en todo su valor, tanto la presión de que fui objeto por parte de los intereses que se creían amenazados, como las consideraciones de linaje patriótico que, para no fatigar la atención, apenas he esbozado. Hay ciertas cosas, por otra parte, que basta enunciar para que desde luego sean perfectamente comprendidas. Pueden creer mis amigos que en todo el proceso de mi actuación no me ha guiado otro fin que el de ser útil a mi país, y jamás tuve la intención, por mis ambiciones o intereses, de construir una rémora para él o ser causa de su perdición y ruina.

La actitud que aconsejo, de calma espera y de actividades políticas que en lo futuro sucedan a las armas, es la que en conciencia creo indicada y la única que puede llevarnos a un triunfo duradero y fructuoso, en bien de la sociedad en que nos ha tocado en suerte nacer.

Creo no haberme equivocado ni equivocarme en lo que he hecho y ahora manifiesto; pero, si así hubiese sucedido, lo que es posible, dada la imperfección humana, puedo asegurar que en mis actos y en mis manifestaciones he sido guiado por las más sanas y puras intenciones, y por mi ardiente deseo de buscar bienestar y grandeza para nuestro

desventurado país.

Puse el periódico en la mesa y le agradecí a Roel su fineza por prestármelo. Por supuesto, la proclama no la había escrito el coronel sino el director de *La Vanguardia*, ¿quién si no?

—Bonitas palabras —le dije, mirándolo a los ojos. —Lo felicito.

—En una hora estará en circulación en todas las esquinas —me aseguró con una sonrisa taciturna.

Pensé que un militar como Esteban Cantú, que odiaba el lema maderista de Sufragio efectivo y no reelección, que mandaba a la cárcel a cualquier soldado suyo que tuviera simpatías democráticas, ahora lo citaba como su propio ideal. Los tiranos, al ser expulsados del poder, les gusta rasgarse las vestiduras, decir que todo lo hicieron por el bien del pueblo, que sus abusos no tuvieron otro móvil que las más puras intenciones. Las vueltas que daba la vida, las mentiras que traía consigo. Pero esa era la esencia de los políticos de todos los tiempos: justificar sus actos de gobierno para mostrarse al mundo como estadistas y no como tiranos. Por algo Ricardo Flores Magón, el único revolucionario mexicano en quien aún confiaba, nunca aceptó un cargo público: para no convertirse en verdugo de su pueblo, para no ser una carga para la sociedad. ¿Y el resto de los líderes de la revolución? O yacían bajo tierra gracias a la traición de sus camaradas. O estaban apoltronados en el poder y no iban a soltarlo. Pocos luchaban para que los demás se emanciparan, para que el pueblo fuera el motor de la historia. Pero con esos pocos yo me conformaba. Gente que seguía convencida de que no hay peor tiranía que la del amo absoluto. Y eso

me hizo voltear con el oficial de Cantú, que no me perdía de vista.

—¿Piensa quedarse o marcharse, capitán Montaña? — pregunté por no dejar—. El militar me miró con desprecio.

—Nunca serviré a un gobierno de revolucionarios desalmados.

—¿Y si tuvieran alma? —me burlé.

—¡Tampoco! La decencia es cosa de sangre, de alcurnia.

Los dejé haciendo su trabajo final: justificarse ante la opinión pública, contar su versión de los hechos para dar una luz favorable a sus acciones de autoridad. Falsas noticias, las que hoy abundaban. Las únicas que se podían conseguir en estos tiempos de incertidumbre, de agobio.

La repartición del botín

Mexicali apenas estaba reponiéndose del incendio y de la inminente salida del gobierno de los militares porfiristas. Si Cantú se iba pronto, lo mismo debería yo hacer. La misión que Juan Preciado me habían encomendado ya estaba casi cumplida. Al día siguiente, el coronel entregó el poder a Luis Salazar, pero no se fue. Se quedó un día más para finiquitar sus negocios, para repartir el botín, como la gente lo decía en voz alta, sin tapujos, sin pelos en la lengua, saboreando al fin una libertad desconocida para ellos, inédita, que iba abriéndose paso por calles y comercios, por casas, ranchos y tugurios.

Un libertad que oía gritarla a viva voz, con alegría y con sorna, como si los habitantes del Distrito Norte de la Baja California se quitaran de encima una losa pesada, descomunal, y pudieran volver a ponerse en pie, a ser ellos mismos y no los cortesanos de ayer, las comparsas del gobierno. Pero yo tenía aún cuentas pendientes con el coronel sin corona. Por eso fui a buscarlo a la escuela Cuauhtémoc, pero allí me dijeron que ahora despachaba en la tesorería del gobierno, el mismo edificio que habíamos asaltado la semana anterior.

Yo lo buscaba para que me pagara por la pelea. No era que me interesara el dinero, sino el recordarle el incordio que yo podía ser, para el resto de su vida, si no cumplía lo prometido. De la tesorería entraban y salían empleados de gobierno y oficiales de su tropa. Dentro estaba Cantú repartiendo billetes y monedas a sus amigos más cercanos.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Cobrarle lo que me debe. Pero me conformo con verlo irse con la cola entre las patas —le respondí.

Dos o tres de sus compinches hicieron el ademán de sacar sus pistolas. Pero al reconocermelo y ver que portaba la Colt 45, el arma misma con la que maté en duelo al teniente Fernando Rivas, decidieron mejor seguir metiéndose el dinero a sus bolsillos. Cantú se me acercó cuando ya no quedaban más que su suegro, Pablo Dato, y él en la oficina. Pude ver que el hueco que hicimos no había sido tapado.

—Veo en sus ojos, señor Calavera, un deseo de venganza. ¿Va a matarme estando yo inerme?

—No, coronel. Sólo vine para asegurarme de que se marcha.

Se alisó el bigote lustroso.

—¡Ah, usted es mi comité de despedida!

Lo detuve con mi mano en su pecho lleno de medallas.

—Si encuentro en sus archivos un solo documento con su firma al calce ordenando matar a los presos políticos, iré por usted, escóndase donde se esconda.

Cantú me invitó a seguirlo con un ademán.

En el patio trasero de la tesorería, en unos tambos de metal, los soldados a su cargo quemaban cajas llenas de papeles.

—Un buen oficial no deja pruebas en su contra —me dijo, retándome.

—Ya veo.

—No, señor Calavera. Usted no ve nada. Ahora me retiro porque las circunstancias están en mi contra. Pero volveré. Ya se enterará.

—Lo estaré esperando.

—Como guste. Pero esto no ha terminado.

—Tiene razón. Aún me debe 500 dólares.

Pablo Dato sacó su cartera, contó varios billetes y me los tiró a la cara.

Yo los recogí del suelo y los conté.

—500 dólares —dije antes de lanzarlos a las llamas.

—Creí que para usted todo era negocio —dijo Cantú, extrañado.

—Todo lo es, coronel. Excepto lo que es personal.

Y me retiré del lugar.

Afuera estaba esperando, recargado contra un cerco de madera, Adolfo Wilhelmy, muy quitado de la pena, echándole el ojo a cualquier muchacha de buen ver que pasara por la banqueta. Vestido con traje a pesar del calor, su presencia desentonaba entre los mexicalenses que apenas vestían camisa de manga corta. Bien bañado y bien comido, al parecer el mundo le sonreía, la suerte estaba de su lado.

—¿Vienes a echarme otro bailecito? —le pregunté.

—No jodas, Calavera. Vengo para escoltar al coronel a la línea internacional.

—Se están llevando hasta el picaporte de las puertas. —Le advertí—. —Y sólo están dejándoles documentos quemados.

—Lo importante es que se larguen —murmuró.

—Me dicen que Salazar va a quedarse a gobernar.

—Provisionalmente. Mientras llega el general Rodríguez.

—Te veo muy mejorado de todo —le hice pulla.

—¿Por el traje dices? Ahora que ya estoy en Mexicali todo va a las mil maravillas. Sólo digo que soy el representante del general Rodríguez y ya: entro a una tienda y me regalan botellas de licor, cajas de habanos. Entro a un restaurante y me regalan la cena con los cortes

más finos. Entro a un burdel y las muchachas hacen fila para que yo me las...

—Entiendo. Cantú sale y tú te aprovechas.

—Para un actor de teatro como yo, que ha padecido los malos tiempos, la hambruna, la desesperación, la falta de alicientes monetarios, cuando hay cornucopia, abundancia, generosidad ciudadana, pues no le dices que no, Calavera. De pendejo lo haría. Y piénsalo: si no soy yo el beneficiado siempre habrá otros que le metan el diente. ¿No crees?

Cantú y Dato pasaron a nuestro lado y se subieron a un auto negro, sin capota. Adolfo Wilhelmy se apresuró a subirse en el asiento trasero. Pablo Dato lo prendió y empezó a conducirlo rumbo a la aduana. Sin darse prisa, a vuelta de rueda. Otros dos autos, con gente suya, con oficiales de alto rango, lo siguieron. Yo hice lo mismo pero a pie: quería saber cómo tomarían los fronterizos su despedida del poder. La gente de Mexicali salió de sus trabajos, de sus negocios, para verlos partir. El coronel agitó su sombrero pero pocos le devolvieron el saludo. El rey muertoapestaba por más pedigrí que tuviera, por más alcurnia que portara. En la acera del parque Niños Héroe vi a Otilia, la viuda de Iván Martínez, ya repuesta de su enfermedad. En sus ojos había una mirada de triunfo, un gesto de satisfacción. Me detuve a las puertas del teatro México, donde estaba doña Blanca observando pasar a Cantú.

—Debieron ajusticiarlo —me dijo—. Colgarlo de una palmera, que su cadáver quedara como recordatorio por si alguien quisiera imitarlo.

—No —le contesté—. —Mejor la humillación. Mejor la

derrota. Eso jamás se le va a olvidar.

—No estoy tan segura —me reviró Doña Blanca—. Ese cabrón tiene más vidas que un gato.

—Será el sereno —le respondí—, —pero Cantú ya es un gato escaldado, ya no es más el dueño de este vecindario.

—Te apuesto que Cantú planea regresar al poder en cuanto consiga dinero para su causa.

Doña Blanca se empeñaba en aguar-me la fiesta.

—Acuérdate de lo que te digo, Calavera.

Y moviendo la cabeza se metió al teatro. Mis palabras no la habían convencido de que el fin del coronel era lo que ambos estábamos presenciando. Yo seguí caminando por el centro del pueblo. Cantú y su comitiva ya eran una nube de polvo a lo lejos. Como uno de esos remolinos que atraviesan estos parajes y desaparecen sin dejar rastro. En mi caso, sólo dejaba un regusto a sangre en la boca. Un sabor amargo a cuentas sin saldar.

Cambios de ánimo

Algo estaba cambiando en el ánimo general de la población fronteriza. No era un sentimiento de triunfo o de pérdida. Era una sensación de que todo lo doloroso ya no podía tocarlos, que la vida no pasaba más por las ordenanzas militares, por las botas lustrosas, por los bigotes prusianos. La gente caminaba por la calle sin saber qué normas obedecer, qué leyes cumplir. La libertad era como una ebriedad, como un andar sueltos por el mundo. Y los mexicalenses apenas iban acostumbrándose a estos aires novedosos, a estar haciendo lo que deseaban sin pagar por ello, a decir lo que les viniera en gana sin pensar en las consecuencias.

Pasé de nuevo por las oficinas de *La Vanguardia* y me topé con Facundo Bernal, en mangas de camisa y subido a una escalera. Estaba quitando el letrero del periódico oficial del gobierno cantuista.

—¿Qué haces aquí, periodista? —le pregunté.

—¡Calavera: gusto en verte! Le compré a Ignacio Roel su oficina. Él se regresa hoy a su tierra natal, a Nuevo León. Yo decidí establecer en Mexicali un periódico jocoserio, como quería mi hermano Francisco.

—¿También él va a regresar a la frontera?

—En unas semanas. Ya que estemos seguros de que Cantú es cosa del pasado. Pero mi hermano Pedro, el empresario, ya volvió. Y él es el que está financiando todo esto.

Y bajando de la escalera me hizo pasar al interior para mostrarme la imprenta que ya conocía.

—Por esto compré la oficina: con esta máquina podré cumplir

mis sueños. Ya verás.

—Te felicito. Estoy seguro que será un diario más crítico que su antecesor.

—¿Con el general Rodríguez? ¡Nunca! Es sonoreense como yo. Mi diario será revolucionario y por eso no servirá a intereses ajenos al gobierno mexicano.

Me quedé pasmado. Pero ya debería haberlo sabido: todo cambia para quedar igual.

—¿Quieres decir que defenderá todas las medidas del nuevo régimen?

—Que siempre serán buenas y en beneficio de la población.

—¿Aunque la gente proteste?

—Por mal informados. Por contrarrevolucionarios. Por ignorantes. ¿Por qué más?

Me quedé atónito, reconociendo que yo era, sin duda alguna, un ingenuo de marca mayor; que mi interés por la verdad no era compartido por aquellos, como Adolfo Wilhelmy o Facundo Bernal, que ahora llegaban a disfrutar las mieles del poder. Me despedí sin más. Ya era hora de dedicarme a asuntos menos turbios, menos cínicos: el adulterio, la pugna por las herencias familiares, los celos de maridos y esposas y queridas. Cosas que al menos entendía mejor. De vuelta llegué a la cantina La Mexicana. Pedí un tarro de cerveza fría. Natalia me lo sirvió y se sentó conmigo.

—¿Qué planes tienes, Calavera?

—Regresarme a la ciudad de los ángeles caídos.

—¿Me invitas a ir contigo?

—Eso venía a decirte. Sólo que ya no tengo la carreta y

tendremos que irnos en autobús.

En ese momento sentí un lengüetazo en la mano. Era Laka.

—¿Dónde la tenías escondida? —quise saber mientras le acariciaba las orejas.

—La dejé cuidando a Doña Otilia y luego en un rancho en Wisteria, al sur de la ciudad.

Laka parecía en buena forma, alerta, dispuesta a aullarle a medio mundo.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana. Sólo tengo que arreglar unos asuntos.

Natalia se marchó a atender a la clientela que, supuse, festejaba la caída de Cantú. Me bebí la cerveza y pensé que Mexicali era una auténtica ciudad de frontera: te acepta como eres cuando llegas y te deja marchar sin excesivas recriminaciones. Sólo es un sitio de paso. Sólo es un puente entre dos lejanías. Y, al menos ahora, ya no sería un protectorado de nuestro vecino del norte. Por las dudas, pagué mi cerveza con una moneda de a dólar. Al salir a la calle me tropecé con un hombre en muletas. Por un momento pensé que era un pordiosero. Luego lo identifiqué: era Alejandro Pacheco, el hombre que las autoridades estadounidenses entregaron a Cantú, el que fue por semanas torturado y que entre la avanzada de Rodríguez y mi rifle de largo alcance salvé de la ley fuga.

A primera vista parecía un anciano y no el hombre de mi edad que era. Pocos dientes quedaban en su boca. Un ojo, el derecho, se mostraba medio cerrado. Y a pesar de eso y de todas las demás secuelas de la tortura que se percibían en su cuerpo, me sonreía.

—Tú peleaste contra Jack Johnson —me dijo—. Y no

quedaste tan mal. Yo luché contra Cantú y mírame en el estado en que me encuentro.

—¿Qué harás ahora?

—No sé. Creo que voy a permanecer aquí, en la frontera. Quiero ver si cambiando de mandatario realmente cambia la vida de todos nosotros. Adolfo Wilhelmy me prometió que les ayudaría en la selección de los oficiales y soldados de Cantú que pasen a las filas del ejército revolucionario. No quiero que ningún hijo de puta se disfrace de oficial honorable, de soldado que sólo cumplía órdenes. No voy a permitirlo.

—Hazme un favor —le pedí.

—¡El que quieras!

—Haz que los asesinos te digan dónde ocultaron los cuerpos de los revolucionarios que mataron en la Laguna Salada. Al menos para que sus familiares puedan enterrar a sus seres queridos, darles la sepultura que merecen.

—¡Pensaba hacer eso! ¿Alguna otra petición?

Saqué un billete de veinte dólares y se lo puse en la mano.

—Come algo, cómprate ropa, cúrate las heridas. Eso te pido.

Pacheco estrujó el billete y me miró con vergüenza.

—No soy un limosnero —dijo.

—No, Alejandro. Eres un hombre con suerte. Ve ese billete como un apoyo de mi parte a tu causa, a tus pérdidas.

Poco a poco, reconociendo el hecho de estar vivo a pesar de las torturas, Pacheco logró esbozar una sonrisa de aceptación, un rostro de orgullo. Y siguió su caminar, a paso lento, por las calles destartaladas de Mexicali. Me di una vuelta por la funeraria de don Rafael Corella.

Lo encontré apesadumbrado, con los ánimos por los suelos.

—¿Qué les hubiera costado una batallita, una escaramuza cuando menos? Con una decena de fallecidos me hubiera conformado.

Me reí al ver al comerciante de pompas fúnebres quejándose de que no hubo muertos para alimentar su negocio.

—Me voy de la ciudad —le avisé—. Quería despedirme de ti. Espero que se cumplan tus sueños cinematográficos.

—Sí —me dijo con tono melancólico—. Y que me vaya mejor filmando películas que enterrando difuntos.

De todos modos nos dimos un fuerte abrazo.

Cuando llegué a Mexicali me pareció una población que deseaba de todo corazón ser parte del sueño americano. Una región que no se daba cuenta que era mexicana excepto en los días festivos. Una sociedad hecha de trabajo y placer que no veía otra forma de vida, otra manera de hacer las cosas. Ahora la veía como una comunidad que iba descubriendo su propio rostro, su propia identidad. La fuerza de su colectividad.

¿Cuál sería? La que fuera estaría bien mientras no volviera a ser una dictadura de caudillo, una tiranía corrupta. Acababan de liberarse de una losa enorme llamada Cantú. Mientras su gobierno estuvo en el poder no sentían su peso. O no querían sentirlo. Pero ya comenzaban a respirar por su cuenta. Ya empezaban a ser libres por el solo hecho de andar a sus anchas por las calles sin temer a la autoridad, sin autoridad a la vista. La terrible anarquía que pregonaba Cantú si su gobierno desaparecía nunca se dio. O nunca pasó de ser un cuento para asustar a los pusilánimes, a los cobardes.

Contemplé de nuevo aquel pueblo a medio hacer, aquella

calle llena de burdeles y casinos, repleta de gente metida en sus quehaceres. Algo se me escapaba: tal vez la energía ciudadana de Mexicali era un impulso incesante, una fuerza vital. Quizás este zumbido febril por construir cosas, por hacer negocios, por ser algo más que una cantina abierta las 24 horas del día, era el heraldo de las cosas por venir. Todo estaba en la ruleta de un nuevo régimen, en los dados que la historia acababa de lanzarles. Yo ya estaba más allá de su bonanza o su infortunio. Como siempre, la mesa del juego fronterizo era de otros y a mí sólo me quedaba recoger mis bártulos, marcharme lo más pronto posible, desaparecer antes de que algún pelafustán se le ocurriera atar cabos y decidir que yo era el responsable de la situación actual. Que parte de sus calamidades eran por mi causa. Lo cual, para qué negarlo, era cierto. Pero no me servía de nada pregonarlo. Yo había hecho mi trabajo y era momento de salir de escena, de esfumarme tras bambalinas.

Una maldición o una gracia

Caminé de un lado a otro, como si en verdad no quisiera largarme de la frontera. Mexicali aún olía a incendio, a cenizas, a pólvora. Pero sin muertos que lamentar. Sin odios excesivos que se emponzoñaran por generaciones. Si algo aprendí de los fronterizos es que aquí nada perdura por mucho tiempo. Ni el rencor ni el amor. Ni la memoria ni el olvido. Todo es polvo al viento. Y en esa vida provisional me reconocía, me sentía fiel a sus transformaciones. De alguna manera había cambiado el rumbo de Mexicali y Mexicali, de alguna forma, me había cambiado para siempre. Era una maldición o una gracia. O ambas cosas a la vez. Una sombra se deslizó a mis espaldas. Por un instante todos mis instintos se pusieron en alerta. Pero la sombra pertenecía a Juan Preciado, que hacía su aparición como si la fiesta no fuera suya. Lo acompañaba el capitán Manuel Chacón.

—Pensé que ya te habías marchado —le dije, sorprendido de su presencia.

Se encogió de hombros mientras encendía una cerilla en un poste y prendía un puro habanero.

—Yo también. Pero me detuvieron ciertos detalles.

Miré el jolgorio de la gente. La vida que seguía, como de costumbre. La algarabía de los turistas, las risas de los borrachos, los saludos de las putas en busca de clientela.

—Tú organizaste todo esto. Este nuevo mundo que se parece demasiado al viejo mundo.

Aceptó la recriminación como lo que era: la pulla de un amigo.

Y me la devolvió sin quitarse el puro de la boca.

—Yo sólo contraté al hombre fuerte del circo, Ray. Lo demás fue cosa de tu particular forma de joder al prójimo y cobrarle por el show. Esta revolución es toda tuya.

Preferí cambiar de tema antes de que me metiera en líos con las nuevas autoridades.

—Y usted, capitán Chacón, ¿cómo ve Mexicali sin el coronel Cantú? —quise saber.

—Lo veo sacándoles jugo a cualquier negocio que se les ponga enfrente, trabajando a pleno sol sin medir las consecuencias.

—¿Se va a quedar?

El oficial revolucionario se encogió de hombros.

—Yo estoy a la espera del general Rodríguez. Cuando él llegue ya sabré a qué atenerme. Pero, por mientras, voy a dedicarme a conocer lo que ofrece este pueblo —me respondió.

Y una amplia sonrisa le quitó la rigidez castrense.

Eso quería decir que estaba libre para divertirse a su gusto.

Yo también me sentí liberado.

Ya no era mi responsabilidad lo que harían los sonorenses con esta región del país que dejaba de ser un reino autónomo.

—Entonces todo arreglado —aseguré mientras veía a Juan Preciado mostrar su impaciencia sacando su reloj de bolsillo y viendo la hora—. ¿No es así, conjurado mayor, jefe de espías, la mano que mueve la cuna? La revolución triunfa. Todos felices. Y hasta pronto.

Mi amigo dejó de mirar la hora y apagó el habano en el poste más cercano.

—En el papel, tal vez. En la realidad, lo dudo. Fíjate, Calavera:

tardamos casi diez años en regresar, en volver a poner pie en este Distrito Norte de la Baja California. No es éste un lugar que nos quiera mucho.

—¿Hablas de los revolucionarios?

—Hablo de los floresmagonistas. Los pocos que quedamos.

—No a todos tus camaradas los mató Cantú, ¿verdad? Acabo de toparme con Alejandro Pacheco. Lo vi frágil aún pero en vías de recuperación.

Juan observó la calle polvorienta, el pueblo en su nube amarilla. Era una visión que refulgía como un horno encendido a la intemperie.

—Alejandro tuvo suerte, mucha suerte. No todos murieron, es cierto. Sólo los más aguerridos, los más impulsivos.

—¿Y los demás?

Lo vi quitarse algo del ojo: alguna morusa de polvo, supuse.

—Murieron en tierra ajena: trabajando en minas, en fábricas, sufriendo la penuria de quien es pobre y extranjero en ese país que a todos les abre los brazos para explotarlos mejor. Algunos murieron de hambre, de influenza española, de pena incluso. Hubo los que no aguantaron tanto agobio y terminaron con su propia vida. A los revolucionarios no les va muy bien en eso de perder la guerra, ¿sabes?

Estaba enterado. No era la primera vez que convivía con gente de credo político radical. De esos que todo lo ven en blanco y negro. Gente que prefiere morir en el campo de batalla que languidecer por años en un trabajo miserable, un trabajo que les recuerda que su sueño revolucionario ha sido sólo eso: un sueño. O peor: una causa a la que pocos le dan importancia. A la que ya nadie sigue.

—No se te olvide mencionar a los que aún continúan en la cárcel, como el propio Ricardo Flores Magón —le recordé.

Juan meneó la cabeza, casi diría que más apesadumbrado que satisfecho.

—No se me olvida nada, Calavera.

Y se marchó rumbo al otro lado, sin despedirse. El capitán Chacón inclinó la cabeza, pero no lo siguió. Sólo miró en dirección de Preciado y dijo:

—Así son los puros de espíritu, señor Calavera. Siempre preocupados por el porvenir de nuestra patria. No entienden que México se salva solo, por pura suerte. Vea cómo Juan parece llevar sobre sus hombros el destino de nuestro país. Pero ¡qué va! Hay muchas formas de ser mexicano, de ser revolucionario, de cambiar el mundo. Juan cree que la suya es la mejor. Por eso los nervios que trae, las responsabilidades que lo tienen jodido y apesadumbrado. A mí la revolución es deber, sí, pero también una fiesta. Tiempo de derechos y de bailongo. Tiempo de justicia y de jolgorio.

Tenía razón. Yo pensaba lo mismo. Observé la silueta de Juan. Un conjurado a plena luz del día. Un brillo más en el paisaje fronterizo, donde todo era negocio al por mayor. Espejismos, no ideales. Dólares, no integridad.

—Que se la pase bien, capitán —me despedí.

—Lo mismo digo, señor Calavera. Pero no se me vaya así. Tengo algo para usted.

Y el capitán Manuel Chacón sacó del bolsillo de su saco una medalla de oro y me la dio con una mirada socarrona.

—Se la manda el campeón del mundo. Antes de que lo

apresaran los gringos me pidió el favor de que se la diera en persona.

La medalla pesaba lo suyo. Era de oro macizo y en su reverso decía: “Jack Jackson, Champion of the World”. En la parte frontal lucía un perfil del mejor boxeador del mundo.

—Me dijo que para que recordara el día en que lo noqueó de mentiritas.

Ambos nos reímos.

—Pero si lo vencí por las buenas —traté de defenderme.

—Sí, cómo no —me respondió Chacón.

Me encaminé por la avenida Porfirio Díaz hacia el Teatro México, pensando en dónde andaría tomando el sol Dashiell Hammett y siguiendo los pasos de Juan Preciado. Mientras éste se desvanecía en la distancia, un grupo de jinetes apareció entre una nube de polvo. Unos días antes los habría considerado como una posible amenaza. Si no contra mi persona, al menos sí contra mi casa de trabajo.

Al acercarse, reconocí al que los guiaba: era Antonio Lejía, el jefe en el exilio de los indios cucapás. Con él iban muchos de sus seguidores, hombres que parecían haber sido esculpidos con el cincel de la eternidad. Se detuvieron frente a mí. A Lejía le vi las manazas apretando las riendas de su caballo. Escruté su rostro inescrutable, lleno de cicatrices. Este indio sí que habría sido un contrincante de peso para Jack Johnson, pensé. Un auténtico luchador que no le importarían de cuántos rounds fuera la pelea.

—¿Vas a recuperar tus tierras? —indagué.

—Vamos a recuperarlo todo —me respondió—. Las tierras, la identidad, el orgullo.

Quise atemperar los ánimos, hacerles ver que las empresas de

terrenos extranjeras, especialmente la Colorado River Land Company, las verdaderas dueñas del valle de Mexicali, no les iba a gustar ni tantito su presencia por esta región de México, una que ya sentían más estadounidense que mexicana.

—Acá hay gente muy poderosa, intereses comerciales bien protegidos —les advertí—. Inversionistas extranjeros que no les van a dar la bienvenida, que no los están esperando con los brazos abiertos.

Lejía se rio con sequedad antes de escupir un gargajo oscuro, sanguinolento.

—Y ellos nos caen del mismo modo —dijo—. Pero, Calavera, o convivimos de alguna manera con esos empresarios extranjeros o nos llevas a todos la chingada. El valle es grande, inmenso. Cabemos todos: mexicanos, estadounidenses, cucapás. Si te fijas bien, aquí hay riqueza a compartir.

Me gustaron sus palabras. Al contrario de Juan Preciado, Antonio representaba una forma diferente de ser revolucionario, de hacer la revolución. Un pacto entre adversarios, pretendía. Un acuerdo entre personas que recelan unas de otras. No estaba mal, aunque a mí me sonaba un poco ingenuo. Yo conocía de primera mano a los empresarios yanquis y no eran unas señoras caritativas sino unos tiburones insaciables. Pero ¿quién era yo para quitarle la esperanza a un hombre que volvía a su casa después de tantos años? Tal vez los cucapás estaban mejor adaptados para sobrevivir en estos tiempos de borrasca, para salir adelante en estos años de discordia.

—Lo tienes todo bien pensado —sentencié.

—Siempre.

Me fijé en las carabinas que llevaban en sus monturas, en los

revólveres que cargaban sobre sus pechos, listos para usarse a la menor provocación. Lo que más me caló fueron los machetes relucientes que llevaban a sus espaldas. No era una fuerza de paz la que contemplaba, sino un grupo de reconocimiento y ataque.

—Pero van preparados para cualquier contingencia —señalé.

Lejía se rio de nuevo. Andaba de buen humor, el jefe.

—¿Sabes quién es el indio sabio, Calavera?

—¿El chamán? —aventuré.

—No. El indio que no se deja matar. El que permanece. El que pasa su saber a otros.

—¿Y tú eres el más sabio, Antonio?

Éste negó con la cabeza.

—No, Calavera. Es mi tribu. Somos todos los que seguimos agarrados a esta tierra, empeñados en continuar llamándola nuestra.

Y a una señal de Lejía, el grupo de jinetes volvió a ponerse en marcha, lanzándose a galope tendido por el centro de la avenida Porfirio Díaz. Para salir de ella lo más pronto posible, pensé. Para dejarla atrás de una vez por todas.

Las armas secretas

Por la mañana del día siguiente, en el sótano del teatro México, encontré mi ropa bien lavada y bien planchada. Además de eso, Doña Blanca me regaló una maleta de cuero.

—Era de mi hermana, Margarita. Ahora tú también eres ya de la familia.

—Gracias. Cuando la conocí la creí adicta al régimen cantuista. ¿Qué hiciste con el retrato del coronel?

—Lo quemé en un acto de exorcismo, para quitar el mal de ojo a todo Mexicali.

La miré con admiración.

—Espero que funcione. Yo prefiero la magia de una Colt 45.

—No seas presumido, Calavera.

Metí mis pocas posesiones en la maleta regalada y le di un largo beso a Doña Blanca.

—¿Te llevas a Natalia?

—Así es.

—Suertuda, la cabrona. Espero que de vez en cuando nos visites. Te estaré esperando.

—Haré el intento.

No dijo más: se dio la vuelta y se marchó entre las piezas de utilería de una zarzuela a punto de estrenarse. Don Pascual me pagó lo que me debía y me abrazó.

—Sin ti nada de esto hubiera pasado.

—¿Es agradecimiento o acusación? —le pregunté verdaderamente intrigado.

—Las dos cosas —fue su respuesta.

Me dirigí al barrio chino, a la Chinesca. En su reino subterráneo ya me estaba esperando Liu Ching, rodeado por su gente.

—Ray Calavera. Estamos en deuda contigo. En cualquier lugar donde hay comunidad nuestra, puedes contar con su protección. En Los Ángeles, un agente nuestro te dará tu parte.

—No sé si la quiero.

—Recíbela. Te la ganaste.

Una parada más y terminaba. Fui hasta la casa de Doña Otilia en los bajos del río Nuevo. La mujer estaba sacudiendo el polvo, barriendo la entrada. Cuando me vio llegar ni se detuvo.

—¿Ya se va de Mexicali, señor Calavera?

—Ya me voy. Vengo a despedirme y a darle esto.

Y saqué la bolsa de cuero que me diera Salvatore Rossi.

—Le voy a pedir que reparta este dinero entre las viudas, las madres y los huérfanos de los revolucionarios a los que mataron las tropas de Cantú. Ya repartido entre tantos no será mucho lo que reciba cada uno, pero les ayudará a volver a comenzar.

Y puse en su mano la bolsa con 20 mil dólares.

—Es cierto lo que dice la Natalia: pareces un monstruo, pero eres un pan de dulce.

—Yo no me confiaría en los dichos de Natalia. Es una ladrona: ya me robó a mi perra. ¿Lo sabía?

Otilia dejó de barrer y usó la escoba como bastón.

—Eso no es nuevo. Se ve que ya te robó el corazón. ¿O me equivoco?

Mejor me di la media vuelta. Entre mujeres revolucionarias

no hay discusión que pueda ganarles. Ya de regreso al centro de la ciudad un auto me salió al paso. Por un momento pensé que era un oficial de Cantú en busca de venganza por viejos agravios. Pero no fue el caso: era Ignacio Solís.

—¿Quieres que te lleve? —me preguntó.

—Aceptado. ¿Ya vas a volver a vivir en Mexicali?

—Lo estoy pensando. Don Pascual me pidió que te sustituyera como portero del teatro México. ¿A dónde vamos?

—A casa de Natalia.

Allá fuimos. Natalia y Laka me aguardaban. Una desesperada por irse. La otra, una camarada que empezaba a verme como su siguiente sujeto a evangelizar en las bondades de la revolución socialista. O como un amante que podía asegurarle el triunfo del placer más allá de las inhibiciones de la burguesía. Ignacio me vio con ojos de que yo ya era pan comido con alguien como Natalia. No le saqué de sus ideas. Yo tampoco sabía qué nos deparaba nuestra relación, pero para mí Natalia era una mujer que me llenaba, que me hacía sentir incompleto sin ella. Pero no estaba seguro de que me viera como algo más que su compañero provisional en esta etapa de su vida, como un trampolín para su misión en pro de la igualdad humana. Como buena revolucionaria, Natalia no nos permitió que le ayudáramos con su escaso equipaje.

—Yo puedo sola —nos advirtió.

Ya metidos todos en el auto, Ignacio me preguntó:

—¿Van de vuelta a Los Ángeles?

Asentí.

—En autobús, al parecer. Pero bien acompañado.

Y señalé a Natalia y a Laka. Ignacio se carcajeó.

—Tengo una mejor idea. Acabo de descubrir en dónde tenía el coronel Cantú guardadas sus armas secretas.

—¿Armas secretas?

—Ya las verán.

Y en vez de poner rumbo a la línea internacional, Solís se dirigió hacia el oriente, a un terreno colindante con una construcción a medio hacer.

—Este iba a ser el nuevo palacio de gobierno del Distrito Norte.

—Impresionante —exclamé.

—Ya les tocará terminarlo a los sonorenses. Pero esto no es lo que quiero que vean, sino el campo de tierra que está detrás y lo que hay en ese gran cobertizo a la derecha.

—Déjame adivinar —dijo Natalia: ¿pacas de algodón?

—No.

—¿Ametralladoras?

—No. Pero acercándose.

Cuando Ignacio detuvo el auto yo ya sonreía de contento. El cobertizo servía como hangar de tres aviones de guerra. Tres Jenny, plateados, esplendorosos, pero uno carecía de armamento. Ese avión fue el que me gustó más y al que me acerqué para examinarlo. Las ruedas estaban bien. Las alas y el fuselaje no mostraban daños. Todos los instrumentos funcionaban.

—¿Cómo está de combustible? —quise saber.

—Tanque lleno. Yo mismo los revisé.

Cuando Juan Preciado me propuso venir a Mexicali y

ayudarlo a terminar con el último territorio porfirista que quedaba en México, pensé que con el dinero obtenido me compraría un automóvil de segunda, pero viendo aquella maravillosa máquina de vuelo vi que ésta era diez veces mejor recompensa por mis servicios prestados a la revolución.

Bueno, aparte de mi parte del botín que la comunidad china me guardaba y que yo esperaba cobrar llegando a casa. Fui a ver el campo y lo encontré emparejado, sin obstáculos a la vista. Era una pista aérea en buenas condiciones. Busqué la dirección del viento: venía del sureste, sin mucha fuerza. Unos diez kilómetros por hora, cuando mucho.

—¿Este va a ser nuestro transporte a Los Ángeles? —inquirió mi mujer, sin creérselo del todo, nerviosa ante lo desconocido.

—Exacto. Llegaremos en cuestión de dos horas, dos horas y media.

Con ayuda de Ignacio prendí el aparato volador.

Natalia le preguntó a Solís cómo veía el futuro del Distrito Norte.

—Ahora sin el coronel, ¿podrán levantar la cabeza?

—Ya se está organizando la gente. He oído que ya se formaron varias asociaciones políticas para participar en las próximas elecciones: el Partido de los obreros mal pagados, el Partido de los campesinos sin tierra, el Partido de las madres solteras y sin ingresos propios, el Partido de los extranjeros indocumentados y, uno que espero presidir, el Partido de los contrabandistas de licores abstemios.

Natalia no pudo evitar carcajearse.

—Pronto odiarán la democracia. La verán como un tianguis

donde los políticos estarán peleándose por el voto ciudadano, donde el poder será para quien ofrezca mejor pan y circo.

—Preferible eso a la voluntad única del coronel, ¿no crees?

Natalia aceptó, a regañadientes, la opinión de Ignacio.

—Tienes razón. Cualquier cosa menos volver al gran caudillo que lo sabe todo y siempre tiene la fusta en la mano. Si se crea el Partido de las camareras que no reciben un salario justo ni buenas propinas, avísame, que quiero enrolarme en él.

Yo seguía escuchando su discusión mientras daba la última revisada al avión. Cuando vi que nada faltaba, que nuestras maletas cabían en la parte trasera, quise zanjar el asunto con un comentario de mi parte.

—Si terminan con pan y circo me avisan. De pan no sé nada, pero de circo puedo darles buenos consejos. Y el mejor consejo que les doy es que no importa la forma de gobierno, sea democracia o dictadura, república o imperio, lo que al final importa es saber si el domador usará el látigo o las palabras para amansar a la fiera. Y si ésta aceptará obedecer o se le echará encima, si actuará por entrenamiento o por instinto. Yo tengo cicatrices que lo prueban.

Ambos, Ignacio y Natalia, me miraron como si vieran a un dinosaurio que aún no se enteraba de que estaba extinto y cuyas ideas no encajaban con los tiempos actuales.

—¿Y nunca has pensado que el problema es el domador y no los animales —me cuestionó Natalia—, —que el problema es la jaula y no el comportamiento de las fieras?

Era una buena pregunta.

—Lo tomaré en cuenta —dije—. Sabiendo que Natalia, con

su genuino interés en debatirlo todo, volvería sobre ese tema tarde o temprano.

Porque, por lo que yo veía, Natalia y yo podíamos no coincidir en un montón de ideas y conductas, pero nos encantaba estar juntos y discutiéndolas sólo por el gusto de hacerlo. Ese era nuestro vínculo: el de dos amantes que nunca estábamos seguros de quién era el domador y quién la fiera. En lo que sí coincidíamos es que a ninguno de los dos nos gustaban las jaulas. Después de todo, éramos el siglo XX en persona: excitante, moderno, conflictivo.

¿Quién iba a detenernos?

Así que, en vez de seguir debatiendo sobre esto o aquello, me bajé del avión y me dediqué a poner a bordo nuestras pertenencias. Eran pocas y cupieron sin problemas debajo de los asientos. Laka brincó al asiento delantero y se quedó esperándonos. Ignacio y yo nos estrechamos las manos. Le agradecí su ayuda. Él había sido el lazo que unió a tantos involucrados para que las cosas salieran bien, para que grupos revolucionarios tan distintos cumplieran la parte que les correspondía en el derrocamiento de Cantú y sus achichinques.

—Nosotros somos los agradecidos, señor Calavera. Si mi compadre Iván Martínez estuviera vivo, cómo habría disfrutado tus andanzas por la frontera. Dondequiera que vayas, no te olvides de nosotros.

—¡Jamás! —le respondí.

En cinco minutos todo estuvo a punto, el motor rugía sin problemas y moví el avión hacia la pista. La caída de Cantú jugaba a nuestro favor en ese momento. Nadie vino a intentar detener nuestra

partida. Nadie dijo que nos estábamos robando propiedad del antiguo régimen. Ningún soldado apareció disparándonos para prevenir que utilizáramos la Jenny para cruzar la frontera. Apunté el morro contra el aire. La Jenny vibraba, lista para saltar hacia el azulísimo cielo del desierto. Natalia se agarraba, nerviosa, de su asiento, pero Laka, que ya había participado en circos voladores, sólo aullaba de gusto a su lado. Aceleré y pronto nos elevamos por los cielos de Mexicali.

El sol brillaba con la intensidad del verano en pleno. Di una vuelta amplia para ver el poblado desde el aire. Tan pequeño que parecía visto desde las alturas, tan inofensivo, tan poca cosa. Pero había sido el escenario de un duelo a muerte, de una mezcla de culturas, de una pelea del siglo, de una explosión que cimbró la tierra, de una autoridad abusiva que se rindió sin disparar un tiro.

Cruzamos la frontera como una exhalación. A nuestras espaldas quedaba una aventura más. Frente a nosotros, el horizonte era visible a gran distancia. Primero los campos de cultivo trazados con perfecta simetría. Luego el desierto con sus arbustos y dunas. Poco después pudimos contemplar una línea negra. El mar de Salton surgió como una mancha oscura a nuestros pies. Ya no estábamos muy lejos de Los Ángeles. No sé bien a bien por qué, pero me puse a cantar la *Canción Mixteca*.

Qué lejos estamos todos del cielo en que nacimos, qué inmensa nostalgia nos cimbra, de los pies a la cabeza, en este rincón fronterizo donde México ya no es territorio nuestro, sino un estado de ánimo, un anhelo interior. Pensé que era la canción adecuada para una mujer como Natalia, que sabía pelear su lugar en el mundo de frente y sin tapujos; para Laka, que más que mascota era mi guardiana silenciosa y,

sobre todo, para alguien como yo, que abandonaba de nuevo mi país, esa patria que ahora parecía tan cambiante y traicionera, y regresaba a una ciudad como Los Ángeles, donde muchos me consideraban un extranjero indeseable, un detective de la peor ralea.

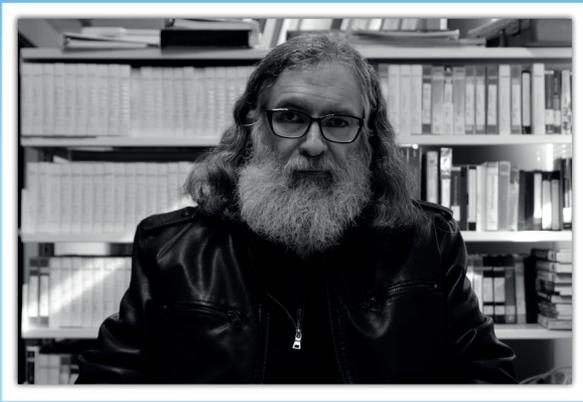
En el cielo, sin embargo, los tres éramos un punto de luz avanzando hacia el futuro.

Una utopía con el viento a nuestro favor.

ÍNDICE

<i>Conspiración en el reino de Cantú</i>	9
José Salvador Ruiz Méndez	
<i>El mejor bacanora</i>	15
<i>El pueblo fronterizo</i>	23
<i>El portero</i>	29
<i>La velada interminable</i>	37
<i>El periodista sin periódico</i>	43
<i>La espía revolucionaria</i>	49
<i>Medidas exactas</i>	55
<i>El Dragón Azul</i>	61
<i>El duelo a muerte</i>	65
<i>Uno de los nuestros</i>	71
<i>La Logia China</i>	77
<i>La viuda de Martínez</i>	85
<i>Gente de teatro</i>	99
<i>Los Mochaorejas</i>	107
<i>El mago hipnotizador</i>	111
<i>Una tierra de paz</i>	119
<i>El otro lado</i>	125
<i>La avanzada</i>	135
<i>Desapariciones y cadáveres</i>	147
<i>La casa de las torturas</i>	153
<i>Preparativos</i>	159
<i>La Laguna Salada</i>	167

<i>Noticias falsas</i>	173
<i>Acrobacias en el cielo</i>	183
<i>El coronel Esteban Cantú en persona</i>	189
<i>De frente y de perfil</i>	199
<i>El Insumiso</i>	205
<i>A la vista del público</i>	213
<i>La pelea de exhibición</i>	217
<i>La ciudad de los vientos</i>	225
<i>Favor por favor</i>	229
<i>Preparaciones finales</i>	233
<i>El baile de gala</i>	239
<i>Nada es lo que parece</i>	249
<i>El alivio del sol</i>	257
<i>Secretos por guardar</i>	263
<i>La pelea del siglo</i>	271
<i>Un monstruo violento y destructor</i>	279
<i>Las negociaciones</i>	285
<i>Un visitante inesperado</i>	293
<i>Historias y sueños</i>	301
<i>Los últimos detalles</i>	307
<i>La voluntad de la nación</i>	313
<i>La repartición del botín</i>	317
<i>Cambio de ánimo</i>	323
<i>Una maldición o una gracia</i>	329
<i>Las armas secretas</i>	337



Gabriel Trujillo Muñoz

(Mexicali, Baja California, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Autor de numerosos libros a lo largo de cuatro décadas de labor creativa. En su obra literaria destacan novelas de ciencia ficción, fantasía, policiacas, históricas y fronterizas. El hombre fuerte del circo es una novela de aventuras que explora una época convulsa y trepidante, que muestra la Baja California de hace 100 años: a punto de quitarse una dictadura castrense, al filo de una democracia que nunca ha conocido.

Imagen de portada: El hombre fuerte, Esaú Andrade

Foto del autor: Pita Tirado